GRAN ENCICLOPEDIA DE LA MAGIA Y EL OCULTISMO



AUTORES:

Sebastián Martinez Mas
Escritor. Director de la Revista "Nueva Dimensión".

Domingo Santos
Escritor.

Luis Vigil García
Sociólogo

Asesor:

Emilio Salas González
Librero anticuario.

Fuentes de ilustración:

Agencias:

EFE-CIFRA, EUROPA PRESS, KEYSTONE, MONDADORI PRESS, ZARDOYA, SEF.

Archivos:

ALMOR, CARLO BEVILACQUA, CÍCLOPE, S. A. E., DRONTE, SALMER.

Esta obra publicada por Editorial Cíclope S. A. con el título de "La Magia" impresa por Grafic S. A. se terminó de encuadernar en los talleres de Encuadernación L.I.F.E., Thames 747 Buenos Aires, en el mes de Septiembre de 1975.
Hecho el depósito que marca la ley.

INDICE



INTRODUCCIÓN

¿Cuántas veces se ha sentado usted cómodamente en una butaca para presenciar los «extraordinarios actos de magia» que le ofrece desde el escenario un astuto y avezado ilusionista? ¿Cuántas veces se ha maravillado usted ante el impresionante fakir que transmite «mentalmente» a su medium lo que tiene en el bolso la señora de la tercera fila del atestado teatro? ¿Ha asistido usted alguna vez a una sesión espiritista, para sobrecogerse ante el alucinante fenómeno de las mesas oscilantes o de la aparición del plasma astral? ¿Le han predecido alguna vez su destino, ha visto aparecer su futuro a través de las cartas, de las huellas de su mano, de los posos de su taza de café o té o de la tradicional bola de cristal? ¿Suele usted leer su horóscopo en el periódico cada día?

¿Cree usted que todo esto es Magia?

Antes de que continúe leyendo, desearíamos que se respondiera a sí mismo, con toda sinceridad, a esta última pregunta. No por el hecho de que sea capciosa —lo es— ni de que sea malintencionada —también lo es—, sino simplemente porque su respuesta le dará a conocer cuales son sus conocimientos con respecto a este tema. Si responde sencillamente que sí, que considera que todo esto es Magia; o si responde que para usted se trata únicamente de supercherías; o si sencillamente responde que no lo sabe, demostrará ciertamente poseer un escaso conocimiento sobre la materia. Pero no se apene por ello. Sinceramente, le diremos que haciéndose esta pregunta acaba de adentrarse por un camino tan difícil, tan tortuoso, que realmente no es probable que se halle usted en situación de saber discernir entre lo que es y lo que no es Magia —verdadera magia, entendámonos—... a menos que sea usted un especialista en el tema.

La Magia. Un camino difícil, tortuoso, resbaladizo; lleno de hoyos y trampas, desviaciones, callejones sin salida, engaños, fraudes... Todo lo que usted quiera lo hallará aquí, y aún más. Porque, para hablar de Magia, hay que distinguir antes dos clases de magia: la magia-espectáculo, y la verdadera Magia. Generalmente, la única conocida es la primera, la magia-espectáculo, cuyos propios artífices intentan convencernos de que es la verdadera magia. Dentro de esta magia-espectáculo podríamos injertar también buena parte de otro tipo de magia, más sutil, que es la magia-hechicera y la magia-adivinatoria, que en su mayor parte no es más que una magia-espectáculo disfrazada con bellos ropajes de esoterismo para hacerla más atrayente... y para cautivar a los incautos, por supuesto.

Porque la Magia, la verdadera magia, es otra cosa.

Si usted siente curiosidad por conocer esta última Magia, la real, la que no puede encontrarse a la vuelta de la esquina o tras las bambalinas de cualquier espectáculo; si usted quiere saber dónde se encuentra, cuáles son sus atributos, sus alcances y sus limitaciones; si siente interés por conocer de qué está compuesta y hasta dónde pueden llegar sus poderes, le recomendamos que siga leyendo esta obra hasta su final. Aunque le advertimos: vamos a conducirle a través de caminos tortuosos, difíciles, comprometidos... pero también apasionantes. Vamos a dejar a un lado (aunque también hablaremos de ellos) a las brujas de feria y a los hechiceros de pacotilla, cuya única misión es embaucar a los crédulos, y vamos a adentrarnos en el ignoto reino de los verdaderos magos. Vamos a seguir la historia de la Magia desde sus orígenes, su separación de la religión, su brusco cambio hacia un esoterismo oculto, secreto y a menudo inviolable, hasta nuestros días. Vamos a conocer los pactos con el demonio, vamos a seguir las huellas de todos los ritos mágicos. Vamos a ver las otras variantes de la Magia, nos adentraremos por los difíciles caminos de la alquimia, rozaremos la piedra filosofal. Entraremos también en las sesiones espiritistas, oiremos las verdaderas voces de los otros mundos, conoceremos los secretos de la reencarnación. Nos pondremos en contacto con el hombre mágico y con sus poderes; conoceremos la magia científica de hoy, y también la del futuro. Nos adentraremos en la historia secreta de la Humanidad, conoceremos las ocultas fuerzas que han movido el mundo, las sociedades secretas que, en el seno de sus logias, han tirado de los hilos que han hecho cambiar nuestra historia. Y, finalmente, intentaremos levantar el telón que oculta nuestro futuro, daremos nuestra severa ojeada a la predicción y a la adivinación.

Porque todo esto es Magia... aunque también, muchas veces, sea charlatanismo. Y ésta, separar una cosa de la otra, será una de nuestras tareas más difíciles. Estaremos bordeando constantemente este límite, y tendremos que ir con sumo cuidado para no rebasarlo y poner el pie en el otro lado. Ahí está el primer y principal problema con que se enfrentan todos los que abordan el tema: la dificultad de distinguir entre lo que es Magia y lo que no lo es. Vamos a intentar superar esta dificultad. Vamos a intentar hacerlo, puesto que nos hemos propuesto como meta el examinar la Magia —lo repetimos una vez más: la verdadera magia, la Magia con mayúscula—, desde el punto de vista del hombre del siglo XX: de este hombre que ha llegado ya a la Luna, pero que no por ello puede olvidar las ocultas fuerzas que mueven a todo el Universo.

Este es el camino que le abrimos ante usted. ¿Le seduce? ¿Le empieza a interesar el unirse a nuestro proyectado periplo? ¿Quiere añadirse desde ahora a nuestro grupo? Si es así, adelante, pues: despójese de todo prejuicio, sujétese bien... y síganos.

1 de la magia

1 Los reinos de la magia

El árbol y el teléfono

Se dice que la ciencia ha destronado a la magia. ¿Lo ha hecho realmente? Una curiosa anécdota viene a decirnos que sí... aunque tan sólo en un pequeño grado. La anécdota en cuestión fue referida por Jean Cocteau en su discurso de recepción en la Universidad de Oxford. Aquí está:

«Mi amigo Pobers, catedrático de parapsicología de la universidad de Utrecht, fue enviado a las Antillas para estudiar los extraños fenómenos que ocurrían allá entre la gente pobre. Efectivamente, allí, cuando una mujer quiere comunicar con sus familiares, su marido o su hijo, que han ido a la ciudad a hacer sus encargos, se dirige simplemente a un árbol... y el marido o el hijo le traen lo que ha pedido. Pobers asistió en varias ocasiones a este fenómeno, y finalmente se decidió a preguntarle a una campesina por qué se servía de un árbol para aquello. La campesina le miró unos instantes y luego respondió, con la mayor naturalidad del mundo:

—¿Que por qué me dirijo a un árbol? Pues, sencillamente, porque soy pobre. Si fuera rica, tendría teléfeno.»

¿Qué es la Magia?

Indudablemente, no lo que la mayor parte de la gente interpreta por tal. Existe, a este respecto, una decepcionante y universal falta de información. Se considera Magia a la bruja que prepara sus pócimas para curar las enfermedades y sus filtros de amor, a la vidente que «ve» nuestro destino, a la echadora de cartas o a la que lee en la palma de nuestra mano. Es mago el hombre que tiene el «toque mágico», aquel que para curar necesita solamente imponer sus manos, el hipnotizador que adivina nuestros pensamientos con una breve pero intensa mirada. Esta es nuestra magia cotidiana, la que hace que muchos de nosotros nos sonriamos levemente cuando leemos en algún periódico o revista cualquier información al respecto.

No, pasemos rápidamente la página: la Magia no es en absoluto esto.

¿Pero dónde hay que ir pues a buscarla? Por un lado, la mayor parte de los libros que quieren tratar el tema lo hacen de una manera extremadamente ligera y superficial, rozándolo apenas. Hay, además, una evidente falta de información, a lo que se une la fragilidad de la barrera que separa la verdadera de la falsa magia. Y, como sea que la verdadera magia es la mayor parte de las veces esotérica, oculta y cabalística, mientras que la falsa magia es ostentosa, cacareante y diáfana en grado sumo, la magia que termina por conocer todo el mundo es precisamente la que se debería repudiar y desenmascarar.

Cuando alguien habla de màgia y magos, todo el mundo se forma inmediatamente la imagen del clá-



De la magia derivaron las religiones primitivas; y hoy, en un ciclo que se cierra, alguna religión ha vuelto a la magia. Nos referimos muy concretamente al vudú, esa práctica mitad espectáculo, mitad misterio, resultado de la fusión de las creencias africanas de los antiguos esclavos con las nuevas condiciones de vida de los territorios americanos. En la ilustración, la bruja vudú realiza un encantamiento frente al cuerpo sacrificado de un gato salvaje, en una escalofriante imagen recogido por la cámara de Marcel Cognac.



La influencia de los amuletos proviene de las más lejanas épocas de la humanidad, y ni siquiera nuestras modernas sociedades actuales están exentas de ellos... y mucho menos los pueblos primitivos. Esta puerta de palacio de Bariba, en Dahomey, de la que cuelgan numerosos talismanes destinados a los más diversos fines, es una buena prueba de ello. (Foto Musée de l'Homme, Paris).



La suerte, la fortuna, el futuro. Estos han sido los grandes interrogantes que han movido y mueven a buena parte de la humanidad, convirtiéndola en presa fácil para desaprensivos que se aprovechan de esta genuina preocupación de sus semejantes.

sico hombre de blanca barba, vestido con amplia túnica y cucurucho de estrellas, la varita mágica en la mano, moviéndose entre retortas entre las renegridas piedras de un sótano u observando el cielo desde lo alto de una antigua torre. Claro que, actualmente, la imagen magia ha cambiado. Los magos del siglo XX se rodean más bien de impresionantes escenarios, de una aureola de pseudociencia, de una colección de nombres rimbombantes: psico-magnetismo, bio-magnetismo, pa-koua... Las recetas mágicas, por otro lado, aun las de las brujas y hechiceros de estar por casa, son siempre prolijas en condicionamientos: «Tómese la cola de un ratón gris cazado en un viernes que no esté nublado y en el que la luna esté en cuarto menguante...» Luego, cuando el exorcismo no da resultado, la respuesta es rápida: algo ha fallado, es indudable que el practicante no ha cumplido con todas las condiciones del hechizo. Porque, claro, el cliente es siempre el neófito en estas lides...

No, la Magia es otra cosa bien distinta. Y, aunque pueda parecer aventurado el afirmarlo tan rotundamente, mucho más seria también.

Lo que va de magia a ocultismo

Pero estamos hablando de Magia, y todos nosotros hemos oído también al respecto otras palabras: *Ocultismo, Ciencias Ocultas*... ¿Acaso no significan lo mismo? Existe, evidentemente, entre todas ellas, un paralelismo; pero hay, de una a otras palabras, un ligero matiz de diferenciación que es conveniente señalar aquí.

Hablar de Ocultismo o de Ciencias Ocultas no ofrece, al profano, demasiadas dificultades de interpretación. Ambas palabras no pueden ser más explícitas por sí mismas, y su razón de ser se halla en la gran represión que cayó sobre todo el mundo de la magia en la Edad Media, obligando a sus practicantes a hundirse en la oscuridad y el silencio para escapar del castigo. Desde entonces, los fenómenos mágicos han pasado a ser fenómenos ocultos. Por otro lado, la Magia necesita de un preciso y bien delimitado ritual de iniciación, de una preparación cuyos orígenes se pierden en el principio de los tiempos. No es sencillo realizar el verdadero acto mágico, y muchas veces el error puede ser peligroso. Es por ello que es preciso mantener oculto el acto mágico, cuidar que no caiga en manos inexpertas que puedan hacerlo peligroso, mantenerlo vivo solamente a través de la llama de unos pocos detentadores, los *Iniciados*.

Esta es la esencia de la palabra *Ocultismo*. En realidad, podríamos afirmar que Magia y Ocultismo son *cuasi* sinónimos, en el mismo orden que son *cuasi* sinónimos el nombre latino y el nombre vulgar de cualquier especie animal o vegetal. En nuestro caso, Ocultismo podría equipararse al «nombre latino» del fenómeno mágico, mientras que Magia correspondería al nombre vulgar. Es por ello precisamente, porque hemos dirigido esta obra al

¿Es ilegal la magia?

«El vigente Código Penal, de 1870, no pena en España la magia verdaderamente como tal, sino que tan solo considera falta, castigándolo con arresto menor, el interpretar sueños, hacer pronósticos o adivinaciones o abusar de la credulidad pública de otra manera semejante, por interés o lucro (artículo 606, modificado por ley de 3 de enero de 1907). La Jurisprudencia, interpretando este precepto, ha declarado que constituyen esta falta: el hecho de hacer creer que por medio de ciertas ceremonias se recuperaría el amor perdido ,cualquiera que sea la cantidad con que se lucre el embaucador, el de atribuirse facultades sobrenaturales como apóstol de un culto arbitrario para curar las enfermedades con el agua, la oración y ciertas palabras, aunque no exija retribución...

Sin embargo, es preciso tener en cuenta que tales hechos pueden constituir también un delito de estafa o engaño penados en el artículo 548, n.º 5, o en el 554 del Código, y tal ocurre cuando, fingiéndose sonámbulo o maestro en el arte de echar las cartas, se consigue de un tercero que, para los experimentos, entregue alhajas o dinero, sustrayendo después lo entregado (sentencia de 18 de junio de 1901).»

(Enciclopedia Espasa, tomo XXXII, pág. 94)

público de la calle y no al especialista o al docto en la materia, que a la hora de elegir hemos preferido usar el nombre de Magia como equivalente al conjunto de todas las llamadas «Ciencias Ocultas», por ser más usual y conocido del público no especializado y por ser menos «comprometido» que el de Ocultismo. Y que nos perdonen los exégetas en la materia.

Magia y Religión

Pero volvamos a nuestro tema. Para muchos autores, la magia no es más que simplemente un estadio primitivo de la religión. Cuando la inteligencia humana aún no había dado nacimiento a los dioses, creía en «fuerzas». Estas fuerzas, siendo naturales, se hallaban en condiciones de ser gobernadas y dominadas. El intento de gobernarlas y dominarlas dio origen a la Magia.



La diferencia entre magia y religión se nos aparece muchas veces tan poco definida que llegan incluso a confundirse. En la rueda de oraciones tibetana no se pide, sino que se espera un efecto automático de la acción.



El ectoplasma surge de la boca de la medium: el contacto está a punto de realizarse, los espiritus del más allá entrarán en conversación con los vivos. El deseo de hablar con los muertos, de enterarse de lo que hay más allá del término de la vida, es algo tan antiguo como la humanidad misma: no en vano Circe apela a ello en un intento supremo de detener a Ulyses. Pero lo que dicen los muertos no siempre es agradable para el que lo escucha.

Los sacrificios

El sacrificio es uno de los actos más importantes de las ceremonias mágicas y de las religiones en lo que tienen de ritual mágico. Normalmente se usa para obtener un fin en forma automática, o para impetrar hacia la consecución de este fin.

Sin embargo, en algunos casos, el sacrificio se desorbita hasta el punto de convertirse en esencial por si mismo. En los libros sagrados de la India, los Vedas, hallamos un himno que nos da una clara idea de esto. El poema evoca el nacimiento del sacrificio concebido como un hombre (purusa), hombre del que otros himnos explican que fue inmolado, en los origenes, para permitir la creación de este Universo:

Por el sacrificio de los Dioses han [sacrificado al Sacrificio,
tales fueron las leyes primeras,
y las majestades del sacrificio han [ganado la bóveda celeste,
donde están los Dioses primitivos [con los que hay que conciliarse.

El sacrificio fue, se manifestó;
nació, y después creció;
se convirtió en el soberano de los [Dioses:
¡que nos dé la riqueza!

(Atharva Veda, 7.5)

Más tarde, estas fuerzas se humanizaron (o divinizaron), y la Magia se transformó en Religión.

Esta teoría es ciertamente muy interesante... pero no es totalmente exacta. Hay, evidentemente, un paralelismo palpable entre Magia y Religión, hasta tal punto que algunas veces han llegado incluso a nacer juntas. Existen religiones mágicas, al igual que existe una magia religiosa.

Sin embargo, entre ambos conceptos hay una gran diferencia. En un principio, es probable que Magia y Religión fueran lo mismo; sin embargo, con el tiempo la diferencia se va marcando poco a poco, y vá haciéndose más patente. En el camino colateral pero divergente de ambos conceptos, la Religión va delimitándose lentamente, especializándose en lo que por otro lado constituye solamente uno de los aspectos de la Magia. Porque la Magia (como veremos en seguida), posee tres atributos: *pregunta, exige* y *pide*. La religión, por su parte, lo único que hace es *pedir*. Esto último puede hacerlo todo el mundo... y es por esto por lo que *a todo el mundo* se dirige la Religión. El preguntar y el exigir, en cambio, sólo puede hacerlo una muy pequeña y selecta minoría, por lo que la Magia sólo va a los *iniciados*.

Es por ello, por su finalidad primordial de ofrecer un camino y una luz espiritual a todos los seres humanos, que la Religión abandona pronto estos dos últimos caminos de la Magia, abriendo un camino particular para ella. Ciertamente, como dos cosas que tuvieron un origen común, la Religión seguirá vistiendo en su liturgia algunos de los ropajes y ritos que son propios también de la Magia... pero sólo en su plano externo. Querer buscar cualquier otro paralelismo más profundo es un grave error.

Magia y ciencia

Otros autores, por su parte, intentan hallar un paralelismo semejante entre Magia (u Ocultismo) y Ciencia, un paralelismo que se intenta hacer patente ya en el propio nombre de «Ciencias Ocultas». Es evidente que en muchas ocasiones ambos caminos —el de la Magia y el de la Ciencia— se han cruzado, y que en determinadas épocas el florecimiento científico nació evidentemente de la Magia, como nació, por ejemplo, la Química de la Alquimia. Incluso, en algunos períodos (como en el Renacimiento y en el Romanticismo), llegó a considerarse a la Magia como la «ciencia suprema».

Pero, ¿lo es realmente?

En absoluto: no. Hay, entre ambos conceptos, un inmenso abismo de base. En principio, la Ciencia es racional: todo lo mide y lo pesa, el tiempo y el espacio no son solamente conceptos sino realidades fijas e inamovibles que rigen todo nuestro mundo. Y a estas realidades debe ceñirse todo para ella... y todo lo que no pueda serlo, todo lo que no pueda ser medido, pesado o catalogado debe ser desechado como imposible o falso.

La Magia, por el contrario, es irracional. La materia, el tiempo y el espacio son para ella realidades a superar o a transformar. La Magia parte de principios afectivos o



Hace unos años, dos franceses hoy célebres, Pauwels y Bergler, daban al mundo esta, para muchos, asombrosa noticia: los magos están aún entre nosotros, la brujería no ha desaparecido. Pero lo que ellos ponían ante los ojos del gran público era algo bien sabido ya por los iniciados, que se reunían en actos como este, fotografiado en Londres, para seguir practicando unos ritos ancestrales.

espirituales (*astrales* son llamados comúnmente, aunque más adelante veremos que son de muy diversas clases), principios no materiales, no pertenecientes al mundo físico sino a una categoría muy superior, y capaces de actuar sobre este mundo físico superando o prescindiendo de la ciencia. Para la Magia nada es imposible, nada hay ilógico. No existe tiempo ni espacio. Todo es, o todo puede ser.

El Universo (y el hombre) no son sólo materia

Vamos a realizar, pues, sobre estas bases, algunas puntualizaciones.

La Ciencia, por su lado, sólo cree en un mundo físico y real.

La Religión y la Filosofía, en cambio, aceptan también la existencia de un mundo espiritual.

La Magia, finalmente, cree y afirma que el Universo y el hombre están formados por una superposición o compenetración de tres mundos distintos: el físico, el astral y el espiritual.

El problema, por supuesto, es, en su conjunto, mucho más complejo de lo que puede dar a entender un simple enunciado, y deberemos esperar a más adelante para verlo con mayor detenimiento. De momento, y para sentar nuestras bases, nos basta con saber lo siguiente: según lo dicho, y desde el punto de vista de la Magia, el Universo (y el hombre) están compuestos por una parte, o mundo, o plano, según como quiera llamársele, material, físico, que constituye su naturaleza (o su cuerpo) visible; de una parte astral, que rige sus procesos vitales y emocionales, y que es la base en que se apoya para todos los procesos mágicos; y finalmente de una parte espiritual, el alma con todas sus facultades, que es desde la que realmente actúa el mago.

Naturalmente, esta tercera parte, la espiritual, es privativa del hombre. Las otras dos partes o planos, sin embargo, existen en todo el Universo, incluso en los reinos ina-



La bola de cristal predice el futuro. Y, ante este reclamo, miles de personas acuden diariamente para que, por unas monedas, les sean abiertas las puertas del porvenir. Una vidente por cada diez personas, en Francia, es la cifra que nos citan algunas publicaciones especializadas del país galo, y que, aún en su exageración, nos señalan un afán que sobrepasa lo que se podría esperar del país que vio nacer a Descartes.



Idolos, totems, imágenes de antiguos dioses. El hombre ha sentido perennemente la necesidad de concretar en forma física sus creencias espirituales, tal y como si necesitase de un objeto real para enfocar su apetencia de más allá. (American Museum of Natural History, New York).

nimados, y están formados por materias, el plano físico, y por energías, el plano astral.

La ley de las correspondencias

Teniendo en cuenta esos factores, ¿cuál es, pues, el fundamento de la Magia? Para ello debemos acudir a otra ley fundamental que no forma parte ni con mucho de las leyes científicas que todos hemos estudiado: la «ley de las correspondencias». Según esta ley, el Universo dentro del cual nos encontramos —y naturalmente todo lo que hay en él— no es una yuxtaposición de elementos distintos y diferenciados, sino un conjunto único, íntimamente relacionado entre sí en todas sus partes, intencionalmente, y en una forma completamente desligada del espacio y del tiempo. Es decir, que podemos considerar a nuestro universo y a todo lo que lo forma no como un conjunto de cosas distintas, sino más sencillamente como las distintas formas o estados de un mismo elemento común. En esta situación, pues, todo lo que se halla en nuestro universo estará siempre en constante relación, por lo que es indudable que al producirse cualquier fenómeno o cualquier varia-



Algunas de las prácticas mágicas más primitivas persisten aún en nuestros días y son consagradas por la costumbre popular. El hombre primitivo efectuaba una comida funeraria con la que propiciar al espíritu del difunto, el cual creía seguía entre los vivos. Esta misma práctica se sigue llevando a cabo entre los grupos de monjes budistas, como éstos, pertenecientes a un monasterio de Thailandia.



El "doctor milagroso"

Los doctores-brujo de las sociedades primitivas tienen su equivalente entre nosotros en las personas de los curanderos, echadores de cartas, adivinadores y todas aquellas personas que, provistas de un «don», verdadero o amañado, pueden darnos lo que deseamos.

Bruno Groening fue llamado por sus adeptos el «doctor milagroso» por sus curas maravillosas, antes de morir víctima de un cáncer en un hospital de París. En la foto podemos verle llevando en la mano la bola de papel de estaño con la que afirmaba curar a la gente.

El gato siempre ha sido compañero de brujas y participante en hechizos. Su misteriosa mirada parece traspasarnos, y su carácter enigmático ha sido en gran parte el origen de todas las supersticiones que le atribuyen el poder de la mala suerte.

ción en alguno de sus elementos, este fenómeno o variación repercutirá no sólo en este elemento en cuestión sino también, en una forma y medida determinadas, en el universo entero.

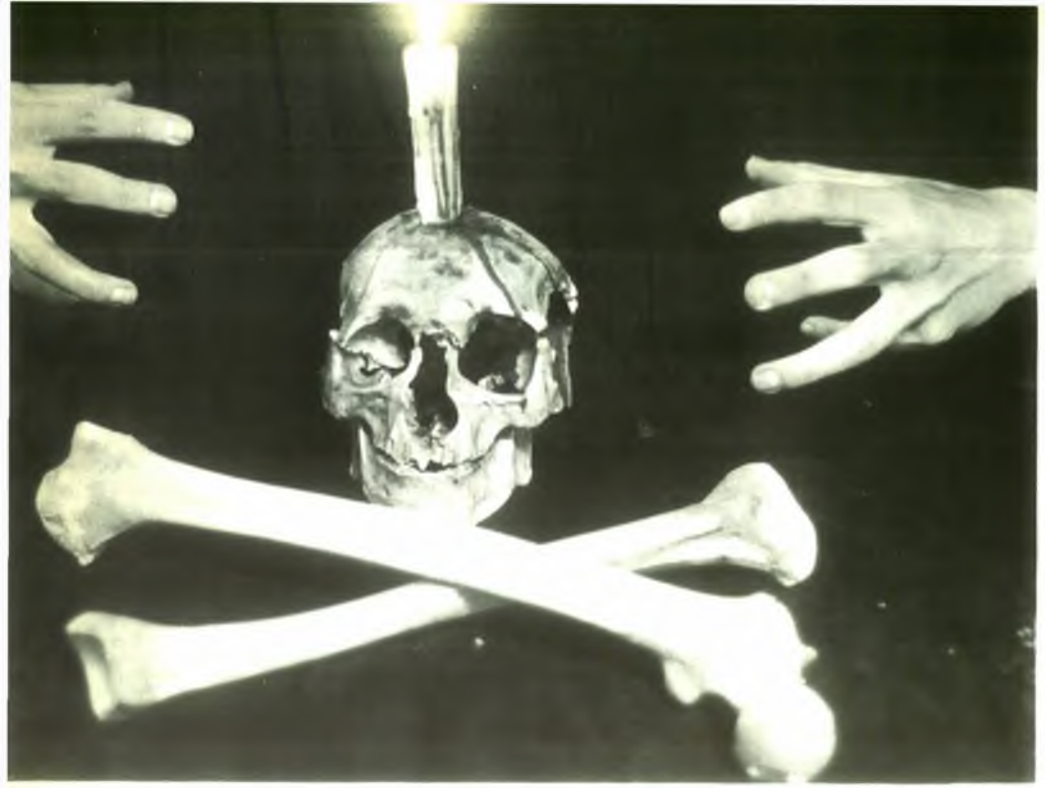
Tenemos ahí pues la teoría base que rige la astrología, y que es común a todo el conjunto de la Magia; todo está en todo, todo actúa sobre todo. O, usando la conocida frase común a gran parte de los libros que intentan penetrar en estos temas: «lo que está arriba es como lo que está abajo, a fin de que se realice el milagro de una sola cosa».

Es decir, que el universo está compuesto por una serie de Reinos, de elementos, de seres, de objetos análogos, cuyos respectivos elementos se corresponden uno a uno, de modo que la acción producida sobre uno cualquiera de ellos tiene inmediatamente su correspondencia en todos los demás.

Pero cuidado: esto no quiere decir que en la Magia se produzca, como en la ciencia, una relación de causa a efecto entre los distintos elementos en juego, ya que, desde el momento en que factores delimitativos tales como tiempo y espacio no existen para la Magia, no puede existir tampoco, en absoluto, una causalidad.

Llegamos con ello a la base en que se fundamenta toda la Magia. Aceptando la ley de las correspondencias, se comprende la finalidad y efectividad del acto mágico. La pata del león es el símbolo de la fuerza del león, el cabello de un individuo es el lazo que nos une a él, el punto de apoyo que nos servirá para actuar sobre él. Los magos saben bien todo esto. Estos símbolos no personifican exactamente la cualidad o la fuerza que buscamos, sino que son el *punto de apoyo* que nos permite efectuar el ritual mágico que nos llevará hasta nuestros propósitos. El salvaje que se come el corazón del enemigo valeroso busca en este órgano el valor que se halla repre-





La calavera, la penumbra, los pases mágicos. Todo nos evoca el ambiente de un ritual de quien sabe qué ceremonia esotérica. El misterio que ha rodeado siempre a la mayor parte de los actos mágicos ha sido buscado a propósito, con el fin de mantener alejados del conocimiento a los no iniciados.

Sin embargo no todo el mundo creía en los milagros de Bruno. Y así, en julio de 1957, fue incluso acusado en Munich, Alemania, de haber dado muerte, sin premeditación, a una niña enferma de los pulmones, el tribunal lo condenó a pagar la suma de dos mil marcos por practicar la medicina sin permiso.

Magia, hechicería, curanderismo... Es un verdadero abismo lo que separa a estas tres palabras.

sentado en él, porque el ritual mágico que acompaña a este acto le permitirá actuar desde el plano astral para infundirse a sí mismo dicho valor... proceso en el cual intervienen también, en gran manera, la concentración y la fuerza de sugestión necesarias para realizar dicho ritual, otras de las bases en la que se sustenta todo acto mágico.

Y esto ha dado precisamente origen a una de las primeras y más espectaculares degradaciones de la verdadera Magia: la hechicería. El simbolismo del acto mágico ha sido a menudo tergiversado... no, mejor: olvidado. Muchas veces, la tradición del acto mágico transmitido de boca en boca solamente ha dejado pasar la parte externa del ritual, algo así como el cascarón vacío de lo que es en realidad el acto mágico. Entonces, el antiguo ritual es efectuado mecánicamente, de una forma automática, sin consciencia de lo que se está haciendo, y la mayor parte de las veces mutilado e irreconocible tras el pase de generaciones. ¿Es éste el origen de tantos ritos incomprensibles que nos acompañan hoy en día, sin que sepamos exactamente cuál es su significado ni sus alcances? Indudablemente sí, como lo demuestran por ejemplo las aberraciones «mágicas» que se practican aún en determinados lugares, como la francesa de la «mano de gloria», cuya efectividad —aparte su aberración— es ciertamente dudosa. Entramos, pues, en el terreno resbaladizo en donde termina la magia y empieza la superstición: hay que ir con cuidado para no pisar en falso...

La magia y el hombre

¿Y cuál es, dentro del contexto general, hasta aquí descrito, el papel del hombre? Hay que señalar aquí que el hombre es en realidad otro universo... un universo en miniatura, en correspondencia total con los otros universos. Dentro de este universo particular, hemos hablado ya de ello, hay que distinguir tres planos distintos: el físico, el astral y el espiritual, con todas sus correspondencias y analogías que van de uno a los otros dos.

Y tenemos en esta trinidad la segunda gran finalidad que persigue la Magia... la esencia de lo que se ha dado en llamar «Alta Magia». La Alta Magia es la sublimación de toda la Magia, es el fin último que persigue el mago al iniciar su camino. Porque el sublime objetivo, el *fin último* de la Magia, es el de lograr una elevación del espíritu humano, una superación del hombre en sí mismo a través de la adecuada acción del propio mago sobre el plano físico, cuya acción repercutirá naturalmente sobre los otros dos planos, el astral y el espiritual. El objetivo general de la Magia es, pues, alcanzar la perfección. Claro que éste es el fin sublime y último... y por supuesto el más difícil de alcanzar, al que sólo llegan algu-

El cargo "cult"

Todos hemos tenido ocasión de ver las impresionantes imágenes que cerraban la descarnada película de Jacopetti Mondo Cane, *en las que se nos introducía de una manera brutal en uno de los más fascinantes aspectos de la magia primitiva de nuestro tiempo: el cargo cult o culto del cargo.*

El cargo cult es el nombre aplicado a una variedad de creencias nativas que han aparecido en pleno siglo XX en varias partes de la Melanesia. Aunque cada culto particular tiene sus características individuales, la creencia principal se basa en la esperanza de la llegada de cargueros repletos de preciadas mercancías para los nativos. A menudo se cree también que regresarán los muertos, que desaparecerán los europeos, y que todos sus poderes pasarán a los nativos. Para acelerar estos acontecimientos son imitadas muchas de las aparentemente mágicas actividades de los europeos tales como las excavaciones, la erección de másti-

Aunque, a juzgar por esta ilustración, los habitantes de la pequeña ciudad de Bräulingen, en el sudoeste de Alemania, no las tomen muy en serio, especialmente en los locos días del carnaval, las brujas fueron en los siglos de la Edad Media algo muy real para el mundo de Occidente. E incluso, aunque ni ellos mismos se den cuenta, estas máscaras de Bräulingen están también rindiendo culto a las mismas creencias que profesaban sus antepasados.

nos pocos y perseverantes elegidos. Para llegar a él es preciso antes ascender multitud de peldaños, ir remontando poco a poco la escala de la Magia a través de sus distintos y difíciles niveles.

Dividir la magia

A la hora de clasificar y dividir la Magia, el problema que se nos presenta es también grande. El mundo mágico es algo tan completo, tan extenso, abarca tanto, que es preciso subdividirlo en partes para poder clasificarlo y delimitarlo. Y aquí, como en muchos otros aspectos que iremos viendo más adelante a medida que nos adentremos en el tema, impera también la desorientación. Generalmente, la Magia suele dividirse en *Blanca, Roja* y *Negra;* esta es



la subdivisión que más frecuentemente hemos visto en los libros, y no podemos negar que tiene su razón de ser. La Magia Blanca, según esta división, es aquella Magia —que podríamos clasificar como «limpia»— que utilizamos para unos fines que normalmente se hallan dentro del orden de las cosas: fines honestos, legales, beneficiosos. Dentro de esta clasificación de Magia Blanca cabe incluir las invocaciones para provocar la lluvia, toda la magia de la fertilidad, la magia curativa... También debe incluirse en ella toda la magia adivinatoria, la que sirve para probar la fidelidad de una mujer o la inocencia de un reo... Esta magia utiliza para actuar únicamente las fuerzas de la naturaleza, maleándolas y transformándolas. Es pues, decididamente, una magia «limpia».

La Magia Roja, en cambio, es una magia más «egoísta». Busca, para su desarrollo, la alianza de otras fuerzas menos recomendables que las naturales de la Magia Blanca: los espíritus. Así pues, la Magia Roja es una magia más evolucionada, más «civilizada» podríamos decir, que no empieza a aparecer hasta el medioevo, cuando la religión crea en torno al hombre toda una demonología... una demonología que el hombre se apresurará a aprovechar. Los protagonistas de la Magia Roja son los espíritus, los genios, los gnomos, los silfos, los demonios... todo ello a través de una jerarquía de personajes y valores que se incia con Adonay, el Angel de la Luz, para los espíritus buenos, y con Lucifer, el Emperador de las Tinieblas, para los espíritus malos, a los cuales



Cabeza reducida de la tribu de los indios mundurucu, del río Trapecio, en América del Sur.

sigue toda una cohorte de espíritus y demonios de mayor o menor categoría, debidamente ordenados y clasificados según su importancia y cometido específico.

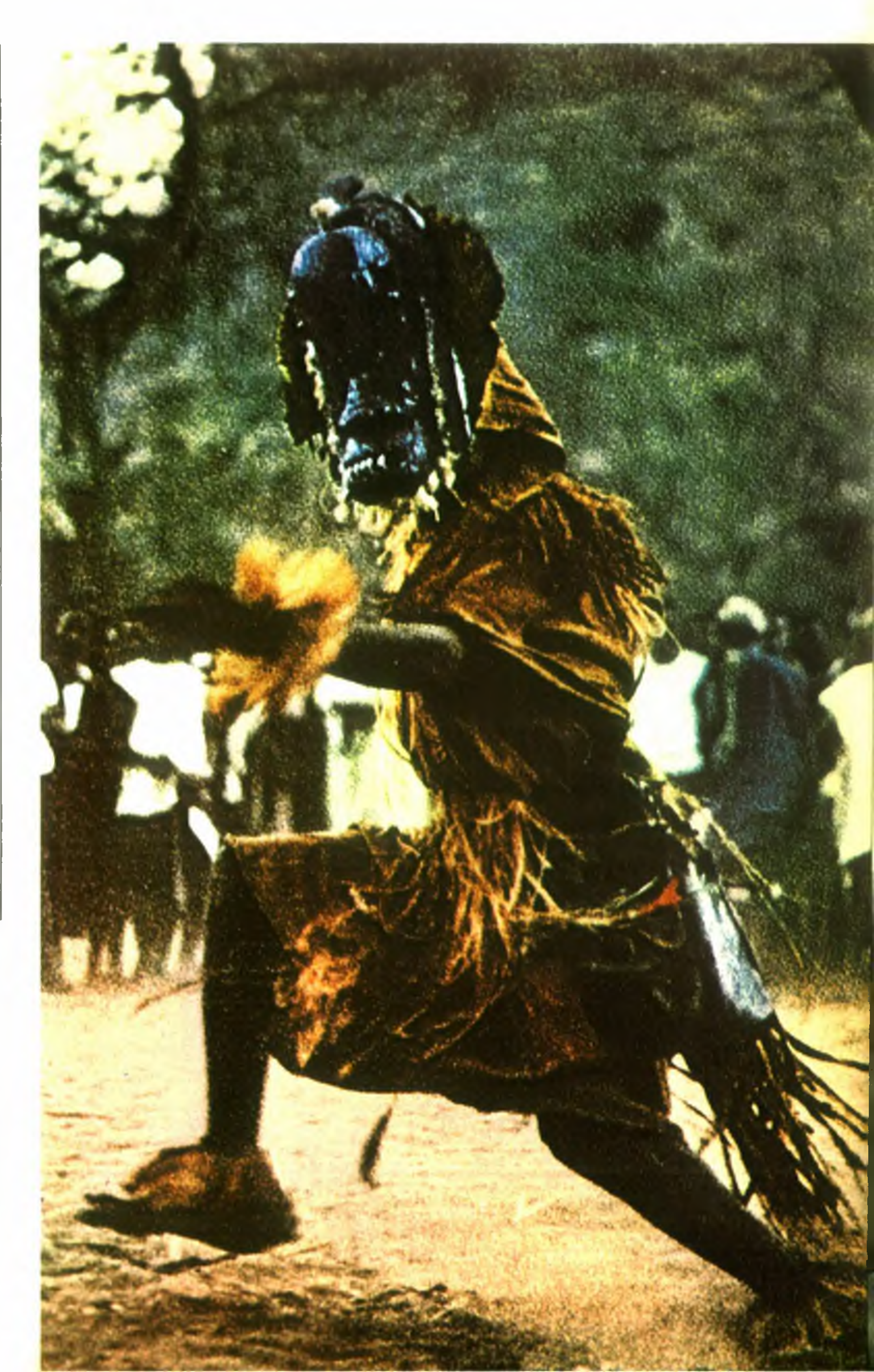
La Magia Negra, finalmente, surge como una reacción a la primera gran represión de la Magia a manos, tanto de la iglesia católica, como de los gobiernos de los respectivos países donde se produjo. La Magia Negra es la más execrable de todas las magias, cuyo único protagonista es Satanás, el príncipe de todos los demonios, y cuyo principal objetivo es realizar un pacto con él para conseguir los más inconfesables objetivos.

Esta clasificación de la Magia en Blanca, Roja y Negra peca, sin embargo, por superficial, ya que no engloba en ella a todas las distintas finalidades de la magia, sino solamente los medios, y las Magias Roja y Negra no son en realidad subdivisiones de la Magia, sino más bien ramas de la misma surgidas en el momento en que la coyuntura histórica imperante las hizo necesarias.

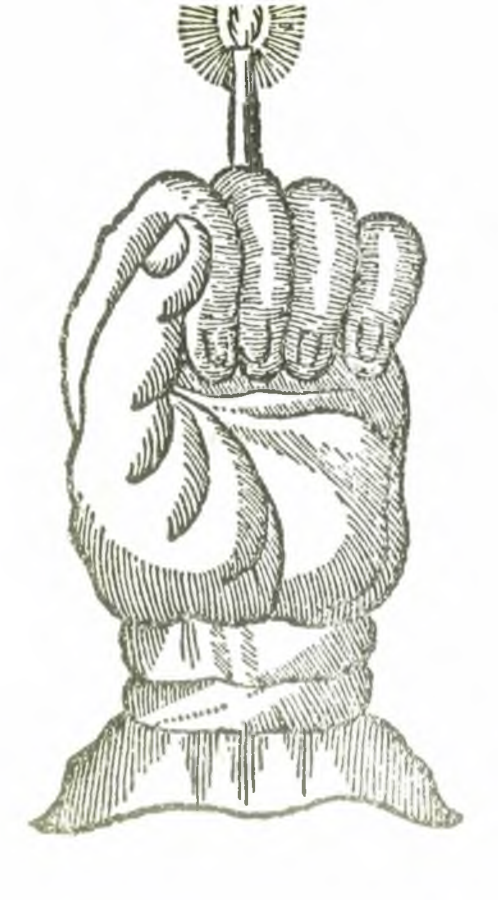
Otra división de la Magia también muy difundida es la que nos la separa en dos partes: la Magia Analógica y la Contagiosa, según se actúe usando la ley de correspondencias (magia simbólica) o un contacto. Como ejemplos de ambas Magias citaremos: para la magia analógica, todos los hechizos para provocar la fertilidad o la lluvia; para la magia contagiosa, todos los filtros, pociones, hechizos

les para banderas y, a menudo, la construcción de muelles para los barcos o de pistas de aterrizaje para los aviones. También se construyen reproducciones de aviones «hembra», de brillantes y atractivos colores, con la esperanza de atraer así a los aviones «macho» que cruzan el cielo. En alguno de estos cultos se tiende a un retorno a las antiguas prácticas tribales abandonadas,mientras que en otro se desechan, así como las labores agrícolas, el trabajar para los extranjeros y demás actividades productivas.

Aunque varían en su contenido específico, los cultos del cargo constituyen una respuesta similar a las condiciones en que se han hallado, en este siglo, los melanesios. Éstos se hallan enfrentados con un fuerte grupo, cuyo poder se basa en factores que no pueden ser duplicados o comprendidos por los nativos: armas, teléfonos, suministros de la metrópoli, etc. Las creencias tradicionales, las prácticas y su tecnología, no han proporcionado a los nativos estos factores de poder. Por ello, se impone una revisión de las creencias y prácticas. Y sin embargo, también se da una resistencia contra el poder de los europeos y una falta de habilidad para adquirir este poder por medios políticos y a través de la educación. Los cultos del cargo son así un esfuerzo para obtener unos recursos espirituales con los que enfrentarse a la crisis de una sociedad en transición.



Los rituales mágicos vienen acompañados en numerosas ocasiones por danzas. Este bailarín de la tribu idiéli representa al cazador en busca de una presa invisible. Las danzas para propiciar la caza han sido un patrimonio común del hombre prehistórico y del primitivo de nuestros días.



La "mano de gloria"

«Subsisten todavía actualmente viejas recetas pertenecientes a la Magia Negra. La más curiosa tal vez sea la de la «mano de gloria»: se coge una mano de ahorcado, se envuelve en una tela blanca, apretándola bien para hacerle echar toda la sangre que no estuviese aún coagulada; se mete durante unos quince días en un puchero de barro con sal o salitre, cimate y pimienta, todo ello cuidadosamente pulverizado. Después se expone al sol hasta que esté completamente seca o, si el sol no es lo bastante fuerte, se introduce en un horno calentado con helecho y verbena. Se prepara después, con grasa de ahorcado, cera virgen y sésamo, una vela, que se coloca en la mano de gloria como en un candelero. Por todas partes por donde se entre con este maravilloso instrumento, si se ha tenido la precaución de encenderlo, las gentes que se encuentren en él quedarán inmóviles como muertos... lo cual es muy cómodo para los criminales.

Las gentes prudentes pueden sin embargo fabricarse un arma contra la mano de gloria: hay que preparar durante la canícula un ungüento con hiel de gato negro, grasa de gallina blanca y sangre de lechuza, teniendo la precaución de untar todas las noches el umbral de la casa, con lo que los ladrones no podrán entrar en ella».

(L. de Gérin-Ricard, Histoire de l'Occultisme)

sobre prendas, cabellos o uñas de una persona...

La Magia Analógica es llamada también imitativa u homeopática, ya que actúa a través de la repetición o imitación de ciertos actos, ritos y condiciones, del mismo modo como lo efectuaban los hombres primitivos cuando, para obtener éxito en la caza, se cubrían el cuerpo con pieles del animal que deseaban cazar para conseguir así su misma fuerza, agilidad o astucia.

Otra división de la Magia nos la clasifica desde otro punto de vista en Positiva y Negativa. La Magia Positiva es aquella que, al actuar, hace un bien: por ejemplo, el curar a una persona transmitiendo su enfermedad a un animal o a una planta, o recogiéndola en un amuleto que después deberá ser arrojado. La Magia Negativa, por el contrario, es aquella que trae implícita una prohibición, cuyo incumplimiento es automáticamente castigado. En ella entran todos los tabús, cuya transgresión supone inmediatamente el castigo del infractor, sin más actuación que el poder automático del propio acto mágico.

Las tres ramas de la magia

Sin embargo, ninguna de estas divisiones citadas es completa, ya que en todas ellas quedan lagunas que es preciso ir cubriendo bien que mal. Nosotros, por nuestra parte, preferimos otro tipo de división, menos divulgada tal vez, pero indudablemente mucho más precisa que las anteriores: aquella que divide a la Magia en Adivinatoria, Ceremonial y Teúrgica.

Creemos que no hace falta explicar demasiado qué entra dentro de estos términos, pero sí sea tal vez conveniente examinar sus alcances. En esta división, la Magia se separa en tres grandes ramas, que se caracterizan por los medios que emplea, por las características del acto mágico a realizar y por los fines que busca. Y así la Magia Adivinatoria es aquella por la cual *preguntamos* y obtenemos una respuesta: es la geomancia, la astrología, la cartomancia... La Magia Ceremonial, por su parte, es la que engloba dentro de sí al acto mágico propiamente dicho: es aquella por la cual *ordenamos* y esperamos conseguir unos resultados. Es pues una magia perentoria, y constituye en realidad la base de toda la magia como tal fenómeno mágico: la hechicería, la alquimia... La Magia Teúrgica, finalmente, que podríamos definir también como «magia religiosa» (y aquí empleamos la palabra «religiosa» en un sentido distinto al habitual), es aquella última por la cual *pedimos...*

Preguntar, ordenar, pedir: he aquí las tres bases sobre las que se asienta toda la Magia. Naturalmente, estas tres grandes ramas se bifurcan después en otras muchas ramas más pequeñas, ramas secundarias y ramillas, que terminan desmenuzando el fenómeno Magia en fragmentos minúsculos. Pero, ¿vale la pena hacer este desmenuzamiento aquí? Creemos que no; más adelante ya irán surgiendo, a medida que nos vayamos adentrando por los diversos caminos de la Magia. Entonces será el momento de hablar de ellos...



¿Qué es esoterismo?

Si buscamos en un diccionario, hallaremos que esotérico es todo lo oculto, lo reservado, lo contrario de exotérico. Pero es muy posible que, tras esa consulta, persistan nuestras dudas sobre el alcance real de esta palabra. Pauwels y Bergier, los autores franceses del discutido libro El retorno de los brujos, *son quienes han dado en nuestros días una nueva vida a este término que hace algunos años tan sólo era empleado por algún que otro erudito. Para ellos, esotérico es una palabra que señala todo aquello que se acumula en los estantes más ocultos de las bibliotecas, lo «maldito», aquello que nuestra ciencia oficial duda en admitir o rechazar de plano, lo que muy pocas veces es pronunciado en voz alta.*

Esotérico es todo aquello para lo que, según la filosofía cartesiana, no hay lugar en nuestro universo racional.

La magia ha tenido un gran maestro: Satanás. El Demonio, bajo las mil invocaciones con las que se ha conocido a lo largo de su inmortal vida, ha sido el Dueño del Mal, Gran Sacerdote del Sabbat, parte contractual en los tratos demoníacos y amigo de todos aquellos para los que la magia ha representado una forma de obtener unos resultados sin preocuparse de los medios. Eugène Delacroix, en una de las representaciones más conseguidas, nos trae aquí a Mefistófeles, al que también llamó el Señor del Sabbat.

Y finalmente: ¿qué es la Magia?

Estamos llegando ya al final de esta rápida visión de conjunto sobre lo que es la Magia y la esencia del fenómeno mágico... y aún no hemos dicho ni una sola vez, a lo largo de todas estas páginas, *qué es* la Magia. En realidad, nos hemos limitado tan sólo a dar una visión de conjunto de la naturaleza del *fenómeno mágico*, sentando las dos bases primordiales en que se apoya: *a*), una correspondencia entre todos los elementos del universo; y *b*), en su forma más elevada, una acción del mismo mago sobre el experimentador. Hemos visto también cuales son los diversos peldaños que ascienden a través de los Reinos de la Magia, desde el acto mágico más sencillo, que actúa sobre las cosas que nos rodean, hasta el más elevado, que actúa sobre nosotros mismos, y sus derivaciones de lo que podríamos llamar «magias aberrantes»: las Magias Negra y Roja. Hemos visto... hemos visto que el fenómeno Magia es algo mucho más complejo de lo que parecería a simple vista, y que será preciso desmenuzarlo bien para llegar hasta su fondo.

Pero volvamos nuevamente al principio. Preguntábamos: ¿qué es la Magia? Lo más lógico sería, naturalmente, dar aquí una definición. Pero la lógica nos enseña también que las definiciones, en general, sirven de muy poco. Por otro lado, la Magia es algo tan complejo, tan oscuro y tan tortuoso en sus muchos vericuetos que es difícil el hallar una definición que sea a la vez clara, completa y real. La razón la tenemos en un examen de todos los libros que tratan sobre la Magia: encontraremos en ellos cien o doscientas definiciones de Magia... y todas ellas distintas entre sí. ¿Qué hacer? ¿Buscar la que creamos más apropiada? ¿Elegir al azar? ¿O construir una nueva definición por nosotros mismos?

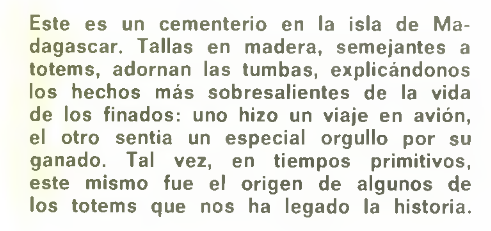
Antes de hacer esto, veamos algunas de las definiciones más simples que se han dado de Magia. La más sencilla la encontraremos, naturalmente, en cualquier diccionario. «La magia —nos dirá el diccionario— es el arte que pretende producir, mediante ciertas prácticas, efectos contrarios a las leyes naturales.» Realmente, es una definición incorrecta y pobre. Otra definición, atendiendo a la clasificación de la Magia en Blanca, Roja y Negra, nos dice: «Es la ciencia o arte (esta ciencia o arte, es otra duda a soslayar) que enseña a realizar cosas extraordinarias y admirables con la ayuda de seres naturales o de fuerzas secretas de la Naturaleza.» Una definición más escueta —y mucho más inexacta—





Goya es el gran maestro que nos dio los retratos de una corte española y de una terrible Guerra de la Independencia. Pero también fue suya la pluma de los «Caprichos», esbozos mordaces, irónicos, amargamente descriptivos en muchas ocasiones, y que no olvidaron uno de los temas favoritos de sus dias: la brujeria.





Este es un cementerio en la isla de Madagascar. Tallas en madera, semejantes a totems, adornan las tumbas, explicándonos los hechos más sobresalientes de la vida de los finados: uno hizo un viaje en avión, el otro sentia un especial orgullo por su ganado. Tal vez, en tiempos primitivos, este mismo fue el origen de algunos de los totems que nos ha legado la historia.

nos señalará por su parte que es «el arte de efectuar prodigios por medio de sortilegios».

Nos encontramos, pues, con todas estas definiciones, que además de pecar de simplistas en su exposición *ven* únicamente el aspecto exterior de la Magia, su envoltura, su cascarón, sin penetrar en ningún momento en su interior.

Algunos autores versados en temas sobre Magia (Papus, Eliphas Levi, etc.) intentan interiorizar en sus definiciones el contexto de la palabra Magia, con lo que sus definiciones se alambican, se convierten, ellas también, en tan mágicas y esotéricas como la propia Magia, hasta tal punto que son comprensibles únicamente para los iniciados.

¿Es posible una definición exacta, real y asequible de la Magia? Indudablemente sí... aunque es difícil. Difícil, principalmente, por la necesidad de que esta definición sea también *completa*.

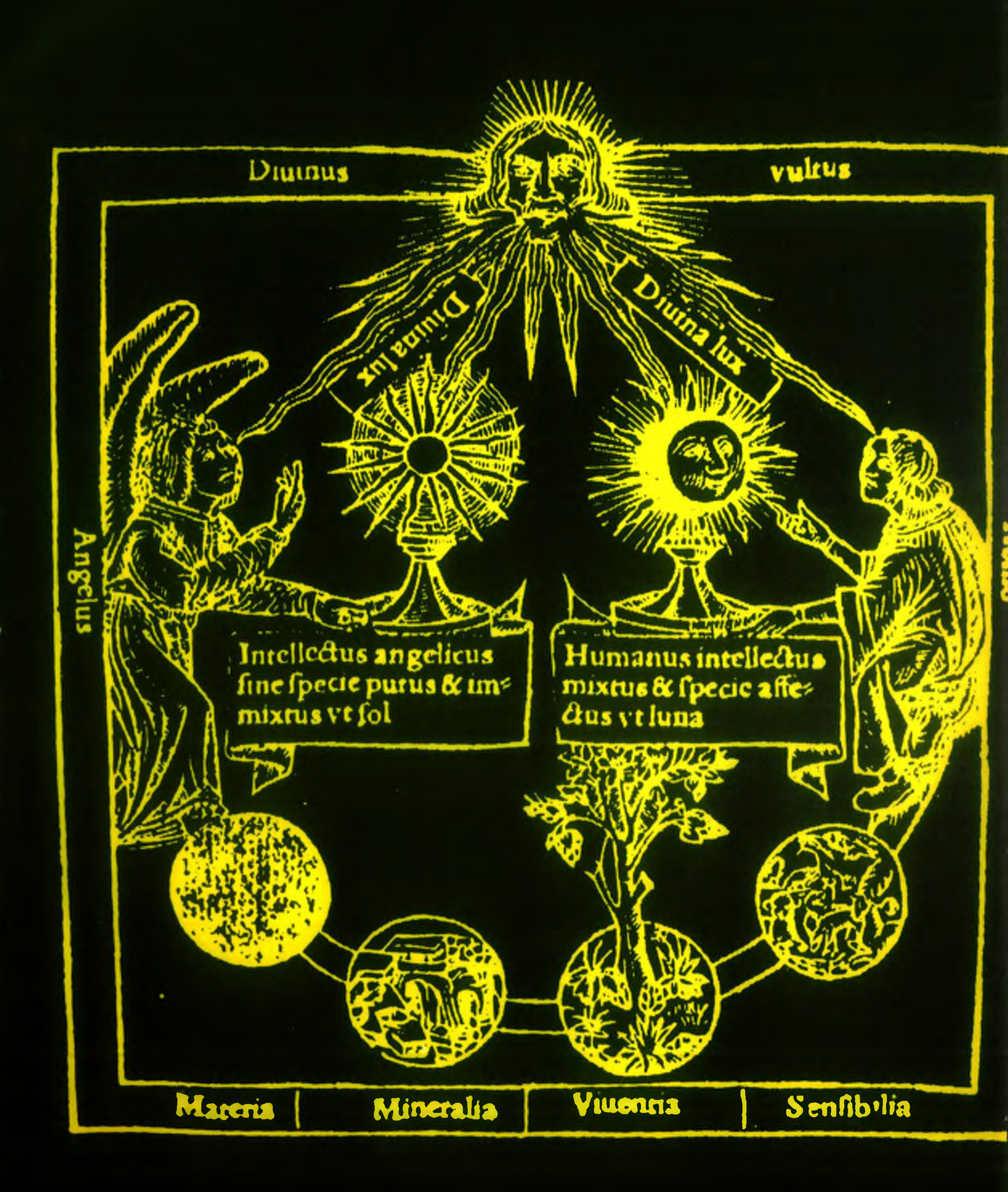
Es por ello precisamente, porque la Magia es algo demasiado grande para abarcarlo totalmente dentro de una definición, que creemos que el mejor intento de definición posible que puede darse sobre la Magia es aquel que busque no sintetizar la naturaleza del acto mágico, sino que tome para centrarlo la base misma en que se halla sustentada toda la Magia, esa base de la que ya hemos hablado repetidas veces.

Así, apartando de nosotros todo espíritu dogmático, buscando solamente la claridad y la síntesis, nos atreveríamos a proponer la definición que califica a la Magia como: «el conjunto de las doctrinas y prácticas fundadas en la teoría de que el universo se compone de cierto número de Reinos análogos, cuyos elementos respectivos se corresponden uno a uno, y de una manera necesaria e intencional».

¿Una definición poco explícita? ¿Poco ortodoxa tal vez? Sí, quizá. Pero creemos que es la única que puede englobar, en su contexto, a todo el conjunto del Ocultismo o, como hemos quedado en llamarlo, de la Magia.

Lo demás, el desarrollo de todo esto, vendrá luego. A continuación. Inmediatamente. Ahora.

Historia de la magia





2 La Magia

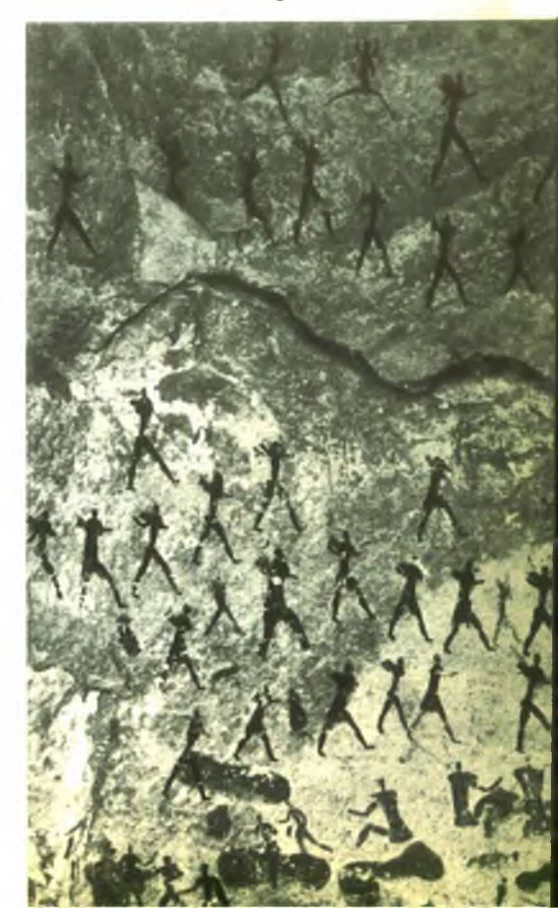
Como la obtención de alimentos era de vital importancia para el hombre primitivo, es natural que la magia de la caza fuera una de las más desarrolladas cuando sólo la caza podia subvenir a esta necesidad. Así nos lo prueba la profusión de dibujos rupestres que nos muestran escenas de caza, como este de la «Cova dels Cavalls» en Valltorta, de la provincia de Castellón de la Plana (España).

Si la Magia es el exponente de la eterna lucha entre el hombre y lo Desconocido; si la Magia es el inicio de lo que más tarde se convertirá en Religión; si la Magia es el camino a través del cual el hombre busca su propia realización; si la Magia es el modo de completar una comunión entre el hombre y todo lo que le rodea a través de este mismo hombre... entonces nada tiene de extraordinario que el nacimiento de la Magia se halle fuertemente ligado al propio nacimiento de la Humanidad.

Porque encontramos Magia ya en el momento mismo en el que el primer *homo sapiens* irguió por primera vez su aún vacilante tronco sobre sus inseguras patas traseras, alzó la vista, miró a Todo Lo Desconocido que le rodeaba, y tembló.

Para el hombre primitivo la magia debió de ser, indudablemente, «todo lo que no puede ser comprendido, tocado o analizado». Es por eso por lo que había magia en el sol que se levantaba cada día tras el mar o las montañas, para cruzar majestuosamente el cielo y ocultarse después al otro lado del horizonte; magia en la oscuridad y misterio de la noche, en la cambiante luna cuyo argentado disco crecía hasta convertirse en una redonda faz y decrecía luego hasta desaparecer; magia en el agua que caía del cielo, en los relámpagos que lo fustigaban, en el ensordecedor trueno que retumbaba en los oídos; magia en el olor de la tierra empapada de agua, en el germinar de las plantas, en el luminoso arco iris que aparecía cuando se secaba el cielo, anunciando con sus brillantes colores: «Levantaos, dejad de temblar; el espiritu del mal se ha ido ya.»

Lo Desconocido puede ser bueno o malo. De ahí que, desde el principio de los tiempos, surgieran dos tipos distintos y antagónicos de Magia: la magia bienhechora, la que ayudaba a los hombres y les permitía vivir mejor en sus precarias condiciones de subsistencia, y la magia maléfica, que les azuzaba y causaba las temibles e incontrolables catástrofes. Magia buena como la de la lluvia que en verano hace crecer las plantas, magia mala como la de los torrenciaciales aguaceros que lo anegaban todo; magia buena como el sol que lo hacía todo claro, visible y esplendoroso; magia mala como la oscuridad de la noche donde acechaban las fieras; magia buena como la pureza cristalina del aire en un día de verano, magia mala como



Los cazadores desfilan. Algunos de ellos llevan carcajes con flechas, otros se hallan sentados junto a las piezas cobradas. En esta imagen que decora una pared rocosa del desfiladero de Sani, en Sudáfrica, casi nos parece ver un precedente de esas escenas multitudinarias a las que tan aficionado es un estilo cinematográfico de nuestros días.



Stonehenge: el lugar sagrado de la llanura de Salisbury, Inglaterra, que fue uno de los centros neurálgicos de la civilización megalitica que se extendió por toda Europa. En este lugar, en amaneceres como este, del primer dia de verano, los druidas, misteriosos sacerdotes de un culto secreto, celebraban sus sacrificios, que sólo terminaron ante la implacable persecución del invasor romano.

La cueva de Altamira

El descubrimiento de la cueva de Altamira se debió a una verdadera casualidad. Ocurrió en 1868, cuando un cazador que se hallaba en la loma de Altamira vio como su perro se introducía, en persecución de un zorro, tras un matorral. Intrigado por su tardanza, se acercó, y pudo ver como su animal habia quedado atrapado en una grieta. Al apartar piedras para liberarlo, se halló con una entrada que daba a una cueva.

No le concedió demasiada importancia al hecho, ya que por los contornos habia numerosas cuevas. Sin embargo, en 1875, Marcelino S. de Santuola, hombre erudito que pasaba sus veranos en el próximo pueblo de Puente San Miguel, decidió reconocerla por si habia en ella algo interesante.

la rojiza y asfixiante atmósfera de un incendio que lo arrasaba todo.

El hombre, apenas salido de su irracional cascarón, oculto, tembloroso en lo hondo del precario refugio de su cueva, ve todos estos fenómenos incomprensibles, y se estremece. Más tarde aprenderá a dominar y a controlar alguno de estos fenómenos; entonces, y ante la ausencia de fundamentos racionales que le permitan comprender el porqué de este dominio, creerá que ha aprendido a dominar la *magia* de estos elementos, y los detentadores de este dominio se convertirán en magos. Pero ahora aún es demasiado pronto. El hombre recién acaba de nacer y, minúsculo en su pequeñez, se limitará a dividir el mundo en dos partes, y creerá en sus primeros dioses: los dioses buenos y los dioses malos. E intentará ganar los favores de los dioses buenos ofreciéndoles sus sacrificios para que le protejan de los dioses malos. Y nacerá así, junto con el hombre, un oscuro sentimiento que lo acompañará a lo largo de toda la historia: el de la consciencia de lo Sobrenatural, el conocimiento de que hay algo más allá de lo que perciben nuestros sentidos.

La Magia Madre

Al hablar de Magia, deberemos hacer constantemente numerosas y categóricas distinciones. Con su evolución, la Magia, como todos los fenómenos que acompañan al hombre en su devenir, ha sufrido multitud de cambios y transformaciones. Para muchos autores, la Magia no empieza más que con el Pueblo Escogido y las antiguas tradiciones hebraicas. La magia egipcia, la magia caldea, la magia oriental, son «otra cosa», meros preámbulos.

Se olvida así que el Hombre es Uno en su historia, y que es precisamente en los más lejanos tiempos de los inicios de nuestra actual civilización que se sentaron los fundamentos de lo que, aún hoy, constituyen las principales características de lo que nos rodea. Costumbres y ritos que hoy realizamos casi maquinalmente, tienen su asiento en las tradiciones de antiguas costumbres y ritos mantenidas de generación en generación. En realidad, toda nuestra cultura —aunque la frase, dicha así, parezca un poco atrevida— se sustenta en lo que los primeros hombres prehistóricos *inventaron* para nosotros, tanto física como mental y espiritualmente, después de haber pasado por el espeso tamiz de mil refinamientos y transformaciones.

Nuestros actos cotidianos, nuestra vida social, nuestros hábitos, nuestras religiones, no son más





Unas ligeras excavaciones dieron como resultado el hallazgo de huesos de animales y silex tallado. Luego, en el invierno, de vuelta a Madrid, su amigo Juan Vilanova, uno de los más notables prehistoriadores de la época, lo animaba cada vez a proseguir con sus trabajos.

Y fue así que, en verano de 1879, penetró de nuevo en la cueva, esta vez acompañado de su hija Maria, por aquel entonces de doce años de edad. Fue ésta la que, llevada por su infantil curiosidad, comenzó a husmear por los rincones mientras su padre escarbaba la tierra, y exclamó, al mirar hacia el techo:

—Mira, papá: toros pintados...

Acababan de ser descubiertas las más famosas pinturas del arte mágico rupestre universal, aunque serian necesarios muchos años de investigaciones y controversias antes de que la ciencia terminara reconociendo que aquél era uno de los descubrimientos más sensacionales de toda la Arqueología.

que la transposición, a nivel de «hombre civilizado», de las antiguas costumbres y ritos de nuestros Primeros Padres. Volvemos, así, a los orígenes. Y, en los orígenes, hubo la Magia...

La magia de las cuevas y del hacha de sílex

Es dificil, tanto para el antropólogo como para el historiador, reconstruir completamente el habitat de los primeros pobladores de nuestro planeta. Carentes de escritura a través de la cual legarnos su aún incipiente saber, sólo nos quedan de ellos las huellas de sus rudimentarios instrumentos... y sus pinturas.

Y es ahí precisamente, en sus pinturas, donde hallamos la huella más maravillosa de su mágica fe. Muchos antropólogos se han preguntado cómo unos seres tan ignorantes como los primeros pobladores de nuestro globo, inmersos en un mundo que les era desconocido, inhóspito y hostil, en una



Tassili-n-Ajjer, en el Sahara, se ha convertido en una de las principales «galerías» del arte rupestre en el mundo, desplazando a las cuevas pirenaicas o del levante mediterráneo. Estas misteriosas figuras, de gran tamaño, representan para muchos a seres venidos de extraños mundos, mientras que para otros son los primitivos habitantes del lugar entregados a prácticas mágicas. Como en tantos otros casos, las piedras siguen guardando un secreto para nosotros inviolable.



Las costumbres funerarias de la mayor parte de los pueblos se asemejan tanto entre sí que casi nos inclinan a creer en la existencia de un legado común a toda la humanidad en lo que a este aspecto se refiere.

lucha constante por sobrevivir, pudieron llegar a crear, con los escasos elementos de que disponían, unas obras tan auténticas que aún hoy no pueden ser superadas. La respuesta sólo puede llegar a través de una palabra: la Magia. Los primeros habitantes de nuestro planeta desconocían el arte, lo ignoraban todo del mundo que les rodeaba. Pero estaban condicionados por dos factores determinantes de suma importancia; vivían en un mundo hostil e incomprensible... y debían sobrevivir.

Estos dos factores empujaron evidentemente al hombre primitivo hacia una magia funcionalista, eminentemente práctica: la magia de la supervivencia, la magia de la caza y de la pesca. El hombre primitivo, débil, en inferioridad de condiciones ante el mundo, debía enfrentarse a animales más ágiles, más fuertes, más veloces, más agresivos... y vencerlos. Sus armas: hachas, lanzas, flechas. Un escaso arsenal. Ante esta perspectiva, el hombre primitivo sólo tenía una salida: acudir a lo sobrenatural, buscar la ayuda de los dioses buenos, intentar superar mágicamente sus deficiencias, intentar *engañar* a la caza... vencerla fuera como fuese.

Así nació la magia del hacha de sílex... y esto es lo que nos muestran las innumerables pinturas rupestres esparcidas por todo el mundo. En todas ellas, el hombre primitivo *vence* al animal. ¿Es esto la copia de una realidad, la plasmación de un deseo secreto... o una invocación? En la gruta des Trois-Frères, por ejemplo, en Francia, los cazadores van disfrazados con las pieles de los animales que van a cazar. ¿Mimetismo, creencia de que, disfrazado con la piel del animal, el cazador podrá acercarse al rebaño sin ser apercibido? En Mège, también en Francia, los cazadores, además de ir revestidos con las pieles de los animales que desean cazar, son representados entregados a una danza mágica. He aquí dos constantes mágicas que se repetirán en todas las civilizaciones y a todo lo largo de la historia de la Tierra: *mimetismo, danza*. El cazador se entrega a sus invocaciones esperando que, mágicamente, la piel del animal que lleva encima le transmita sus poderes, le haga tan fuerte, tan ágil, tan veloz, tan astuto, como el animal que desea cazar.

Gran número de las pinturas rupestres esparcidas por todo el mundo, prodigios de esquematismo y de realismo a la vez, nos muestran, en sus balbuceantes inicios, los fundamentos de lo que serán más tarde los oráculos, las adivinaciones, las invocaciones. Las paredes de las cuevas están repletas de escenas de cacería,

Medio hombre, medio animal, este «mago» pintado en la rocosa pared de la cueva des Trois Frères, en los Pirineos franceses, representa el primer retrato conocido de un hombre.

La magia como defensa

En una forma vaga e inconcreta, pero no por ello menos apremiante para él, el hombre primitivo reconoce instintivamente la existencia de un plano astral en los reinos animado e inanimado, e intenta congraciarse —o al menos no enemistarse— con sus moradores. J. G. Frazer nos relata al respecto un curiosísimo caso:

«Cuando un indio de la tribu Teton está de viaje y se encuentra en su camino con una araña gris o con una araña de patas amarillas, la mata, porque de no hacerlo algo malo caería sobre él. Pero toma buen cuidado de no dejar que la araña se entere de que ha sido él quien la ha matado, puesto que, si la araña lo supiese, su alma iría a contárselo a las otras arañas, y con toda seguridad alguna de ellas lograría vengar la muerte de su semejante. Así que, cuando aplasta al insecto, el indio dice: «¡Oh, Abuela Araña, los seres del Trueno te matan!». Y la araña es aplastada de inmediato y cree lo que se le ha dicho. Indudablemente su alma correrá a decirles a las otras arañas que los seres del Trueno la han matado. Pero no hay ningún mal en ello. Porque, ¿qué pueden hacerles las arañas grises o de patas amarillas a los seres del Trueno?»

de hombres persiguiendo con sus flechas y lanzas a los animales, de animales acribillados, tendidos en el suelo, muertos. ¿Escenas de una cacería ya pasada, o augurios para la cacería que va a comenzar? ¿Ex-votos mágicos realizados *después* de la cacería, o rogativas pintadas *antes* para pedir a los dioses propicios la fortuna en la azarosa empresa que va a comenzar?

Muchos otros dibujos muestran, sobre la silueta de los animales, más que flechas y lanzas (símbolo de muerte) la huella de unas manos sobrepuestas a las figuras (símbolo de posesión). Aquí, la magia ya se hace más refinada, y nos hallamos en los inicios de un rito muy practicado más adelante: la «imposición de las manos» como símbolo de posesión: el hecho de situar el hechicero su mano sobre la figura pintada del animal indica su deseo de poseerlo; el animal pasa así a manos del cazador, es ya su presa. La caza será un éxito.

La magia de la vida y de la muerte

En el seno de un mundo incomprensible, todo lo desconocido es mágico: la vida, la muerte... Un hombre nace, vive, crece, y después, de pronto, en un determinado momento de su existencia, muere. ¿Por qué? ¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué de pronto un cuerpo en cuyo interior alentaba hasta entonces una vida queda imprevisiblemente inerte, y se pudre si es abandonado? ¿A dónde va el fluido



que anidaba antes en él?

Así, fruto de la curiosidad y del misterio, nace en las civilizaciones primitivas el primer signo de racionalización: el culto a los muertos. Muchos antropólogos afirman que la civilización propiamente dicha empezó el día en que el hombre aprendió a enterrar a sus muertos: los primeros cementerios muestran simultáneamente los primeros indicios de una cultura evolucionada. Podemos admitir esto. Pero ahora debemos preguntarnos: hasta entonces, ¿qué hacía el hombre primitivo con sus muertos? ¿Los abandonaba... o simplemente se los comía?

Porque tal vez tengamos aquí una posible explicación a uno de los actos más bárbaros e incomprensibles de la primitiva historia humana: la antropofagia. ¿Qué pla-



Las cuevas de los antepasados en la isla de Pascua, morada de los Aku-Aku. **(Kon-Tiki Museum, Oslo).**

cer puede sentir un ser humano devorando a otro ser humano? ¿Acaso un placer... místico?

El análisis de las costumbres de algunas tribus antropófagas existentes aún hoy en día tal vez pueda darnos una clave a este respecto. En muchas tribus es prerrogativa del guerrero vencedor el devorar al guerrero vencido, ya que es creencia el que todas las virtudes del muerto pasarán así a su cuerpo. No se trata, pues, de ningún motivo fisiológico; existe, por el contrario, más simbolismo que necesidad. En algunas tribus, esta antropofagia se centra únicamente en algunos órganos determinados y característicos del vencido: el corazón, los testículos. Es el modo de hacer que perduren en el comensal las virtudes que poseía el comido: «Tú estás en mi interior; luego estás en mí; luego tú eres yo.»

Nada nos permite afirmar que este no fuera, allá en los remotos tiempos del inicio de nuestra historia, el principio de una de las costumbres más atroces pero al mis-



La bendición de las lanzas es esencial para estos guerreros napore del norte de Uganda. Ninguno de ellos se atrevería a iniciar una cacería sin haber aplacado antes a los espíritus en esta forma. Tras la ceremonia, los guerreros podrán ya lanzarse a la espesura en busca del antílope.

Los ritos mortuorios son una de las más importantes entre las ceremonias mágicas que acompañan al hombre desde su principio hasta su fin. Y es el fin de un nuba, miembro de esta tribu africana del Sudán, lo que lleva a sus amigos a preparar el enterramiento que vemos en la foto. Un estrecho embudo conduce a una cámara mortuoria en la que el cadáver será colocado, mirando hacia el Este, según un eje que va de Norte a Sur. Sobre el conducto será colocado luego una gran losa, cubierta más tarde por tierra, en la que serán clavadas las lanzas del difunto y sobre la que depositarán calabazas con alimentos para el uso del finado, ya que es creencia común de los nubas que la muerte no es sino un paso a una vida posterior, vida en la que el hombre tiene las mismas necesidades que en esta.

mo tiempo más universales del amanecer de la Humanidad. Luego, tal vez, a medida que iba avanzando la civilización, los hombres se dieran cuenta de que *no era necesario* devorar a sus muertos para que estos permanecieran junto a ellos en la tribu...

Y existe otro factor determinante del inicio del culto a los muertos. Un cadáver abandonado al aire libre, al cabo de pocos días, hiede. Si la situación persiste, la putrefacción del cadáver puede traer consecuencias más graves: enfermedades, epidemias. Los primitivos no sabían nada de patología. Para ellos, las enfermedades, las infecciones, las epidemias que ocurrían después de una muerte no eran más que *la venganza del muerto*. El muerto estaba irritado porque se le abandonaba, y tomaba represalias. Luego, era preciso cuidar a los muertos.

Ahí tenemos el inicio de un culto que llega hasta nuestros días. Al principio, los muertos no eran enterrados (la práctica del enterramiento es posterior) sino sencillamente *conservados*. Con lo cual nace un nuevo arte: el arte funerario, el arte de cuidar y preservar a los muertos. Desde los más antiguos cementerios prehistóricos hasta el refinamiento de las pirámides egipcias, el arte de momificar a los muertos se convierte en una de las más primorosas tareas de la antigüedad.

Pero el valor mágico de este arte no se halla en el hecho de la momificación del cadáver en sí, sino en todo lo que rodea a esta conservación. Hay que mantener al muerto contento, cómodo... feliz. Por ello son colocados en urnas funerarias más o menos hermosas (sus casas), rodeándolos de ofrendas, de alimentos, de servidores incluso, ya que es creencia popular el que los muertos tienen las mismas necesidades y apetencias que los vivos.

Y el proceso se refina. Si el muerto es abandonado, surge su venganza. Luego, si el muerto es cuidado y atendido solícitamente, su venganza se trocará en agradecimiento, y su agradecimiento en ayuda. Es conveniente, pues, no sólo dejar a los muertos bien cómodos, sino no olvidarles, acudir a visitarlos de tanto en tanto. Nace, aquí, otra creencia religiosa que llegará hasta nuestros días: la de que, no olvidando a nuestros muertos, ellos tampoco nos olvidarán a nosotros y acudirán en nuestra ayuda siempre que se lo pidamos.

Algunas tribus se hacen más refinadas que otras, y el culto a los muertos se transforma no ya en su cuidado, sino en su perenne presencia junto a los vivos. En algunos pueblos de las Nuevas Hébridas, los rostros de los antepasados muertos son tallados en los árboles que circundan el poblado para que estén así siempre presentes en él, y los bosques se convierten en un verdadero muestrario de fetiches. En Nueva Guinea





La creencia de un más allá parece extendida a casi todos los pueblos de la Tierra, aunque rara vez se considera a este más allá como algo puramente espiritual. El muerto va a otro mundo, pero es un mundo similar al nuestro, en el que se siente las mismas necesidades, por lo que hay que proveerle con los utensilios y alimentos que le van a ser necesarios. Esto es lo que los indios karajá, del Brasil, pretenden lograr con estas tinajas llenas de alimentos, que colocan junto a los enterramientos de sus difuntos.

La magia y el lenguaje

Resulta interesante el tratar de imaginar los motivos que llevaron al hombre a realizar los primeros inventos que, por primeros, le debieron resultar los más difíciles. Uno de los más misteriosos que se nos aparecen es el descubrimiento del lenguaje, por su falta de motivación. Es a este respecto que Preuss nos ofrece la siguiente e interesante teoría, que conectaría el descubrimiento del lenguaje a la magia:

«El lenguaje debe su origen a la magia de las tonalidades y de las palabras. La dificultad de averiguar algo sobre los comienzos del habla humana se encuentra en el hecho de que no podemos pensar en ninguna circunstancia que pudiera dar ocasión de vocalizaciones lingüísticas. Tales ocasiones son producto de la educación, posteriores a la existencia del lenguaje: son sus efectos, no sus causas. El lenguaje, tal y como el juego, la danza, las bellas artes, pertenece a las cosas que no provienen en línea directa del desarrollo de la satisfacción instintiva de las necesidades vitales que crean cosas de valor positivo, sino que es el resultado de creencias mágicas, que llevaron al hombre a imitar los ruidos hechos durante el trabajo y otros sonidos naturales, con el fin de obtener resultados.»

y Camerún, se moldea en barro o en madera el rostro de la persona difunta, tras lo cual se recubre éste con piel perteneciente al propio antepasado, puesto que es creencia que así el alma del desaparecido quedará aprisionada en el cráneo y deberá permanecer en la casa de sus descendientes, sirviéndoles de consejero y guía. El ser humano progresa en su dominio de la magia y, de un simple ritual para no atraer las iras del difunto, llega incluso a trabajar para retener, aunque sea a la fuerza, este difunto junto a sí: la magia se hace impetratoria.

Y, en estos fragmentos de la persona del muerto que sus descendientes guardan junto a sí, en este mechón de cabellos, o este cráneo revestido de piel, o incluso el mismo cráneo una vez mondo, nace otro elemento fundamental que acompañará a la Magia a través de todos los tiempos: el amuleto.

Los ritos de la fertilidad

En los primeros tiempos, los objetivos de la magia eran esencialmente prácticos: conseguir una buena caza y una buena pesca, aplacar a los enemigos, mantener el beneplácito de los dioses. Más tarde, cuando el hombre se inicia en las artes de la agricultura, aparece un nuevo tipo de magia altamente especializado: la magia agrícola.

El ciclo agrícola es inmutable: las plantas se secan en invierno, renacen en primavera, florecen y maduran en verano. Pero el ciclo está sometido a multitud de variaciones y catástrofes. Algunos veranos son malos: en unos no llueve, en otros llueve demasiado; se presentan plagas que diezman las cosechas: tormentas, granizo, frío, calor. El hombre primitivo, desconocedor de las leyes que rigen la naturaleza, cree en el poder de los dioses y en la magia de las cosas. Sólo así sabe encontrar ayuda. Y así como los campesinos de muchas regiones del mundo consideradas como civilizadas sacan aún sus santos en procesión para invocarles que les traiga la lluvia, también los hombres primitivos invocaban a sus dioses y a sus poderes para que les concedieran los dones que necesitaban.

De este modo nacen los ritos de la fertilidad, extendidos a través de miles de variantes por todos los pueblos primitivos del mundo. Cada año, al llegar la temporada propicia, se inician los ritos. Hay muchas cosas que pedir: que las semillas crezcan lozanas, que las aves no picoteen el grano, que las plagas de insectos no invadan los campos, que el granizo no arrase el sembrado.

Pero un aspecto de la agricultura reviste un especial interés en los ritos de la fertilidad: la lluvia. La lluvia es el elemento básico que hace crecer y desarrollarse a las plantas... pero también, en exceso, puede destruirlas. Hacer que llueva, invocar a los dioses de la lluvia, pero hacerla cesar en el momento en que ya no es necesaria, requiere un gran número de complicadas ceremonias que, con

Las danzas mágicas pueden ser dirigidas a obtener la lluvia, a conseguir una buena caza, a triunfar sobre los enemigos. También —y este es el presente caso— pueden llevarse a cabo para dar gracias por algo ya conocido, como puede ser una buena cosecha. Esta fotografía, realizada por Hans Schmied, consiguió un premio de la Asociación de Clubs de Fotógrafos Aficionados de Alemania.



infinidad de variaciones, se producen en todas las latitudes.

Los dioses de la fertilidad suelen ser generalmente femeninos, ya que es la mujer la que representa la fecundidad en la especie humana; y las deidades de la fertilidad son representadas perennemente encinta, con el vientre enormemente hinchado, como signo de su poder.

Pero nunca se da algo por nada

Pero sería absurdo pretender que el hombre consiga todo esto sin dar nada a cambio. Nadie da nada sin exigir algo por ello, y los dioses primitivos nunca se han destacado por su desprendimiento. Los dioses siempre han pedido algo a cambio de sus favores... y este algo siempre ha sido lo mejor.

La Biblia nos habla de que los primitivos pobladores de la Tierra sacrificaban a Dios sus mejores animales y quemaban en su altar lo mejor de sus cosechas. Esta es una práctica común: todas las civilizaciones han realizado ofrendas a sus dioses... sólo que la mayor parte de las veces sus dioses eran paganos, y por ello sus ofrendas eran paganas también.

Todo acto mágico es, más que una petición, un trueque. Los bailarines que siguen hasta el final el a menudo agotador ritual de una danza mágica hacen ofrenda de su esfuerzo y su cansancio, de la dedicación que ponen en todo ello, para apoyar su petición. Pero muchas veces esta petición es muy grande: cuando se trata por ejemplo de salvar unas cosechas que se están perdiendo, o de sanar al hijo del jefe de la tribu, o de librar a la tribu entera de una epidemia. Entonces es preciso un sacrificio mayor, dar *algo más* a cambio. Y este algo ha de ser lo mejor, lo más apreciado.

Y lo más apreciado es siempre la vida humana.

Esta es la característica principal que define el nacimiento de los sacrificios humanos rituales. Los dioses necesitan sangre, *quieren* sangre, y hay que darles sangre. Muchas veces suele ser la sangre del vencido, cuando los dioses han ayudado a vencer una difícil batalla. Pero a veces las cosas son distintas. A veces los dioses están irritados, porque no se ha cumplido sus deseos o se les ha desatendido. Entonces es preciso apaciguarlos... lo cual es, en realidad, otro tipo de petición.

Porque, para la mentalidad de los pueblos primitivos, cuando se suceden en una región una serie de malas cosechas, cuando se produce una epidemia, una sequía o una inundación, cuando cualquier catástrofe diezma la tribu o el poblado, todo es debido a la irritación de los dioses: la tribu o el pueblo ha caído en desgracia, y las calamidades se ciernen sobre ellos. Hay que apaciguar a los dioses, y la única forma posible es ofreciéndoles el sacrificio de lo mejor o lo más querido de que dispone la tribu: los mejores animales, los niños recién nacidos, las más hermosas vírgenes, los hombres más fuertes y aguerridos.

Y el sacrificio es un complicado









ritual, una ofrenda en la que participa toda la comunidad, y en la que las propias víctimas son quienes están más orgullosas por su papel, ya que morir inmoladas a los dioses no es en realidad morir, sino vivir eternamente.

La práctica de los sacrificios humanos a los dioses primitivos es algo tan universal como la humanidad misma, y se halla en el comienzo de todas las religiones que han ido naciendo a todo lo largo y ancho del mundo. Incluso ahora, en sus formas más refinadas y simbólicas, existe aún esta costumbre, arrastrada desde tiempos inmemoriales. ¿Qué es sino, aunque sea realizada en forma incruenta, la ofrenda del cuerpo y la sangre de Jesucristo en la misa católica, sino un sacrificio humano constantemente repetido?

Los artífices de la magia primitiva

Artífice y personaje central de todo este apasionante y sobrecogedor mundo mágico ha sido siempre el sacerdote, el hechicero. Personaje principal de la tribu, verdadero jefe intelectual de la comunidad, por encima en todos los aspectos (salvo en la fuerza física) al propio jefe de la tribu, del cual ha sido siempre el consejero y al cual este último, la mayor parte de las veces, teme enormemente.

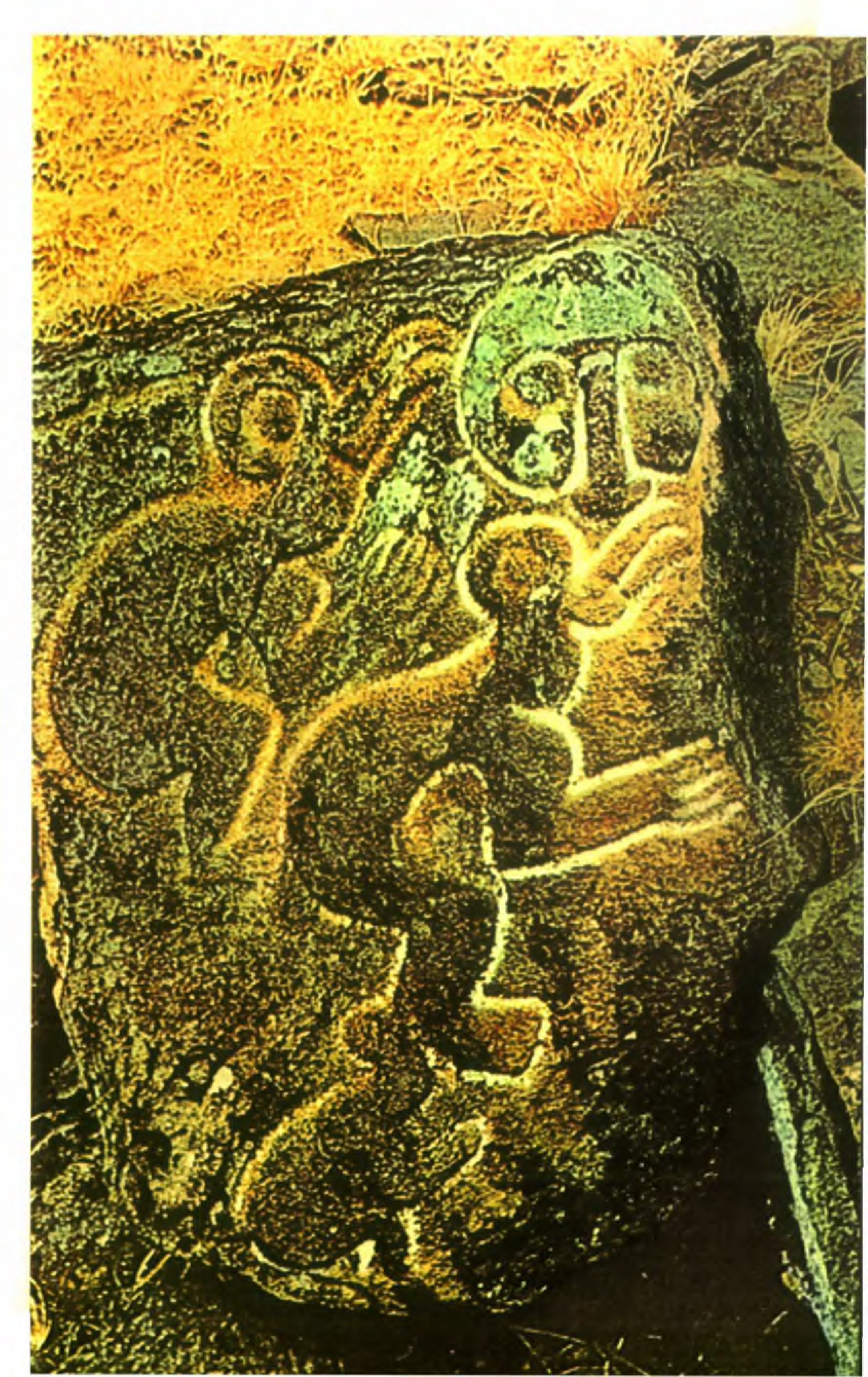
¿Por qué? Realmente, como hombre, los hechiceros y sacerdotes de las tribus primitivas nunca han demostrado ser (incluso en aquellas tribus actualmente existentes donde el hechicero es aún una institución) hombres de una excesiva corpulencia o vitalidad, sino antes al contrario. Sin embargo, lo que les ha faltado siempre en fuerza física les ha sobrado en inteligencia y astucia y esto, en una comunidad donde todo está basado precisamente en la fuerza física, no deja de ser un gran don.

Una buena descripción del hechicero-tipo puede ser la siguiente: «Un hombre de una constitución nerviosa anormal, con una profunda vida interior, afectado muchas veces por trastornos nerviosos que lo sitúan a menudo en estado de trance... sus taras físicas, en general, son consideradas por la tribu como manifestaciones externas de su gran poder interior, por lo que todas ellas son consideradas, más que como defectos, como extraordinarias virtudes.»

El hechicero-tipo sería, pues, hoy, un buen paciente para cualquier psiquiatra, aunque para una cultura primitiva es un hombre dotado de extraordinarios y desconocidos poderes. Poderes que alguna vez pueden ser hereditarios, pero que casi siempre va adquiriendo a lo largo de su vida. El condicionamiento de una existencia apartada, separada de los demás; la introversión que motiva un defecto o unas características físicas que lo distinguen del resto del mundo; todo ello, es propicio a crear un universo mágico en torno al individuo. En una sociedad ignorante, que lo mide todo por la fuerza física, la persona que por su escaso desarrollo o sus especiales características es desprecia-

Los ritos de iniciación

Los ritos de iniciación comportan, a menudo, un simbolismo marginal digno de ser notado: el de la muerte simbólica del joven y su renacimiento como ser adulto. En la secuencia de fotos de la página opuesta, se ilustra uno de estos ritos de iniciación recogido en una tribu de aborígenes australianos. En la primera y segunda fotos, los muchachos son colocados tendidos en el suelo y envueltos en mantas, simbolizando asi su muerte como tales muchachos. Después, son sujetados por otros miembros de la tribu y se realiza el rito de la circuncisión (tercera foto), como sacrificio simbólico de su iniciación. Finalmente (última foto) se les entrega unos gorros cónicos, distintivo de su nuevo estado de hombres: El rito ha sido cumplido.



Los dibujos en las piedras es todo lo que queda del desaparecido ritual de un culto a los hombres-pájaro. Hasta 1800 este culto estuvo en su apogeo en la isla de Pascua. Luego la civilización, acabando con las antiguas tradiciones... y creando otras nuevas.



Los amuletos son componentes muy importantes de los rituales mágicos. En algunos casos se han llegado a convertir en la «caja fuerte» en la que el hombre guarda su alma. La ilustración nos muestra los silbatos mágicos que cuelgan del cuello de un indio de la tribu Tchikao, que habita en las espesas selvas del Brasil. Estos silbatos son empleados para diversos cometidos mágicos, entre los que se cuenta el ahuyentar a las tormentas con su sonido.

da por sus compañeros perecerá o se encerrará en sí misma y creará a su alrededor, en ausencia del otro, un mundo propio, poblado de dioses, demonios, fantasmas y espíritus. Este será el nacimiento del Mundo Mágico. Y así, a causa de su superior inteligencia, en poco tiempo sabrá situarse en el plano rector de la vida espiritual de la comunidad, usando para ello de la única arma con la que sabe que podrá derrotar a los demás miembros de la tribu: el temor. Porque el hombre físicamente corpulento encuentra su talón de Aquiles en las cosas que sabe no podrá nunca vencer con la fuerza bruta: lo desconocido, lo inmaterial, las maldiciones, los maleficios.

Más tarde, el hechicero, emplazado en su lugar, podrá trabajar a sus anchas. Si consigue el puesto de discípulo del hechicero anterior, tendrá la suerte de aprender toda la magia de su antecesor. Si debe desbancarlo para ocupar su lugar, será un duelo de inteligencias más que de fuerzas. Y si tiene que empezar por sí mismo, deberá ir ensayando hasta encontrar el camino... aunque tendrá un amplio campo para experimentar. Y nadie se atreverá a contradecirlo aunque se equivoque, porque la maldición del hechicero es terrible, y hasta el propio jefe de la tribu temblará ante su irritación. Porque el hechicero puede ser bueno o puede ser malo... porque el hechicero puede curar, pero también puede matar.

El arte de curar y de hacer daño

Los hechiceros de las tribus primitivas pueden considerarse como los primeros médicos que ha tenido la humanidad. Y aquí nos encontramos con el hecho de que la Magia, en su devenir, ha dado inicio a multitud de ciencias que más tarde se han desgajado... entre ellas la medicina. Y que, si bien se ha equivocado en muchos de sus caminos, ha abierto sin embargo otros senderos que después han sido seguidos por otros hombres hasta la actualidad.





Los aku-aku guardianes

En las sociedades primitivas, el hombre ha sentido siempre la necesidad de un espíritu protector que le proteja, en los planos que no le son directamente accesibles, de todo mal. Éste es el caso por ejemplo de los dioses lares de los romanos, de los geniecillos domésticos o las hadas madrinas del Medioevo, y hasta del ángel de la guarda de los cristianos.

En la isla de Pascua, los espíritus son denominados aku-aku. *Los* aku-aku *comprenden diversas categorías de seres fantasmales: son* aku-aku *los fantasmas antropófagos que por la noche intentan devorar los intestinos de los nativos, también son* aku-aku *los espíritus femeninos que desde el agua tratan de atraer a los caminantes solitarios que por la noche se aventuran en los acantilados.*

Y son aku-aku *también los espí-*

El hechicero, alejado de todas las actividades normales de la tribu, encerrado en su propio, pequeño y querido mundo, suele ser un individuo entregado a la observación. Tiene mucho tiempo, y muchas cosas que observar. Es así como empieza a darse cuenta de algunos detalles. El mundo animal, principalmente, es quien le proporciona más claves extrañas y extraordinarias. Observa que algunos animales, en determinadas circunstancias, y sólo en ellas, comen de ciertas plantas. Estudia el detalle, analiza las plantas. Descubre así que poseen sorprendentes poderes. Ensaya. Algunas veces falla, y entonces el paciente muere: «Oh, es la voluntad de los dioses». Otras, el éxito lo acompaña: «Soy un gran hechicero». Así va formando una pequeña rebotica. Estas hierbas curan el cólico, este ungüento alivia las quemaduras, esta cataplasma de hojas podridas hace descender la infección. Y empieza a curar. Naturalmente, cada pócima tiene su exorcismo particular, sin el cual el remedio no tiene efecto. Y es curioso señalar que los hechiceros creen *realmente* en la efectividad de su exorcismo mágico por encima de las propiedades de la planta. Aunque quien más cree es el paciente... y esto es lo importante.

Es así como el hechicero empieza a curar. Pero también, cuando le interesa, aprende a matar. La misma observación le señala las plantas que son venenosas, los animales cuya mordedura es mortal. El hechicero toma así también en sus manos el poder de hacer daño. Muchas veces lo hará a través de un simple conjuro, apelando en su ayuda a las fuerzas vengativas del mal. Sus instrumentos serán muy parecidos a los empleados en los ritos de caza, sólo que esta vez no se tratará de ani-



Los médicos-brujo, chamanes, hechiceros o santones han sido hombres que, no pudiendo obtener la primacía por los caminos naturales, la han logrado por otros medios, fuera del alcance del miembro normal de su comunidad. Así, a cambio del respeto obtenido de este modo, se han hecho útiles a la comunidad actuando como doctores, consejeros, mediadores ante las fuerzas sobrenaturales y protectores contra el mal.



La magia necesita de puntos de apoyo sobre los que ejercer su acción a distancia. Uno de los favoritos, conocido desde tiempo inmemorial, es la realización de una estatuilla que represente a la persona sobre la que se quiere producir el hecho mágico. Este es el fin de esta estatuilla mágica hallada en Hoyo, Angola. (Musée de l'Homme, París).

ritus protectores que ayudan al hombre, aunque lo hagan con un carácter exclusivista, ofreciendo su protección tan solo a una familia y siendo malignos para las demás. El aku-aku familiar vive en la caverna sagrada de la familia, protegiéndola y cuidando de los restos de los antepasados que allí tienen su última morada. Thor Heyerdahl, el legendario viajero de la Kon-Tiki, nos cita el caso del moko, feroz criatura legendaria que en forma de talla de piedra se halla en gran parte de las cavernas familiares como aku-aku guardián. La figura del moko es configurada como un reptil cuadrúpedo y, dado que en toda la Polinesia esta especie tan solo se halla representada por algunos lagartos inofensivos, el navegante noruego infiere que el moko no es sino un recuerdo, transmitido por la tradición, de los caimanes que los antiguos navegantes habían visto en la costa tropical de Sudamérica.

males, sino de hombres. Una figura de la víctima elegida, agujas, lanzas... Una figurilla atravesada por un punzón es un deseo de muerte o de dolor. Mucho más tarde, el vudú universalizará este símbolo con una figura de cera atravesada por una aguja, pero el rito, en sí, es mucho más antiguo.

Existen también otros métodos, como modelar la figura del enemigo al que se quiere hacer daño y colocar en su interior, generalmente en el vientre (los venenos que actúan a través del aparato digestivo son los más dolorosos) una «carga mágica», cualquier tipo de «carga mágica»: la ponzoña de un animal mortífero, algún veneno de índole vegetal...

¿Causa todo esto realmente efecto? Al igual que en los ritos mágicos de la caza, los resultados, examinados en su conjunto, son muy relativos. Pero sí tienen efectividad frente al participante. Y, así como el cazador se siente más ágil y valeroso después de la invocación, creyéndose protegido, y realiza actos de valor a los que en otras circunstancias no se hubiera atrevido, y así como algunas «danzas mágicas» son tan enervantes para el organismo humano que causan el efecto de ellas requerido, también el que desea mal a una persona determinada siente satisfechos en parte sus deseos con este acto simbólico. ¿No nos dice acaso la psicología moderna que el primer síntoma de violencia se manifiesta siempre sobre una representación simbólica de la persona a la que se quiere hacer daño: una efigie, una foto, alguna de sus pertenencias?

Los secretos de la iniciación

Pero la magia primitiva no es únicamente rogativa, curativa o destructiva. Como elemento regente de la vida de una comunidad, su acción se extiende a todos los actos de la misma, está presente en toda la vida de sus componentes.

Como está presente en uno de los aspectos a la vez más interesantes, más sublimes y a menudo más brutalmente aterradores de toda la magia primitiva: los ritos de la iniciación.

En la vida de todo ser humano existe un período altamente comprometido, un período de crisis en el cual se deja de ser niño sin ser enteramente adulto, un período al que actualmente hemos dado en llamar *pubertad*. Es un cambio brusco, a veces brutal, que buena parte de las veces marca para siempre al individuo que ha trascendido este umbral, ya sea beneficiosa o perjudicialmente, y cuyas consecuencias deberá arrastrar consigo durante toda su vida.

Este es uno de los principales cometidos de la magia primitiva, en la que el salto de la niñez al estado adulto es uno de los actos más importantes en la vida del individuo. Y este salto comporta una serie de preparaciones, realizaciones y actos rituales que, a nuestros ojos civilizados, parecerán a menudo bárbaros e incluso bestiales, ya que traen aparejado consigo hasta verdaderas torturas, pero que sin embargo cumplen perfectamen-

te con el cometido que les ha sido encomendado.

Estas ceremonias, realizadas siempre por el hechicero de la tribu, comprenden dos etapas: la preparación, y la iniciación propiamente dicha. En la primera, el adolescente es enfrentado a la realidad del mundo que le rodea: se le enfrenta a todo ello en un choque brutal, que hace necesaria una reacción. Los hombres son preparados para su futura vida de guerreros o cazadores: se les habitúa al sufrimiento, al cansancio, al dolor. También se les inicia sexualmente.

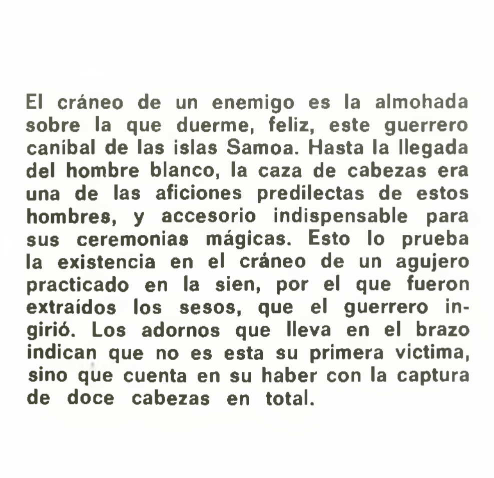
La iniciación propiamente dicha, luego, es un acto público, al que asiste toda la tribu. Es la confirmación oficial de los adolescentes como hombres, en cuyo acto deben superar la última y a menudo más terrible prueba: una prueba durísima, que pondrá bien patente su valor y su entrenamiento. Una prueba que puede ser la caza de un animal salvaje, el superar una tremenda prueba de valor, el demostrar la astucia o la resistencia física. Sólo si es pasada con éxito esta prueba recibirá, de manos del hechicero de la tribu, y a través de un complicado ritual, el apelativo de «hombre».

Las mujeres, por su parte, deben soportar la misma iniciación, aunque centrada en lo que serán después sus tareas específicas dentro de la tribu. Su iniciación, por lo tanto, es preferentemente sexual, como preparación a su posterior misión de esposas y madres, mientras que la masculina es preferentemente guerrera, como preparación a las tareas de defender y



Los egipcios daban una gran importancia a todo lo relacionado a la vida del más allá, lo que explica la gran preponderancia de su culto a los muertos. En su mitologia, al dios Osiris era uno de los más conocidos, debido precisamente a que vivía en los infiernos y oficiaba como juez de las almas de los difuntos, por lo que todos querian estar congraciados con él (Museo del Louvre).





El cráneo de un enemigo es la almohada sobre la que duerme, feliz, este guerrero canibal de las islas Samoa. Hasta la llegada del hombre blanco, la caza de cabezas era una de las aficiones predilectas de estos hombres, y accesorio indispensable para sus ceremonias mágicas. Esto lo prueba la existencia en el cráneo de un agujero practicado en la sien, por el que fueron extraidos los sesos, que el guerrero ingirió. Los adornos que lleva en el brazo indican que no es esta su primera victima, sino que cuenta en su haber con la captura de doce cabezas en total.



El tabú es parte esencial de la vida de los primitivos. Aunque aparentemente irracionales, muchos de estos tabús no son sino la expresión inconsciente de unas realidades aprendidas en la vida cotidiana. Así, los sacerdotes mahories tienen prohibido tocar cualquier clase de alimento tras haber impurificado sus manos con los cadáveres; expresándolo en una forma más «científica», tal vez podríamos considerarlo como una buena regla de higiene.

procurar el sustento de la familia. Todas estas preparaciones se realizan la mayor parte de las veces en lugares apartados del lugar de residencia de la tribu, fuera de toda mirada indiscreta, y siempre completamente separados los hombres de las mujeres, mientras que el acto de la iniciación propiamente dicho es público y multitudinario. Sólo superada esta iniciación podrán volver a vivir en el poblado y unirse para formar una familia.

Los ritos de iniciación representan uno de los ritos mágicos más antiguos de la humanidad, que perdura aún actualmente en algunas tribus primitivas. Como perdura también, en un cierto sentido, en el a veces casi simbólico «servicio militar» que, en la mayor parte de los países, convierte al muchacho que va a ser hombre en un simulacro del antiguo guerrero, preparándolo para una lucha y unas circunstancias que, aunque no se den en el mundo de hoy, son un condicionamiento arrastrado por innumerables siglos de historia.

De la barbarie a la civilización

Siglos de historia que, lejos de separarnos de nuestros primeros antepasados, nos unen a ellos cada vez más, a través de multitud de lazos invisibles pero de los que no nos es posible desligarnos. Las bases de lo que más tarde, con el devenir de los siglos, será el binomio Magia-Religión, quedan sentadas ya en los lejanos periodos de las cuevas y el hacha de sílex, los vestidos de pieles y los comienzos de la vida familiar y tribal. El hombre ha penetrado en un universo desconocido y mágico... y ha querido hacerlo suyo. Desde este lugar, desde estos principios básicos e inmutables que perdurarán a lo largo de las edades, la magia evolucionará y se refinará, se hará esotérica y cabalística, pero no cambiará. Surgirá la magia religiosa, que tendrá su máximo esplendor en el antiguo Egipto; surgirán las magias orientales, basadas en el espíritu; surgirán Babilonia y Asiria, y la magia asentará sus reales en el mundo; aparecerá el Pueblo Escogido, y elevará la magia hasta las cimas de la realización espiritual; surgirá Satanás y aparecerá la brujería, vendrá la Religión y declarará a la Magia fuera de todas las leyes, nacerá la Inquisición... Pero, a lo largo de todo ello, la Magia, pese a sus diversas transformaciones, seguirá siendo siempre básicamente la misma. Magia primitiva, magia totémica, magia esotérica, magia científica... pero, al fin y al cabo, Magia *siempre*.

3 La edad de oro de la magia



Se habla de la Magia atribuyendo generalmente a los hebreos su paternidad, su dispersión por el mundo, y la creación de su ropaje exterior de fórmulas y rituales. Hebrea es la escritura mágica, como hebreas son las fórmulas para invocar a los espíritus, y los mismos espíritus invocados.

Sin embargo, en realidad, la edad de oro de la Magia, aquélla que marca su nacimiento y su desarrollo como tal, es muy anterior al Pueblo Escogido, y éste lo único que ha hecho ha sido recoger las enseñanzas recibidas de quienes fueron sus maestros, adaptarlas a su particular idiosincrasia y transmitirlas, una vez puesto su cuño personal, al futuro.

El verdadero origen de la Magia se encuentra mucho más atrás, en Caldea y en Egipto: dos pueblos paralelos en su civilización, contemporáneos en su cultura y fuertemente dominados ambos por el espíritu de una religión eminentemente mágica. Hacia el año 3500 antes de Cristo, ellos eran los que dominaban el universo mágico de la época, y sólo fue, mucho más tarde, en su declive como focos culturales, que el Pueblo Escogido recogió su antorcha y la siguió llevando en alto, sustituyéndola y transmitiéndola así hasta nosotros.

La magia asiriobabilónica

Entre el Tigris y el Éufrates, al sudoeste de Asia, se extiende una fértil región en la cual, según la tradición, estuvo ubicado el paraíso terrenal. Esta antigua Mesopotamia, que hoy forma parte del Irak, fue la cuna de las civilizaciones asiria y caldea, dos de las culturas que, en el mundo antiguo, sentaron los fundamentos que influirían a todas las civilizaciones antiguas del Mediterráneo.

En este lugar tuvo la Magia su



Baal, también conocido con el nombre de Moloch, dios del sol y del fuego, visto aquí en un grabado del s. XVI, era la divinidad suprema de los asirios-babilónicos, fenicios y cartagineses. Su representación, en forma de toro, con más o menos atributos humanos, estaba constituida por estatuas metálicas huecas, en cuyo interior se introducían las víctimas que se ofrecían al dios, y que eran sacrificadas mediante el fuego.



En los sacrificios mágicos, uno de los elementos primordiales del rito es la ofrenda que se hace a los poderes como pago anticipado del favor que va a ser concedido. En la ilustración, una portadora de ofrendas. (Museo del Louvre).

máximo esplendor.

De la antigua Caldea han llegado hasta nosotros multitud de documentos de su actividad mágica: amuletos (los *kudurra* y los *temenu*), acompañados a veces de fórmulas de encantamiento e imprecación; tablillas, que forman series enteras correspondientes a las ceremonias que desarrollan, y que toman su mismo nombre (las *maklu* y *surpu* son las más conocidas); himnos, rituales... todo ello, pero nunca ninguna exposición sistemática ni ningún juicio crítico del mundo mágico del que formaban parte. Es decir, poseemos al respecto el conocimiento de muchos de los elementos que componen la magia caldea, pero no una visión de conjunto: esto último es algo que tenemos que reconstruir por nosotros mismos.

La magia asirio-babilónica, originalmente, se muestra como una magia ceremonial, estrechamente vinculada a una religión funcionalmente naturalista. Los magos caldeos —que en realidad eran sacerdotes-magos— constituían una de las sectas más preponderantes del país, y su importancia era tal que sus decisiones influían en todos los actos públicos y su poder se dejaba sentir sobre los propios reyes, que no tomaban ninguna decisión sin haberlos consultado antes.

La magia caldea es, según las huellas que nos han llegado de ella, una magia esencialmente preventiva y defensiva. Para los caldeos existe una innumerable multitud de genios buenos y malos, la mayor parte de los cuales son de origen sumerio. Los genios malos intentan constantemente trastocar el orden del Universo, y es preciso mantenerlos a raya con encantamientos. La magia caldea emplea para conseguirlo, una serie de rituales fijos e inamovibles de seguro efecto, cuyas fórmulas son siempre las mismas y deben ser recitadas de un modo exacto y completo, ya que el olvido de cualquier parte o fragmento, aunque sea tan sólo una palabra, hace inútil todo el encantamiento.

La magia caldea se preocupa de las enfermedades y del dolor. Todos estos males, dice, son originados por dioses malos y demonios: las enfermedades y la locura, por ejemplo, son debidas a la maléfica influencia de Utug, rey de los demonios. Para alejarlo de su víctima se emplean exorcismos, y se llega incluso a emplear un curioso método de magia simpática: se esculpe una figura de Utug, procurando que sea lo más horrorosa posible, y se aplica sobre la parte del enfermo donde radica el mal. El resultado es instantáneo y seguro: el dios, al verse a sí mismo representado de aquella horrible manera, se asustará de su propia imagen y huirá, abandonando el cuerpo que dominaba.

Pero la magia caldea no es sólo defensiva, sino también preventiva. La razón es sencilla: un pueblo puede considerar los exorcismos defensivos como un arma fundamental de su lucha contra los malos espíritus, pero no puede pasarse toda su vida recitando estos exorcismos para mantenerlos alejados. Es por ello que se dio origen a los amuletos preventivos. Si el exorcismo se realiza *antes* de que se produzca el hecho, este hecho



Modelo babilónico de arcilla, representando el higado de un cordero, en el que están señaladas las diversas características que servían para las predicciones. La predicción a través de las entrañas de los animales es una de las artes adivinatorias más universales, y tuvo su mayor esplendor en el Imperio Caldeo.

no llegará a producirse jamás. Cuando alguien quiere procurarse un exorcismo preventivo permanente, lo pone sencillamente por escrito en una tablilla, ya que para los caldeos la escritura equivale a lo que representa, y por lo tanto tiene los mismos poderes, y lo coloca en el dintel de la puerta de su casa, con lo que el exorcismo produce efecto permanente sobre todos sus moradores.

Pero donde la magia caldea alcanza su mayor esplendor es en otro importante apartado de la Magia: en las artes adivinatorias y, principalmente, en la astrología.

De la torre de Babel a los Ziggurats

La astrología conoció, en Caldea, su mayor desarrollo. Los sacerdotes caldeos sustentaban la creencia de que el destino de los hombres está gobernado por los astros, y es por ello por lo que la astronomia alcanzó un auge tan enorme en aquella región. El Sol, la Luna y los planetas eran para los caldeos «dioses intérpretes», es decir, dioses que, con su curso y su posición en el cielo en un momento determinado, marcaban la marcha de las cosas. De todos ellos (los caldeos conocían solamente cinco de nuestros ocho vecinos planetarios), Júpiter y Venus eran dioses bienhechores, mientras que Saturno y Marte eran maléficos y el Sol, la Luna y Mercurio oficiaban de mediadores, por lo que eran llamados «dioses equívocos», ya que su presencia en el conjunto podía significar, según el lugar que ocuparan, tanto buenos como malos presagios.

La predicción astrológica alcanzó en Caldea un grado de importancia tal que los grandes personajes, antes de emprender ninguna tarea importante, consultaban a sus astrólogos para que les dijeran si tendrían suerte o desgracia en su empresa. Los reyes no iniciaban ninguna acción guerrera ni promulgaban ninguna ley sin que antes los astros les dijeran si su empresa les sería propicia, y es indudable que esta constante intervención de los astrólogos cambió, más de una vez, el curso de la historia.

Esta magia astrológica sentó las bases de toda la astrologia posterior, desde Egipto, Grecia y Roma hasta nuestros días. También sentó las bases en que se fundamentó

En la antigua Caldea, las enfermedades y los desastres solían atribuirse a la maléfica acción de los demonios y espíritus. Esta estatuilla babilónica de bronce, de los alrededores del año 1000 a. de C., representa al demonio Pazuzu, personificación del viento del desierto, que se creía traía las fiebres y las tormentas.



La astrología nació y tuvo su época de mayor desarrollo en Caldea. El Ziggurat, cuya analogía con la bíblica torre de Babel es evidente, era una torre de siete pisos, cada uno de ellos pintado de un color distinto, y en cuya cúspide se encontraba el observatorio astronómico, donde los magos caldeos realizaban sus famosas «tablas astrológicas».

más tarde la alquimia, ya que los caldeos fueron los primeros en establecer las correspondencias y analogías entre los metales y los astros: el Sol corresponde al oro, la Luna a la plata, Saturno al plomo, Marte al hierro y Júpiter al estaño.

Esta gran preponderancia de la astrología dentro de la sociedad caldea hizo que los sacerdotes-magos caldeos dieran un gran empuje a la astronomía. El Antiguo Testamento nos dice, refiriéndose a la legendaria torre de Babel: «... y dijeron: Vamos a edificarnos una torre, cuya cúspide toque a los cielos...» (Gén. 11-4). ¿Pretendían los hombres llegar con ella al cielo para descubrir sus secretos? El Libro Sagrado no es explícito al respecto, pero es interesante observar a este respecto que, en las inmediaciones de todos los templos caldeos, se levantaba siempre una pequeña torre de Babel: el Ziggurat.

Los Ziggurats consistían en una torre cónica, una especie de pirámide escalonada de la cual Herodoto nos ha dejado una completísima descripción. El Ziggurat estaba compuesto por ocho pisos, cada uno de los cuales tenía seis metros de altura y estaba pintado con un color distinto: blanco el inferior, negro el segundo, rojo el tercero, azul el cuarto, bermellón el quinto, gris el sexto y dorado el séptimo. En la cúspide de la torre se encontraba el observatorio o *Khorsabad*, donde los magos caldeos realizaban sus observaciones astronómicas y levantaban sus famosas «tablas astrológicas», semejantes a las halladas en Nínive. La circunstancia del nacimiento de una persona tenía para ellos también una gran importancia y, junto con los horóscopos parciales, realizaban comúnmente horóscopos generales del destino de una persona según el estado particular del cielo en el momento de su nacimiento... método de predicción que sigue aún invariable en nuestros días.

El arte de la adivinación

La predicción astrológica no era



¿De dónde viene la palabra "mago"?

De entre todas las teorías existentes sobre la etimología de la palabra «mago», una de las más interesantes es la que afirma que proviene de la palabra caldea «Magusk», que servía en esta lengua para designar a los sacerdotes. Siguiendo esta teoría, los magos aparecieron en la antigua Media (Irán), y fueron en principio una fraternidad sacerdotal que, tras la conquista de su país por los persas, se transformaron en los sacerdotes de la religión de la naturaleza. Al ser aceptados por los reyes de la dinastía aqueménida, los magos adoptaron la religión de Zoroastro, que a pesar de ser en sus orígenes casi monoteísta, fue incorporando bajo la influencia de los magos ceremonias mágicas y aceptando en su seno a los antiguos dioses arios. Posteriormente, los magos contribuyeron a la difusión del zoroastrismo por todo el Oriente Medio.

Así, el nombre de «magia» se derivaría de los supuestos poderes que tenían esos sacerdotes sobre los demonios.

La Biblia menciona a los magos (Mateo, 2:1-12), al decir que un grupo de ellos, atraídos por una estrella de brillo singular, llegaron hasta Belén para ofrecer sus presentes a Jesús niño. La tradición oral posterior deformó este pasaje, convirtiendo a los magos en reyes.



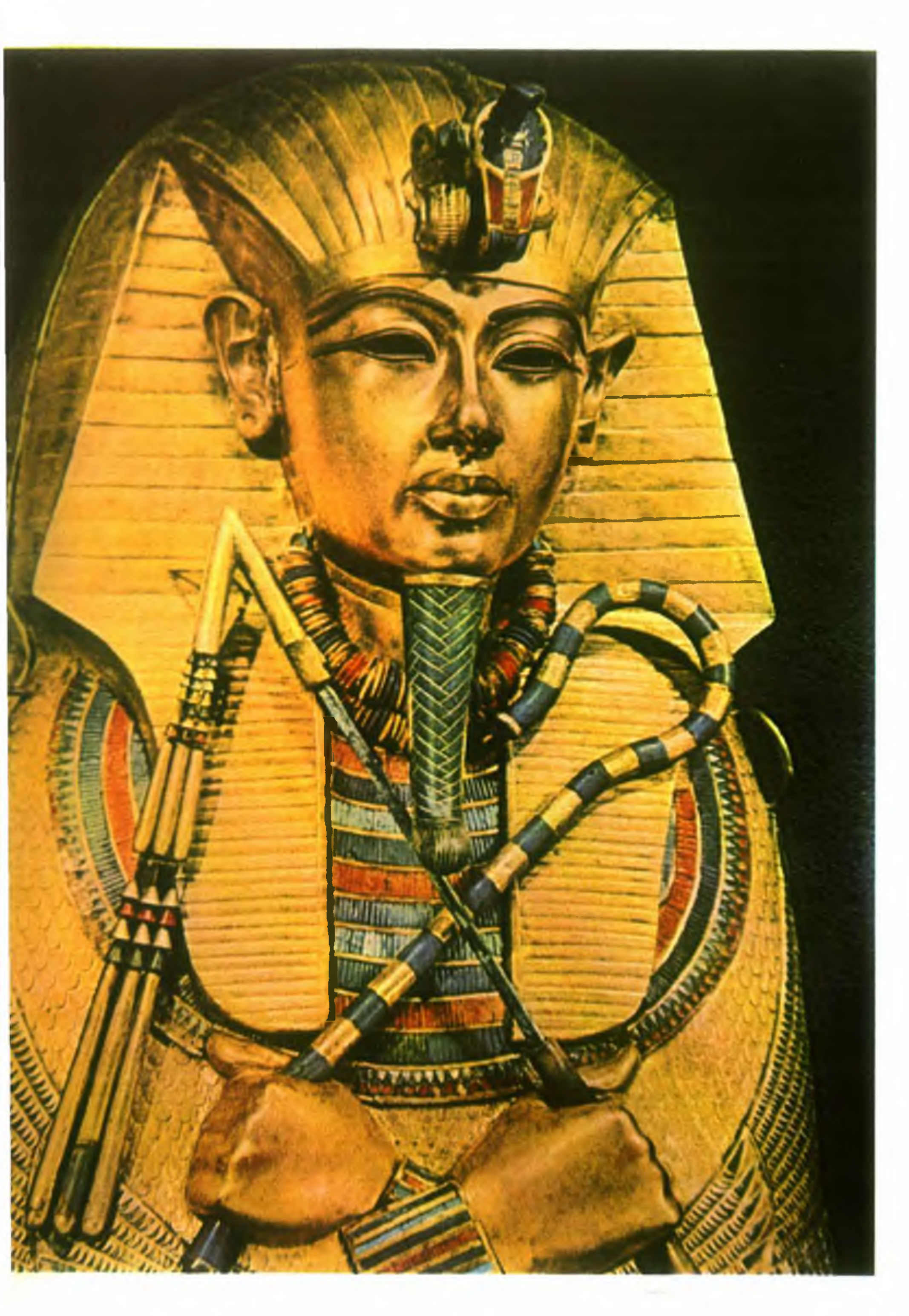
La tradición esotérica considera al toro como un animal totémico, cuyo significado indica la superioridad analógica del mamífero sobre el reptil. Es por ello por lo que muchas civilizaciones antiguas representan a sus dioses y sacerdotes con figuras humanas dotadas de cabeza de toro, como la de esta talla en piedra del Asia Menor, representando a un hombre-toro tocado con una tiara.

sin embargo el único tipo de adivinación usado por los caldeos. El pueblo caldeo creía firmemente en la predicción, y la usaba corrientemente para todos sus fines. Los magos eran consultados frecuentemente por cualquier motivo, y sus ensayos de predicción eran anotados cuidadosamente en tablillas que se guardaban formando libros junto a las tablas astrológicas. Para realizar estas predicciones se empleaban multitud de sistemas distintos. Uno de ellos era el de los pájaros, cuyo vuelo, para los magos, tenía un gran significado. Otro estaba representado por las entrañas de los animales, sistema de predicción que después seguirían los oráculos griegos y romanos, y que aún perdura en algunas sociedades actuales. Los animales que se empleaban para estas indagaciones eran diversos: perros, carneros, asnos, bueyes, caballos, leones, serpientes, incluso peces. Lo que se examinaba en ellos no era sin embargo el hígado, como se haría después comúnmente, sino el corazón y, en algunos casos —principalmente con los asnos y mulos— los intestinos.

Existían, por otro lado, multitud de presagios, que hoy atribuiríamos al azar, pero que entre los caldeos tenían un preciso significado. Leemos en una tablilla: «Si un perro blanco entra en el templo, el edificio tendrá una larga vida; si es negro, todo lo contrario; si es gris o amarillo, el templo será saqueado.» Otra tablilla señala: «Si un perro se acuesta en el trono del rey, el palacio real será quemado; si se orina en el trono, el rey morirá; si son excrementos en vez de orina, pronto se producirá un terremoto.»

Las piedras preciosas facilitaban también, con sus reflejos, múltiple y variada información. El rumor de las hojas de determinadas plantas, como las palmeras y los robles, «hablaba» a los magos. La hidromancia (predicción por el agua), que más tarde usarían también los griegos, tuvo su nacimiento en Caldea. Las características de un niño recién nacido (la forma de sus orejas, de sus labios, de su nariz, de

sus manos y pies) señalaba también presagios para su familia y para el país entero...



La magia del país de las pirámides

Separado de Mesopotamia tan sólo por la península Arábiga, y paralelo a ella en el tiempo, Egipto es, junto con el imperio caldeo, el segundo gran pilar en el que se sustenta toda la magia mediterránea. Al igual que la magia caldea, la magia egipcia es una magia ceremonial, profundamente ligada a la religión... y también pública y preponderante. Los sacerdotes- magos egipcios, al igual que los caldeos, tenían un enorme poder dentro de su sociedad, y ni siquiera el faraón, pese a ser descendiente de los dioses, se atrevía a realizar ningún acto sin consultarles antes.

Los egipcios creían que todas las cosas que pueblan nuestro mundo están animadas por un espíritu semejante al espíritu humano, por lo que el hombre podía ejercer su influencia sobre ellas, ya que estaban dotadas de conciencia y voluntad. Así, la magia religiosa egipcia se diferenciaba de las anteriores religiones por el hecho de que los sacerdotes egipcios, conocedores del modo en que se podía actuar directamente sobre las cosas, trabajaban utilizando solamente la magia y despreciaban un poco los sacrificios comunes a todas las demás religiones.

Los talismanes y los amuletos preventivos tenían también en Egip-

Leyendo las entrañas de los animales

F. Lenormant, en sus libros «Histoire ancienne des peuples d'Orient» y «La magie chez les Chaldéens», nos habla de las predicciones realizadas por los magos caldeos sobre las entrañas de los animales:

«Si los intestinos del asno son negros, negros a la izquierda, azulados a la derecha, azulados los pliegues de la izquierda, de color oscuro a la derecha, de color oscuro a la izquierda, cobrizos a la derecha, cobrizos a la izquierda, los presagios afectarán al rey y a los destinos del país. Si los intestinos son negros a la derecha, el país se agrandará a través de la conquista; si lo son a la izquierda, no se agrandará. Si los intestinos están torcidos a la derecha, habrá lluvias; si es a la izquierda, no habrá lluvias. Si los intestinos están azulados a la derecha, será signo de calamidades; si es a la izquierda, será signo de dicha. Si el interior del intestino ofrece fisuras a la izquierda, habrá discordias; si es negro, habrá un eclipse de sol; si hay señales a la derecha, se producirá una inundación.»



El dios egipcio Anubis, protector de los muertos, representado con cabeza de chacal. Pertenece al tesoro de Tut-Ank-Ammon, y era usado como amuleto por este rey. (Museo del Cairo).

Página anterior:

Máscara mortuoria del rey Tut-Ank-Ammon, correspondiente al ataúd más interior de su sarcófago. Los dioses del Alto y Bajo Egipto, representados por un buitre y una cobra, montan guardia sobre su frente. (Museo del Louvre).

to, al igual que en Caldea, un lugar destacado, y la mayoría de las casas egipcias lucían sobre su dintel los correspondientes talismanes que la libraban de animales dañinos y enfermedades, y actuaban sobre el destino y la suerte de sus moradores. Estos amuletos llevaban inscritas fórmulas mágicas, de las cuales había una gran variedad: fórmulas mágicas o *hikau*, exorcismos o *tau*, conjuros o *shentiu*, encantamientos o *hosiu*. Por otro lado, los sacerdotes, desde sus lugares públicos, vendían sus servicios a quien mejor les pagara. Cuando alguien deseaba un mal a otra persona acudía al sacerdote-mago, el cual actuaba sobre una efigie en cera de la persona a la que se deseaba hacer daño, en cuya efigie había embutido unos cabellos o unos trozos de uña pertenecientes a ella; el amuleto (en una magia que después utilizaría y difundiría ampliamente el vudú) se convertía



El dios Anubis envía a un mureto, a la altura del plexo solar, el fluido energético que le permitirá resucitar. Nos hallamos aquí ante el «rito de la reanimación», a través del cual el alma del muerto es insuflada a la momia a fin de que los miembros de ésta puedan reanimarse.

así en la representación mágica de la persona solicitada, y todo mal trato que se infligiera a él repercutía en la persona real. El mago recitaba entonces sus exorcismos sobre la efigie, y conseguía así que las calamidades se acumularan sobre el individuo: pesadillas, dolores, abandono de los seres queridos... Cuando el muñeco era acercado al fuego, el sujeto se consumía en fiebre; si era atravesado por una aguja, el sujeto sufría dolores agudísimos. Claro que esta magia podía ser fácilmente contrarrestada... si el otro hombre era lo suficientemente rico como para buscarse a otro mago más poderoso que, mediante una bien aplicada magia preventiva, anulara los encantamientos y los revirtiera sobre la persona que los lanzaba.

La magia ocupaba así, en Egipto, todos los estamentos de la sociedad. Los edificios, al empezar a levantarse, debían ser protegidos mágicamente contra los malos espíritus; para ello, se elegía cuidadosamente el día y la hora en que las obras iban a ser iniciadas (para los templos era el sexto día del mes, a primera hora de la mañana), se purificaba el suelo, por el faraón o por el sumo sacerdote, y mientras se realizaba la construcción el lugar era rodeado de amuletos y encantamientos para evitar que los malos espíritus se aposentaran en el edificio. Los encantamientos y amuletos tenían en general una gran importancia, y en ellos eran extremadamente cuidados los materiales que los componían, cuyo significado mágico era muy preciso. Las enfermedades eran consideradas también, al igual que en Caldea, como una acción de los malos espíritus, por lo que era preciso exorcisar al enfermo para arrojar de su alma al demonio que la había poseído. Si esto fracasaba se recurría entonces a la medicina mágica, que además de fabricar remedios vegetales para muchas enfermedades tenía a su cargo la confección de filtros de amor... y de venenos.

La magia adivinatoria tenía también en Egipto una gran preponderancia, y se usaban para llevarla a cabo multitud de sistemas: cálculos aritméticos, la dirección del humo producido por una cabeza de asno tostándose en las brasas... Una de las prácticas más extendidas entre los egipcios era la oni-



La interpretación de los sueños

Las Sagradas Escrituras citan varios casos de interpretación de los sueños efectuados por hebreos cerca de cortes extranjeras. Una de las más famosas es la que realizó el profeta Daniel sobre un sueño de Nabucodonosor. El rey de Babilonia había visto en sueños una imagen extraña: Un árbol gigantesco derribado por orden del dios, que añadía: «Atadlo con cadenas, arrancadle el corazón, que pazca la yerba.» El profeta declaró: «Esto significa que en castigo a tu orgullo serás reducido a la condición de los animales.» La Biblia añade que el rey se volvió loco y (obsesionado indudablemente por la predicción de Daniel) se marchó al campo, donde vivió como un animal.

Los judíos, aunque alejados de los honores, supieron siempre acercarse hábilmente al poder, esperando así gozar junto a su soberano del mismo crédito que los magos, He aquí un nuevo testimonio del lugar importante que ocupaban los astrólogos caldeos cerca de sus reyes, así como del modo con que el Pueblo Escogido fue recogiendo las enseñanzas de los magos de otros pueblos, que le permitirían, más tarde, crear su propia magia, que con toda su fuerza ha llegado hasta nuestros días.

El dios Horus, representado bajo la forma de un halcón, hijo de Isis y de Osiris, era el dios egipcio de la luz, y una de sus misiones era la de guardar las estatuas de los faraones. (Museo del Louvre).

romancia, por la cual era predicho el futuro a través de la interpretación de los sueños... hecho del cual nos ha dejado buena constancia el Antiguo Testamento por medio de las interpretaciones que hizo José de los sueños del faraón, durante la esclavitud del Pueblo Escogido en Egipto.

Pero, en la magia adivinatoria, falta en Egipto la importancia caldea que tenía la astrología. Muy pocos horóscopos egipcios han llegado hasta nosotros. mostrándonos con ello el poco interés que esta ciencia parecía tener entre los habitantes del país de las pirámides. En su lugar, y ocupando la plaza de la astrología caldea, los egipcios poseían otro tipo de magia tanto o más interesante que la otra: la magia funeraria... el rito del culto de los muertos.

La teoría del "ka"

Al igual que la religión católica nos enseña que el ser humano está compuesto por un cuerpo y por un alma, los egipcios dividían al hombre, además de en cuerpo o «dyet», en otras dos partes: el «ba» y el «ka». El «ba» era el equivalente del



Como muchos pueblos anteriores y posteriores, los egipcios creían que los muertos seguían teniendo las mismas necesidades que los vivos. Por ello, las tumbas egipcias estaban provistas de todo lo que el muerto pudiera necesitar para su otra vida, como esta barca que servía al difunto para realizar su periplo hasta la morada de los dioses.

alma cristiana, la cual, al morir el cuerpo, se separaba de él y emigraba hacia las regiones celestes, donde iba a reunirse al dios al cual había sido asignada.

En cuanto al «ka», su exacta etimología es difícil de explicar. El «ka» egipcio corresponde a lo que podríamos llamar una *proyección* del cuerpo o, dicho en otras palabras, al *doble* del mismo. El «ka» egipcio podría identificarse como la forma fluida o astral del cuerpo humano, que nace y vive con él; durante toda la vida del cuerpo, «ka» o doble permanece confundido con la materia, pero no ocurre así al sobrevenir la muerte. Existe entre los egipcios la teoría de que el hombre muere cuando el «ka» abandona el cuerpo, y entonces este cuerpo, desposeído de su fluido vital, deja de existir. Y, mientras el «ba» o alma va a reunirse con los dioses, el «ka» queda encadenado al sepulcro, privado de su soporte material pero viviendo de una vida real, completa... y mágica.

Esta idea del «ka» o doble es la que dio la base a toda la magia funeraria egipcia, que durante tantos siglos ha apasionado a los egiptólogos de todo el mundo.

Los vivos y los muertos

Para los egipcios, la muerte no es más que una segunda vida, en la que, mientras el «ba» o alma parte hacia las moradas celestiales para, una vez pasados todos los juicios, convivir con los dioses, el «ka» o doble queda junto al cuerpo, y sigue una vida que podríamos llamar «astral», pero sujeta a las mismas condiciones y a las mismas necesidades que tenía antes de su muerte.

Las mismas necesidades... casi. Porque el «ka» entra ya de lleno en el reino de la magia, y por lo tanto sus necesidades son... mágicas. A partir de la muerte del individuo, el «ka» abandona las leyes que gobiernan este mundo y adopta las leyes de la magia religiosa

La importancia de la magia en Egipto

Hablando de la importancia de la Magia en el Este, y especialmente en Egipto, el profesor Maspero dice que: «No debemos darle al término Magia el degradante concepto que casi inevitablemente se forma en la mente de un hombre moderno. La Magia Antigua era el fundamento mismo de la religión. El creyente que deseaba obtener algún favor de un dios no tenía ninguna posibilidad de éxito a menos que lograse imponerse sobre la deidad, y esta preponderancia tan sólo podía ser efectuada por medio de un cierto número de ritos, sacrificios, oraciones y cánticos, que el mismo dios había revelado, y que le obligaban a efectuar lo que se le pedía.»

J. G. Frazer, «The Golden Bough.»

de los sacerdotes egipcios. Es por ello por lo que, si bien hay que dotar al «ka» del muerto de todas las comodidades posibles para su otra vida, no basta con rodearlo de cosas *reales* para permitirle «subsistir». Los faraones, los grandes dignatarios, las gentes opulentas, se podían permitir el lujo de rodearse de cosas reales y de hacer matar a sus servidores y esclavos para que los acompañaran en la otra vida, pero había muchos otros que no tenían esta suerte, este poder o esta riqueza. Por ello, cuando necesitaban algo, simplemente se representaba. La creencia egipcia de que la representación de un objeto posee las mismas cualidades que el objeto en sí servía para este fin. El muerto podía acompañarse de una cohorte de servidores, esclavos y soldados rodeándose simplemente de una colección de estatuillas o grabados que representaban a estos servidores, esclavos y soldados. Lo mismo podía decirse de los alimentos y demás pertrechos destinados a hacer agradable su estancia en el otro mundo, que si bien muchas veces eran representados por alimentos *reales*, muchas otras veces eran simplemente simbolizados a través de dibujos y pinturas en las paredes, y que otras veces se limitaban incluso, solamente, a ser una ofrenda que el sacerdote hacía de estos alimentos y pertrechos al «ka» del muerto, y que quedaban «retenidos» allá para cuando éste los necesitara.

Sorprendió enormemente a los primeros descubridores de las tumbas egipcias las maldiciones que encontraban en ellas, vaticinando mil calamidades a los profanadores de las mismas. ¿Acaso aquellas maldiciones eran reales, o se trataba solamente de una imprecación? Dejando aparte las leyendas que han corrido después sobre el mayor o menor cumplimiento de estas maldiciones, la razón de las mismas es de una índole puramente mágica, y atiende a la protección de los propios cuerpos momificados. Profanar la tumba, tocar la mo-



El hombre siempre ha sentido la necesidad de concretar sus creencias abstractas en imágenes que pueda apreciar con sus sentidos. Este es el origen de la iconografía de todas las religiones, en la cual la belleza, fealdad o monstruosidad de las representaciones iconográficas señalan claramente la relación de amor o temor que se siente hacia estas fuerzas sobrenaturales. En la imagen, el dios Bes, en una representación perteneciente al periodo de la XXX dinastía. (Museo del Louvre).

cillamente a través de la representación del cuerpo de éste a través una estatua... ya que la representación de las cosas era para los egipcios la equivalencia de dichas cosas. Estas estatuas pueden encontrarse en algunos sarcófagos, sustituyendo a las momias desaparecidas, o simplemente acompañándolas.



El sarcófago simboliza el principio femenino y a la vez la tierra como principio y fin de la vida material. Coincide en este significado con la vasija, el ánfora y la barca, símbolos usados funerariamente en todas las civilizaciones. La alquimia lo denomina «huevo filosófico» o lugar de las transmutaciones. (En la ilustración: Sarcófago de Ramsés III, Museo del Louvre).

mia del muerto, significa dispersar su «ka», eliminarlo... con lo que se produce la muerte *real* y total del muerto, la completa anulación de su personalidad.

Sin embargo, aun en el caso de que el cuerpo fuera destruido, o incluso simplemente como una medida de seguridad, podía conseguirse que el «ka» llevara igualmente su vida junto al muerto sen-

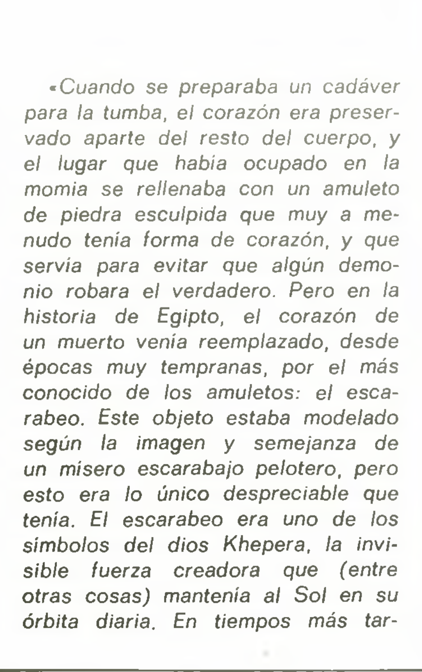
Egipto: Magia y Religión

A menudo se ha dicho que la magia egipcia no era más que la representación externa de su propia religión. Evidentemente, Magia y Religión van a menudo confundidas en el país de las pirámides; sin embargo, ello es debido a que la Religión egipcia es una Religión predominantemente mágica. Los dioses egipcios eran mortales, y estaban a disposición de los hombres. Osiris (que más tarde tendría su equivalente en el Adonis sirio, en el Dionisio griego y en el Atys frigio) moría cada día, y era resucitado a la mañana siguiente insuflándole el alma a través de un beso.

Los sacerdotes no les pedían a los dioses, sino que les exigían, y amenazaban con represalias si sus peticiones no eran atendidas... represalias que iban desde el cese de las ofrendas en el culto hasta la destrucción del propio dios. «Si los dioses no aceptan esta plegaria —dice un texto religioso—, los hombres harán el boicot al culto.»



El escarabeo sagrado de Egipto



«Cuando se preparaba un cadáver para la tumba, el corazón era preservado aparte del resto del cuerpo, y el lugar que había ocupado en la momia se rellenaba con un amuleto de piedra esculpida que muy a menudo tenía forma de corazón, y que servía para evitar que algún demonio robara el verdadero. Pero en la historia de Egipto, el corazón de un muerto venía reemplazado, desde épocas muy tempranas, por el más conocido de los amuletos: el escarabeo. Este objeto estaba modelado según la imagen y semejanza de un mísero escarabajo pelotero, pero esto era lo único despreciable que tenía. El escarabeo era uno de los símbolos del dios Khepera, la invisible fuerza creadora que (entre otras cosas) mantenía al Sol en su órbita diaria. En tiempos más tar-



Incluso, después de la muerte, el alma de los egipcios iba bien adoctrinada sobre la forma en que debía desenvolverse en el más allá, a través de uno de los libros más famosos que nos ha dejado la cultura egipcia: *El Libro de los Muertos*, verdadero vademécum del «otro viaje»; y si bien los seres humanos debían presentarse al otro lado al triple juicio de Osiris, que formulaba las preguntas, Anubis, que pesaba su corazón, y Thot, que extendía el acta del juicio, todo ello ante la presencia de los monstruos con cabeza de cocodrilo y cuerpo de hipopótamo que esperaban la sentencia para devorar el alma del muerto caso de no ser aceptada junto a los dioses; estas mismas almas eran expertas en eludir las preguntas comprometidas y negar las acusaciones más graves, con la ayuda de los magos que, desde la tierra, amenazaban al dios Ra con «no permitirle subir más al cielo y precipitarlo en el Nilo, donde se vería obligado a alimentarse de peces para sobrevivir» si el alma del muerto no era aceptada.

Las dos escuelas de la magia

En estos dos pilares se fundamenta toda la magia que se expandirá después por todo el mundo.

dios, y especialmente después de que el faraón Ikhnatón estableciera la religión monoteísta del culto al sol, el escarabeo se vio identificado como el símbolo del mismo dios supremo.

Sobre todo, el amuleto del escarabeo simbolizaba la vida. Su presencia dentro o encima de un cadáver representaba la vida potencial del cuerpo. Como la mayoría de los amuletos egipcios, el escarabeo solía llevar esculpido algún conjuro mágico. Los vivos, al igual que los muertos, empezaron a llevar escarabeos a fin de ganarse el favor y la protección divina, y el mismo escarabajo adquirió algo del poder de su semejanza mágica: las mujeres estériles ponían a secar el insecto, lo espolvoreaban, lo mezclaban con agua y bebían la mezcla para obtener fertilidad.»

Douglas Hill y Pat Williams, «The supernatural.»



En la tradición esotérica, la esfinge sintetiza toda la ciencia del pasado: contempla el sol naciente y parece referirse al cielo y a la tierra. Es, indudablemente, un símbolo que unifica, aun dentro de la heterogeneidad, los cuatro elementos (tierra, agua, fuego y aire) con la quintaesencia o espíritu, aludido por la parte humana del ente. (Museo del Louvre).

Más tarde, los viajeros romanos recogerán las tradiciones mágicas caldeas y egipcias y las trasplantarán a su propio país; los judíos, viajeros por excelencia a través de todo el Mediterráneo, esparcirán su propia versión de los antiguos ritos mágicos por toda Europa. La magia se universalizará... aunque también se degenerará. Será la segunda generación de los magos, los discípulos de los antiguos maestros. Y el desarrollo continuará...

4 Los discípulos de la magia



Símbolo cabalístico para originar temblores de tierra, reproducido de «La Clavícula de Salomón»). (Biblioteca del Arsenal).

Es una ley ineludible la que afirma que el ocaso cultural de unos pueblos trae aparejado consigo, al mismo tiempo, el auge cultural de otros, que los sustituirán en la hegemonía del mundo, seguirán sus huellas, y perpetuarán su cultura, una vez adaptada a su especial idiosincrasia, a través del tiempo y del espacio. El declive de los imperios Caldeo y Egipcio trajo consigo la culminación de otros dos imperios, que tomaron de sus manos la antorcha de la civilización y continuaron llevándola en alto a través de la historia. Estos dos pueblos iban a ser, cultural y espiritualmente, los dos pilares en que se fundaría más tarde toda la civilización occidental, y su importancia dentro del contexto general de la historia del mundo nos los sitúa en un lugar preponderante dentro del conjunto general de los pueblos.

Mágicamente, estos dos pueblos recogerían las enseñanzas dadas por caldeos y egipcios y las harían suyas, convirtiéndose, al mismo tiempo que en sus discípulos, en sus continuadores.

Estos dos pueblos fueron: Grecia e Israel.

El pueblo escogido

El pueblo judío, pueblo nómada por excelencia, ha sufrido, a lo largo de su historia, un sinnúmero de cautiverios y ha viajado por multitud de países. Ha sido cautivo en Babilonia y esclavo en Egipto. Será finalmente Moisés quien, tras la larga travesía del desierto, lo llevará a su lar y le dará una religión. Pero, aún con ello. Judea, por su especial ubicación geográfica, seguirá siendo un país de tránsito expuesto a mil influencias de otros pueblos, un nudo de enlace entre los centros culturales de todo el Mediterráneo: Egipto, Mesopotamia, Asiria... Los judíos recibirán, así, la influencia de otras muchas costumbres. Y esta influencia se reflejará en toda su cultura.

En el pueblo judío se produce un fenómeno mágico-religioso digno de ser notado. En todos los pueblos, hasta entonces, la religión iba más o menos subordinada a la magia: los dioses de las religiones paganas estaban un poco a merced de los hombres —de los sacerdotes— y éstos podían, más que suplicarles, exigirles. La Religión estaba subordinada así a ser una simple espiritualización de la Magia.

Con el pueblo judío se produce una sorprendente inversión. Por primera vez, el Dios de un pueblo de la antigüedad deja de ser un Dios impío, caprichoso y banal, fácil de influir por los ritos de los hombres y hasta sobornable por ellos, para convertirse en un Dios severo, justo y recto, que escucha atentamente las plegarias de los hombres, pero que rechaza las peticiones que cree que no son justas o que son formuladas por aquellos que no merecen pedirlas. Al Dios de los judíos, a Yahvé, ya no puede exigírsele: tan sólo puede suplicársele.

La religión judía introduce así en el mundo un nuevo concepto religioso: el del fatalismo. El Pueblo Escogido sabe que se halla entera-





mente en manos de su Dios, que únicamente a Él corresponden las decisiones, y que los hombres no pueden hacer nada para influirlo. Yahvé es justo, da a cada cual lo que se merece. El hombre está enteramente bajo Su voluntad: hay que acatarlo.

Sin embargo, pese a ello la religión hebrea está fuertemente impregnada de magia. Y es esta magia la que nos ha llegado hasta nosotros por encima de todas las otras magias anteriores: porque hebreas son las letras del alfabeto mágico que se usará más adelante, las fórmulas, los espíritus que se evocan. ¿Cabe ver en ello un paralelismo con la difusión universal del cristianismo, al cual estaba íntimamente ligada? Es probable. Porque la influencia mágica del pueblo hebreo la hallamos ya en Grecia y Roma, y más tarde en la Edad Media, e incluso hoy en nuestros días.

La Magia y las Escrituras

La magia hebrea es una de las magias más peculiares que existen en la historia de la humanidad. Originariamente, la magia hebrea era una magia tan funcional como podían serlo todas las demás, y fuertemente influida por la magia de los demás países que habían entrado en contacto con ellos. Existía una magia adivinatoria (a través de métodos como el de las flechas, muy usado por los caldeos; a través de los dados, el urim y tummim; a través de los terafim, especie de estatuas parlantes muy parecidas a las egipcias...), así como una magia coercitiva. Sin embargo, la magia hebrea ha estado siempre henchida de religiosidad. Todo se hacía en nombre de Yahvé, el Señor era quien lo ordenaba. Las Escrituras están llenas de innumerables ejemplos: en el Libro de Josué (Josué, 8-18) se nos narra cómo el sucesor de Moisés toma la ciudad de Hai apuntando, *según órdenes del Señor*, sus flechas en dirección a la ciudad...

Con Moisés, la magia hebrea sufre una profunda transformación. La entrega por Dios de los Diez Mandamientos al pueblo (seis de los cuales, por cierto, se hallaban ya en Egipto, cinco de ellos consignados en el Libro de los Muertos) señala el inicio de un cambio radical. Se proscribe la idolatría, y con ello la magia en todas sus manifestaciones externas. Sin embargo, según muchos historiadores, incluso el propio Moisés habría sido un estupendo mago, como lo demuestran los actos milagrosos que realizó ante el faraón para conseguir la libertad de su pueblo. No obstante, hay que añadir rápidamente, eran milagros realizados en nombre de Dios, no actos de hechicería...

A partir de la llegada del Pueblo Escogido a Judea, la religión empieza a combatir abiertamente a la magia. Los magos son perseguidos: «Todo hombre o mujer que evoque a los muertos o se dé a la adivinación, será muerto, lapidado; caiga sobre ellos su sangre.» (Levítico, 20-27). Las influencias mágicas de los otros pueblos son también condenadas: «Cuando en-

Página de enfrente:

Si en Occidente la magia hebrea ha ejercido una gran influencia, en Oriente la más rica en contenido ha sido la magia hindú. En el grabado de la izquierda, máscara diabólica simbolizando a Thosakanth, el más repugnante villano de la versión thailandesa de la epopeya india Ramayana. Arriba, imagen de la diosa Kali, deidad de la muerte y de la destrucción, que usualmente es representada llevando una guirnalda de cabezas humanas y aplastando bajo sus pies al Tiempo Eterno. Hace un centenar de años, durante la dominación británica, una secta de fanáticos creyentes en esta diosa, los Tugs, dieron tremendos quebraderos de cabeza a las autoridades europeas.

tres en la tierra de Yahvé tu Dios, no imites las abominaciones de estas naciones: no haya en medio de ti quien haga pasar por el fuego a su hijo o a su hija, ni quien se dé a la adivinación, ni a la magia, ni a las hechicerías y encantamientos; ni quien consulte a encantadores, ni a espíritus, ni a adivinos, ni pregunte a los muertos. Es abominación ante Yahvé cualquiera que esto hace, y precisamente por tales abominaciones arroja Yahvé tu Dios de delante de ti a esas gentes» (Deuteronomio, 18-9 a 12).

Los reyes de Israel publican edictos por los cuales los magos son arrojados fuera del país. Sin embargo, la magia sigue practicándose. Principalmente, magia negra y adivinatoria. Las enfermedades eran curadas sacándolas del cuerpo del enfermo y transmitiéndolas a un animal, generalmente un pájaro, para que se las llevara bien lejos. Se usaba la varita mágica, se hacían encantamientos. En Sequem existía el «roble de los adivinos», que fue venerado durante mucho tiempo. Se levantaban templos a los dioses extranjeros y se practicaban sus religiones mágicas.

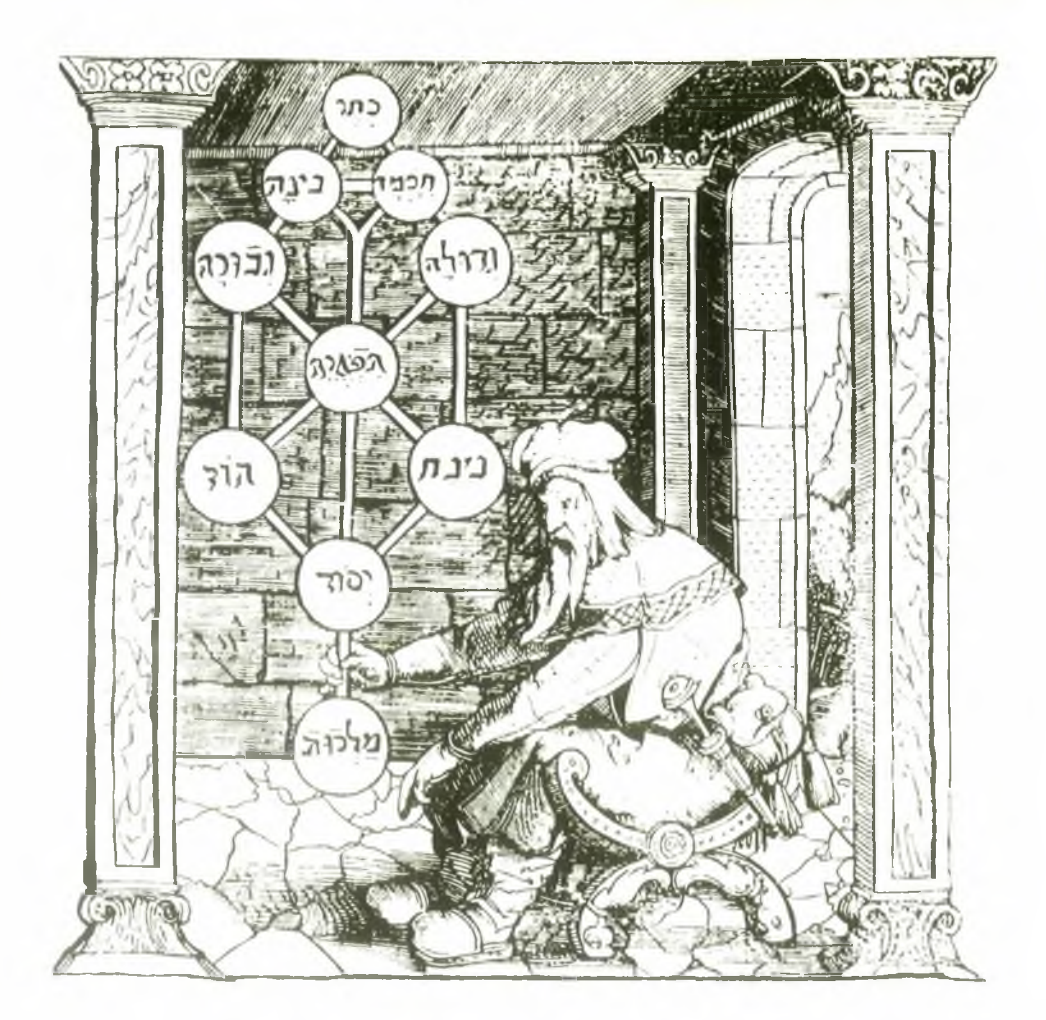
Y, al mismo tiempo, se oraba también a Yahvé.

En el reino de las profecías

En el campo de la adivinación, el pueblo hebreo tenía a los profetas. Antes de los profetas existían, sin embargo, los *nabhis*. Los nabhis eran hombres a quienes visitaba Yahvé cuando se entregaban a sus danzas: formaban en fila, y danzaban hasta caer en trance, en cuyo momento recitaban profecías que podían ser comparadas a las de las pitonisas griegas. Más tarde, los profetas sustituyeron a



Mago preparando sus pócimas medicinales en una pintura de la escuela de Bagdad del año 1520. La magia árabe, al igual que la hebrea, fue heredada de la Caldea y egipcia, constituyéndose en continuadores de muchos de sus secretos.



Grabado en madera del siglo XVI, que muestra a un cabalista judío sosteniendo el árbol sefirótico o árbol de la vida. Los 10 sefirots son los vocablos hebreos para los 10 aspectos o atributos de Dios, una fórmula que fue adoptada por los magos como símbolo cuya contemplación debía conducirles a la sabiduría mística.

los nabhis como augures de la predicción. Las Sagradas Escrituras están llenas de profetas y profecías. Sin embargo, entre los profetas hebreos y los adivinos de los otros pueblos hay una gran diferencia: así como, en general, los adivinos respondían a preguntas concretas, eran consultados, los profetas hebreos, generalmente, actuaban por propia iniciativa. Interviene también aquí la gran diferencia que existe entre las religiones mágicas de los otros pueblos, en las cuales los dioses eran interrogados, y la hebrea, en la cual Dios simplemente *hablaba* a los hombres, según sus propios deseos.

Sin embargo, como Dios no hablaba siempre a los hombres, estos se procuraban también otros medios más sutiles de adivinación. Uno de ellos era el del efod. El efod era un cofrecito que podía llevarse como una mochila, y en cuyo interior había dos esmeraldas, el urim y el tummim, que oficiaban como dados. Originalmente, existía sólo un efod en todo el pueblo hebreo, a cargo de los sacerdotes y depositado en un santuario, y era usado únicamente en la guerra. En las campañas (el pueblo hebreo estaba en lucha constante con sus vecinos), el sacerdote cargaba con el efod a cuestas y lo llevaba al campo de batalla, donde era consultado cada vez que debía tomarse una decisión bélica, y el efod respondía *sí* o *no*.

Pero, posteriormente, el ansia de saber hizo que los efod, pese a la prohibición que sobre ello pesaba, fueran usados también por el pueblo, convirtiéndose en instrumento de trabajo de adivinos y siendo ampliamente consultados... con lo que podría hacerse una curiosa clasificación por estratos dentro de la adivinación, ya que, mientras los profetas solamente vaticinaban el futuro del pueblo y de los grandes dignatarios y reyes, constituyendo la magia religiosa oficial del pueblo hebreo, otros medios de adivinación más mágicamente tradicionales, como los efod y los terafim o estatuas parlantes, estaban al uso del pueblo, y eran usados para conocer los pequeños destinos personales de la gente...

Pitágoras y la magia

«Yámblico, Plinio, Tertuliano, Orígenes, San Agustín y San Jerónimo consideraban a Pitágoras como a un mago casi divino. Según estos autores, él fue quien trajo de Egipto la ciencia de todas las cosas. Empleaba la coracesia, la callicia y el cornito, hierbas que helaban el agua; el menais, que curaba las mordeduras de las serpientes, y el aproxis, que se inflamaba con la sola presencia del fuego; transformaba las habas en sangre; sabía el arte de desdoblarse y «materializarse» al mismo tiempo en Crotona y en Metaponto. Hasta se decía que adivinaba el porvenir con una sorprendente seguridad, y que fue llamado Pitágoras porque se reveló tan buen profeta como el apolo de Pitia.»

(L. de Gérin-Ricard, «Histoire de l'Occultisme»)



El oráculo de Delfos

«Ante la montaña rocosa, sobre el valle del Pleisto, se abre, a pico, un precipicio de setecientos metros; el conjunto del valle tiene la forma de un teatro natural, en cuya parte más alta se alzan la ciudad y el santuario. Todo el valle parece aislado del resto del mundo. Los caminos que conducen a él están bordeados de antiguas tumbas, talladas en la roca, que aún pueden verse hoy, de templos subalternos y de otros monumentos. Se llega por fin a la fuente de Castalia, consagrada a las musas, donde los peregrinos se purificaban, y se entra en el santuario.

El antro de la pitonisa está constituido por una especie de caverna oscura, en cuyo fondo está el famoso trípode sobre el cual se situaba la adivinadora. Bajo el trípode se abre un agujero profundo y misterioso, llamado casma o estomión. Según la leyenda, aquel agujero es el origen del oráculo: un pastor llamado Koretes habia observado que sus cabras eran presa de una extraordinaria agitación, manifestada por saltos prodigiosos, cada vez que se acercaban a una hendidura que había en aquel lugar. Habiéndose acercado a aquella grieta, él mismo cayó en delirio profético y comenzó a vaticinar. Primero sólo obtuvo burlas, pero cuando sus predicciones se realizaron pasó a ser objeto de admiración. Pindaro afirma que en Delfos emanan del suelo vapores tan intensos que llenan todo el templo.»

Renovar o continuar

Volvemos, pues, así a los orígenes. El pueblo hebreo, nómada, apátrida, empeñado siempre en constantes luchas con sus vecinos, esclavo siempre de otros pueblos, necesitaba creer en algo. Los profetas judíos son el equivalente a los astrólogos caldeos, sólo que ellos no miran al cielo, sino a Dios. El pueblo hebreo cree en ellos y espera. Como pueblo fatalista que es, acepta la existencia de un Dios al que no se puede dominar, sino tan sólo suplicar, y al que hay que acatar en todas circunstancias. Y la magia hebrea se hace así no impetratoria, sino rogatoria.

No puede decirse que el Pueblo Escogido haya creado, con ello, una nueva magia, ni que nos haya aportado algo distinto a lo ya conocido. En realidad, la magia hebrea es quizá la magia menos original que haya llegado hasta nosotros. Sin embargo, tiene la gran virtud de habernos aportado un nuevo ideal. La religiosidad del Pueblo Escogido, su espiritualidad, su sentido monoteísta de la vida, nos dan una magia fuertemente espiritual, que no busca tan sólo la consecución de logros materiales inmediatos, sino también la realización espiritual del oficiante. Empieza a definirse con ello el sentido de la Magia que hemos expresado antes, y que busca ante todo la autoperfección del mago. Y este es un sentido que irá precisándose cada vez más con el tiempo.

Y, por otro lado, la magia hebrea, en su aspecto externo, ha sido la que más se ha dispersado por el mundo, de la mano de un pueblo cuyos miembros, abandonando en multitud de ocasiones una patria que hasta hace muy pocos años nunca ha existido en la realidad, han buscado muchas veces en otros lugares un nuevo hogar, llevando hasta allá sus costumbres, su pensamiento y toda su ideología.

¿Puede ser ésta una explicación de la universalización del ritual hebreo de la magia por todo el mundo? Creemos que sí. Aunque, claro, esto se prestaría a muchas otras consideraciones...



Mano escrita con caracteres hebreos, que se pegaba a las paredes de las casas a fin de protegerlas de las plagas.



Los antiguos griegos practicaban también la magia, como queda patente a través de toda su literatura. La maga más famosa del pueblo griego quizá sea Circe, representada aquí en un cuadro de Dosso Dossi, considerada por la mitología griega como hija del Sol, y que según nos cuenta la Odisea transformó en cerdos a los compañeros de Ulises, deshaciendo más tarde el hechizo al enamorarse de éste. (Galería Borghese, Roma).

Grecia o la idealización de la magia

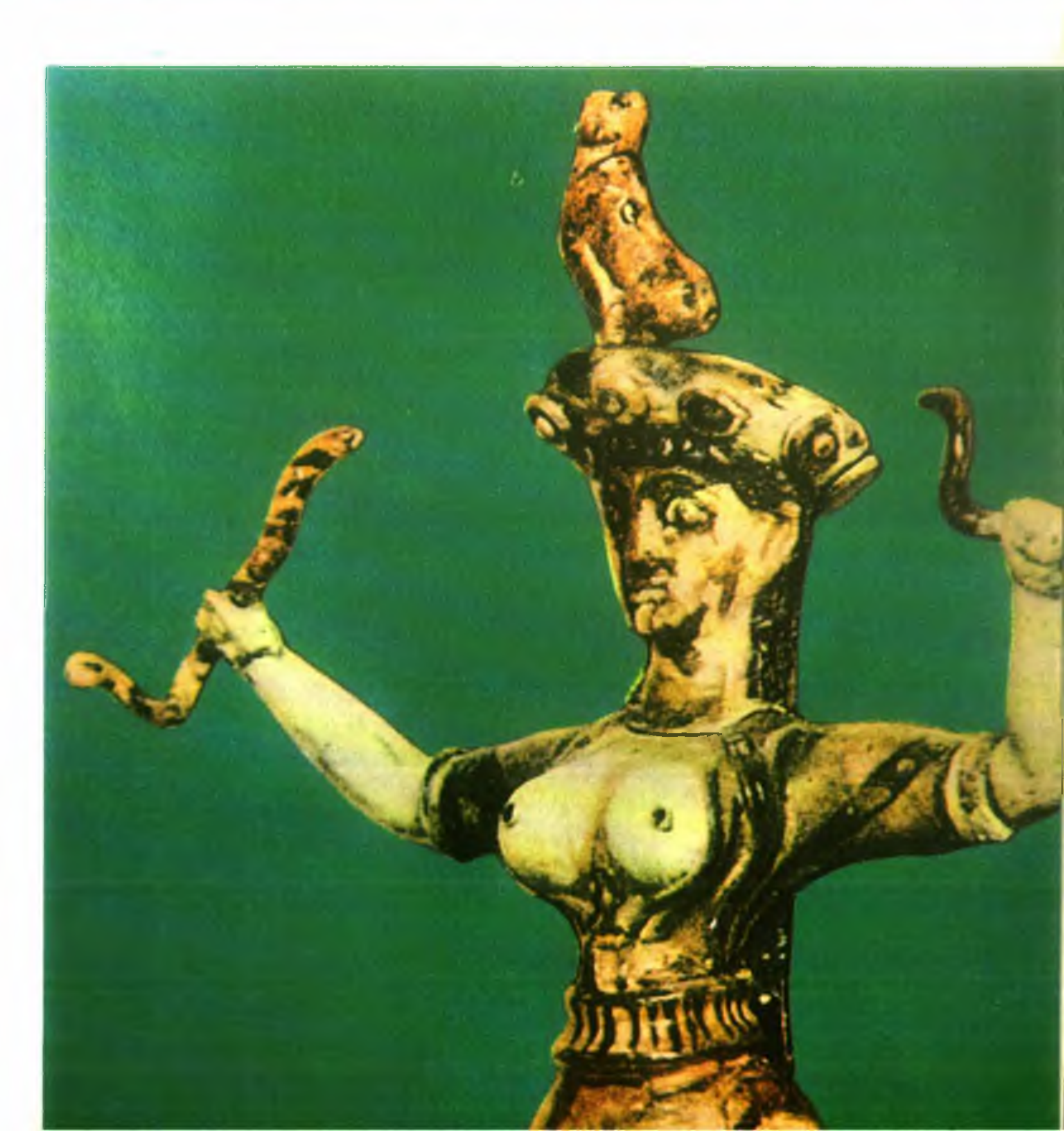
La magia caldea y egipcia sufrieron también, paralelamente, otra desviación semejante a la hebrea, esta vez hacia las islas del Egeo. Grecia fue, en efecto, otro receptáculo de ambas magias, recogidas a través de los viajeros griegos que recorrieron el Asia Occidental: poetas, historiadores, filósofos y sacerdotes, y a través de las guerras que sostuvieron con los pueblos vecinos. La magia caldea y egipcia *entró* así en la vida griega, influyendo incluso su mitología: Atenea, por ejemplo, en quien encontramos una reencarnación del Isis egipcio. Toda la mitología griega está fuertemente impregnada de la magia de ambos pueblos, y es en las obras épicas de su literatura, en las grandes epopeyas, obras mágicas por excelencia, en donde ésta está mejor expresada.

Pero la magia griega tiene su lugar de honor reservado a una disciplina mágica que más tarde se convertirá en el símbolo de toda Grecia: los oráculos.

Los oráculos entran, de lleno, en la magia religiosa griega. Un oráculo es, esencialmente, una entrevista realizada entre el sacerdote y su dios, hecha a través de un intermediario, un receptáculo podríamos decir: la pitonisa. Y en la pitonisa hallamos el fundamento de lo que más tarde, en las sesiones espiritistas modernas, constituirá la médium. La pitonisa griega, elegida generalmente entre las mujeres sencillas del pueblo, tenía como única misión la de ser «poseída» por el dios, a fin de que éste pudiera hablar por su boca. Por ello, tenía que ser «receptiva», es decir, lo que hoy llamaríamos psíquicamente *abierta*, y esta receptividad era acentuada mediante el uso de vapores naturales o producidos por plantas debidamente seleccionadas... por lo que no es nada extraño que los oráculos estuvieran siempre junto a alguna fisura de la tierra de donde emergieran gases letárgicos.

Las pitonisas, en el curso de su acción, eran interrogadas por los sacerdotes, y las respuestas de los dioses surgían de sus bocas: en los primeros tiempos en verso, más tarde en prosa. Algunos escépticos se quejaban de que los versos de los dioses transmitidos por las pi-

Este sarcófago, que en sus costados lleva esculpidas escenas de la mítica caza del jabalí, fue en la antigüedad uno de los lugares de peregrinación más concurridos de la ciudad griega de Eleusis, donde cada año se celebraban los «misterios», ritos de iniciación a unas doctrinas religiosas poco conocidas pero al parecer relacionadas con la creencia en la inmortalidad del alma.



La diosa de las serpientes asombraba a los habitantes de Minos con sus terribles atributos. Esta diosa Madre simbolizaba la fecundidad, la regeneración y la inmortalidad, al igual que la consigue la serpiente al abandonar su piel. (Museo Arqueológico de Iráklion, Creta).





tonisas fueran peores que los de los malos poetas, pero, intervenían rápidamente los sacerdotes, lo único que hacían los dioses era «insuflar» sus respuestas a las pitonisas, por lo que, al ser éstas las que respondían en realidad, su grado de cultura y su propia personalidad interferían considerablemente. Los mismos argumentos encontramos en la actualidad en las sesiones de espiritismo, en las que, según los espiritistas, la personalidad de la médium interfiere y deforma en multitud de casos la del espíritu solicitado.

Los oráculos constituyeron una de las instituciones públicas más famosas de Grecia. El más conocido era el de Delfos, dedicado a Apolo; después de él, eran también muy renombrados el de Dodona, dedicado a Zeus; el de Delos, dedicado también a Apolo; los dedicados a Afrodita, Atenea, Pan, Poseidón, Hermes... Algunos oráculos estaban dedicados también, no a dioses, sino a héroes y a titanes. Ningún personaje importante se atrevía en Grecia a dar un paso en su vida sin consultar antes a los oráculos, y éstos eran quienes decidían en realidad la suerte de las batallas, el vencedor y el vencido en una guerra, el conquistador y el conquistado. Sus respuestas eran inapelables y siempre se cumplían... si bien las interpretaciones que los sacerdotes daban a las palabras de la pitonisa podían prestarse muchas veces a muy distintos significados.

La astrología y la predicción, en general, tuvieron también, junto con los oráculos, un lugar destacado en Grecia, si bien su fama ha quedado algo apagada por estos últimos. Los astrólogos griegos eran, en realidad, de origen caldeo, los cuales habían acudido a residir en Grecia, y muchos griegos, cuando deseaban conocer su destino astrológico o el de sus hijos recién nacidos, acudían a Caldea para consultar a sus magos. Beroso, uno de los más famosos astrólogos griegos, fundador de una escuela de astronomía, era, en realidad, caldeo, como lo eran también los más renombrados de entre los que le siguieron.

La predicción en general alcanzó también un gran desarrollo, y los presagios se hallaban en todas partes. Se hacía predicción del vuelo de los pájaros, de la aparición de los animales, y principalmente del examen de las entrañas de los mismos. En Grecia se examinaba principalmente el hígado, ya que, según nos refiere Platón, el hígado es como un espejo en donde se conservan todas las imágenes contempladas durante la vida. La oniromancia era también una disciplina muy empleada, y se consideraba que los sueños eran mensajes enviados por los dioses, principalmente por Cronos, el dios del tiempo, que nos comunicaba así el futuro. Pitágoras, que fue considerado también como un gran mago, fue el artífice de la aritmomancia, tipo de predicción aritmética que concedía gran importancia a los números 3, 7 y 9. Los exorcismos, finalmente, lo que podríamos llamar «magia baja», y que tenía sus raíces en los estratos más populares de la población, tenía también sus adeptos, y los brujos y hechiceros eran los reyes del

El dios Pan es el símbolo de la naturaleza, y suele representársele con cuernos para expresar los rayos del sol y la fuerza agresiva de Aries, y con patas velludas para expresar la vitalidad de lo inferior: la tierra, las plantas y los instintos. Según la astrología, Pan es un aspecto de Saturno, identificándose también con Satán y la vida en su aspecto involutivo, dirigido especialmente hacia lo inferior. (En la ilustración: Pan y su alumno; Museo Nacional, Nápoles).

Los magos griegos

Dos de los magos más famosos de la antigua Grecia fueron, junto con Pitágoras, Apolonio de Tiana y Hermes Trismegisto. El primero de ellos se creía hijo del dios del mar, Proteo. Sabía predecir el porvenir, curar las enfermedades y resucitar a los muertos. Hermes Trismegisto, por su lado, es el iniciador de la filosofía oculta: su «Tabla de Esmeralda», constituida por una inscripción sobre una placa de esmeralda hallada en las manos de una momia de la pirámide de Gizeh, fue reivindicada posteriormente por los alquimistas y los ocultistas como base de su pensamiento.

populacho, al igual que los sacerdotes y augures dominaban a los reyes y a las clases altas. La Magia seguía firmemente su camino...

Roma o la continuidad

...y este camino nos conduce hasta Roma. Así como la civilización y la cultura romanas no son más que un espejo de la civilización y la cultura griegas, la magia romana es también un reflejo de la magia griega... una continuación tan natural que podría pasarse de la una a la otra sin el menor bache. Tras una magia simplista, puramente romana (y religiosa), constituida por los dioses lares, espíritus guardianes de las casas con los que se podía conversar a los que se hacían libaciones en su honor, todo lo que aparece después en Roma es griego, excepto algunas pocas influencias de origen etrusco. La astrología, la adivinación por el examen de las vísceras de los animales, los oráculos... hablar de ellos sería repetir con otras palabras lo dicho para Grecia. Tan sólo un detalle, dentro del conjunto, digno de ser notado, y diferenciable debido a que su origen no es griego sino etrusco: los romanos daban un gran significado a los nacimientos anormales: niños con seis dedos en cada mano, o privados de algún miembro, o mongólicos o de orejas prominentes..., en los cuales veían presagios de toda índole: guerras, inundaciones, pestes... El destino de Nerón y el asesinato de su madre por éste



fueron también vaticinados por los astrólogos...

La magia subterránea

Con Grecia y Roma llegamos, así, al momento en que la Magia se hace subterránea. Ya en Grecia, la Magia fue dura y constantemente atacada por algunos elementos racionalistas de la sociedad griega. En cierto modo, es algo fácil de comprender: en una nación eminentemente racionalista como era de por sí Grecia, en donde aparecieron los primeros filósofos empíricos y lógicos, una ciencia tan poco académica como la Magia, debía suscitar profundas disputas. Los filósofos racionalistas, los estoicos, atacaron duramente a la Magia. Heráclito, hablando de las purificaciones simbólicas ordena-



La magia romana, heredada como la griega de Oriente, tuvo en la época de la decadencia del imperio romano una gran preponderancia, hasta tal punto que las consultas mágicas, como la representada en este mosaico perteneciente al Museo Nacional Arqueológico de Nápoles, formaban parte de la vida cotidiana.

das por la magia, dice: «Purificarse con sangre cuando se está impuro es algo como si uno se lavara con barro cuando está en el barro.» Las leyes griegas, por su parte, prohíben la magia, pero solamente los cultos mágicos privados, que consideran perniciosos, dejando que siga en ejercicio la magia oficial. Los pensadores se burlan un poco de todo ello: hay que darle al pueblo milagros e imágenes en las que creer para que esté contento, dicen. Séneca hace una cáustica observación al respecto: «El sabio —dice—, observará todas las cosas como ordenadas por la ley, y en absoluto como agradables a los dioses.» Pero esta declaración de principio no tiene demasiado éxito entre el pueblo, que sigue confiando más en sus dioses que en sus leyes.

Lo mismo ocurre en Roma. Es entonces que se inicia un curioso desdoblamiento en la magia que, si bien ha existido siempre en mayor o menor medida, ahora se hace más patente que nunca. Por un lado, la magia se hace oficial, pasa a depender así del estado mismo, y queda fuertemente unida a la religión, en lo que podríamos llamar Magia Idolátrica; por otro lado, la misma magia se hace oculta, esotérica, subterránea, es practicada solamente por unos cuantos iniciados, intervienen en ella los espíritus y los demonios. Esta divergencia entre ambas magias se irá agrandando cada vez más, hasta la llegada del cristianismo. Entonces la magia oficial desaparecerá, pero la otra quedará. Y quedará para el resto de la historia...

Las otras magias

Las magias caldea y egipcia, así como sus descendientes la hebrea y la griega-romana, constituyen el tronco base del cual crecerán las ramas de toda la magia posterior, que invadirá toda Europa e incluso América. Existen, sin embargo, otras magias, que si bien no han tenido para nosotros la importancia de las magias reseñadas hasta ahora ocupan también un lugar importante en el mundo. En primer lugar, hay que destacar a la magia persa, magia eminentemente religiosa, basada en la doctrina de Zoroastro (doctrina tan curiosamente parecida a la cristiana que parece una predicción de la his-

Las Sibilas

Dentro de la mitología mágica griega ocupan un destacado lugar las Sibilas. Este misterioso y fascinante personaje, del que apenas hay ningún documento histórico, a caballo entre la realidad y la leyenda, se cree nació como una reacción contra los sacerdotes de Apolo, en la forma de una voz profética de mujer que, lejos de los templos y los sacerdotes, en lo más profundo de los bosques, lanzaba su voz de advertencia. Algunos lugares, como Cumas, Samos, Delfos, Libia, Dodona y Eritrea fueron famosos por sus sibilas, que dejaron constancia de su existencia a través de una serie de libros proféticos, todos ellos apócrifos, de los cuales se afirma que los cristianos tomaron una buena parte para introducir en sus profecías pasajes concernientes a la venida del Mesías. Seres oscuros y misteriosos, cuya existencia real está puesta aún en duda, ya que incluso los propios griegos las confundían con las pitonisas, su sombra flota aún entre nosotros como uno de los misterios más de la magia de todos los tiempos.

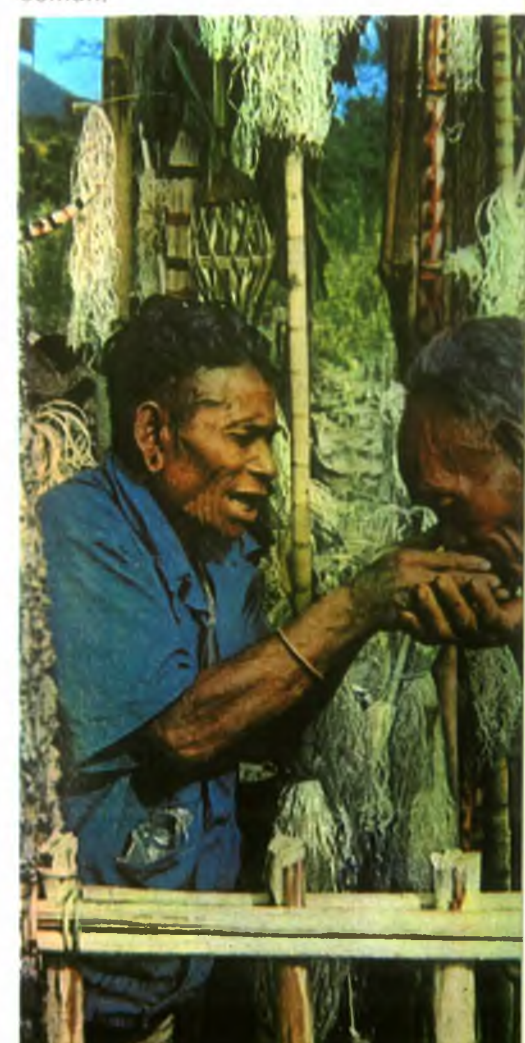
Los brujos Mnong, de An Lac, en Vietnam, piden al dios del arroz Yang Coi una buena cosecha. En un altar decorado con cañas de bambú enguirnaldadas, el jefe de los brujos entrega un puñado simbólico de arroz a su ayudante principal, con lo que prueba a los espíritus que le contemplan que las ofrendas de comestibles se hallan en buen estado.

toria evangélica de Jesucristo), cuya ciencia es la de la luz y el fuego, sinónimos de la vida, y que se identifican con la voluntad humana. Los sacerdotes persas (de donde, según algunas teorías bastante extendidas, proviene la palabra «mago», que equivale a sacerdote) formaban una especie de casta gubernativa, y entre sus poderes se encontraba el de poder manejar el fuego y la luz a voluntad, dirigiéndolo y controlándolo como si fuera un arma.

Pero donde la Magia adquiere una fisonomía más distinta, personal, quizá para nosotros profundamente exótica, pero llena de un sentido nuevo y poderoso, es en Asia. Pues así como la sociedad griega y romana están fundamentadas sobre la subordinación del individuo a la comunidad, del ciudadano al estado, colocando la seguridad del Todo como norma suprema de conducta, por encima de la seguridad del individuo, tanto en este mundo como en el otro, la sociedad oriental inculca la comunión del alma con Dios y su salvación eterna como los únicos objetos por los que vale la pena vivir, objetos en comparación de los cuales la prosperidad y hasta la misma existencia del estado pierden todo significado. Esta diferencia de concepciones hace que la magia oriental sea primordialmente distinta de la occidental. La magia occidental mira hacia el exterior, intenta actuar sobre la naturaleza, indaga el futuro de los pueblos; la magia oriental, en cambio, considera al propio individuo como su principal objetivo: no aboca hacia el exterior, sino hacia el interior.

Una magia teúrgica y animista

Toda la magia oriental tiene su origen en los *Vedas,* conjunto de libros sagrados de los hindúes que son un compendio de oraciones, himnos religioso-filosóficos, fórmulas rituales, conjuros y preceptos divinos. De esta fuente común, los ritos mágicos orientales se esparcirán más tarde por toda Asia, adaptándose cada uno de ellos a la mentalidad específica del pueblo correspondiente, pero conservando, en todos los casos, un fondo común.





El Asia Central es un lugar poblado de dioses y de demonios, tantos, que para protegerse de éstos son instaladas incluso trampas. En la ilustración, el dios Srog-bdag, compañero del dios de la guerra Beg-tse, cabalgando un lobo, en una efigie que se halla en Ulan-Bator.

La base de las religiones mágicas orientales (en los países asiáticos es en donde magia y religión se han hallado siempre más estrechamente unidas) se halla en la propia concepción oriental del origen del mundo. Según los Vedas, el mundo fue creado por Prajapati (nombre que, en sánscrito, significa *hombre primordial*), el cual creó el mundo por medio de un sacrificio: de la transpiración de su cuerpo se formó un huevo, con cuya parte superior formó el firmamento y con la inferior los océanos. Luego, los dioses se encarnizarían con él y lo cortarían en pedazos: de ellos nacerían los diversos seres que más tarde irían a poblar el mundo recién creado.

Según los Vedas, cuando Prajapati hubo creado los seres vivientes encontró que sus articulaciones se habían desunido. Prajapati, en realidad, es el año: sus articulaciones son las junturas del día y de la noche, de la luna llena y de la luna nueva, del comienzo de las estaciones. Él no podía levantarse porque sus articulaciones estaban desunidas: los dioses, entonces, lo curaron por medio de ofrendas. Con la *agnihotra* (ofrenda de leche y agua caliente) curaron la articulación de los dos crepúsculos; con la *darsapurnamasaisti* (ofrenda de arroz y cebada), la articulación de la luna nueva; con las *caturmasyani* (otra ofrenda de arroz y cebada) las articulaciones de las estaciones. Reparadas así las junturas, Prajapati volvió a tomar el alimento de las ofrendas. Es por ello, por lo que, quien sabiendo esto, ayuna en el momento propicio (durante la luna llena), curará la articulación de Prajapati y recibirá sus favores...

Sabiendo esto se comprende el que las religiones mágicas asiáticas sean esencialmente animistas. Para ellas, todo lo que nos rodea está animado, vivo a su manera: las piedras, los metales, las plantas, el mar, el cielo. Son los Invisibles, los Espíritus... a los que hay que mantener siempre apaciguados y contentos. Y también hay animismo en el cielo, en estos fenómenos regulares celestes causados por la desconyuntación de Prajapati. Por eso cada variación del cielo, cada nueva fase de la luna, cada estación, requiere un ceremonial concreto.

Ceremonial en el que el sacri-



Conjunto de enterramientos prehistóricos al pie de Shonkholai, en la Mongolia Central. Posteriormente, el lugar se ha convertido en un santuario y centro de peregrinaje.

Con la ayuda de algunos amigos, este joven japonés trata de pasar a través de un angosto agujero que atraviesa una imponente columna de madera en el templo Todaiji en Nara. Tras él se alza el feroz Tamonten, el guardián de los cielos. Es creencia entre los japoneses que el pasar por el reducido orificio gana, para el creyente, un lugar en el paraiso.

ficio ocupa un lugar primordial. La religión védica es una religión en el sentido que los romanos conferían a esta palabra: los dioses, colmados de dádivas por los hombres, les darán protección y ayuda. Las ofrendas hechas a los dioses influyen sobre la suerte y hasta determinan el destino de los mortales. El poder del sacrificio es exaltado hasta el punto de convertirse en una ley fundamental, no sólo del destino individual, sino del universo entero. El sacrificio asegura el mantenimiento y el restablecimiento del orden, tanto en su carácter natural como humano. Se trata de un acto cósmico realizado por todos, y que vale para todos.

Eso fue en el principio. Posteriormente, la invasión de la India por los arios hizo que la magia hindú sufriera un cambio: una evolución y, al mismo tiempo, una degeneración. La asimilación de la magia del sacrificio hindú por los arios hizo que ésta perdiera parte de su significado, y se empezara a dar una mayor importancia al ritual que a la finalidad del sacrificio en si. La división de la población en castas, originada por el *apartheid* que declararon los arios al resto de la población, hizo que poco a poco la casta de los sacerdotes o brahamanes (brahamán significa, en sánscrito, *ritual*) se convirtiera poco a poco en detentadora del poder espiritual. Así se inició la transformación que ha conducido hasta la magia religiosa que impera hoy en día en toda el Asia, y que, si bien ya no es la magia profundamente espiritual de los primeros tiempos, es aún la magia más profundamente religiosa (o la religión más profundamente mágica, valga la redundancia) que existe actualmente en todo el mundo.

Porque la magia abarca, en Asia, todas las actividades de la vida del individuo; y el sacerdote, ya sea el brahamán indio, el chamán mogol, el lama exorcista tibetano o el dukun indonesio, interviene en todos los acontecimientos de la comunidad: en los nacimientos, en los matrimonios, en las muertes, en la impartición de justicia, en las ventas de ganado, en los viajes. Sólo él está calificado para hablar con los Espíritus, y aquel que lo intente sin su ayuda será castigado por los mismos dioses. Para realizar sus actos se ayuda de diversos ele-





Dos payasos enmascarados, hombre y mujer, en una danza sagrada de Sikkim. Estos payasos, llamados «acharyas», simbolizan a hombres sabios cuya misión es distraer a los demonios hasta el momento en que predomine el bien.

mentos: gongs, matracas, banderas, sables... y de una danza mágica que mantiene a los malos espíritus a raya y le permite cumplir con su labor. Cada familia busca, entre todos los objetos que la rodean, aquél cuyo espíritu les sea más propicio, y lo convierten en su amuleto. El espíritu pasa a pertenecer así a la casa, entra a formar parte de la familia, convive y hasta conversa con ella. Es el espíritu familiar, del que sólo podrán desprenderse con ayuda nuevamente del mago.

Esta es, con mayores o menores variantes según las regiones, la magia que ha ido constituyéndose en toda el Asia. En esta magia anímica y primordial, la mayor importancia se halla en la palabra y en el símbolo: las letanías que se hallan contenidas en el *Pantra* (palabra que significa textualmente *libro*, y en donde se hallan todas las fórmulas rituales para cualquier ocasión) son recitadas cuidadosamente por el oficiante, marcando bien las *Mantras* (textualmente: *sílabas sagradas)* y acompañándose de los gestos y actitudes correspondientes. Así se repiten una y otra vez, una y otra vez, hasta alcanzar el clima deseado... hasta lograr precisamente lo que se pretende lograr: un estado de conciencia tal que la repetición incesante de la letanía obre sus efectos mágicos en el propio recitante.

Por supuesto, dentro de esta magia (como por otro lado dentro de todas las magias) existen también diversas gradaciones, y si bien la finalidad última de ella es conseguir la realización interior del propio individuo y del universo entero, esta finalidad degenera en los estratos inferiores de la sociedad, en los que las mismas técnicas se usan para obtener fines mucho más materiales, más directos, como puede ser la obtención de una buena cosecha, la curación de alguna enfermedad... e incluso el causar daño a algún enemigo si se presenta el caso. Es el tributo que la magia debe pagar a la sociedad, la coexistencia entre «alta» y «baja» Magia, que hallaremos constantemente en todas partes.

Esta es, resumida en pocas palabras, la esencia de las religiones mágicas orientales, que apenas han cambiado desde aquellos lejanos tiempos hasta nuestros días. En la India, en el Tibet, en China, en Japón, en Laos... en todos los países asiáticos, la magia se halla expuesta a la luz del día, tomando parte en la vida pública de toda la sociedad. Los sacerdotes, los brahamanes, los fakires, los santones; aquellos que atraviesan sus cuerpos con agujas, aquellos que se queman con el fuego, aquellos otros que se sumen casi catalépticamente en la meditación, no hacen nada más que llevar a cabo el sacrificio ritual de una magia que tal vez nosotros, los occidentales, no comprendamos demasiado bien, pero que existe y es tan válida como la nuestra. Exotismo, lo llaman simplísticamente algunos. ¿Es así realmente? ¿O es acaso exotismo solamente porque, a nuestros ojos, en vez de permanecer oculta y subterránea como en occidente, la magia ha adoptado en Asia el lugar preponderante que aquí ocupa la religión oficial?





5 La Magia y la Edad Media



Círculo mágico que aparece en el manuscrito «La Clavícula de Salomón» existente en la Biblioteca del Arsenal.

La gran barrera que separaba entre sí a las magias caldea y egipcia se halla en su respectiva concepción del término «más allá». Así como la magia caldea es una magia exclusivamente cósmica, que no asegura la continuidad individual del hombre después de su muerte, por lo que su acción se aplica exclusivamente a la vida terrestre, la magia egipcia da, en cambio, una importancia primordial precisamente a lo que ocurre al hombre después de la muerte —aunque no desheche la vida terrenal—, y lo basa todo en la continuidad del alma humana después de que el cuerpo o «dyet» ha perecido.

Entre estas dos tendencias mágicas, Grecia, Roma y los hebreos tuvieron que tomar partido; y aunque unos y otros asimilaron indistintamente buena parte de los principios de ambas, tanto griegos como romanos se inclinaron más hacia la magia caldea, mientras que el pueblo hebreo, espiritual por naturaleza, adoptó, con mayor preponderancia, las teorías egipcias, adaptándolas a su teología particular.

La llegada del cristianismo iba a trastocar profundamente ambos valores.

El cristianismo y la magia

Nos hallamos en el siglo I de nuestra era. La magia, en Grecia y Roma, empieza a declinar. El pueblo está cansado de sus dioses,





Esta antigua talla de mármol, que originariamente estaba destinada a cubrir un pozo, fue trasladada más tarde a la iglesia de Santa María de Cosmedin. La leyenda cuenta que, en la Edad Media, era usada para descubrir a los sospechosos de perjurio, a quienes se obligaba a meter una mano en su boca: si eran culpables, la boca se cerraba sobre la mano...

Página siguiente:

«La ronda del Sabbat», de Louis Boulanger. En este grabado se hallan representados simbólicamente todos los elementos que condujeron a la demonologia, a través de una serie de alusiones que es fácil adivinar.

busca un poco de espiritualidad. Y mientras tanto, en una lejana colonia del Imperio, aparece una nueva religión, monoteísta, que promulga la igualdad de los hombres por encima de las razas y las clases sociales. Primero los humildes, luego todo el pueblo, se irán sumando a la nueva religión. Los emperadores —Nerón, Domiciano, Trajano, Marco Aurelio...— intentarán detener su avance con las persecuciones, sin conseguir nada más que acrecentar la fe de los adeptos. El cristianismo se irá enseñoreando del Imperio.

El cristianismo, sin embargo, no destierra por completo de su seno a la magia: no le interesa. Acepta toda la demonología judía, y entre sus «espíritus malignos» puede encontrarse aún la sombra de otros demonios de las magias idolátricas de otros pueblos, como Belcebú, en quien puede reconocerse al antiguo Baal-Zeboub. Los antiguos ritos mágicos se convierten en ella en ritos religiosos: la señal de la cruz, el *Agnus Dei*, el agua bendita, viene a sustituir a los antiguos hechizos y amuletos paganos. El bautismo, ¿no es acaso el equivalente de un rito de iniciación?

El cristianismo acepta toda esta simbología como un medio de penetrar en el mundo pagano, dominado fuertemente por todos estos condicionamientos. No puede conseguirse una transformación demasiado radical: es preciso actuar paulatinamente, aceptar algunas concesiones. Sin embargo, por principio, los cristianos repudian tajantemente las «artes ocultas»... y si bien utilizan los exorcismos para alejar a los demonios y a los malos espíritus, lo hacen en el nombre de Dios o de Jesús. En el siglo III, Hipólito, obispo de Roma, escribe una «Refutación de todas las herejías», que es una denuncia contra los magos y los necrománticos; un edicto de Diocleciano declara la astrología y la magia «condenables y prohibidas»; San Agustín, cuyos escritos tendrían tanta influencia dentro de todo el mundo cristiano, afirma que los dioses paganos son iguales a los demonios, que los oráculos están dictados por Satanás, que todo lo que no es católicamente ortodoxo es demoniaco.

Se introduce, así, la imagen del Demonio como la del gran enemigo de la cristiandad, y todo lo que es condenable es achacado a él. Más tarde, en plena Edad Media, esta concepción del Bien y del Mal será llevada hasta su paroxismo, y conducirá a la Iglesia hacia una de sus etapas más oscuras y censurables.

Es con Constantino con quien, definitivamente, el catolicismo vence, de una manera oficial, al paganismo y a la magia. Constantino, pagano al principio, aunque simpatizante con la nueva religión que se iba estableciendo en el Imperio, se convirtió definitivamente al catolicismo después de su victoria en la batalla del Puente Milvio contra Majencio y, en su fervor, declaró a esta religión la oficial del Imperio. En el año 313, por el edicto de Milán, se cimientan las bases de lo que, siglos después, será la Iglesia que predominará en todo el mundo. A partir de esta fecha, ya asentada en la legalidad, la finalidad principal de la Iglesia católica es la de luchar contra todos los ritos paganos que aún pululan a su alrede-





dor... entre ellos la magia. Las leyes de los años 319 y 321 condenan la adivinación privada y la magia criminal, aunque siguen dejando libre el culto pagano. Teodosio, en el año 392, prohibe todos los actos privados de devoción pagana. Justiniano, en el siglo IV, hace cerrar todos los templos no católicos. Los concilios de Laocidea en el siglo IV y los de Agde, Orleáns y Auxerre en el VI condenan la práctica y la ley mágicas. Es interesante hacer notar aquí que la Iglesia, en sus primeros tiempos, no distinguía entre paganismo y magia, considerando, no sin cierta razón, que ambos conceptos iban estrechamente ligados

Con todo esto, los seguidores de las antiguas magias paganas se ven obligados a refugiarse, cada vez más, en la clandestinidad. Pero, por otro lado, surgen en el seno de la Iglesia las primeras herejías: los gnósticos, los neoplatónicos, los maniqueos... Todas ellas, aunque doctrinas de origen mágico en el fondo, se revisten sin embargo de un barniz de filosofía y de pseudoreligiosidad para sobrevivir. Porque el catolicismo se ha tomado como meta el ahogar la magia. Y casi lo consigue... a no ser porque, en otros lugares, otros pueblos distintos siguen manteniendo encendida la antorcha de la magia, convirtiéndose así en los continuadores de una tradición.

Los antiguos barrios de las juderías europeas eran los lugares preferidos por los practicantes del ocultismo. En ellos fue donde pervivió durante el largo periodo de diez siglos de escurantismo cultural y religioso.



«Las verdaderas clavículas del Rey Salomón», traducidas del hebreo por Armadel en el año 1220. La mayor parte de la literatura mágica de la Antigüedad se ha perdido en los avatares de la Edad Media, llegando hasta nosotros solamente en las traducciones que de ella han hecho en los diversos países (Exposición La Magia, Museo Goya, Castres).



Este gato momificado recuerda la presencia obsesiva e inquietante de este silencioso y felino animal, hijo de la diosa Baster del Bajo Imperio egipcio, que acompañaba a las brujas en los sabbats y, siendo aceptado en las casas para que no las maldijera, permitía interceder favorablemente cerca de los espíritus caprichosos y susceptibles (Exposición La Magia, Museo Goya, Castres).

La conversión de Constantino

El historiador de Constantino, Eusebio de Cesarea, refiere, declarándolo haberlo oído de labios del propio Emperador, cómo, antes de la batalla del Puente Milvio, después del mediodía, al declinar el sol en el horizonte, el soberano vio en el firmamento una cruz inflamada con estas palabras: «Hoc signo vinces», con este signo vencerás. Inmediatamente ordenó disponer el estandarte con la insignia que se le había aparecido, el Lábarum, y más tarde mandó reproducir la misma imagen en las espadas y los escudos de los soldados, «para combatir así la magia de su adversario Majencio con las mismas armas», con lo que logró así salir vencedor de la batalla.

Otras crónicas refieren, en cambio, que fue en sueños que le envió Dios el signo a través del cual iba a vencer. Según algunos otros historiadores, éste era precisamente el signo

El Islam, o la continuidad

Serán los árabes quienes mantendrán viva la magia durante el período de la primera expansión del cristianismo. En un principio, el pueblo árabe era poseedor de una magia elemental, puramente teúrgica, en la que distinguían una magia divina —que opera por virtud de las palabras sagradas y de los talismanes— y una magia diabólica, evocadora de los demonios o «djinns». Mahoma le proporcionará más tarde una religión, pero esta religión no será lo suficientemente fuerte como para hacerles abandonar la magia: el Corán, más libro de leyes y de preceptos que libro religioso, está demasiado desprovisto de teología dogmática como para impedirles el seguir usando de maleficios y talismanes, aunque para ello invoquen a Alá. El espíritu expansivo de los árabes, y sus conquistas a través de Siria, Egipto, Asia Menor, Irán y Africa del Norte les darán ocasión de entrar en contacto con la cultura de los pueblos ocupados, que asimilarán y amalgamarán dentro de su propia cultura, convirtiéndose así en los herederos de un sinnúmero de secretos de los pueblos antiguos. Los sultanes árabes, entusiastas de la cultura en todos sus órdenes, deseosos de conocimiento, harán copiar y traducir al árabe multitud de libros recogidos en sus conquistas, con lo cual la herencia intelectual de tantos pueblos quedará asegurada. Más tarde, España, durante la dominación árabe, hará de catalizador de esta herencia, volviendo a juntar Oriente y Occidente a través, principalmente, de una ciudad que se hará famosa por sus traductores y copistas: Toledo.

Los árabes son los detentadores de la magia en el largo período en que ésta debe ocultarse en Europa. Los árabes y los judíos. Los judíos que, mientras en Occidente la magia sufre represión, y surgen los primeros conatos de la herejía gnóstica, se sienten traspasados de misticismo y buscan la perfección a través del simbolismo cabalístico. En el siglo VII, al ser conquistados por los árabes, es cuando la cultura mágica judía sufre una profunda transformación, al unir en una sola las magias oriental y occidental con la suya propia, dando paso como resultado de esta comunión de dos libros (cuya fecha exacta de redacción no ha podido aún determinarse): El *Sepher Jedzirath* o Libro de la Creación, y el *Zohar* o Libro del Esplendor, obras básicas en las que se funda la *Quabbalah*, de la que se derivará más tarde la Kábala o Cábala, que se convertirá en uno de los pilares fundamentales de toda la magia contemporánea.

Así se producen dos focos de continuidad dentro de la magia: el árabe y el judío, que si bien toman la magia desde dos vertientes distintas no son antagónicos, sino que por el contrario se complementan. Ambos se unirán nuevamente más tarde, a través de dos polos opuestos: en España por un lado, donde los copistas harán que la herencia aportada por árabes y judíos no se pierda, sino que sea transmitida por escrito de generación en generación, y en las Cruzadas por el otro donde los guerreros victoriosos

El ascetismo, las crudas penitencias, el mortificar el cuerpo para salvar el alma... ¿manifestaciones exteriores de religiosidad, o ignorancia unida a la superstición y el fanatismo? Escenas como esta jalonaron la Edad Media, donde las órdenes de disciplinantes peregrinaban de pueblo en pueblo exhortando a las gentes a la penitencia y al sacrificio.

regresarán de las tierras conquistadas trayendo consigo todo un arcano de libros y documentos, e incluso a muchos magos y hombres de ciencia hechos prisioneros en aquellas lejanas tierras.

Nos hallamos así ya en el siglo XII, en el que hombres como Alberto el Grande, Roger Bacon, Michel Scot, Arnaldo de Villanova, sientan que las bases de una «magia natural», fundada en la experiencia y en las virtudes ocultas: en la experiencia que representa el compendio de todos los testimonios recogidos, sin distinción de los buenos y de los malos, de los lógicos y de los absurdos («Oportet primo credulitatem fieri», dice Bacon: «Es preciso tener ante todo credulidad»), y en las virtudes ocultas, que se refieren a todas las transformaciones explicables o inexplicables (el «mal de ojo», por ejemplo, que tiene la «virtud» de corromper la atmósfera). Todo esto dará origen a la «magia baja» y a la demonología, mientras que la magia judía, con la Cábala, dará origen a otro tipo distinto de magia: la magia espiritual, de la que renacerán la alquimia y la astrología.





«Brujas invocando a Satanás», grabado anónimo. La brujeria fue uno de los temas preferidos de gran número de artistas, que vieron en ella la posibilidad de plasmar todo un mundo interior lleno de mágicas evocaciones.

que ocultaba Constantino en su mano en la estatua del Foro. Sea como fuere su actitud con respecto a la Iglesia, después de su victoria del Puente Milvio, fue tan favorable, que la mayor parte de los historiadores modernos, aun los menos inclinados a aceptar la posibilidad de una conversión de orden sobrenatural, han de admitir la existencia de una profunda crisis espiritual que fue la que transformó sensiblemente las opiniones y la política religiosa del Emperador, que al año siguiente de esta victoria ordenaba el fin de las persecuciones, la libertad de cultos y el reconocimiento de la existencia jurídica de la Iglesia cristiana en todo el Imperio.

Ambos tipos de magia, por dos caminos muy distintos, tendrán una gran preponderancia durante todo el transcurso de la Edad Media.

En la Edad de las Tinieblas

Porque todo esto ocurre a través del largo periodo que se ha venido a llamar Edad Media... uno de los periodos históricos más discutidos y, hasta hace poco, más ignorados. Un período que comprende desde el siglo V después de Cristo al XV, es decir, desde la caida del Imperio Romano hasta la del Imperio Bizantino. A través de estos diez largos siglos, se sucederán algunos de los acontecimientos determinantes de la configuración del mundo posterior, a través de una de las etapas históricas más significativas... y al mismo tiempo una de las más admirablemente oscuras también.

La invasión de los bárbaros es uno de los primeros hechos que marcan la configuración de lo que será después la Edad Media. Aceptados al principio como «aliados acantonados» de Roma (una hábil frase que sirve para disimular la progresiva ocupación del territorio del Imperio por sus hordas), lo que hicieron en realidad fue terminar de desmembrar lo que hasta entonces fuera el mayor Imperio conocido, corroído ya en sus cimientos: a su paso saquearon, incendiaron, robaron, violaron... Finalmente, fueron asimilados dentro de los pueblos que habian ocupado, pero el precio que se pagó por ello fue elevado. Las ciudades y los monumentos quedaron destruidos, las bibliotecas saqueadas, las obras de arte perdidas. La civilización occidental estuvo a punto de desaparecer, y muchas de las obras maestras de la antigüedad se perdieron definitivamente a manos de sus hordas, mientras otras eran recobradas más tarde tan sólo a través de sus copias y de versiones árabes.



Toda la Edad Media está repleta de religiosidad... y de magia. Este sello de marfil, formado por una empuñadura que representa una calavera y un mango compuesto por tres fémures, tanto puede representar la idea de que la muerte preside todo lo humano como ser un símbolo de magia. Este objeto pertenece a la colección de representaciones de cabezas de muerto reunida por un miembro de la familia Rothschild, y se conserva en el Museo de las Artes Decorativas de Paris (Exposición La Magia, Museo Goya, Castres).

Página siguiente:

Las catedrales son el símbolo de toda una etapa de la Edad Media. Huella aparente de la exacerbada religiosidad de un pueblo dominado por la ignorancia, la superstición y el miedo, algunos autores han querido ver en ellas toda una simbologia esotérica, donde la magia ocupaba un lugar preponderante.

Estas continuas invasiones determinaron la creación de una de las instituciones básicas que caracterizan a la Edad Media: el feudalismo. El feudalismo nació como una necesidad ante el peligro que representaban las continuas invasiones de los bárbaros. Convertido en nominal el poder de los reyes, tan sólo los poderosos señores podían ofrecer protección al pueblo. Desmembradas las ciudades, que de centros de cultura se habían convertido en simples aldeas que lo único que ofrecían era una relativa protección en caso de ataque, el eje de la vida medieval se centró en los castillos de los señores. Allí fue donde se trasladaron los pocos focos de cultura que quedaban: los obispos, los artistas, los filósofos, se reunían en torno al señor feudal, formando a su alrededor como una pequeña corte. Mientras, fuera de las murallas del castillo, los vasallos trabajaban los campos, pagaban su diezmo al señor, su otro diezmo a la iglesia... Las aldehuelas eran apenas un conglomerado de casuchas donde se hacinaban las familias de los vasallos, mientras tan sólo el castillo feudal conservaba algo del antiguo esplendor de las ciudades romanas: un esplendor sin embargo mustio y triste, oscuro y lóbrego, como ha sido pintado muchas veces el aspecto general del medievo.

La Edad Media es también la era de las grandes hambres y las grandes epidemias. Las invasiones de los bárbaros dejan los campos diezmados, los graneros saqueados, las casas convertidas en pavesas, sus habitantes muertos o esclavizados. El resultado de todo ello es el hambre. Y junto con esta hambre y la falta de las más elementales normas de higiene vienen las enfermedades. Y con las enfermedades, que se propagan rápidamente, vienen las epidemias y las pestes.

Cuando esto ocurre, el miedo al contagio hace que los enfermos sean arrojados de las casas y de las aldeas. Las hambrunas obligan a buscar la comida donde sea. Algunas crónicas dicen que, en el siglo XI, incluso llegó a comerse carne humana. Y los castillos feudales no se ven libres de estas dos plagas. Los campesinos, faltos de cosechas, no pueden pagar al señor, y éste, diezmado en sus caudales, no tiene más solución que entablar





«Bruja», por Leonor Fini. La bruja, con el devenir de los tiempos, ha perdido parte de su carácter demoniaco y repulsivo para convertirse únicamente en un elemento de fantasia, que puede vestirse con los ropajes más atrayentes que pueda imaginar la mente del artista.

guerras con sus vecinos, robar incluso si es preciso, para mantener su posición.

Ante todos estos hechos, sólo le caben al pueblo medieval dos caminos espirituales: la desesperación, o la fe.

Las catedrales: ¿fe o magia?

Algunos adoptan la fe. Es por ello que se produce este fervor de entusiasmo hacia todo lo que la Iglesia católica dice que puede ofrecer. Al hombre medieval no le queda muchas veces más que la esperanza en la otra vida como aliento. Es así que a menudo se lanza a un entusiasmo religioso que rebasa todo freno, un entusiasmo que roza muchas veces el fanatismo. Un entusiasmo del que nos han quedado, como prueba más sobresaliente, las magníficas catedrales que hay esparcidas por toda Europa... unas obras que aún hoy nos maravillan y nos hacen meditar.

Mortero perteneciente a un brujo del Languedoc, de la colección del Sr. Nicolas Greschny. El mortero era uno de los utensilios básicos de los magos, donde éstos realizaban sus extrañas y sorprendentes pócimas, legadas muchas de ellas a través de cientos de grimorios (Exposición La Magia, Museo Goya, Castres).



Las danzas de la muerte

«Sobre cuál fue la primera Danza de la Muerte que se pintó y a quién fue debida, se ignora por completo. Se sabe de una ejecutada en 1398 por Antonio de la Salle. Afirman algunos arqueólogos que, en 1349, Nicasio de Cambray pintó otra Danza análoga por encargo de Felipe el Bueno, duque de Borgoña... Mr. Champfleury afirma que en Bretaña y Suiza existen osarios cuyo origen se remonta a principios de la segunda mitad de la Edad Media, en los cuales se esculpió en la losa que los cubria una escena extraña. La Muerte está en pie delante de unos timbales, que golpea frenéticamente con dos huesos. A tal redoble responde una banda de esqueletos dando al aire los agudos y penetrantes sonidos de sus largas trompetas, a cuyo estruendo levántanse despavoridos de las tumbas una infinidad de muertos que, corriendo en tropel, van a desparramarse por toda la superficie de la Tierra, buscando lo que les falta para reconstituir sus cuerpos. Ésta es, pues, según la opinión de autorizados arqueólogos, la sinfonia que precedió a tan tétrica danza.»

Pompeyo Gener,
«La Muerte y el Diablo»

Porque las catedrales son algo tan inmenso que es difícil concebirlo en su realidad. Las catedrales, se nos dice, son los monumentos erigidos a Dios por la gran fe de los hombres. Creadas por generaciones enteras de obreros, levantadas piedra a piedra por miles de personas movidas tan sólo por la fe, no por arquitectos, albañiles y peones, sino por simples campesinos y artesanos que creían poder alcanzar así el cielo, constituyen obras perfectas dentro de su género. Su grandiosidad nos abruma. Aún hoy intentamos comprender en vano cómo se sostienen milagrosamente sus agujas, sus arcadas, sus paredes levantadas colocando simplemente piedra sobre piedra, cómo ha podido crearse el sentido místico de esta estilización y esta sublimación que se aprecia en todas ellas. Hemos reconstruido algunas y nuestra moderna reconstrucción, pese a nuestra técnica, es tan sólo un pálido reflejo del original, una copia sin vida. Nos falta la fe, se nos dice. Y nosotros nos preguntamos: ¿Tan sólo eso?



Las brujas no necesariamente eran viejas y feas: se decía que el diablo escogía a sus colaboradoras entre las mujeres más jóvenes y hermosas. Esto al menos es lo que parece indicar esta escultura de bronce que se halla en el museo de Ségoffin, representando a una atractiva y nada despreciable bruja (Exposición La Magia, Museo Goya, Castres).

Ya que un estudio más detenido de las catedrales, en su detalle, nos revela cosas extrañas. Miremos sus frisos, los capiteles de sus columnas, sus vitrales, los bajorrelieves de sus puertas y sus arcadas. Veremos, por todas partes, una gran profusión de símbolos extraños: animales fantásticos, plantas imaginarias, misteriosos símbolos sin significación aparente. Cabe pensar en un capricho de los artistas. Sin embargo, muchos de estos símbolos se repiten exactamente en catedrales muy distintas las unas de las otras. ¿Puede pensarse entonces en casualidad? ¿O es que hay otra significación?

Penetremos nuevamente en el reino del ocultismo, y penetremos de puntillas y con pasos lentos, para no turbar el silencio y la quietud de las enormes bóvedas vacías. Muchos autores consideran a las catedrales no como construcciones religiosas, sino como monumentos a la pervivencia del espíritu mágico. Hay en ellas, nos afirman, un profundo esoterismo, una mezcla de alquimia y de astrología, la pervivencia de fórmulas extrañas y símbolos cabalísticos. Fulcanelli, en un libro clásico del esoterismo de todos los tiempos, «El misterio de las catedrales», nos habla detenidamente de todas estas cosas. ¿Acaso la palabra «gótico» —nos dice— no es una corrupción de la antigua palabra «goético», cuyo significado es precisamente «mágico»? Hablándonos de la catedral de Amiens, Fulcanelli nos explica hasta el más insignificante detalle de su último friso: todos ellos están llenos de símbolos mágicos. El hombre sentado ante las dos ruedas (las ruedas deben ser interpretadas como «el símbolo de dos revoluciones que deben actuar sucesivamente sobre el compuesto para asegurarle un primer grado de perfección», y el hombre, por lo tanto, lo único que hace es vigilar que se mantenga el fuego de la rueda), el pájaro y la zorra (el pájaro es un ave fénix, la zorra es la zorra hermética...).

Pero todo esto podría considerarse como elucubraciones sin fun-



damento, teorías demasiado aventuradas como para ser tenidas aquí en cuenta. Sí, ciertamente, puede ser. Pero sin embargo las catedrales están ahí, desafiando el paso de los siglos, levantando su monumental efigie por toda Europa, constituyendo evidentemente un profundo misterio a nuestros ojos. ¿De fe, de magia? Aún no ha podido hallarse una respuesta correcta.

¿Misticismo o superstición?

Porque la naturaleza del misticismo religioso que domina a toda la Edad Media es uno de los elementos más tenebrosos que nos presenta esta ya de por sí tenebrosa edad. La Iglesia, en este turbulento periodo del mil años, se hizo mantenedora de la cultura en peligro de desaparecer... pero también detentó su exclusividad. La civilización quedó encerrada en los monasterios, en las abadías, en las catedrales. No llegaba al pueblo más que por vía de los siervos del Señor. La dispersión de las aldeas, el régimen feudal mismo, hacía que esta situación se convirtiera en estacionaria. La Iglesia se encerraba en las catedrales, en los monaste-

Los orígenes de la brujería

En su libro «Historia del Satanismo y la Brujería», Jules Michelet nos explica, a través de una interesante hipótesis, las causas de la brujería, y el origen de la alucinación que llevó a la desgracia a las mujeres que creían hallarse posesas por Satanás y poseer poderes sobrehumanos: desde el caso de la humilde campesina que teme y respeta a su marido, pero que alberga en sí el recuerdo de los antiguos dioses paganos de la Edad Media, hasta la sierva que, ultrajada por gentes del castillo, la gleba y los pajes, termina entregándose en cuerpo y alma al demonio, Michelet nos presenta a la bruja arquetipo como el resultado de la profunda frustración sexual de la mujer en la Edad Media, teoría a la que muchos otros autores se han adherido posteriormente.



«La procesión del Papa de los Locos», acuarela de Louis Boulanger que se conserva en el Museo de la Casa de Víctor Hugo. La Procesión de los Locos fue uno de los rituales profanos que la Iglesia toleró, si no incitó, hasta fines del s. XVII (Exposición La Magia, Museo Goya, Castres).

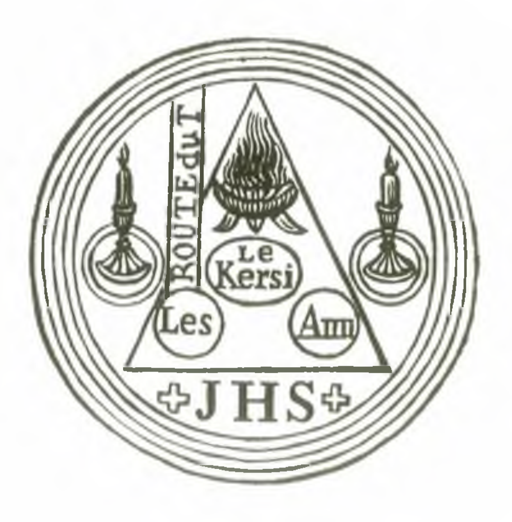


«Pacto con el diablo», cuadro de Jerónimo Bosch. En él, Hermógenes el mago ordena a los diablos apoderarse de Santiago el Mayor, que se halla protegido por su ángel de la guarda. Religión, magia y fantasía van unidas estrechamente.

rios y en los castillos feudales, y desde allí hablaba al pueblo inculto, sin preparación, que escuchaba, pero no comprendía. Se le hablaba del bien y del mal, de Dios y del demonio, de lo que debía hacer y de lo que no debía hacer. Se le inculcaba el anhelo de ganar el cielo a través del sacrificio y la penitencia... y él hacía sacrificio y penitencia. Pero no entendía los motivos, tan sólo la parte externa de un ritual que se le decía que debía seguir porque esto era lo que estaba bien hecho.

¿Cabe llamarse a esto sentido religioso? ¿O tal vez deberían emplearse otras palabras como superstición y fanatismo aliadas a la ignorancia? El pueblo medieval realizaba sus actos religiosos de una manera automática, sin comprender lo que hacía, haciéndolo tan sólo porque se le había dicho, y se le había dicho que esto era lo correcto y lo que tenía que hacer. Alberto el Grande, en el siglo XIII, concretaría y reforzaría esta idea afirmando que los sacramentos producían su efecto «sine motu interno», es decir, fueran cuales fueran las disposiciones de los fieles. Así, la liturgia se convierte en una serie de acciones de efecto automático, en las que la disposición del propio receptor no cuenta para nada... lo cual es también en cierto modo uno de los principios básicos del acto mágico.

Esta extraña concepción de la religiosidad medieval tiene sus ejemplos en algunas de las sorprendentes prácticas que se llevaban a cabo dentro de lo que podría llamarse ámbito religioso, siendo en realidad algo totalmente extrareligioso. Una de estas prácticas más corrientes eran las representaciones llamadas «mimodramáticas» de la *Danza de la Muerte*, que dio origen a multitud de cuadros, algunos autos sacramentales (como «Las Cortes de la Muerte», de Lope de Vega), y que es citada incluso por Cervantes en su Quijote, al relatar la tragicómica aventura de Don Quijote y el carro de las Cortes de la Muerte.



Triángulo de los Pactos que aparece en el manuscrito «El dragón rojo», publicado en Avignon en 1522.

Estas Danzas de la Muerte tuvieron su origen en Alemania, si bien se extendieron rápidamente por toda Europa, siendo en Suiza donde tuvieron mayor difusión. Eran unas farsas populares, muy de acuerdo con la mentalidad de la época, sujeta a vasallajes, guerras y devastaciones, en las que se exaltaba a la Muerte como única liberadora de todas las desdichas del pueblo. «Nada mejor que la muerte, nada peor que la vida», recitaba el comediante que hacía el papel de Muerte.

Las Danzas de la Muerte se celebraban preferentemente en los cementerios, y una de sus finalidades era el hacer llegar a los ánimos de los concelebrantes y espectadores la idea de que la muerte era la Gran Igualadora, por la que debían pasar tanto los reyes y los señores como los más humildes vasallos. Esto hacía que en muchas ocasiones estas Danzas tuvieran también un agudo espíritu crítico y satírico, en donde el populacho, representando muchas veces cómicamente a señores, reyes y papas, desfilaba ante la figura de la Muerte e inclinaba humildemente la cabeza ante ella en señal de vasallaje, tras lo cual la Muerte cogía de la mano al primero de sus vasallos y, formando una larga fila, se iniciaba la Danza Macabra a través de las tumbas.

La *Fiesta de los Locos*, por su lado, tenía muy distintas características. Paralelamente a ella existía también la Fiesta de los Inocentes, que se celebraba en febrero, y que estaba destinada a los adolescentes, si bien se sumaban a ella personas de todas las edades, por lo que muy pronto quedó confundida con la propia Fiesta de los Locos. Ésta se celebraba los días de los Santos Inocentes, de San Esteban, de la Circuncisión, de Navidad, y en otros días elegidos al respecto según la voluntad de los oficiantes. Se celebraba en las catedrales, colegiatas e iglesias en general, y en ella oficiaban como actores los sacerdotes y los clérigos menores: se elegía a un obispo papa (el obispo o el papa de los locos), el cual era investido simbólicamente imitando las ceremonias religiosas y proveyéndole de todos los atributos de su dignidad. Luego se representaba un simulacro de la santa misa, durante la cual se comía y se bebía en el altar. Zapatos viejos y trapos sucios eran quemados en los incensarios, produciendo un hedor insoportable en el interior de la iglesia. Más tarde, terminada la misa, los «locos» salían a las calles en ruidosa procesión, arrastrando un carro lleno de estiércol en donde iban el obispo o papa y su séquito. Durante la procesión se cantaban coplas y sátiras contra todas las instituciones establecidas, y lo más general era que los espectadores acabaran siempre uniéndose

Representación de una bruja preparando sus pócimas, según la clásica película sueca de Benjamin Christensen, «Häxan», distribuida en todo el mundo bajo el título de «Haxan o la brujería a través de las edades».



Monedas votivas usadas en la Procesión de los Locos, a finales del siglo XVI. Castillo de Ferrières (Exposición La Magia, Museo Goya, Castres).



a los componentes de la procesión, por lo que ésta terminaba en una auténtica orgía.

Esta descripción de la Fiesta de los Locos, que nos recuerda un poco a la misa negra, aunque sea en su vertiente burlesca en vez de demoníaca, nos hace pensar en cual debía ser la postura de la Iglesia con respecto a todos estos actos. Sorprendentemente, esta postura era de indiferencia. La Facultad Teológica de París, cuando algunas personas escandalizadas demandaron que se detuvieran estas orgías, se limitó a explicar que la Fiesta de los Locos estaba considerada por la Iglesia como una válvula de escape de una devoción demasiado ascética y continuada, por lo que la Iglesia la aceptaba como tal, y la fomentaba incluso, ya que, al igual como los toneles de vino se han de destapar de tanto en tanto para dejar entrar el aire y evitar que revienten, también al pueblo había que permitírsele que se destapara alguna que otra vez, «para que no se pierda el vino espiritual que hemos recogido». Así pues, la Fiesta de los Locos se prolongó hasta bien entrado el siglo XVII, en el que las refinadas costumbres de la corte de Luis XIV en Francia terminaron por abolirla de una forma natural.

Todo esto nos hace meditar: religión, superstición, fanatismo... estas son las características que forman el mundo religioso de la Edad Media, desde las invasiones bárbaras hasta las Cruzadas, conjunto estas últimas de expediciones de índole religiosa cuya misión era reconquistar los lugares santos a los turcos (cosa que no consiguieron más que durante un breve período, y tras muchos fracasos), y que en realidad estaban condicionadas por multitud de otros motivos, la mayoría de ellos principalmente políticos y económicos. ¿Cuántos hombres y mujeres *sentían* realmente, conscientemente, la religión, y cuántos se limitaban a seguir unos ritos mecánicos que les habían enseñado, no por incomprensibles menos perentorios ya que, se les había dicho, de ellos dependía el ganar el cielo? ¿Cuántos católicos *reales* trajo consigo la Edad Media?







Grabado representando el interior de una casa de brujas, perteneciente al libro «Diálogos acerca del poder de las brujas», de Thomas Erastus, editado en Ginebra en 1579.

El diablo entra en liza

Este breve bosquejo de la sociedad religiosa de la Edad Media nos permite, en parte, intentar acercarnos —si no comprender— a uno de los fenómenos mágicos más característicos que trajo aparejados consigo el medievo: el culto a Satán, la demonología.

Hemos dicho que el hombre medieval, ante las circunstancias que lo rodeaban, solamente tenía dos caminos ante sí: la fe, o la desesperación. Si el hombre escogía la fe, construía catedrales, se alistaba en las cruzadas, rezaba diariamente, como si fueran exorcismos, las oraciones e invocaciones aprendidas de memoria. Si escogía la desesperación...

La desesperación es siempre grande. Pero la desesperación tiene, siempre también, alguien que tiende una mano: el demonio.

Algunos autores han querido ver, entre el misticismo exacerbado y el culto también exacerbado, al demonio de la Edad Media, el paralelismo de un origen común. Existe, en ambos casos, la sombra condicionante de un evidente fanatismo. El obrero que dedica toda su vida a coadyuvar en la elevación de una catedral, el que riega con su sangre la Tierra Santa, no es la mayor parte de las veces consciente del por qué hace aquello, sino que sencillamente está inducido a creer que *debe* hacer aquello. Igualmente, el que, animado por una enorme superstición, y situado por cualquier motivo frente a la Iglesia, busca la ayuda del demonio para conseguir lo que desea, no lo hace tampoco por propio convencimiento, sino condicionado por lo que de él ha oído cientos de veces.

Porque la religión Católica nunca ha desechado a los demonios de su seno, al contrario, los ha usado constantemente como un elemento coercitivo. El demonio es el símbolo de todo lo malo, feo y prohibido que existe en el mundo. «Es obra del demonio», suele decirse comúnmente al referirse a ello. Es la personificación del Mal, como elemento antagónico de la personificación del Bien, que es Dios. Su existencia, nos dice la propia Iglesia, es, no aconsejable, sino necesaria. Con diferentes nombres, encontramos la misma simbología en todas las religiones: el Bien y el Mal, los buenos y los malos espíritus, los dioses y los demonios paganos, Ormuz y Ahrimán... Son los dos eternos principios opuestos e inmutables, que rigen todo el Universo, y que enfrentan al hombre con su propio destino.

Y en la Iglesia católica, como en

Gilles de Rais

Gilles de Rais, erudito, «mariscal de Francia», pederasta, asesino por voluptuosidad, necrófilo, sacrílego y místico: *Gilles de Rais, cuya vida es digna de ser la de un personaje de Sade, pertenece tanto a la leyenda como a la historia. Nació en 1404 en Chantocé (Anjou). Tras una juventud de la cual ignoramos hasta lo más esencial, este biznieto de Du Guesclin, emparentado con las más ilustres y ricas familias de la Bretaña, se casó sin entusiasmo, y fue dichoso al poder combatir al lado de Juana de Arco. Confidente de Carlos VII, decidió bruscamente abandonar el mundo y se retiró a sus castillos de Tiffauges, Machecoul y Chantocé, en donde se hacía entretener por toda una corte de efebos, parásitos y bardos. Habiéndole llevado sus prodigalidades al borde de la ruina, creyó poder reencontrar la riqueza apelando a alquimistas que le engañaron, y después a brujos y sacerdotes desviados que lo ataron al demonio. Para ofrecerle a éste las manos, el corazón y el cerebro de los niños que reclamaba como ofren-*

continúa en la pág. 84



En la fotografía, uno de los castillos de Guilles de Rais en la actualidad.



El sistema de delación en que se basaba todo el proceso inquisitorial hacia que muchas veces las acusaciones no fuesen más que el resultado de la maledicencia de la gente. Un odio, una enemistad, podia ser el origen de una espantosa tragedia. (Detalle del cuadro de El Bosco «La portación de la cruz», Museo de Bellas Artes de Gante).

todas las demás religiones, este principio del Mal se personifica, se antropomorfiza, para ser así más fácilmente asequible a todo el mundo. El demonio —Satanás, Satán, Lucifer, Luzbel, Belcebú, Leviatán— es el ángel caído, arrojado del reino de Dios por su pecado de soberbia y rebeldía. Desde entonces irá en contra de Dios, y de los hombres, sus criaturas, y, afirma seriamente la Iglesia, Dios, pese a ser omnipotente, no podrá vencerlo... porque es preciso que los dos principios, el Bien y el Mal, subsistan siempre en el Universo. Se le presenta comúnmente con forma humana, aunque también puede adoptar (y adopta a menudo) otras formas, como la de macho cabrío, que es una de las más conocidas. Y no está solo: una verdadera cohorte de diablos lo rodean y auxilian siempre en su misión, una cohorte cuyo número y composición varía en cada época. Jean Wier, en su obra *De Praestigiis* (publicada en Basilea en 1568) nos informa estadísticamente de que el reino diabólico comprende 72 príncipes y 7.405.926 diablos, divididos en 1.111 legiones de 6.666 abortos del infierno cada una... «todo ello salvo error de cálculo», añade circunspectamente el autor. La mayoría de esos diablos son pintados como monstruos de pesadilla, mitad hombres, mitad animales, síntesis delirante de todo lo odioso, horrible y disforme que hay en el mundo. Leo-

La brujería alcanzó a todos los pueblos, incluso los que hoy nos parecen más civilizados. Esta máscara sueca representando a una bruja tiene, en su simplicidad estética, toda la fuerza expresiva de lo que quiere representar. (Nordiska Museet, Estocolmo).

Los grandes artistas han encontrado su inspiración en todo lo fantástico que existe dentro del complejo mundo de la magia, y con su arte han estilizado unas concepciones que hoy nos parecen maléficas. Esta «Fée aux oriffons», debida al pincel de Gustave Moreau, nos ofrece toda la poesía de una escena bucólica. (Exposición La Magia, Museo Goya, Castres).



nardo, el gran maestro del Sabbat, tiene tres cuernos, orejas de zorro, barba de cabra, dos rostros (uno de ellos en el lugar correcto)... Asmodeo tiene tres cabezas: toro, hombre y macho cabrío, pies de ganso, cola de serpiente...

Y la Iglesia se recrea en estas descripciones. Es en plena Edad Media cuando el demonio irrumpe impetuosamente en la vida del pueblo: concretamente, a partir del siglo XI, aunque siempre haya estado presente en ella. Es en parte una consecuencia de los terrores del año 1000, en el que se creía que el fin del mundo era inminente, y de las hambres y epidemias que vinieron luego. Era preciso encontrar algo sobrenatural, algo que sirviera de chivo expiatorio a la Iglesia. El demonio era el más adecuado... y no protestaría. Así pues, la Iglesia se lanza a un profundo ataque contra el demonio. Él es la causa de todos los males: las enfermedades, las pestes, la lepra, las erupciones cutáneas... Los epilépticos están poseídos por Satanás, los locos tienen trato con el demonio, la lujuria es una cualidad satánica. La Iglesia repite incesantemente: «Satanás está en todas partes; temed a Satanás...»

¿Cuáles son los motivos de todo ello? ¿Ignorancia, superstición, necesidad de dar al pueblo una explicación plausible al aparente abandono de Dios? Lo importante es que el demonio apareció como en una explosión en plena Edad Media, y lo que la Iglesia había iniciado como una defensa se convirtió muy pronto en una pesadilla. Por un lado, y ante la insistencia de la Iglesia en convencerles de ello, no es extraño



que las personas ignorantes creyeran *realmente* que el demonio estaba en todas partes, y que podía aparecérseles en cualquier momento para tentarles y hacerles caer en el pecado. He aquí pues una nueva tendencia de la religiosidad exacerbada, cuya característica principal es la obsesión de algunas personas religiosas —y crédulas— de huir del pecado y de la tentación del demonio a través de los sacrificios y los castigos corporales: los penitentes que se infligían duros castigos —flagelaciones, cadenas, etcétera— para mortificar su cuerpo y purificar así su alma, forman en la Edad Media una legión interminable. En todos los lugares se hacen célebres, con el hondo bene-

TRAICT REPRESENTANT AV VIF

VTION FAICTE A LOVDVN EN LA PERSONNE DE VRBAIN GRANDIER



Ejecución de Urbano Grandier, según un grabado de madera perteneciente a la imaginería popular y fechado en Poitiers en 1654.

plácito de la Iglesia, las procesiones de flagelantes, que van de aldea en aldea infligiéndose castigos y exhortando a los fieles a huir del pecado a través del dolor, la penitencia y la oración.

Pero por otro lado existen también los desesperados, aquellos a quienes no les importa, antes al contrario, el tener tratos con el demonio. Entramos de nuevo, con ello, en el reino de la brujería. Es evidente que existió mucha gente que *creía* poder entrar realmente en contacto con el demonio, que *entraba* en contacto con él. Al igual que muchas personas fanáticamente fieles *creían* ser tentadas por el demonio, y algunas de ellas, en su obsesión, imaginaban incluso verlo, quienes deseaban simplemente tratos con Satanás llegaban a convencerse de que realmente lo habían logrado. Generalmente, el demonio se aparecía más a las mujeres que a los hombres... lo cual, aún desechando la explicación dada por muchos autores de una reacción a la profunda insatisfacción sexual experimentada por la mayor parte de las mujeres en el medievo, no es extraño si se tiene en cuenta por otro lado que, siendo el demonio varón (o al menos así ha sido representado siempre) buscara antes a las mujeres que a los hombres para seducirlas y ganarlas a su causa, y dado que, además, eligiendo la Iglesia a sus servidores entre los hombres más que entre las mujeres, es una lógica contrapartida que estas últimas fueran elegidas por el demonio.

Así surgen en la Edad Media el satanismo o demonología, con toda su cohorte de posesiones, pactos, misas negras, aquelarres... todo lo cual veremos más adelante, cuando nos ocupemos con mayor detenimiento de este aspecto particular de la magia. Satanás pulula por todas partes. Las brujas y los hechiceros se reúnen en los Sabbats y en las saturnales, el demonio entra en los conventos para seducir a las monjas... o eso, al menos, es lo que proclama la Iglesia.

Porque la Iglesia, de pronto, se da cuenta de la magnitud de lo que ha desencadenado, e intenta ponerle remedio. Es preciso levantar un altar al ascetismo: hay que detener al demonio, privarle de sus colaboradores. La brujería está prohibida, y sin embargo los brujos y brujas pululan por todas partes. Hay que atajar el mal.

Nace así uno de los períodos más tenebrosos de toda la Edad Media, un período que más tarde será contemplado con incomprensión y vergüenza por las generaciones venideras, un período que tiene como principal exponente la creación de una Institución formada exclusivamente para combatir la mayor herejía, la del pacto con el demonio y la brujería: la Inquisición.

Pero esto merece un capítulo aparte.

viene de la pág. 81

da, Gilles de Rais preparó a todo un equipo de secuaces dedicados a proporcionarle jóvenes mendigos y niños campesinos. Sus dominios quedaron pronto despoblados, pero el diablo no le perdonó jamás el aprovecharse, de una manera atroz y sanguinaria, de las presas que hubiera deseado sólo para él. Henchido de voluptuosidades y demasiado seguro de su poder, se dejó finalmente arrestar, y dio prueba, durante su proceso, de una edificante humildad cristiana. Después de unas confesiones completas, fue estrangulado y quemado en Nantes, en octubre de 1440, mientras se fustigaban, hasta hacerles brotar sangre, a los niños de esta ciudad para proporcionarles un recuerdo imperecedero del fin de este aborrecible criminal.

«Sexologie-Lexicon»

6 La Inquisición



En el mes de febrero de 1231, el papa Gregorio IX publica una Constitución por la que instuye un tribunal eclesiástico destinado a inquirir y castigar los delitos contra la fe: la *Inquisitio hereticae pravitatis*, la Inquisición de la depravación herética. Aparece así oficialmente, en el mundo, el nombre de Inquisición.

Sin embargo, esta Inquisición que cristaliza de una manera pública en este año de 1231 lleva ya algunos años gestándose. Ya en el tercer concilio de Letrán, en 1179, el papa Alejandro III decreta que es preciso oponerse por la fuerza a los herejes, confiscar sus bienes y reducir su persona a la servidumbre. En 1184, en el concilio de Verona, Lucio III redacta una Constitución que señala que los nobles y los señores deben jurar el ayudar a la Iglesia a combatir la herejía, bajo pena de excomunión; que el pueblo debe denunciar ante los obispos a cualquier persona sospechosa de herejía; que los obispos deben visitar, al menos una vez al año, todas las aldeas y pueblos de su diócesis en busca de herejes; y que estos herejes deben ser declarados infames para siempre y despojados de sus cargos. Con esta Constitución se considera que nace la Inquisición episcopal, ya que da a los obispos plena libertad para actuar. En el año 1200, el concilio de Avignon decide que en cada feligresía se constituya una comisión compuesta por un sacerdote y dos o tres laicos íntegros, encargada de denunciar a todos los herejes, a quienes tengan tratos con herejes, y a quienes los oculten. El papa Gregorio IX, proclamado papa en 1227, puntualiza la constitución de Lucio III uniéndole la decisión del concilio de Avignon, y precisando que las comisiones *deben buscar* a los herejes en sus escondrijos, por ocultos que estén, y que serán castigados con penas muy severas los oficiales negligentes y aquellos que oculten o ayuden a un hereje; que toda la población debe colaborar en la búsqueda de los herejes para sacarlos de allí donde se es-



Muchas veces, para ahorrar gastos, se ataban a los condenados a muerte por la Inquisición a escaleras que se hacían bascular sobre la hoguera, que servía así para varios condenados. (De Carl T. Dreyer).



Contemplando la mayor parte de los cuadros de El Bosco, uno se pregunta si son obra exclusiva de una desbordada imaginación, o hay en ellos la ignota presencia de todas las fuerzas maléficas desatadas durante el Imperio de Satán, en la Edad Media. (Fragmento del tríptico «El jardín de las delicias», Museo del Prado, Madrid).

condan y que, a fin de que no se cometan abusos y paguen inocentes por culpables, nadie puede ser condenado por hereje a menos que el obispo del lugar u otra persona eclesiástica con poder suficiente no lo decida así.

Y es en 1231, finalmente, cuando la Constitución de Gregorio IX decide el derecho *exclusivo* de la Iglesia de juzgar y condenar los delitos de herejía: «sólo aquellos que sean condenados por la Iglesia podrán ser entregados a la secularidad o sufrir las penas impuestas», y que los acusados que quieran regresar a la fe tras su herejía serán encarcelados de por vida para hacer penitencia.

La Inquisición, como tal, ha nacido.

¿Por qué la Inquisición?

Pero, ¿cuál es el verdadero origen y el cometido de la Inquisición?

Como fenómeno histórico, la Inquisición no fue un hecho arbitrario ni extemporáneo: tuvo su origen y su razón de ser en unas circunstancias muy precisas, de tal modo que, aun si no hubiera aparecido, más pronto o más tarde hubiera surgido otra institución de características similares que habría ocupado su lugar. El hecho de que posteriormente se desviara por caminos que no eran los originales y cometiera excesos que hoy nos resultan lamentables, no excluye para nada la necesidad y la oportunidad de su aparición.

Originalmente, la Inquisición apareció con el único fin de combatir las herejías que, en modo creciente, hacían tambalearse en toda Europa los cimientos de la Iglesia católica. Aunque siempre, desde la aparición del cristianismo, habían existido herejías que desviaban a los católicos del recto camino (y la Iglesia siempre las había combatido), no es hasta la aparición de los cataros, a mediados del siglo XII, que la Iglesia católica cree ver en las crecientes formas heréticas un peligro a su estabilidad y unidad. Esta forma de herejía, heredada del Oriente bizantino, donde había sobrevivido con el nombre de bogomilismo, era una pervivencia de la antigua herejía maniquea, que tomó sus reales en Europa bajo el nombre de cataros, palabra que en griego significa «puros». La herejía catara distinguía los dos principios básicos y antagónicos en el mundo, el bien y el mal, en la forma de un dios dualista, en el que cifraba toda la espiritualidad humana, ya que el alma humana era frag-



Los fanáticos de la Inquisición

«Las decisiones papales sobre la Inquisición son puestas en práctica inmediatamente en toda Europa. Dos inquisidores, Henri Institor de Sélestat y Jacob Spenger, después de haber hecho reinar el terror en Italia, en el Tirol y sobre todo en Alemania, donde el pueblo estaba obsesionado por el demonio, publicaron en Colonia, en 1486, el Malleus maleficarum. *Esta obra exponía los maleficios diabólicos, los secretos de los magos y las reglas que era preciso seguir para poner término al imperio de Satán. Con una ausencia total de sentido crítico, las leyendas más absurdas, los cuentos más fantásticos, son presentados como auténticos. De tales afirmaciones recibidas como verdades de evangelio tomará su punto de partida la caza a los brujos. Este libro tendrá varias ediciones en el curso del siglo XVI, prueba de su éxito, confirmado por el rigor de la «represión diabólica».*

Demos el ejemplo de Nicolas Remi, o Remigius, que fue inquisidor por la región de Nancy. Hombre despiadado, afirmaba que el tercio al menos de la población de Lorena tenía relaciones con el demonio. Se

continúa en la pág. 89

mentos de esta divinidad aprisionados en los cuerpos, y la creación de este mundo era el resultado de la actuación de un factor maligno. Instituyó un bautismo espiritual, el «consolamentum», que sustituía al bautismo cristiano, y que sus adeptos recibían solamente en el lecho de muerte o en el transcurso de una grave crisis.

Durante todo el siglo XII, los cataros se extendieron rápidamente por toda Europa, formando núcleos muy importantes en el norte de Italia, principalmente en Lombardía, en Flandes y en Francia. En este último país se fusionaron con los valdenses, una nueva secta surgida en Lyón en torno a la figura de Pedro Valdo, y formaron los albigenses, que tomaron su nombre de la ciudad de Albi, núcleo más importante de su aparición. Los albigenses se desparramaron por todo el sur de Francia, llegando, en algunos lugares, a ser más numerosos que los mismos cristianos. Esto hizo que los papas intentaran poner freno a su expansión, aunque sin demasiado resultado: el concilio de Tolosa excomulga a esos neo-maniqueos, Alejandro III ordena a los señores del lugar que encarcelen a los herejes y les confisquen sus bienes. Pero la herejía sigue extendiéndose. El conde Raimundo de Tolosa, en una carta-informe dirigida al Capítulo General del Císter, dice: «Se rechaza el bautismo, se blasfema de la Eucaristía, se hace burla de la penitencia, no se quiere oír hablar de la resurrección de la carne y, lo que es más espantoso, se inventan dos fuentes originales de la existencia. Las gentes más influyentes de mi dominio se han dejado contaminar; la plebe ha seguido su ejemplo y ha perdido la fe hasta tal punto que ya no tengo fuerzas para ahogar el mal. Puesto que la espada espiritual no puede con ellos, es preciso golpear con la espada material.»

Esto es lo que hizo Inocencio II en 1208, al lanzar a los señores del norte de Francia sobre las tierras del Mediodía francés, en lo que se ha dado en llamar la «Cruzada contra los albigenses». Una cruzada que, sin embargo, no resolvió nada, ya que, a causa de las mezquinas ambiciones personales de algunos



La brujería ha dejado su huella en las fiestas tradicionales de muchos pueblos, como representación de la lucha constante entre el bien y las fuerzas ocultas. Esta «bruja que vuela en la escoba» es una máscara típica usada en las fiestas de la Eslovenia Oriental. (Lubiana, Museo Etnográfico).



Exorcismo de una monja endemoniada. (De Kawalerovic).

Uno de los remedios contra Satanás eran los castigos corporales: en muchos conventos, las monjas usaban para protegerse del diablo multitud de disciplinas, cilicios, etcétera).



de los caudillos cruzados, como Simón de Monfort, lo que en principio era una expedición religiosa se convirtió muy pronto en una vulgar empresa de conquista que saqueó, devastó, pasó por las armas y repartió las tierras de lo que hasta entonces había sido una de las regiones más fértiles de Francia. Y la herejía, mientras, siguió su avance.

Las órdenes mendicantes

Paralelamente a estos hechos, un monje, Domingo de Guzmán, combatía la herejía con otros medios muy distintos a las armas: con la predicación y el ejemplo, instruyendo en los principios de la religión católica al poco preparado pueblo del Languedoc, «a fin de arrancar de su error, con la gracia de Dios, a los herejes». Domingo de Guzmán, con sus compañeros (que originariamente eran siete), fueron el origen de la orden de los Predicadores, llamados también más tarde Dominicos. Los predicadores, cuya sede principal estaba en Tolosa, recorrían en peregrinaje los pueblos y las aldeas, «enseñando gratuitamente y de una manera auténtica la palabra de Dios —son frases del papa Honorio III—, consagrándose por entero a la salvación de las almas y siguiendo tan sólo a Dios, enarbolando la bandera de la pobreza». La orden dominicana, junto con la orden franciscana, creada por San Francisco de Asís, y con la que estaba profundamente unida en sus ideales, formaron muy pronto lo que se ha venido en llamar las Órdenes mendicantes.

Y estas órdenes iban a tener, muy pronto, una importancia trascendental. La herejía iba extendiéndose, mientras tanto, por todo el continente, y si bien Enrique II de Inglaterra logró frenar su avance en las Islas haciendo encarcelar a los cataros que habían cruzado el canal de la Mancha y marcándolos con un hierro al rojo, el resto de los países centroeuropeos estaban sufriendo una verdadera invasión, que no lograban dominar ni las armas de la cruzada contra los albigenses ni las palabras de los

viene de la pág. 87

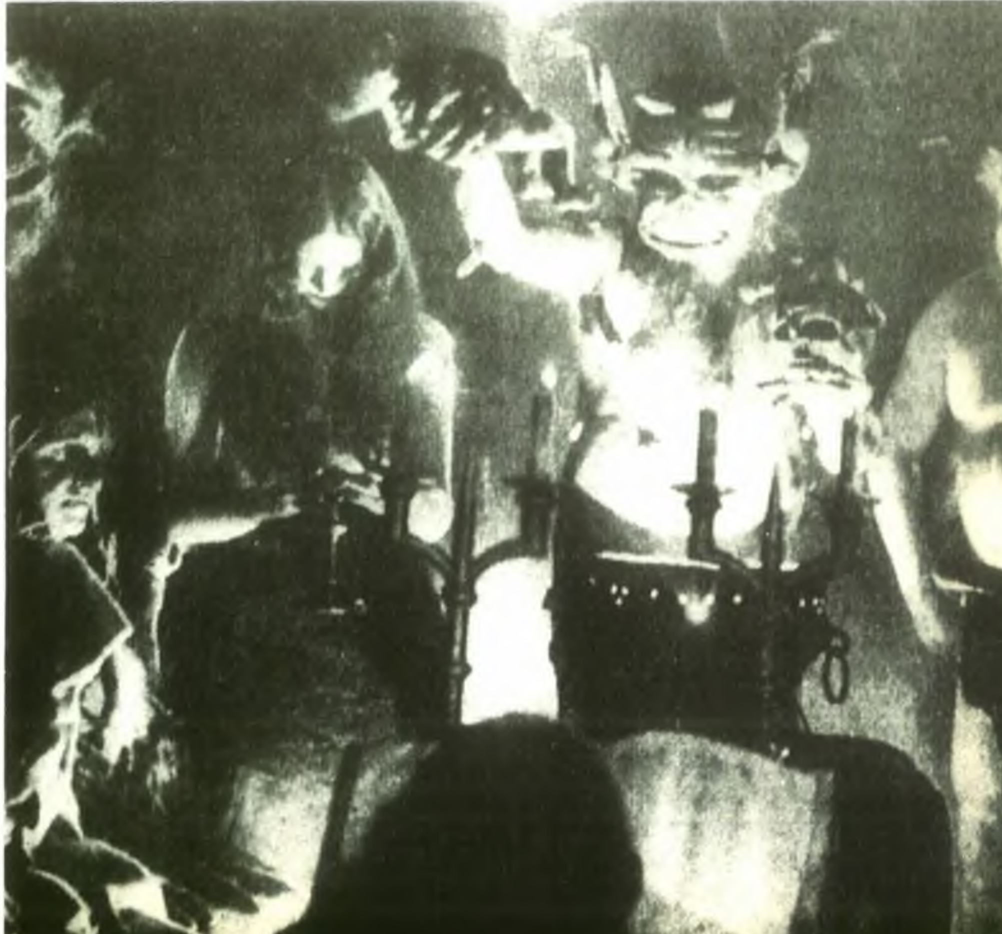
dedicó pues a una caza desenfrenada a partir de 1580 y, en una quincena de años, hizo arder a más de ochocientos magos y brujas. En 1600, confesaría que incluso él servía al diablo desde su adolescencia. El tribunal de Nancy, que temía a Nicolas Remi, le hizo sufrir, después de las torturas habituales, la muerte por el fuego. ¿Es posible encontrar una prueba más aplastante de la huella de Satán en las almas? Remigius había consignado en un grueso libro, aparecido en Lyón en 1595, la suma de sus experiencias, a fin de acudir en ayuda de los jueces menos expertos que él. Afortunadamente, la Inquisición se mostrará a veces mucho más favorable...»

Guy y Jean Testas, «L'inquisition»

seguidores de Domingo de Guzmán. Es por ello que los soberanos de algunos países, viendo tambalearse su pedestal a causa de la creciente invasión herética («la herejía conduce en la vida a un nihilismo desesperado, a la anarquía, socava los cimientos de la sociedad...») decidieron emplear la fuerza contra la fuerza, ya que la fortaleza moral dictada por la Iglesia se había mostrado inútil. Soberanos como Roberto II en Francia, Enrique II en Alemania, y más tarde Federico II y Luis VII también en Francia, con sus represiones cada vez más duras y violentas de la herejía, fueron los que decidieron, primero al papa Inocencio II y más tarde a Gregorio IX, a establecer unas reglas que sustrajeran, en lo posible, de las manos seculares todos los delitos de herejía y los depositaran en manos de la Iglesia.

Así es como toma la Inquisición el nombre y las características que más tarde la harán célebre. Visto el poco resultado dado por las primitivas Inquisiciones episcopales (el clero, y aún los mismos obispos, estaban demasiado cerca del pueblo como para ser totalmente imparciales, y su competencia en la severidad o indulgencia ante los inculpados no siempre era satisfactoria), el Papa comprendió muy pronto que necesitaba de una milicia especial propia, sometida únicamente a su autoridad, para llevar a cabo la misión de perseguir a los herejes.

Y es precisamente la Orden de



Escena de Sabbat, perteneciente a la película «Haxan». En el Sabbat, reunión orgiástica presidida por Satanás y en la que participaban los brujos, se realizaban los mayores excesos y concupiscencias, según las declaraciones arrancadas a éstos por los tribunales inquisitoriales.

Se dice que Satanás tuvo, durante la Edad Media, su trono en la Tierra. ¿Quiére simbolizarnos precisamente esto el sillón de misa negra que aparece en la fotografía, con más apariencia de trono que de sillón? (Exposición La Magia, Museo Goya, Castres).



Predicadores la que es elegida para tal misión. «Hemos decidido —dice Gregorio IX en la bula *Ille humani generis*, en 1232— enviar a los Hermanos Predicadores contra los herejes de Francia y de las provincias vecinas... y suplicamos y exhortamos a todos a que los reciban amistosamente, que se les trate bien y se les secunde.» Muy pronto, a los Dominicanos se les unirán sus compañeros espirituales los Franciscanos. Y serán las órdenes mendicantes las que se encargarán, a lo largo de los próximos tres siglos, de una de las tareas más ingratas y difíciles encomendadas a la Inquisición: castigar.

De la herejía a la magia

Pero la situación va a variar muy pronto.

Al principio de su constitución, la Inquisición se dedica única y exclusivamente a la búsqueda y persecución de los herejes. Ciertamente, se ocupará también algo de la hechicería y de la brujería, aunque sin demasiado celo ni severidad. El papa Alejandro IV decreta que la práctica de la brujería compete a los tribunales inquisitoriales solamente si va acompañada de actos de herejía. Juan XXII (que será llamado por algunos autores «el papa brujo», ya que según algunas crónicas practica la alquimia) activa la represión de la magia a través de una serie de bulas, haciendo depender de los inquisidores, desde 1320, la persecución de las prácticas criminales en las que intervengan maleficios, pactos diabólicos y profanación de los sacramentos. Sin embargo, su postura es más bien indulgente, puesto que la herejía les produce aún demasiados dolores de cabeza.

En el siglo XV, sin embargo, empiezan a producirse algunos hechos significativos. En primer lugar, hay el famoso proceso a los Templarios. Instigado por Felipe el Hermoso, que logró que en una sola noche (del 12 al 13 de octubre de 1307)



Cuando pensamos en la Inquisición, acude a nuestra mente la imagen del verdugo encapuchado dispuesto a ejecutar en la hoguera a las desgraciadas víctimas... sin pensar que el verdugo inquisitorial, la mayoría de las veces un laico contratado para este oficio, no era más que el ciego brazo ejecutor de una justicia que podía ser tan injusta como toda la justicia humana de aquella época.

fueran arrestados todos los Templarios de Francia, sus acusaciones son tan ridículas como: hacer aparecer un gato en sus asambleas; adorar a una cabeza de plata (el *Bafomet*, que literalmente quiere decir «Inspiración del Espíritu») que predice el porvenir; escupir sobre el crucifijo el día de su recepción; ir, en sus costumbres, contra la naturaleza. Pese a la incongruencia de estas acusaciones, la prisión y la tortura logran la confesión de algunos templarios, que declaran haber profanado la hostia, haber realizado ritos satánicos y todo lo que se quiso que dijeran... con lo que la orden es disuelta por el papa Clemente V (y sus posesiones entregadas a la orden de los Hospitalarios) y gran número de templarios quemados en la hoguera.

El proceso de Juana de Arco no fue menos famoso. Libertadora de Orleáns, heroína de Francia, fue vendida a los ingleses por la suma de diez mil libras y juzgada por un tribunal de la Inquisición bajo las acusaciones de brujería y hechicería, basadas en afirmaciones tan poco consistentes como sus visiones del arcángel San Miguel, el cual, según sus declaraciones, se le aparecía desnudo, el hecho de haber peleado vestida de hombre y no querer abandonar en prisión estos hábitos (quienes abandonan las costumbres y las ropas correspondientes a su sexo, se le dice, son abominables a los ojos de Dios) y el hecho de que, siendo aún niña,

más sobresalientes de la época. Se dedica a la alquimia, a la brujería y a la conjuración del demonio... si bien no siempre le salen bien las cosas. Acusado públicamente, es declarado convicto y confeso y es colgado y quemado...

Estos procesos nos muestran una tendencia de la Iglesia a preocuparse cada vez más por la brujería. El motivo, en principio, es sencillo: la hechicería empieza a mezclarse en forma antagónica con la religión, aparecen los pactos con el diablo y las repudiaciones de Dios y de las enseñanzas cristianas. Sin embargo, en todo ello, hay una buena parte de culpa que debe achacarse a la propia Iglesia. En efecto, en el siglo XIV, las herejías que motivaron la Inquisición están prácticamente dominadas, y solamente sobreviven en algunos focos aislados de poca intensidad. Así pues, la Inquisición ha terminado su trabajo. Por otro lado, sin embargo, las prácticas de brujería y hechicería empiezan a ser consideradas por algunos teólogos como una perpetuación del paganismo... y el paganismo ha representado siempre una amenaza contra la Iglesia.

Así, la Inquisición empieza a preocuparse cada vez más, a falta de herejes, de los brujos. La brujería y la hechicería son signos de pactos con el demonio, y el demonio es asunto de la Iglesia. En 1484, el papa Inocencio VIII redacta la bula *Summis desirantes*, en la que dice: «Hemos sabido que gran número de personas de los dos sexos no temen hacer pactos con los demonios y consiguen, con sus brujerías, dañar a los hombres y a los animales, hacer estéril el lecho con-

El sambenito



En España, el hábito penitencial que llevaban los penitentes condenados por la Inquisición recibió el nombre de sambenito, *corrupción de las palabras* saco bendito. *El sambenito solía ser, en los primeros tiempos de la Inquisición, un escapulario grande de paño basto de color amarillo, aunque había muchas variedades distintas. Una de ellas consistía en una túnica cerrada como la sotana de los clérigos, con dos cruces muy visibles de color amarillo, una en el pecho y otra en la espalda. Otros sambenitos tenían forma de escapulario. Más tarde se emplearon otros muchos tipos, que se diferenciaban entre sí por el tamaño, color y colocación de las cruces, de acuerdo con las diferentes penas infligidas a los reos. El hábito del penitente se completaba con el gorro piramidal, o coroza, hecho de la misma tela que el sambenito, e ilustrado a veces con pinturas que señalaban la pena a que había sido condenado el reo: la hoguera, la horca, la cárcel, la peregrinación...*

fuera en su villa natal, Domrémy, a depositar coronas de flores al pie de un árbol llamado «de las hadas», en una fiesta local, como era la costumbre. Condenada a la hoguera, fue ejecutada en Rouen... para ser reivindicada veinticinco años más tarde por otro tribunal del Santo Oficio y canonizada como Santa en 1920.

En 1440 se celebra la célebre causa contra Gilles de Rais, en la que vuelven a aparecer pública y estrechamente unidas la brujería y el satanismo. Gilles de Rais, mariscal de Francia, y fiel compañero de Juana de Arco, es uno de los brujos





Tres grabados de Bernard Picard (siglo XVII) representando tres modelos distintos de sambenitos. Los dos primeros corresponden a reos que han abjurado, evitando con ello la hoguera, mientras el tercero pertenece a un condenado a muerte. Obsérvense, en los tres, los grabados alegóricos a su condición.

yugal, dar muerte a los hijos de las mujeres y de las bestias, destruir los frutos de la tierra, los pastos de las praderas, etc. En consecuencia, ordenamos a los inquisidores de todos los Estados cristianos que condenen...»

Este es el punto de partida de la acción de la Inquisición contra la magia. La primitiva herejia es olvidada: ahora, la única herejía que hay es la brujeria y los pactos con el demonio. Cualquier persona puede ser acusada de ello, enjuiciada y condenada. En 1484, el inquisidor Cumaences hace quemar como hechiceras a noventa y una mujeres en el insignificante condado de Burlía. Casi en la misma época, el inquisidor Alciat ordena, en el Piamonte, un auto de fe de ciento cincuenta brujos. En 1524, en Como, 1112 personas son acusadas de haber tenido trato con Satanás y condenadas a la hoguera. En 1583, tres pobres viejas son acusadas en Berlín de haber hecho descargar, con ayuda del diablo, una granizada sobre los dominios de un gran señor, y son condenadas a ser quemadas vivas. En 1590, cuarenta personas sufren la misma suerte en París.

La fiebre contra la brujería se ha desatado. Incluso alcanza a los países protestantes. Lutero, cuya vida es una lucha constante con el demonio, siente un odio sin limites contra sus posesos, y hubiera deseado verlos lapidar antes de arrojarlos a la hoguera. Incluso los conventos de monjas y los monasterios son invadidos por el diablo, y son numerosos los casos de posesión. Los propios sacerdotes caen bajo el poder del demonio... y con ello bajo la Inquisición: el padre Luis Gaufridi, párroco de una iglesia de Marsella, es acusado de haber en-

Página siguiente:
«In Inferno nulla est redemptio» es parte del políptico «El Infierno», atribuido a Memling, que se conserva en el Museo de Bellas Artes de Estrasburgo. El temor al infierno y al demonio era una de las bases en que se sustentó la religión del Medievo.

Animales votivos usados desde tiempos antiguos en Yugoslavia para propiciarse la bendición sobre el ganado. En la Edad Media, la religión adoptaba muchas veces formas de superstición... y de esto al culto al demonio hay solamente un paso. (Lubiana, Museo Etnográfico).



demoniado a dos mujeres, condenado y quemado; el padre Urbano Grandier. capellán de las ursulinas de Loudun, será el origen de uno de los casos más célebres de endemoniamiento, que afectará a todo un convento de monjas... y será también arrojado a la hoguera.

En España, la Inquisición adquiere una furia tal que constituye uno de los pilares básicos de la Leyenda Negra de este país. Iniciada con la persecución de los moriscos y los judíos, se transforma pronto en un instrumento de política y de odios personales, hasta llegar a convertirse en un juguete de ambiciones y deseos. Sus excesos alcanzaron tal punto que hoy en día, cuando se habla de Inquisición, se piensa inmediatamente en España, en Felipe II, en el Escorial, en Torquemada. Sin embargo, la Inquisición española no fue más deplorable que la Inquisición del resto de Europa... si bien tendría su secuela en la segunda Inquisición que los conquistadores llevaron consigo a América.

Así pues, la Inquisición se convierte, de una caza de herejes, en una caza de brujos y de demonios. Así se prolongará durante muchos años. Se torturarán millones de personas, se condenará a inocentes, se cometerán inexplicables abusos, será usada para mezquinas venganzas y para pasiones políticas, para satisfacer odios personales y vicios inconfesables.

¿Pero por qué todo ello? ¿Cómo puede haberse llegado a este extremo?

Así trabaja la Inquisición

El fundamento de todos los excesos y errores de la Inquisición se halla en su propio sistema de trabajo: en el hecho de ser un procedimiento judicial basado en la denuncia, en su refuse de confrontar acusador y acusado, en la arbitrariedad de su juicio, en el hecho de considerarse al reo culpable mientras no se demuestre lo contrario... y en el inadmisible hecho de emplear la tortura como elemento coercitivo.

Veamos, pues, cómo trabajaba la Inquisición. En primer lugar, la clasificación de los delitos que entraban dentro de la acción inquisitorial. En el año 1260, el papa Alejandro IV establece en una bula las relaciones existentes entre herejía y brujería, clasificando las categorías de los sortilegios. Según estas categorías, los motivos de acusa-



ción inquisitorial podían ser de quince clases, ateniéndose a su gravedad: 1.º, reniegan de Dios; 2.º, blasfeman; 3.º, adoran al diablo; 4.º, le consagran sus hijos; 5.º, se los sacrifican a veces; 6.º, los consagran a Satanás desde el vientre de su madre; 7.º, le prometen atraer a todos los que puedan a su servicio; 8.º, juran por el nombre del demonio y hacen de ello un honor; 9.º, no respetan ya ninguna ley y cometen incluso incestos; 10.º, matan a las personas, las hacen hervir y se las comen; 11.º, se alimentan con carne humana e incluso de ahorcados; 12.º, hacen morir a la gente mediante venenos y sortilegios; 13.º, hacen morir al ganado; 14.º, hacen perecer los frutos, y causan la esterilidad; y 15.º, se hacen en todo esclavos del diablo.

Todos estos hechos, naturalmente, son difíciles de probar... pero aquí no hace falta probar nada. Basta una simple delación para que el acusado sea aprehendido y puesto a disposición del poder inquisitorial. Naturalmente, durante el proceso puede probar su inocencia... pero esto no ocurre casi nunca. Ahora vamos a ver por qué.

La detención y el proceso

En sus primeros tiempos, cuando se dedicaba simplemente a la persecución y captura de herejes, la Inquisición actuaba de una forma que entraba dentro de la ortodoxia que podríamos denominar legal. Para examinar este modo de actuar,



Pueblo ardiendo bajo la maldición de unas brujas. Grabado perteneciente al libro «Compendium maleficarum», de R. P. Guaccius, aparecido en Milán en 1626.

sigamos un proceso-tipo, cualquiera de ellos: Un grupo de inquisidores, formado generalmente por tres o cuatro monjes, llega a una aldea. Hace reunir a toda la población dentro de la iglesia, y les predica solemnemente su misión, solicitando la ayuda de todos los fieles y exhortando a los culpables de herejía a que se presenten voluntariamente ellos mismos para lograr así el perdón de Dios. A partir de este momento se inicia un período de gracia (llamado precisamente así: *Tiempo de Gracia*), cuya duración es de quince días a un mes, en el cual los herejes pueden acudir a los inquisidores y confesar voluntariamente sus culpas, manifestándose arrepentidos de sus pecados, en la certeza de recibir misericordia. Cuando uno de estos herejes acude voluntariamente a retractarse de sus herejías, es casi siempre perdonado, administrándosele tan sólo una leve penitencia, la mayor parte de las veces secreta, y casi siempre fácil de llevar. Posteriormente, con el cambio de la herejía a magia, esta benevolencia desaparecerá: no puede haber misericordia con el diablo...

Paralelamente a esta exhortación y al Tiempo de Gracia, los inquisidores ordenan a todos los cristianos, bajo pena de excomunión, que denuncien a todos los herejes o sospechosos de herejía (entramos, con ello, en una de las bases en que se fundamenta la Inquisición: la delación). Pasado el Tiempo de Gracia, se termina también la misericordia del tribunal. los denunciados que no se hayan presentado voluntariamente son perseguidos, y cualquier sospecha, por pequeña que sea, es suficiente para iniciar una encuesta. El párroco de la comunidad, acompañado por testigos dignos de fe, acude entonces a casa del denunciado con una citación, a veces verbal, la mayor parte de las veces escrita, que equivale a una orden de arresto... orden que se hace más grave y perentoria si el acusado intenta huir.

Una vez arrestado, se procede al interrogatorio. El acusado es presentado al tribunal, y se le comunican los cargos que pesan sobre él, invitándole a defenderse e interrogándole después de que haya jurado sobre los Evangelios. Existen modelos para los interrogatorios, con las preguntas que hay que hacer según la clase de herejía que se supone que profesa el acusado. Para lograr una rápida confesión, se emplean métodos indirectos de coerción: prometer la indulgencia del tribunal, por ejemplo, en caso de que el inculpado reconozca su culpa, o incluso mediante la ayuda de un tercero que, fingiendo pertenecer a la misma secta herética que el sospechoso, lo inducirá a hablar.

Los testigos, en este tipo de procesos, son definitivos: generalmente bastan dos de ellos para lograr una condena, aunque algunas veces, si el acusado goza de una buena reputación, el juez puede pedir la presencia de un mayor número. Los nombres de estos testigos, al igual que el del delator, son mantenidos siempre en secreto para evitar las represalias... lo cual convierte en muy común la denuncia por simples motivos de interés o envidia.



Así actuaba la Inquisición

El padre Benedicto Durand, en su libro Thesaurces anecdatorum, *dedica un capítulo a: «De la manera de convertir a los acusados por el temor a la prisión y a la muerte.» De él entresacamos los siguientes párrafos, que nos ilustran sobre los métodos seguidos por la Inquisición:*

«El que se halla encenagado en la herejía, puede ser convertido por el temor a la muerte. Se le debe hacer esperar que todavía podrá concedérsele la vida si confiesa sus errores y denuncia a sus compañeros de secta. Si rehúsa hacerlo, enciérresele en un calabozo y désele a entender que hay testigos que declaran contra él, y que una vez convicto por el testimonio de los mismos será tratado sin misericordia y entregado a la muerte. Al propio tiempo, debe alimentársele poco, a fin de que se sienta poseído más fácilmente por el miedo. Sólo podrán acercársele, de vez en cuando, fieles que, con destreza y precaución, le adviertan, simulando compadecerle, que le conviene librarse de la muerte y confesar su error, ofreciéndole que, si así lo hace, no será quemado. Que le ha-

Los abogados, en principio, no son admitidos ante los tribunales de la Inquisición, ya que, según ésta, quien defiende a un culpable de herejía demuestra ser hereje él también. No obstante, en algunos documentos se habla de la actuación de algunos de ellos...

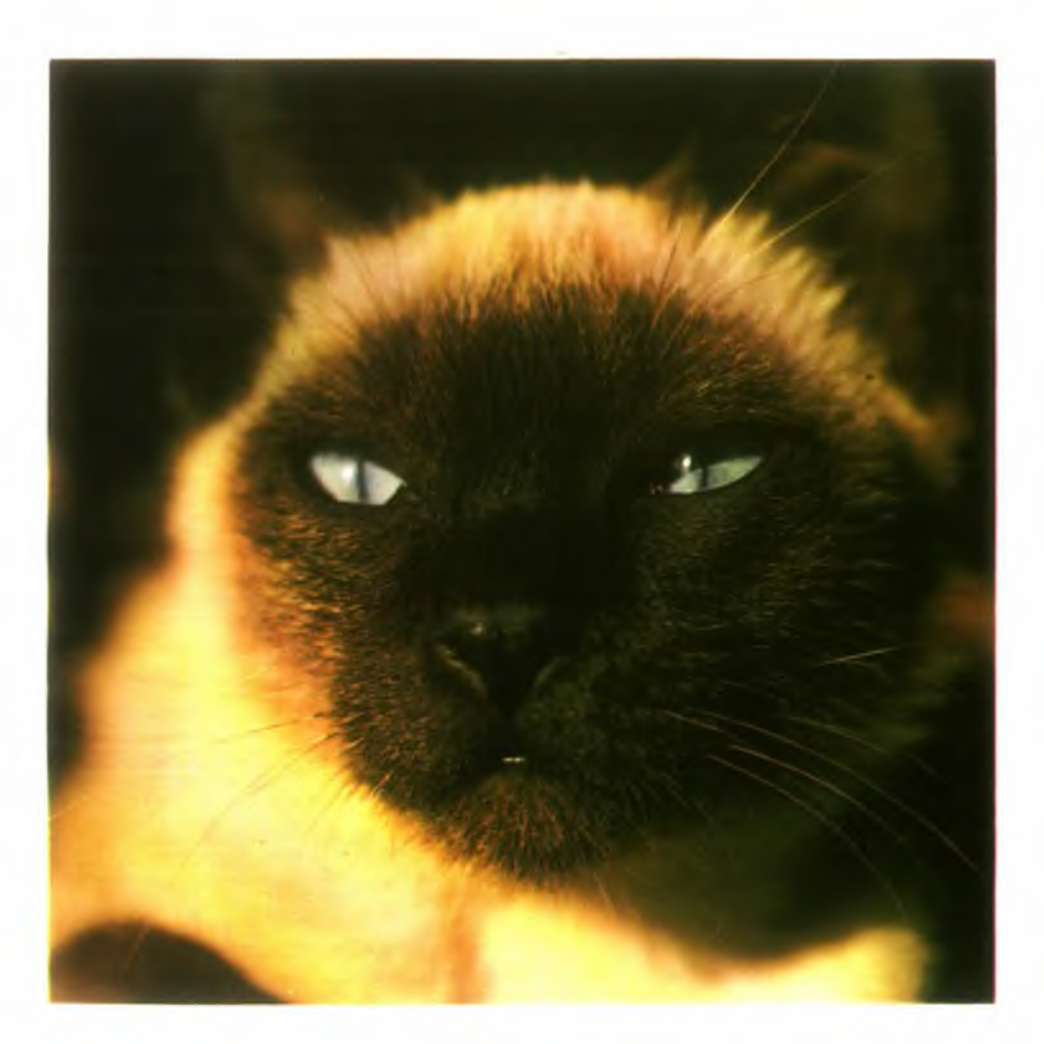
Algunas veces los acusados confiesan, en el juicio, su herejía. Otras veces, sin embargo, persisten en negar su culpa. ¿Qué hacer entonces? Es preciso obligar a confesar a los herejes, hacer que se retracten de su herejía. Y sólo hay un medio para ello: la tortura.

La tortura

Al principio de la Inquisición, la Iglesia se mostró reacia a utilizar la tortura en sus juicios. Sin embargo, innumerables precedentes anteriores la empujaban. En la antigüedad, los atenienses, los romanos, usaban la tortura como un atributo común de los tribunales destinados a hacer hablar a los criminales. En la propia Edad Media, los señores usaban la tortura para hacer confesar a los delincuentes sus culpas. Así, no resulta



Durante el Medievo, el número de brujas quemadas en la hoguera forma una legión interminable. Las ejecuciones eran públicas y, cuando la bruja era joven y bonita, se convertían en un verdadero espectáculo...



El brujo necesitaba del «familiar» para, a través de él, obrar sus hechizos. El gato fue uno de los más comunes entre estos «familiares»...

demasiado extraño el que la Iglesia, tras las lógicas dudas de índole moral, terminara aceptando también este método de coerción. El papa Inocencio IV, en su bula *Ad extirpanda* (año 1252), autoriza su uso, aunque imponga una restricción que no siempre será respetada: el que debe evitarse la mutilación y el peligro de muerte: «cita membri diminutionem et mortis periculum»...

Así inicia la Inquisición el reinado de la tortura. Al principio, las torturas empleadas más comúnmente eran cuatro. En primer lugar habia la flagelación: se desnudaba al reo hasta la cintura, y se le azotaba hasta que confesaba o perdía el sentido. El potro, otra de las torturas más usadas, consistía en una tabla de madera o a veces también en una rueda, a la que se ataba al reo de manos y pies con unas cuerdas que podían ser tensadas por medio de un torno: la progresiva tensión dada a la cuerda hacía que todo el cuerpo del reo se estirara de una forma extrema, pudiendo llegarse incluso a la dislocación de los miembros. La tortura de la cuerda, llamada en Francia de *l'estrapade*, consistía en una polea colgada al techo de la sala de torturas, por la que pasaba una cuerda: se ataba al reo con las manos a la espalda, y se sujetaban éstas a la cuerda, tras lo cual se le izaba dos o tres metros para dejarlo caer después violentamente al suelo, y asi varias veces. Los carbones al rojo, finalmente, eran aplicados al reo en las partes más sensibles de su piel: las plantas de los pies, las ingles...

Más tarde, las torturas se refinarían y nacerían otras: los *prensapulgares*, por ejemplo, tenazas que se adaptaban a los dedos de las manos y que, bajo presión del verdugo, los apretaban hasta casi llegar a reventarlos. La *bota*, tablillas de madera que se sujetaban a las pantorrillas y que, mediante una cuerda tensada por un torniquete, las apretaban hasta hacer crujir el hueso. Los *cordeles*, cuerdas que se enrollaban en los brazos y las piernas del atormentado y se apretaban hasta abrir la carne. La *cabra*,

...al igual que el búho, que hasta en los cuentos infantiles ha quedado como tal.



bien con cariñosa voz, diciéndole que no tema confesar que ha dado oídos y crédito a herejes porque los creyó hombres de bien.

»Si empieza entonces a flaquear y a convenir en que oyó algunas veces discurrir a aquellos perversos, sobre el Evangelio, epístolas o cosas análogas, se le preguntará su propia opinión sobre cada materia. Es necesario proceder con cautela, para que no advierta que buscáis que confiese que es hereje. Sólo con la sutil astucia se puede sorprender a esos zorros astutos.»

en el que los pies del reo eran impregnados de agua salada y dados después a lamer a la raposa lengua de una cabra, que terminaba desollando la piel y la carne y descubriendo el hueso. Y otros muchos más, cuya relación sería odiosa e interminable: las tenazas, el fuego (se untaban los pies del acusado con aceite o manteca y, una vez trabados, se los colocaba cerca de un brasero hasta que la carne se abría), la del agua (se colocaba un paño húmedo en la garganta del reo y se iba destilando agua en su boca y nariz, de modo que le impidiera respirar, o se le hacían ingerir enormes cantidades de agua mediante un embudo), e incluso las torturas de las privaciones: el hambre, la sed, la imposibilidad de dormir...

Tan importante como la tortura en sí, y tan efectiva, era la ostentosidad de su preparación. Al terror de la tortura los inquisidores aña-

La obtención de confesiones mediante la tortura es una de las mayores vergüenzas de la Inquisición. Este grabado nos ilustra una de ellas: el de la rueda y el fuego.

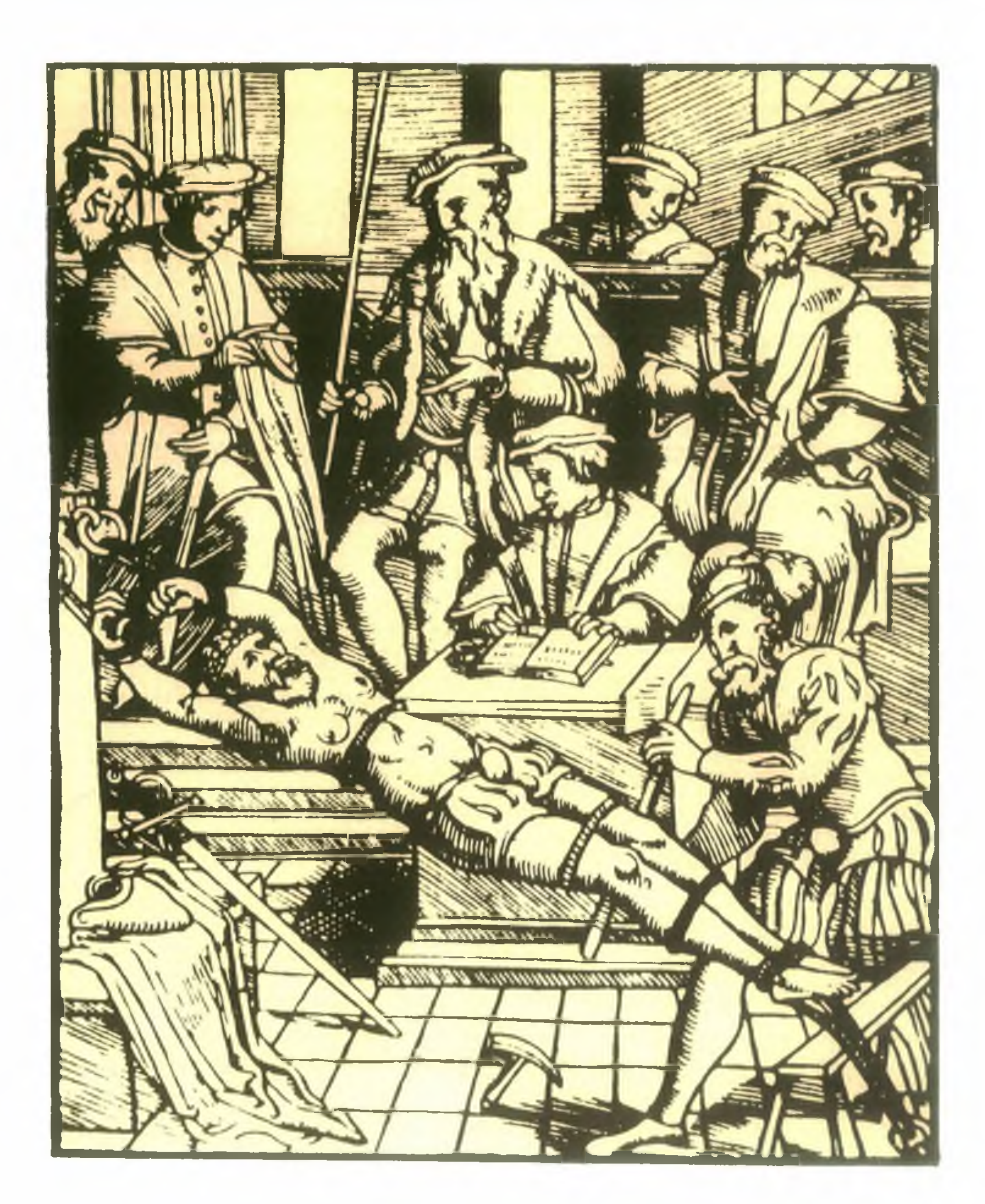


dian sabiamente el terror psicológico de su inminencia. Los preparativos, así, eran largos... y refinados. El reo era llevado a la sala de torturas, donde todos los instrumentos estaban bien a la vista. Se le desnudaba a la vista de ellos, mientras el verdugo hacía parsimoniosamente sus preparativos. Los monjes, mientras tanto (aunque al principio los inquisidores no podían asistir a la tortura, en 1264 el papa Urbano IV les autorizó a ello, por lo que a partir de aquella fecha presidían todas las pruebas e incluso aplicaban a veces la tortura personalmente), esperaban con papel y pluma, preparados, su confesión. Muchas veces, el reo, aterrorizado ante los preparativos de lo que le esperaba, confesaba rápidamente todo lo que se le pidiera. Si la confesión no llegaba, se iniciaba la tortura: primero las más débiles, después las más fuertes. Cada tortura, según estaba establecido, no podía durar más de media hora, y una misma tortura no podía ser aplicada varias veces. Si al final de cada tortura el reo no confesaba, el médico inquisitor lo examinaba, según su dictamen se iniciaba otra tortura o, si el reo estaba demasiado quebrantado, se aplazaba su aplicación a otro día indeterminado... tras lo cual se llevaba nuevamente al reo a su celda, a fin de que siguiera meditando.

Este procedimiento, naturalmente, llevó muy pronto a innumerables excesos. Las torturas, en algunos lugares, se convirtieron en refinamientos sádicos, mientras en otros se llevaban a cabo verdaderas brutalidades. Los reos, por otro lado, confesaban muchas veces, coaccionados por el intenso dolor físico, todo lo que sus inquisidores querían que confesaran, sin importarles el que fuera cierto o no. Hasta tal punto se sucedían estas irregularidades que el papa Clemente V terminó decretando, en su Constitución *Multorum querela* (año 1311) que ningún inquisidor podría someter a ningún acusado a tortura sin el conocimiento del obispo. La medida hubiera podido ser efectiva, si la mayor parte de los obispos no hubieran delegado la función de este conocimiento a los propios tribunales inquisitoriales... con lo que la situación volvió a quedar como antes.

¿Y si un acusado, siendo inocente, soportaba todas las torturas sin confesar? Según las normas de la Inquisición, debía ser considerado entonces como inocente, ya que su propia resistencia demostraba su integridad, con lo que debía ser puesto en libertad. Esto, sin embargo, no ocurría casi nunca... ya que siempre existían otros caminos para evadir su absolución: acusarle de otros delitos distintos, interrogarle sobre otras cuestiones... y volver a empezar de nuevo.

O había otro método más expeditivo: considerar su silencio como obstinación, y declararlo *hereje negativo e impenitente*, con lo que podía condenársele a la *relajación*, o sea a la hoguera, ya que sus constantes negativas eran calificadas como pertinacia en la herejía, lo cual, junto con la prueba parcial aportada por la denuncia y su abjuración de la herejía, la convertían en prueba plena. No, casi nadie escapaba, una vez caído en manos de la Inquisición...



La tortura de los cordeles. La mayor parte de las veces, la tortura no se detenía hasta que el reo confesaba o la presión creciente causada por el torniquete abría la carne como con un cuchillo.

La sentencia

La confesión del reo o el convencimiento por parte del tribunal de la existencia de herejía terminaban con el juicio. Era momento, entonces, de dictar sentencia.

Los tribunales inquisitoriales tenían a su disposición una especie de jurado, formado por dos a veinte miembros, aunque podrían alcanzar algunas veces el número de cuarenta, y compuesto por religiosos, jurisconsultos laicos, letrados. etc., cuya misión era auxiliar al inquisidor. Se les proporcionaba un acta de los procesos, sobre la cual daban su opinión acerca de la sentencia. Ésta era comunicada a los acusados en el curso de una ceremonia pública, que generalmente se celebraba en domingo, en la plaza pública, y que recibía el nombre de *sermo generalis*. (En España era conocida con el nombre de *auto de fe*). En ella, el inquisidor general, tras pedir a los concurrentes que proclamaran su fe, comunicaba las sentencias a los acusados y éstos, en público y de rodillas, debían pronunciar la abjuración de su herejía y rezar a Dios. La sentencia, por supuesto, no era definitiva... aunque muy pocas veces era cambiada. El acusado tenía el derecho de apelar al papa, si bien los inquisidores tenían también por su parte el derecho de estimar que los motivos de la apelación no eran suficientes o legítimos, y rechazarla. Por otro lado, las sentencias a muerte no podían ser conmutadas.

¿Cuáles eran las sentencias que podían ser aplicadas a un reo de la Inquisición? La más grave era la de excomunión. Esta sentencia se aplicaba a los casos más graves


IVSTI



Página anterior:

Las representaciones del diablo son tan variadas que podria formarse un extenso portafolio en el que dos imágenes no parecieran nunca iguales. En esta evocación, debida a Lorenzetti, y perteneciente a su obra «Cattivo goberno», nos hallamos ante una de las más tradicionalmente antropomórficas. (Siena, Pel. Pubblico).



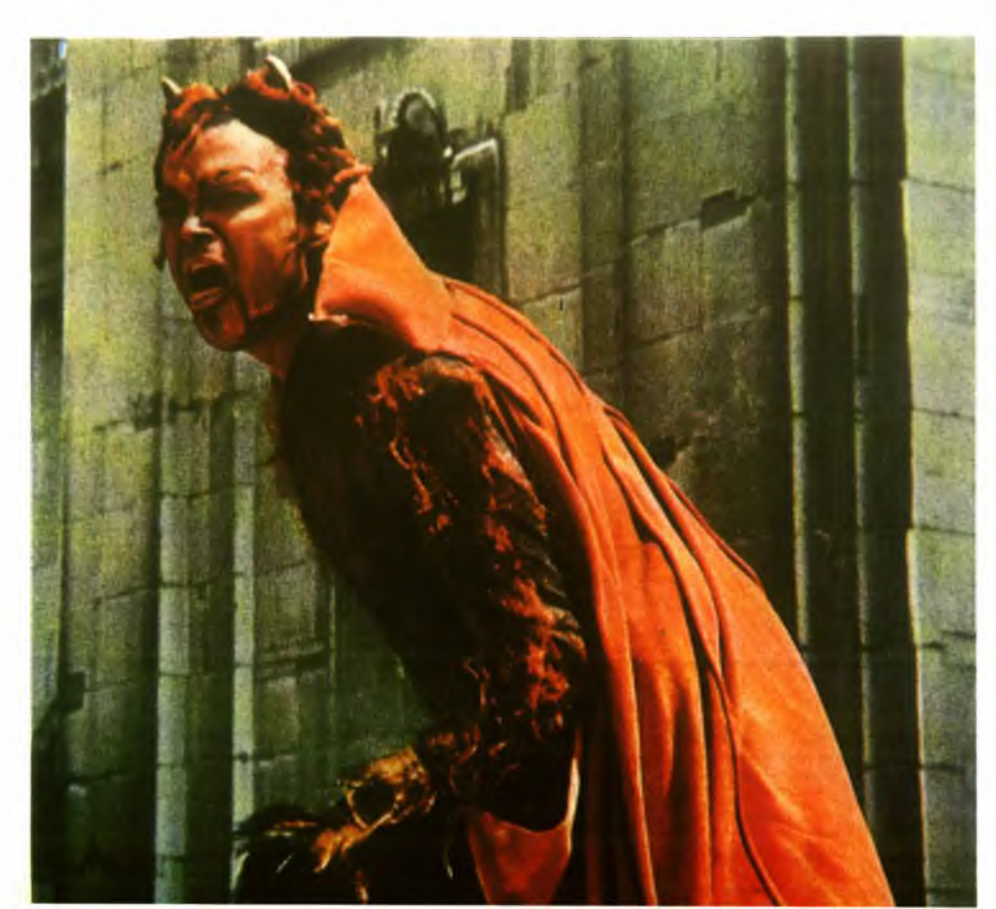
La persistencia de las brujas llega aún a todas partes. El arte folklórico mejicano, por ejemplo, ha encontrado inspiración en este tema para producir estos singulares pendientes, de curiosa evocación.

Con la llegada del Renacimiento, el hombre vuelve a ser el centro del Universo, y con ello todas las cosas superiores se humanizan. Así, el diablo deja de ser el personaje monstruoso que ha aterrorizado a las gentes de varios siglos para convertirse en un personaje convencional, casi una mitificación de las cualidades del burgués de finales del Medievo.

y a los herejes que, pese a la tortura, no habían confesado, y significaba el paso a la justicia secular: la Iglesia consideraba que ya no podía hacer nada por aquel desgraciado, y lo entregaba a la justicia de los hombres. Esto significaba siempre la hoguera... y la sentencia era cumplida rápidamente.

No obstante, el condenado podía abjurar aún en el último momento, una vez entregado a la justicia secular, y entonces ésta devolvía el reo a la Inquisición. El proceso, entonces, se reiniciaba. La tardía confesión: ¿era sincera, o habia sido producida por el temor ante la muerte inminente? Para demostrar su sinceridad, el reo era obligado a denunciar a sus cómplices. Si se juzgaba que era sincero, la pena de muerte le era conmutada por la de prisión perpetua; si no, la hoguera era siempre su fin.

Inmediatamente después de la pena de muerte venía, en importancia, la de prisión. Para la Inquisición, la pena de prisión no era un castigo, sino un medio de penitencia y meditación. La prisión era temporal para los herejes que habían confesado voluntariamente su herejía dentro del Tiempo de Gracia, y perpetua («hasta la muerte», rezaban las sentencias) para los que habían confesado en el proceso o bajo la tortura. Según la gravedad de la falta, habia dos clases de prisión: la leve (denominada *murus largus*, o sea muro largo), en la que el prisionero permanecía encerrado, pero tenía dentro de su encierro una cierta libertad, y podía recibir visitas; y la grave (o *murus strictus*, o sea muro estrecho), que





Ni siquiera los propios inquisidores se veían libres de las asechanzas del maligno, que se les aparecía en medio de sus prácticas más pías para tentarles. («Haxan», de Benjamin Christensen).

era una incomunicación completa y brutal: el condenado era encerrado de por vida en una estrecha y oscura celda, encadenado a la pared, y sin la posibilidad de recibir la menor visita.

En ambas ocasiones, las sentencias a muerte y a prisión iban acompañadas de la inmediata y total confiscación de los bienes de los herejes... lo cual fue a menudo el pretexto para que se iniciaran procesos inquisitoriales con el único fin de incautarse los bienes de las víctimas. Es curioso constatar, a este respecto, que en todos los países las primeras víctimas de la Inquisición fueron casi siempre las personas más opulentas... lo cual, evidentemente, da mucho sin duda que pensar.

Tras estas dos sentencias más graves, muerte y prisión, venían toda una serie de penitencias más leves, reservadas a los herejes de menor calibre. Una de las más empleadas era la flagelación pública: el reo, con los pies desnudos, era obligado a ir a la Iglesia llevando en la mano los cilicios que después serían usados para azotarle. A mitad de la misa, después del sermón, el penitente se adelantaba hasta el altar y le daba el instrumento al oficiante, que procedía a azotarle concienzudamente. Después, el penitente formaba parte en una procesión compuesta por otros penitentes como él, al final de la cual era nuevamente azotado, tras todo lo cual debía hacer una confesión pública de sus pecados ante el pueblo. Y sólo tras este último acto recibía, de manos de la Iglesia, el perdón.

Otra penitencia impuesta muy a menudo era la peregrinación, que podía ser *mayor* o *menor,* según la importancia de la falta cometida. La peregrinación más dura era la de Tierra Santa, si bien tuvo que ser pronto abandonada ante el fracaso de las cruzadas y el peligro de la morisca. Las otras peregrinaciones eran más o menos importantes según la distancia. Así nacieron o se consolidaron los centros de peregrinación que aún hoy en día se veneran: Roma, Santiago de Compostela, Chartres...

El servicio en las galeras era considerado también a veces como una penitencia inquisitorial. Además, la Inquisición podía sancionar a los herejes convictos y confesos (cuando no eran confiscados todos sus bienes) con sumas en metálico, que eran destinadas a obras pías. Igualmente, algunas de las otras penas impuestas podían ser conmutadas por penas en metálico, que muchas personas ricas pagaban rápidamente y a gusto...

En todos los casos, el hereje era obligado a llevar, durante su penitencia, lo que se ha dado en llamar los «signos de infamia»: señales que, en su ropa, delataban su cualidad de hereje penitente. Lo más normal eran dos cruces de fieltro amarillo cosidas en su ropa, una en el pecho y otra en la espalda, y dispuestas de una manera bien visible. Los perjuros estaban obligados a llevar cruces dobles, los profanadores de la Eucaristía, la imagen de una hostia... Era un castigo mucho más refinado de lo que pueda parecer a simple vista, ya que marcaba ostentosamente a los acusados y los exponía al desprecio y a las vejaciones de la po-



En otros lugares, en cambio, los reos eran quemados vivos. «A fuego lento», decían algunas sentencias...

blación, que en más de una ocasión se había pasado de la raya, atacando y golpeando violentamente a los que llevaban dichos signos.

La persecución de los muertos

La labor de la Inquisición no se detenía sin embargo en los vivos... sino que iba incluso más allá de la muerte.

Parecerá, dicho así, algo absurdo, pero no hay desgraciadamente nada más cierto. Para la Inquisición, la muerte no representaba ninguna frontera. Cuando alguien ya muerto era objeto de una denuncia, se realizaba todo el procedimiento normal, como si la persona hubiera estado aún viva: se desenterraba el cadáver, y se le sometía a juicio. Naturalmente, no pudiéndose defender, el acusado terminaba casi siempre siendo declarado culpable, con lo que sus restos eran echados a la hoguera, no sin antes haber sido paseados por todo el pueblo al tiempo que los inquisidores repetían una y otra vez «que lo mismo les ocurriría a los vivos si caían en la herejía...»

¿Una práctica absurda e inútil? En absoluto... si se tiene en cuenta que el principal objetivo de acusar de herejía a los muertos no era, la mayor parte de las veces, solamente el deseo de castigar a un cuerpo corrompido que no podía ya sufrir ningún castigo, sino sencillamente el apoderarse de los bienes del difunto, confiscándoselos a sus herederos...



Una de las pruebas a que eran sometidos los reos para determinar su pacto con el diablo era la búsqueda de la «marca de Satán». Una fina aguja servía para tal fin. Siempre terminaba encontrándose un punto en el que la piel, menos sensible, no notaba el pinchazo... (De Christensen).



Exposición "La magia"

Durante los meses de agosto y setiembre se celebró, en el museo Goya de la villa de Castres (Francia) una exposición que, bajo el título genérico de «La Magia», agrupaba casi un centenar y medio de objetos diversos relacionados con este amplio y fascinante tema. «La Magia» fue la 72.ª exposición organizada desde 1948 en el Museo Goya, y se debió a la iniciativa de Monsieur Gaston Bousquet, Alcalde Adjunto de Castres y Delegado de Museos, y fue inaugurada y contó con la especial colaboración de Félix Labisse, pintor eminente y miembro del Instituto, y gran apasionado de estos temas.

En ella se podían admirar obras tan diversas como tarots, fotos-documento sobre espiritismo, originales de obras de arte, esculturas, objetos diversos de uso mágico, primeras ediciones de libros famosos, documentos, y como pieza central de la exposición un sombrío sillón usado en otras épocas en la misa negra, perteneciente a la colección particular del antedicho Mr. Labisse.

Por los caminos de la brujería

El viraje que hizo la Inquisición en el siglo XV, dando entrada en sus actas a Satán y a la brujería, extremó aún más un sistema ya de por sí refinado, pero no varió esencialmente nada. Por simple denuncia, los acusados eran encarcelados y sometidos a juicio. Las pruebas eran siempre circunstanciales... pero la mayor parte de las veces definitivas a los ojos del jurado. Cualquier indicio, por nimio que fuera, era identificado como un signo demoníaco. Una de las acciones más perseguidas era el pretendido hechizo maligno contra otra persona. Cualquier enfermedad de síntomas no identificables era diagnosticada por los médicos como obra de hechicería... y se buscaba inmediatamente al brujo o bruja causante de la tropelía. L. de Gérin-Ricard, en su famosa «Histoire de l'Occultisme», da una relación completa de los extremos que eran considerados médicamente como obra de brujería. Creemos sumamente interesante citarlos aquí:

—Si la enfermedad es tal que los médicos no la pueden descubrir ni conocer.

—Si aumenta en vez de disminuir, a pesar de haberse procurado todos los remedios posibles.

—Si, desde el comienzo, presenta grandes síntomas y dolores, contra lo acostumbrado en otras enfermedades, que crecen poco a poco.

—Si es inconstante y variable en sus días, sus horas, sus períodos, y además que tenga en efecto muchas cosas diferentes de las naturales, aunque en apariencia se muestre semejante.

—Si el paciente no puede decir en qué parte del cuerpo siente el dolor, aunque esté muy enfermo.

—Si lanza suspiros tristes y desgarradores sin ninguna causa legítima.

—Si pierde el apetito y vomita lo que ha tomado de carne; si tiene el estómago como encogido y apretado y que le parezca tener dentro algo pesado o bien si siente en él algún trozo que sube hacia el esófago y luego vuelve a su lugar primitivo, y que no pueda tragar, cuando está en la parte superior, así como si por sí mismo desciende súbitamente.

—Si siente calores punzantes y otros pinchazos agudos en la región del corazón, de tal forma que prefiera que éste se le parta en pedazos.

—Si se le ven las arterias latir y temblar alrededor del cuello.

—Si está atormentado por algún cólico de dolor vehemente de los riñones, o si tiene acerbas punzadas en el ventrículo; o también si siente un viento frío o caliente exagerado recorrerle el vientre u otra parte del cuerpo.

—Si se vuelve impotente para el oficio de Venus.

—Si tiene algún sudor ligero, incluso durante la noche, cuando el aire es bastante frío.

—Si tiene los miembros y partes del cuerpo como ligados.

—Si llegan a faltarle fuerzas por todo el cuerpo, con suma languidez. Si siente la cabeza pesada y se complace en decir simplezas, como les sucede a los melancó-



La inmensidad de las vastas catedrales que constituyen el eje de la vida religiosa de la Edad Media sumen al hombre en la pequeñez. Ante las vastas bóvedas, el pueblo se siente empequeñecido e intimidado. Así, no es extraño que algunos busquen la reacción en la antítesis...

licos. Si está afligido por varias clases de fiebres que no llegan a explicarse los médicos. Si tiene movimientos convulsivos que le hagan parecerse a los atacados por el mal caduco. Si sus miembros se ponen rígidos por forma de convulsión o espasmo. Si todas las partes de la cabeza se le hinchan, o si está con tal lasitud que no se puede casi mover. Si se pone de color amarillo y ceniciento por el cuerpo, pero principalmente por la cara. Si tiene los párpados tan apretados que pueda apenas abrir los ojos, y sin embargo que tenga los ojos muy claros y transparentes. Si tiene los ojos extraviados. Si le parece ver algún fantasma o nube.

—Si no puede mirar al sacerdote fijamente o que le cueste trabajo y dificultad el mirarle. Si el blanco de los ojos le cambia diversamente.

—Si se trastorna, se asusta, o recibe algún cambio notable cuando el que es sospechoso de haberle pasado el mal entra en el lugar donde está.

—Finalmente, si cuando para la



Brujas ahorcadas en Inglaterra. Esta pena era menos común que la de la hoguera, aunque en algunos lugares, por humanidad, los reos eran estrangulados antes de ser arrojados al fuego a fin de evitarles la agonía de una muerte lenta y cruel.

Página siguiente:

Colección de grabados pertenecientes al «Compendium maleficarum» del demonólogo italiano Guazzo (editado en 1615) y que recogen las fases del pacto con el diablo. Los iniciados son marcados por el diablo (1), cambian con él la Biblia por el Libro Negro (2), reciben el bautismo infernal (3), le entregan sus vestidos (4), pisotean la cruz (5), llevan a cabo la ceremonia del «beso infamante» (6), parten para el Sabbat (7), se entregan en él a la orgía (8).

La prueba del agua. Fuera culpable o inocente, el final del acusado era, en esta prueba, siempre la muerte...



cura del mal el sacerdote habrá aplicado algunos ungüentos sagrados en los ojos, en los oídos, en la frente o en otras partes del cuerpo, estas partes llegan a transpirar o presentar algún otro cambio.

Ante la naturaleza de estos «indicios», en muchos de los cuales pueden reconocerse enfermedades y trastornos hoy sobradamente conocidos, uno no puede extrañarse de que se cometieran un sinnúmero de errores y aberraciones. El miedo al demonio podía muchas veces más que la cordura, y se prefería condenar a un inocente antes que dejar la posibilidad de que un culpable escapara sin castigo. Se creía demonio omnipotente en el arte de engañar a los inquisidores, y muchas pruebas presentadas en favor de los acusados eran rechazadas inmediatamente, considerándolas «engaños diabólicos». Michelet, en su obra «La bruja», cita el caso de una mujer que es acusada por la Inquisición de haber extraído del cementerio el cadáver de un niño para hacer uso de él en sus pociones mágicas. El marido, para demostrar su inocencia, exige que sea exhumado la tumba. Se realiza esto, y el cuerpo del niño aparece intacto dentro de su ataúd. Pero el juez no variará por ello su opinión: el diablo lo puede todo, dice, el cuerpo del niño no está dentro del ataúd, todo es una ilusión infernal. La mujer es condenada a la hoguera.

Cualquier detalle inexplicable en la conducta de una persona puede ser obra del diablo. Los locos, los epilépticos, son endemoniados, y como tales han de ser exorcizados. Cuando el exorcizador no podía arrojar al diablo del interior del cuerpo poseído, daba rápidamente la explicación: no era uno, sino varios los diablos que poseían el cuerpo de aquel infeliz, y de este modo todos sus esfuerzos eran inútiles. No quedaba más solución que librar el desgraciado pasándolo por la hoguera.

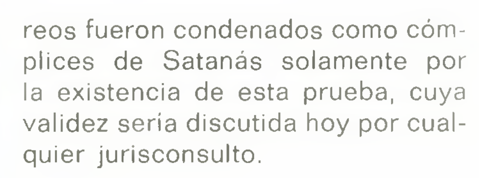
Una de las pruebas básicas en que se fundaron durante mucho tiempo los juicios contra los brujos fue la «marca de Satanás». En principio, la marca de Satanás podía ser cualquier cosa: un grano, una verruga, una antigua cicatriz, una peca... algo que pudiera ser tomado como la marca infamante dejada por el diablo como signo de su posesión sobre la persona del brujo. Más tarde se descubrió un nuevo refinamiento a esta «marca»: la «marca de Satanás» era un punto en el cuerpo del pretendido brujo, la mayor parte de las veces invisible al ojo desnudo, pero que tenía la propiedad de ser insensible al dolor. De este modo, para probar si tenían en su cuerpo la «marca de Satanás», los inquisidores desnudaban al reo y, con ayuda de un fino punzón, iban pinchando las diferentes partes de su cuerpo hasta descubrir la marca infamante. ¿La descubrían realmente? Casi siempre... ya que hoy sabemos que algunos puntos de la epidermis humana son relativamente insensibles al dolor, y que el pinchazo de una afilada aguja no causará reacción en nosotros... sobre todo si han estado pinchándonos anteriormente en otras partes más sensibles. El hallar el punto insensible era sólo cuestión de suerte y paciencia. Así, muchos


1


2


3


4


reos fueron condenados como cómplices de Satanás solamente por la existencia de esta prueba, cuya validez sería discutida hoy por cualquier jurisconsulto.

¿Existieron realmente las brujas?

Los incontables procesos registrados por la Inquisición en todos los países, el enorme número de brujas que fueron ahorcadas o llevadas a la hoguera por tener tratos con el demonio, nos hace pensar en si realmente existió una epidemia de brujería en la Europa medieval, o fue todo una locura colectiva, absurda e inexplicable, que nació y murió al socaire de unas circunstancias históricas bien delimitadas. ¿Es increíble que tantos miles y miles de hombres y mujeres fueran condenados sin motivo, o realmente hubo *algo* en torno de ellos que motivó las condenas con un fundamento de causa? La lectura de las actas inquisitoriales nos muestra, a menudo, detalles sorprendentes. Así como algunos casos muestran evidentísimos la coacción por el miedo o la tortura, y la inocencia de los inculpados es tan prístina como un cristal, en otros los acusados no vacilan en aceptar de principio las acusaciones, declaran libremente sus pactos con el demonio, cuentan sus orgías nocturnas, sus reuniones con el Príncipe de las tinieblas, sus concupiscencias.

¿Puede ser todo esto imaginación... o existieron realmente las brujas? ¿Hubo pactos *verdaderos* con el demonio?


5


6


7


8



Las brujas sometidas a suplicio eran castigadas a la vista del pueblo, que las hacía objeto de burla y escarnio. Suplicio de una bruja, cuadro de Goya conservado en la Pinacoteca de Munich

Dejando aparte el hecho de que el imperio del demonio en la Edad Media fue en gran parte la obra de la Iglesia, dejando aparte también la posibilidad de la existencia *real* de los pactos con el demonio (de la que nos ocuparemos más extensamente al referirnos concretamente a la demonología), hay que admitir que, en la Edad Media, hubo gran número de hombres y mujeres que *creían* realmente tener tratos con Satanás y oficiar de brujos. ¿Los tenían realmente? Tal vez algunos sí. Pero, en gran parte de estos casos de embrujamiento *convencido*, este convencimiento no era más que una ilusión de las mentes de los propios pretendidos brujos y brujas, cuyos orígenes eran una desenfrenada insatisfacción sexual, una imaginación tan rica como desequilibrada, el uso de algunos ungüentos que, como se comprobó posteriormente, tenían en su composición drogas alucinógenas...

Pero, aunque los fundamentos de sus creencias no fueran más que producto de sus propias imaginaciones enfebrecidas, sus obras eran reales. Al respecto se cuentan verdaderas atrocidades: según Sprenger, dominico comisionado por Roma para extinguir la hechicería en Alemania, los brujos se entendían con los médicos y los parteros para comprarles los cadáveres de niños recién nacidos. Los parteros daban muerte a las criaturas en el mismo momento en que nacían, clavándoles largas y finas agujas en el cerebro, tras lo cual declaraban que el niño había nacido muerto y procedían a enterrarlo. Llegada la noche, los brujos desenterraban a la víctima y la llevaban a sus cuchitriles, en donde la hervían en un caldero con hierbas narcóticas y venenosas y procedían luego a varias operaciones de laboratorio para obtener como resultado una especie de gelatina. El residuo líquido se vendía como elixir de larga vida, y la parte sólida se mezclaba, bien triturada, con grasa de gato negro y sebo, de lo cual salía una pomada que era usada para las fricciones mágicas.

Las brujas alcanzaban sus paroxismos cuando relataban sus uniones carnales con Satanás, en cuyos relatos se incluían todos los excesos. Posteriormente se ha querido explicar todo ello a través de una sexualidad profundamente frustrada, pero por aquel entonces no se conocía aún la psicología y lo único que cabía hacer era exorcizar a la bruja... o llevarla a la hoguera. Los exorcizadores profesionales de la Inquisición formaron una verdadera legión... y las hogueras también.

La captura de una bruja era algo sumamente difícil y complicado... y ponía en grave peligro a sus captores si no sabían ser listos. Era preciso, en el momento de capturarla, levantarla inmediatamente del suelo, ya que sólo así se rompían los contactos con los poderes infernales,transmitidos a través de la tierra. Para facilitar las capturas se usaban muchas veces unas jaulas de madera de grueso piso, dentro de las cuales eran metidas rápidamente... tras lo cual ya no había ningún peligro, ya que una vez en manos de la Inquisición el diablo ya no tenía nada que hacer.

Sin embargo, Satanás era tan atrevido que no se detenía ni ante los representantes de la Iglesia.

La tortura del agua

«Tendían los verdugos a la víctima sobre una especie de caballete de madera adaptado al cuerpo de un hombre, pero sin más fondo que un travesaño, sobre el que cayendo hacia atrás el reo tomaba una posición en extremo violenta, en la que



La caza de la bruja fue implacable durante siglos en toda la Europa cristiana; los «signos evidentes» las delataban. Y por ello, muchas pobres mujeres, cuyo único delito era tener un gato negro, o alimentar a un buho, o hasta tener la vista cruzada, acabaron en la hoguera. Los signos, en esos casos el tener un animal «familiar» o dar «el mal de ojo», las habían condenado irremisiblemente.

quedaban los pies a mayor altura que la cabeza. Era así sumamente penosa la respiración y experimentaba el paciente vivos dolores en todo el cuerpo, por efecto de los cordeles que le sujetaban, los cuales penetrando en las carnes hacían brotar sangre. Así colocado el reo, los verdugos le introducían un trozo de lienzo fino y mojado en la garganta, tapándole al propio tiempo las narices. Se aplicaban luego los torturadores a filtrar lentamente agua en la boca, de manera que no le dejaban al atormentado tiempo para respirar. En vano hacía el desdichado esfuerzos para tragar, esperando dar así paso al aire, pues como el lienzo mojado lo impedía y entraba al mismo tiempo agua por la nariz, quedaba casi enteramente suspendida la función más importante de la vida con tan horrible combinación. No era así raro que al retirar el lienzo, cuando acababa la tortura, apareciera empapado en sangre, de algunos vasos, que se habían roto por efecto de los esfuerzos hechos para respirar por el infeliz martirizado.»

Justo Mª Escalante, «La Hechicería y la Magia Negra»

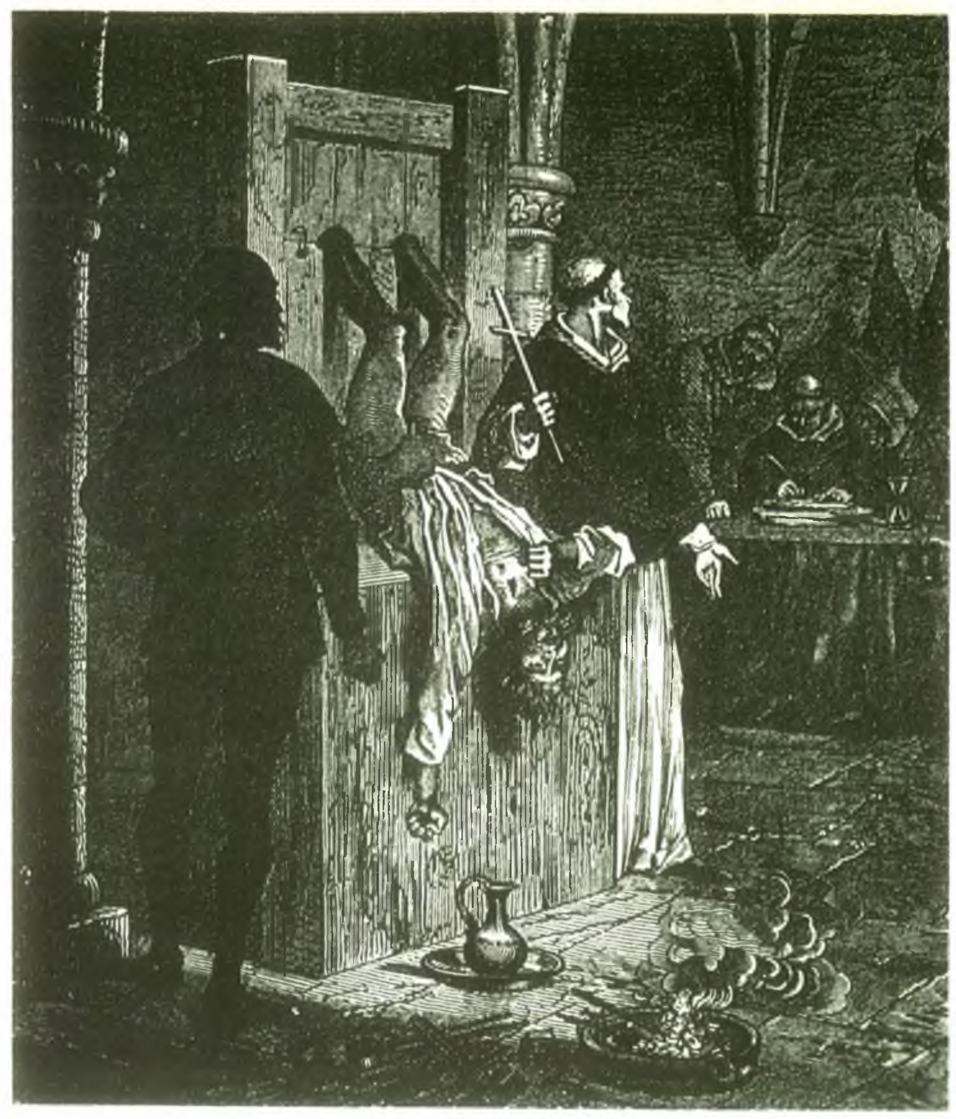
Numerosos eran los sacerdotes, incluso los Inquisidores, que habían sido tentados por Satanás, aunque éste demostraba una predilección especial por los conventos de monjas. María de Sains, religiosa de Lille, confesó en 1615 haber mezclado hostias y sangre consagradas, polvo de macho cabrío, huesos, cráneos de niño, pelos, uñas, carne, con trozos de hígado y de cerebro, para destruir a toda la comunidad. Declaraciones como esta pueden hallarse a cientos en los anales de la Inquisición. Hoy en día tal vez nos merecieran el concurso de un psiquíatra, pero entonces la psiquiatría aún no existía. Las brujas sólo podían ser destruidas por el fuego y la muerte. A veces, cuando ni el juicio ni la tortura conseguían nada, se utilizaba otro medio para saber si el acusado era culpable o inocente: se le ataba de pies y manos, se le introducía en un saco y se le arrojaba al agua: si flotaba era evidentemente culpable, y se le llevaba rápidamente a la hoguera. Si se hundía, su inocencia quedaba probada... aunque la mayor parte de las veces, cuando se sacaba de nuevo al desgraciado, éste ya se había ahogado, con lo que el fin de la prueba era siempre el mismo: la muerte del sujeto.

...y todo vuelve a su cauce

Todo esto ocurría durante los siglos XII al XVI, aunque el máximo furor inquisitorial es alcanzado en los siglos XIV, XV y XVI, época de gran florecimiento de la brujería en toda Europa. ¿Cuántas víctimas produjo este período de tiempo? Aunque es imposible obtener cifras exactas, se calcula que, a principios del siglo XVII, habían muerto, convictos de brujería, más de 200.000 personas en toda Europa... y éste, se afirma, es un cálculo moderado. Alemania, que combatió la brujería con un ardor que no conoció rival en toda Europa, se atribuye un mínimo de 100.000 de estas víctimas, y España más de 30.000, mientras que Inglaterra solamente ejecutó a unos 1.000 brujos.. Salvador de Madariaga, en cambio, va en sus cifras un poco más lejos: 300.000 para Europa 200.000 para Alemania, 70.000 para Inglaterra (cifra que es dada también por otros autores)... De todos modos, estas cantidades tienen una importancia transitoria, y nunca podrán ser absolutas. Además, a los ajusticiados habría que añadir los condenados a diversas penas más leves, los encarcelados de por vida... De 1575 a 1700, dicen algunos cronistas, la Inquisición inculpó a un millón de brujos, cuyas confesiones, obtenidas siempre bajo tortura, hacen hoy sonreir: haber acudido a los sabbats en forma de lobos, serpientes o machos cabríos, haber devorado niños, haber cometido los excesos más absurdos. Todo, absolutamente todo, va a ser creído durante este período...

Pero, a partir del siglo XVI, la Inquisición empieza a retroceder. Primero deja paso a los tribunales seculares, que al principio seguirán sus huellas con el mismo fanático rigor. Esto durará hasta finales del siglo XVII. Entonces, y debido a que este clima de terror y perse-

«La Inquisición interrogando a un ciudadano rico de los Paises Bajos.» Viendo estas ilustraciones acerca del procedimiento de interrogatorio de la Inquisición, no es extraño el que se arrancaran confesiones tan desorbitadas como las que figuran en algunas de las actas inquisitoriales... y que eran aceptadas a pies juntillas como ciertas por los propios inquisidores.



Además de la muerte en la hoguera, el reo podía ser condenado a prisión «hasta la muerte». Encerrado en oscuros y estrechos calabozos, encadenado a la pared, no era extraño que su vida, en tales condiciones, no se prolongara por mucho tiempo.



cución no es bueno para el comercio, el rigor decrecerá poco a poco. En Holanda, primer país que terminó con la «caza de brujas», la última ejecución pública ocurre en 1610. Inglaterra le sigue en 1684. En 1682, en Francia, un edicto de Luis XIV suprime absolutamente la pena de muerte por brujería. La última ejecución pública en Francia ocurre en 1745. Como un mar que, tras una tempestad, se va calmando, va cediendo el oleaje; y aunque en algunos rincones apartados el populacho siga, durante un tiempo, atacando supersticiosamente a los pretendidos brujos, y se produzcan algunas ejecuciones populares aisladas, el remanso, iniciándose en las grandes ciudades y extendiéndose poco a poco, va haciendo volver a renacer la calma en todos los lugares.

Así, como durmiéndose, progresiva y suavemente, termina uno de los períodos más discutidos de la historia de la humanidad... un periodo que, pese a todo, palidecerá ante las 34.000 ejecuciones ocurridas en Francia en el transcurso de ¡sólo dos años! del Reinado del Terror, y ante los pretendidos 6.000.000 de judíos exterminados por el nazismo. Un período que tendrá algunos tímidos rebrotes, como en España, donde, tras haber sido abolida en 1813, la Inquisición es restablecida temporalmente por Fernando VII... pero que, pese a todos sus fallos y excesos, cumplida ya su misión histórica, no volverá a renacer.

Y la magia, tras esa etapa de terror que ha durado cinco siglos, vuelve también de nuevo a sus cauces, sigue su camino. Ha pasado con éxito la dura prueba. Entramos, ahora, en la etapa más próxima a nuestro momento actual, llegamos a la contemporaneidad. La magia se hace moderna... civilizada. Es, ya, la magia de hoy.


Hoc est enim os de ossibus meis et caro de carnemea et erunt duo in carne una

7 La Magia hasta nuestros días



En el siglo XV, nos dicen los libros de historia, Europa descubre nuevamente el arte antiguo. Los clásicos griegos y romanos son objeto de un reencuentro por parte de los artistas europeos... y este reencuentro será el origen de un renacer intelectual que se extenderá en poco tiempo por toda Europa y tendrá su máximo esplendor en el siglo XVII. La pintura, la escultura, la literatura, la arquitectura, obtendrán con ello un empuje considerable. Se iniciarán, por otro lado, las grandes exploraciones y descubrimientos, y los horizontes de la humanidad se ensancharán ampliamente en todos los sentidos.

Este movimiento de renovación cultural recibirá el nombre de Renacimiento, y sacudirá a la sociedad europea desde sus más hondos cimientos. Hará variar los sistemas políticos y económicos, cambiará las ideologías... y dará, también, unos nuevos caminos a la Magia.

La cara y la cruz de la moneda

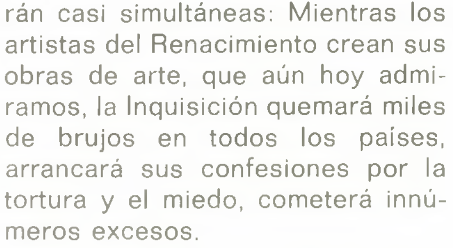
Pero este movimiento será simultáneo a otro movimiento completamente opuesto, del que hemos hablado ya en el capítulo anterior: la Inquisición. Las dos tendencias se-



«La danza del Sabbat», grabado de L. Breton tomado del «Dictionnaire infernal» de Collin de Plancy, aparecido en el año 1863.

Imagen de divinidad lapona, tallada en madera. Ya en el siglo XVII, Francesco Negri encontró una especie de santuario, sito en la Laponia del norte, que contenia numerosas imágenes de este tipo. (Nordiska Museet, Estocolmo).





rán casi simultáneas: Mientras los artistas del Renacimiento crean sus obras de arte, que aún hoy admiramos, la Inquisición quemará miles de brujos en todos los países, arrancará sus confesiones por la tortura y el miedo, cometerá innúmeros excesos.

¿Por qué todo esto? ¿Cómo puede comprenderse que dos concepciones tan distintas entre sí como son el Renacimiento y la Inquisición hayan de coexistir en una misma época?

La respuesta se halla en la propia naturaleza de la sociedad medieval. El hombre medieval es, sencillamente, un hombre que ha aprendido, tras largos siglos, a no pensar. La sociedad feudal se ha encargado de marcarle sus caminos, toda su vida: se le dice por donde debe ir, lo que tiene que hacer. Los gremios de trabajadores, por ejemplo, son instituciones completamente aisladas, independizadas las unas de las otras, con sus leyes y reglamentos propios, incluso con su uniforme particular, que debe llevar el agremiado en todos los actos públicos a los que asista en su representación. En las ceremonias oficiales, en las procesiones, los afiliados a los gremios llevarán no sólo el traje característico del mismo, sino también el útil o herramienta típico de su profesión: el cepillo de carpintero, la paleta de albañil...

La religión, por otra parte, enfrenta al hombre medieval con una concepción espiritual completamente distinta a la de sus antepasados. El cristianismo, de origen judío (es decir, oriental), se introduce en una serie de países cuya mentalidad, heredada de los griegos y romanos, es netamente occidental. Nos hallamos, pues, no ante la fusión de dos tendencias culturales distintas, sino más bien ante el antagonismo de dos tendencias completamente opuestas que, sin embargo, deben coexistir. Coexistir... ¿cómo? Simplemente, haciendo que una de ellas se acomode a la otra, que haga concesiones. Esto es lo que hará al principio el cristianismo, intentado asimilarse así a la cultura de los pueblos a los que, pese a todo, quiere convertir. Lo logrará tan sólo parcialmente, y pese a ello no logrará tampoco sus objetivos: el pueblo no podrá asimilar por completo esta religión que no acaba de comprender; acostumbrados a un modo de vida totalmente racionalista, no podrán aceptar enteramente una religión que les habla de un Dios para ellos incomprensible, en el que, simplemente, hay que *creer*.

Estos dos motivos principales: una religión opuesta a las creencias seculares, y una vida tan estratificada que no deja al individuo más que un único camino: seguir la Norma, motivarán los dos fenómenos antagónicos que se producirán a finales del Medievo: el Renacimiento y la Inquisición. El Renacimiento, como una reacción a esta incomprensibilidad: el hombre medieval, perdidas sus creencias y su fe en lo que le rodea, incluso en la religión, buscará algo con que sustituirlo. Lo encontrará en el racionalismo de los clásicos, en la herencia clásica parcialmente perdida a causa de las invasiones de los bárbaros, pero parcialmente conservada gracias a los árabes



En primer plano, el tambor y martillo mágicos de un chamán. En segundo plano, una representación de uno de estos hechiceros consultando a su tambor. (Nordiska Museet, Estocolmo).

Los tambores mágicos de los lapones

Los chamanes (que en su lengua nativa se llaman noai'de*) son para los lapones los intermediarios entre los dioses y los hombres, y están o en relación con los espíritus o poseídos por ellos. Su principal cometido dentro de la tribu es la adivinación, para lo cual utilizan sus famosos tambores mágicos. Éstos son de madera, con el parche de piel de reno, y utilizan para tocarlos un martillo de cuerno de reno. Sobre el parche se han realizado los dibujos mágicos que servirán para la adivinación. El modo de consultar a los tambores es el siguiente: el chamán, sentado frente a su tienda, coloca una pieza de madera o un anillo sobre el parche, y empieza luego a golpearlo con el martillo, al tiempo que inicia un cántico, cuyo ritmo termina por hacerle entrar en un estado de trance; en el momento en que cree que está ya en comunicación con los espíritus, cesa de batir el tambor: la pieza de madera o el anillo queda entonces inmóvil sobre uno de los signos grabados en el parche, cuyo simbolismo interpreta el chamán para realizar su adivinación.*

Generalmente, la ceremonia de consultar el tambor precedía a la caza del oso, y su origen se desconoce, aunque se halla relacionada

y judíos que, con sus copias y sus traducciones, habrán conservado lo esencial de toda la cultura grecorromana.

La Inquisición, por su parte, nacerá como una reacción de la Iglesia ante este racionalismo del pueblo, en el que ve un peligro inmediato a su integridad y supervivencia. Ello motivará una serie de acciones automáticas que a primera vista podrían parecer incomprensibles, como la requisa y quema de libros en grandes cantidades (un modo de evitar la difusión de la cultura antigua) y la persecución y condena de todas las creencias no ortodoxas (herejes) que van en contra de su propia ideología, en un intento de mantener un imposible statu quo.

Estas son la cara y la cruz de la moneda, los dos principios antagónicos que perfilarán el mundo del Renacimiento y todo el mundo posterior al Medievo. Pero, mientras tanto, ¿qué pasa con la Magia? Observamos que, durante gran parte de la Edad Media, la magia se caracteriza, aparte de por el culto al diablo, por el hecho de ser, cara al pueblo, una profesión más, tan honorable como la más honorable. El mago medieval es el individuo-tipo perteneciente a un gremio específico, el suyo propio, llevando un atuendo también específico (la túnica larga y el cucurucho en la cabeza, atuendo que quedará para la posteridad como símbolo del «verdadero mago»); una mezcla de médico y curandero, de filósofo y alquimista, de pensador y astrólogo, con gran preponderancia dentro del marco de la sociedad feudal, y fuertemente apreciado dentro del castillo de los grandes señores. El mago medieval (no el brujo, atención, sino el practicante de lo que hoy llamamos «Alta Magia») es considerado por el pueblo como un profesional más, como un hombre público digno de toda la consideración y respeto. Luego, más tarde, con el Renacimiento, la calidad de *mago* cambiará: se hará aún más preponderante, alcanzará, ella también, un Renacimiento.



Escena de la película «El reno blanco», de Eric Blomberg (1953), cinta basada en una leyenda finlandesa que cuenta cómo una joven, tras haber vendido su alma al diablo, podía convertirse a voluntad en reno blanco.

con prácticas similares extendidas entre todas las tribus cazadoras del Ártico, desde Norteamérica a Siberia. Por tratarse de la pieza principal del culto mágico de los lapones, los misioneros buscaban esos tambores para quemarlos, ya que eran el eje del culto pagano. Esta persecución, de la que se tienen noticias de que se realizaba ya sobre el año 1500, prosiguió hasta finales del siglo pasado, por lo que son ya muy escasos los tambores existentes en la actualidad, siendo considerados los pocos que aún quedan como verdaderos tesoros por los museos que tienen la fortuna de poseerlos.

El Renacimiento de la Magia

Al hablar de la continuidad de la magia a través del Medievo, hemos citado a los árabes y judíos y a los componentes de las cruzadas como los grandes continuadores y preservadores de las civilizaciones antiguas. También hicieron lo mismo con la Magia... ya que la Magia era uno de los tesoros de las civilizaciones antiguas. El Renacimiento tuvo en estas corrientes que venían del Sur (España) y del Este (Oriente) su principal punto de sostén, a través de esta cultura conservada de mano en mano.

Y la magia tuvo también, en ellos, su pervivencia. Las antiguas artes mágicas de los caldeos, de los egipcios, de los hebreos y de los romanos vuelven a resurgir, y adoptan una preponderancia que las sitúa en un primer término dentro del Renacimiento. Una magia completamente distinta de la que vimos al hablar de la Inquisición... que no tiene ningún punto de comparación con ella.

Porque, con el Renacimiento, la magia se bifurca, se subdivide. En mitad de las persecuciones motivadas por la Inquisición, los magos buscarán otros caminos menos peligrosos a través de los cuales poder desarrollarse, y los hallarán en los libros traducidos por los árabes y por los hebreos. Así, paralelamente a los brujos y hechiceros, que seguirán siendo los magos del *pueblo*, de la clase baja, aparecerán otro tipo de magos, que recibirán muy pronto el favor de los príncipes, de los reyes y hasta de los papas, porque desarrollarán una magia buena, una magia «blanca». Esta magia se ramificará a su vez en tres ramas fundamentales que caracterizarán todo el Renacimiento: la cábala, la alquimia y la astrología, pervivencia, las tres, de las viejas artes de los antiguos.

La cábala, la alquimia, la astrología

Extraída de la antigua tradición judía, la cábala constituirá, a lo largo de los siglos XV y XVI, el principal Renacimiento dentro de la Magia, ya que apartará por completo al mago de las prácticas comunes de brujería y hechicería (el cabalista es un mago «puro», y por ello no podrá realizar jamás magia negra, ya que trabaja siempre en el temor de Dios), buscando, más que objetivos materiales, la espiritualidad. Basada esencialmente en

«Las brujas», grabado sobre madera realizado en 1813 por Barathier basándose en el cuadro de Füssli. Esta obra, inspirada por la pieza teatral de Shakespeare «Macbeth», se conserva en la Biblioteca Nacional francesa.

la simbologia de los números, y en su correspondencia con las letras del alfabeto hebreo, la cábala constituirá el fundamento de toda la Alta Magia contemporánea. Tendrá, durante todo el Renacimiento, sus brillantes partidarios y defensores: Dante la usará abundantemente en su «Divina Comedia», en donde las cifras cabalísticas 3, 6, 9 y 10 son usadas abundantemente; Raimundo Lulio basará en ella toda su filosofía, Pico de la Mirándola será uno de sus principales defensores y divulgadores. Pero la máxima figura de este tiempo será Parecelso (cuyo verdadero nombre es Teofrasto Bompast von Hohenheim), el cual, además de ser un famoso médico, precursor de la medicina racional y descubridor del magnetismo animal y de la homeopatía, fue también uno de los mayores y más célebres alquimistas de su tiempo.

La alquimia: nos adentramos, con ella, en la segunda Gran Arte Mágica del Renacimiento, la más pú-



Máscara usada en la danza religiosa «tsam», y que representa a uno de los «dioses terribles», el Dokshit de los mogoles. Hasta hace bien poco, el baile con máscaras era un gran evento mágico-religioso en la Mogolia, al que acudían los fieles de los alrededores, reuniéndose en grandes números en las lamaserías donde se celebraban. No obstante, el actual régimen político ha hecho acabar tales prácticas, y tan sólo se conservan unas cuantas de estas máscaras en los museos de Ulan-Bator.

blica de las artes mágicas de aquel tiempo. Aunque alcance su máximo esplendor en los siglos XV y XVI, los primeros alquimistas se encuentran ya en el siglo XII, y su huella se prolongará hasta el siglo XVII, donde la llegada del racionalismo (y también los constantes fracasos de algunos alquimistas en su búsqueda de la piedra filosofal) la harán desmoronarse en sus cimientos. La finalidad última de la alquimia, sin embargo, y en contra de lo que cree mucha gente (incluso algunos alquimistas) no es el trastocar los metales en oro, sino buscar, por medio del complicado ritual del proceso alquimista, la autoperfección del ejecutante. Es por ello, por ser su finalidad última más esprital que física, que la verdadera alquimia ha sido siempre protegida e incluso practicada por reyes e incluso papas, en un tiempo en que la Inquisición condenaba a la hoguera a brujos y hechiceros, mientras que los alquimistas eran considerados como sabios. Y, entre los alquimistas más célebres de aquel tiempo hay hasta religiosos, como Alberto el Grande, e incluso santos, como Tomás de Aquino.

La astrología, finalmente, es la única ciencia mágica cuya popularidad se ha mantenido invariable a lo largo de todos los tiempos, desde la más remota antigüedad hasta nuestros días... tal vez debido al hecho de ser la menos esotérica y la más pública de todas las artes mágicas. En el siglo XVI la astrología sufre un gran renacer en Italia, que se extenderá muy pronto por toda Europa. Los astrólogos son considerados como profesionales, no se ocultan como otros magos, sino que por el contrario hacen públicas y evidentes sus predicciones, gozan del favor y de la protección de los grandes prohombres y de los reyes, y discuten encarnizadamente entre sí sus teorías, que son consideradas como teorías científicas, ya que la astrología, en el Renacimiento, constituye una ciencia paralela a la astronomía y al mismo nivel que la medicina o la física. Uno de los personajes más célebres en esta época será Nostradamus, aunque para muchos Nostradamus sea, más que un astrólogo, un vidente...

La era de la razón

Pero nos hallamos ya en la segunda mitad del siglo XVII. Lo que parecían verdades hace apenas unos años ya no lo son tanto. Es una reacción a la espiritualidad cristiana de la Edad Media y una consecuencia del creciente racionalismo que ha traído consigo el Renacimiento, con la resurrección de todas las obras de las civilizaciones antiguas. La gente duda cada vez más. Descartes propugna el racionalismo absoluto. Un pastor holandés, Bekker, publica en 1691 un libro: «De betoorte Wereld» (El mundo encantado), en el que niega a la magia por la religión: nada hay que hable explícitamente de magia en las Sagradas Escrituras, dice; luego, la magia no existe. El racionalismo triunfa en todas partes. A principios del siglo XVIII, el libro de Bekker será uno de los más leídos en toda Europa... lo







En muchos lugares, uno de los principales poderes que se atribuyen (y demandan) a los magos, es el de atraer la lluvia y, en general, dominar a las fuerzas de la naturaleza... fuerzas que pueden ser bienhechoras como la lluvia y el buen tiempo, o maléficas como las tormentas y el rayo.

que hoy llamaríamos un *best-seller*.

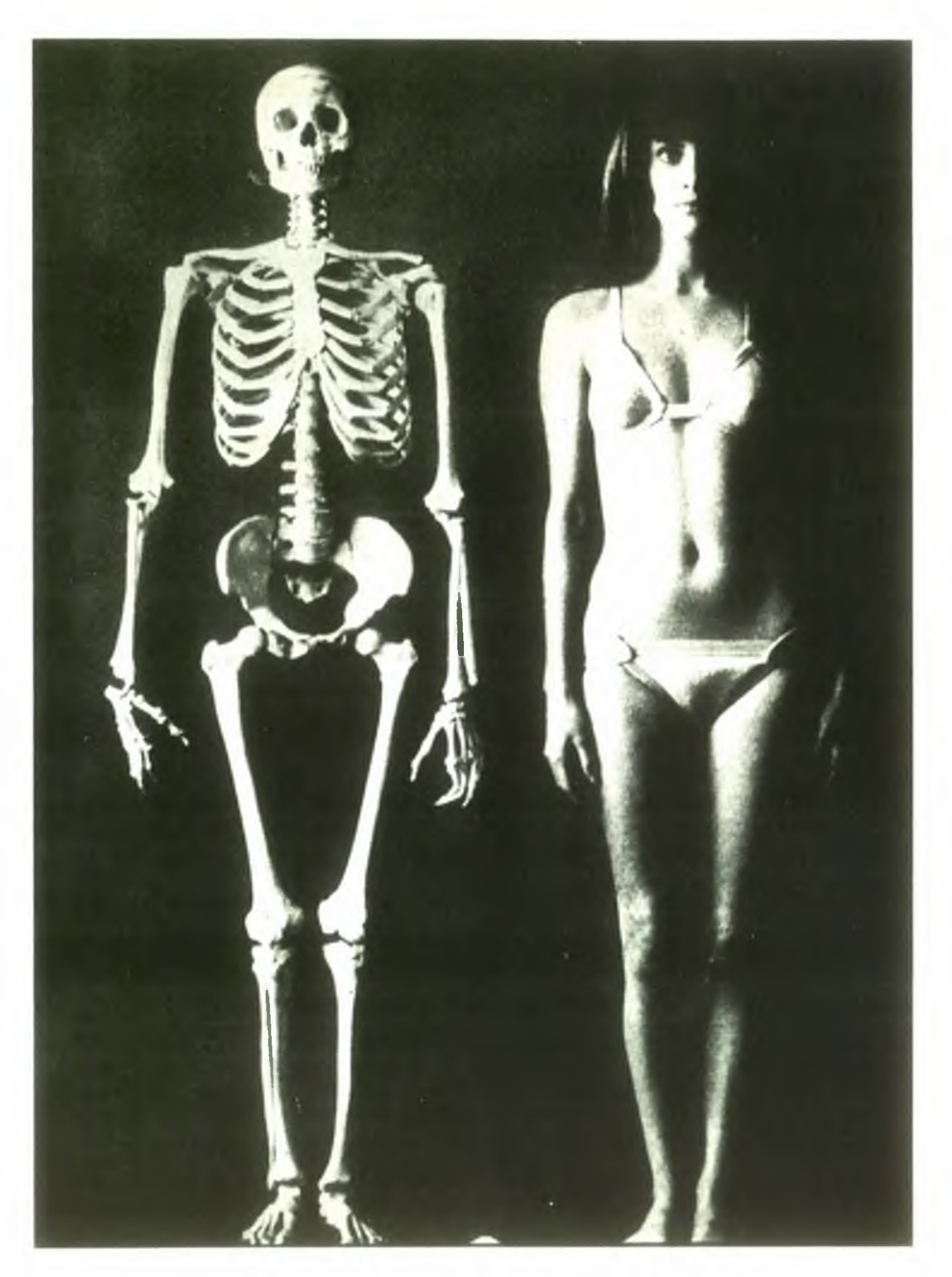
Hay, en toda Europa, una reacción general contra la magia. Es la lucha del racionalismo contra la fe. Los autores de la *Enciclopedia* niegan a la magia como algo antirracional. A las razones de los que afirman que todos los pueblos hasta entonces han creído en la magia, Voltaire responde: «¿Acaso los sabios, antes de Copérnico, no creían también que la Tierra estaba inmóvil en el centro del Universo?» El consenso universal, dicen los racionalistas, no prueba absolutamente nada.

Ante esta oleada de razón pura, la magia retrocede un poco... aunque no desaparece. Sencillamente, como dice Rony, *se hace urbana*. Cada vez son más raros los casos de brujería y de hechicería, pero en las grandes ciudades aparecen verdaderos barrios «mágicos», como el de Saint-Marceau en París, que pasa a ser el barrio de los alquimistas. La magia negra se refina también: se introduce en la alta sociedad, pasa a convertirse en un divertimiento más en las veladas de la aristocracia que forma las refinadas cortes de los reyes europeos. Es un juego más... algo que hasta entonces no se había practicado aún en los versallescos salones, y que no deja de tener su pizca de emoción.

El racionalismo, por otro lado, hace que la magia, arracionalista por esencia, deba vestirse en algunas ocasiones con otros ropajes para sobrevivir. Surgen así nuevas «técnicas mágicas», en las que la magia es equiparada a una ciencia, se buscan axiomas científicos que las expliquen. La rabdomancia, por ejemplo, enseña de una forma científica cómo utilizar la varita de zahorí para buscar agua o minerales; hoy en día la rabdomancia, con el nombre de radiestesia, es considerada como una ciencia «oficial»...

Pero el hecho que caracteriza más la segunda mitad del siglo XVII y el siglo XVIII es la aparición y el auge de las sociedades secretas, la mayor parte de ellas de índole esotérica y mágica. Los Rosa-Cruz, organización fundada en la primera mitad del siglo XVII por el caballero alemán Christián Rosenkreutz, y cuya filosofía secreta está basada en el conocimiento de la totalidad de las facultades, ciencias y artes. «Nuestro sistema de la revelación divina —reza el manifiesto *Fama Fratermitatis*, publicado en París en 1623— nos permite estudiar los cielos y la tierra y, en particular, el hombre, en la naturaleza del cual está escondido el gran secreto.» Los elementos mágicos de los Rosa-Cruz son muchos y evidentes. «Tenemos una escritura mágica, nuestra lengua es semejante a la de Adán y Enoch antes de la caída...» Más tarde, a los Rosa-Cruz se unirá otra sociedad secreta, la Masonería, de oscuro origen, aunque se suponga que deriva de los antiguos gremios medievales de los albañiles o *masones*, para formar una nueva rama de los Rosa-Cruz, la Francmasonería, cuyo lema es la fraternidad universal, aunque algunos hayan querido ver en ella un artificio usado por los Rosa-Cruz para poder reunirse libremente... tal vez por el hecho de que los Rosa-Cruz sean una sociedad secreta emi-

Uno de los alicientes mayores que tienen para muchos las sectas mágicas en la actualidad es la creencia de que poseen los secretos de la vida y de la muerte. Para fomentar tal idea, no es raro que en muchos de los rituales de iniciación de estas sociedades existan, a través de representaciones más o menos simbólicas, alusiones a estos secretos.



La lluvia mágica

Una de las tareas más importantes que debe realizar el mago o brujo de una comunidad en beneficio de ésta es cuidar del control climático, y de este control tal vez lo más importante sea la producción de la lluvia. Para ello, el mago recurre a la magia homeopática o imitativa: si se trata de hacer llover, simulará la caída de gotas o imitará a las nubes; si por el contrario se desea hacer que cese una lluvia perjudicial, se evitará el agua y se recurrirá al fuego, por su poder eliminador de la humedad.

J. G. Frazer nos da, en su obra The Golden Bough, *un interesante ejemplo al respecto:*

«En un pueblo cercano a Dorpat, en Rusia, cuando se anhela la lluvia, se suben tres hombres a un árbol de un viejo bosquecillo sagrado. Uno de ellos golpea un cacharro con un martillo para imitar el trueno; el segundo entrechoca pedernales para hacer saltar chispas e imitar el rayo; y el tercero, al que se llama «productor de lluvia», tiene un mazo de ramas, con el que salpica por todas partes con agua de un recipiente».

Nótese, al respecto, que se trata

nentemente religiosa, mientras la Francmasonería, por el contrario, es de índole esencialmente política y social. Los Rosa-Cruz y los Francmasones han dado a su vez origen a multitud de otras subsectas, como los Martinistas, que durante el siglo XVIII se esparcieron por toda Europa. Algunos de sus miembros, como el conde Saint-Germain y el de Cagliostro, personajes tan célebres como enigmáticos, rodeados de misterios y de contradicciones, personajes casi supernaturales, tuvieron un gran renombre en aquella época, al tiempo que tenían una destacada intervención política. Porque se avecinaban tormentosos acontecimientos...

De la revolución francesa al romanticismo

La revolución francesa, nacida espiritualmente del racionalismo y del enciclopedismo, y materialmente de los excesivos impuestos del hambre y de la miseria, iba a trastocar todos los valores de una sociedad corrompida y demasiado estratificada. También iba a variar todo el panorama de la cultura y de las artes, trayendo consigo, como una reacción al neoclasicismo del Renacimiento, una nueva tendencia artística de gran empuje: el Romanticismo.

de un caso moderno. Las antiguas ceremonias mágicas para provocar el desencadenamiento de las fuerzas naturales no han quedado olvidadas en la noche de los tiempos ni han sido relegadas en la actualidad a los pueblos salvajes de África y Oceanía, sino que persisten en mayor o menor escala en todo el mundo, incluso en los civilizados países de la misma Europa.



Una de las características de los magos ha sido siempre su dominio sobre las fuerzas naturales que lo rodean. Hoy, sin embargo...

Llegamos, con ello, al amanecer del siglo XIX. Un amanecer que, en lo que a la Magia concierne, está iluminado por otro amanecer: el de las mal llamadas *ciencias mágicas*. Abandonada la alquimia ante los continuos fracasos, convertida la Cábala en una especie de logia, atributo de unos pocos, degenerada en gran parte la astrología con la aparición de una multitud de «hermanos menores» que intentan embaucar a la gente: adivinos, echadores de cartas... la Magia busca un poco de espiritualidad, al tiempo que intenta, ante la aparición de la Primera Revolución Industrial, sentar unas bases que le permitan ser considerada como disciplina científica... o bien son estas disciplinas científicas las que, ante la comezón que les produce esta pseudociencia irracional que crece y se desarrolla a su lado, intentan asimilarla a su grupo definiéndola, explicándola y sistematizándola dentro de sus propios postulados.

Nace así el espiritismo, que será una de las «ciencias mágicas» que marcarán este siglo XIX. El espiritismo nos habla de la continuidad de la vida, del alma de los muertos, del más allá. Junto a él, surgirán también otras disciplinas que, más tarde, se convertirán en *verdaderas* ciencias... aunque algunas de ellas, inexplicadas sus motivaciones, sean consideradas aún, hoy en día, como unas ciencias *muy*



... la ciencia moderna ha dado otros nombres, más científicos, a este dominio. Pese a ello los magos siguen dominando las fuerzas naturales... y la ciencia se ve muchas veces impotente para explicar la naturaleza de este dominio.

poco ortodoxas: la hipnosis, la telepatía, la precognición, la telequinesis... En todos los salones, en las reuniones literarias, se habla enconadamente de estos nuevos temas. Surgen apasionadas polémicas. Gente famosa se pone en pro o en contra de las nuevas disciplinas. Se realizan, incluso, importantes adelantos científicos al respecto: Charcot, en la Salpêtrière, convierte el hipnotismo en una ciencia...

Con el espiritismo —que es, en realidad, una «magia al revés», o, dicho de otro modo, una «magia inconsciente»— nos enfrentamos, nuevamente, con las antiguas magias redividas. Volviendo a Egipto, el espiritismo nos divide el cuerpo humano en tres elementos, correspondientes en todo al «dyet», al «ka» y al «ba» egipcios: el cuerpo físico, el cuerpo mental y el cuerpo astral. De este último cuerpo, dicen los espiritistas, surgen todos los fenómenos que ellos se encargarán de estudiar. Para ello, para entrar en contacto con estos cuerpos astrales (los «elementales» de la magia), que no desaparecen con la muerte, es necesario un receptor: un médium, en el que hallamos el equivalente moderno a las antiguas pitonisas griegas, cuya misión era hablar con los dioses...

Pero, por otro lado, la Magia busca también su continuidad en el reencuentro con el antiguo esoterismo hebreo. Y, como una contrapartida a los intentos de esta otra «gran magia pública y científica», representada principalmente por el espiritismo, de hacerse presentar en sociedad, esta otra «magia esotérica» se hace oculta, *cabalística*, (y nunca mejor empleada aquí la palabra). Es, exclusivamente, una magia para iniciados, a la que no le preocupa el hacer nuevos adeptos. Sus profetas son poco conocidos fuera de su campo... pero sus nombres son venerados dentro del mundo de los magos: Eliphas Levi (cuyo verdadero nombre era A. Constant), Estanislao de Guaita, Papús (Gérad Encause)... Hay otros, también, que desde otros lugares han obtenido celebridad, aunque sea por otros aspectos: Rasputín, por ejemplo, en Rusia, admirado, criticado y desprestigiado a un tiempo, verdadera personalidad entre mágica y bruja...

Muchos de ellos son considerados como charlatanes; algunos quizá lo sean; pero en todos ellos,

La Gran Bretaña es uno de los paises donde la magia sigue teniendo una mayor actualidad. Es por ello que los cineastas británicos nos ofrecen cada año obras cuya base argumental se apoya en uno de los temas clásicos de la magia: brujeria, vampirismo, pactos secretos... En la foto, Barbara Steele en una escena de la pelicula «Whitchcraft» (Brujeria), de Don Sharp, realizada en 1964.



en su conjunto, se halla la continuidad de lo que constituye hoy la Alta Magia. Surgen de nuevo las antiguas sectas, que se revelan con un gran porvenir: Mac Heindel, en América, resucita en 1907 a los Rosa-Cruz, construyendo al sur de Los Angeles su «Templo de la Rosa-Cruz», que muy pronto extenderá sus ramas hacia Europa, erigiendo sus sucursales en Londres y en Paris. Los gnósticos, en los que puede hallarse a una reencarnación de los antiguos cátaros; los polares que, aunque le pese a Heindel, aseguran ser los auténticos Rosa-Cruz; Spencer Lewis que, fundando el grupo «Amork», intentará superar a Heindel, cosa que, al parecer, está consiguiendo...

La Magia, hoy

Llegamos, con todo ello, a la Magia de hoy... a la Magia del siglo XX. Un siglo que es caracterizado como frio, racionalista, cientifico... un siglo en el que todo es pesado, medido y reglamentado, donde no hay lugar para las cosas que escapan al orden, a *cualquier* orden. La Magia, pues, parece condenada a la extinción...

Y esto es lo que parecía a simple vista, a juzgar por los síntomas *exteriores* de que nos hablan la mayor parte de los autores que tocan el tema. La Magia de nuestro tiempo, dicen, está muerta. Desde Levi, Papús y sus compañeros, parece como si no haya sucedido nada nuevo. No hay, nos dice Rony, aquel afán de búsqueda que caracterizaba a la Magia del Renacimiento: los ocultistas contemporáneos viven encerrados en sí mismos, parece como si no les importara nada de lo que ocurre a su alrededor, ocupados exclusivamente en interminables comentarios escolásticos sobre la Cábala, el gnosticismo o la teurgia. La Magia no avanza, no evoluciona, no se ha movido apenas en este último medio siglo.

¿Es así realmente? ¿Tienen razón los que proclaman la muerte de la Magia? La magia primitiva, dicen, la que aún siguen practicando los pueblos poco desarrollados que ocupan aún algunas regiones de nuestro planeta, ha sido explicada de muchas maneras «racionales»: fanatismo, superstición, pervivencias de viejos rituales... Las nuevas disciplinas científicas que se ocupan de la mente, principalmente la parapsicología, han desmitificado muchos de los «actos mágicos» que se realizaban antiguamente, dándoles explicaciones científicas y sonoros nombres de seria apariencia, e incluyéndolos dentro del acervo de las ciencias... aunque no estén aún muy seguras de sus propias explicaciones. El resto de la Magia... bah, charlatanería.

¿Qué hay que pensar, en realidad, sobre esto?

La Magia, la razón y los ciclos históricos

Un somero examen de la historia, en todos sus aspectos, nos convencerá de la veracidad de una de



El mago de Hitler

Incluso los grandes políticos han creído en la magia. En 1935, Eric Jan Hanussen, a quien vemos en la foto utilizando una curiosa grabadora de cilindro de la época, era el mago personal del entonces Canciller alemán Adolf Hitler. Sus predicciones y consejos fueron siempre cuidadosamente seguidos por aquél, ya que Hitler era un hombre muy supersticioso y dado a creer en los fenómenos sobrenaturales.

No obstante, el cargo tenía sus peligros. Ante la insistencia de los íntimos del Canciller, que utilizaban como principal argumento el hecho de que Hanussen fuera judío, éste cayó en desgracia y fue enviado a un campo de concentración, donde posteriormente fue fusilado.

No mejor suerte corrió su sucesor, otro mago llamado Kraft, el cual, tras un tiempo de reemplazarlo fue también ejecutado, esta vez en la cámara de gas.

La magia hoy parece haber desaparecido de los países más adelantados, pero en realidad lo que ha hecho ha sido ocultarse a los no iniciados. Por ello, cuando en ciertas regiones tenidas por no mágicas, como Inglaterra, aparecen sospechosos signos en los bosques o en las viejas iglesias abandonadas, la prensa se pregunta asombrada...

las perogrulladas más ciertas de todo el fenómeno histórico: el de que la historia se repite. Los historiadores han llamado a esto los «ciclos históricos»: cada equis años, o decenios, o centurias, nos dicen, se reproducen unas mismas condiciones históricas... que abocarán a unos mismos resultados, aunque sea cada vez en un plano más elevado. La historia, pues, no es más que una sucesión de ciclos históricos idénticos, a través de cuya sucesión puede intentar adivinarse lo que ocurrirá en el futuro mediante el examen de las épocas pasadas en las que las circunstancias históricas fueron semejantes a las actuales.

Esto es lo que podemos hacer con respecto a la Magia. Para ello basta ver cuáles son las circunstancias históricas que forman nuestro momento actual. En primer lugar, nuestro tiempo se caracteriza por un exacerbado materialismo: el hombre moderno ha perdido la fe en todo; ha perdido la fe en una religión que sigue sin entender, y que se revela cada vez más insegura sobre sus pasos; ha perdido la fe en una ciencia que puede aniquilarlo —que puede aniquilar a todo el planeta— en cualquier momento y en cuestión de escasos segundos. El hombre moderno ha perdido el sentido y la medida del bien y del mal. Está desorientado. Nada de lo que ve a su alrededor le convence, nada le resulta comprensible. La divulgación dentro de todos los órdenes, ha puesto prácticamente todas las cosas a sus pies... pero no está aún preparado para entenderlas. Así, lo que le rodea, todas esas cosas extrañas y maravillosas, no son para él más que frutos de una nueva magia, una magia civilizada que utiliza brillantes aparatos científicos y que da nombres sonoros y extraños a las cosas, pero magia al fin y al cabo.

El hombre moderno se siente ahogado por el materialismo que le rodea: por la masificación, por la desorientación intelectual y moral. Intenta razonar... pero no hay nada razonable.

Esta situación no es nueva. Volviendo la vista hacia el pasado,





El hombre es un ser primordialmente mágico. Por ello, aunque la ciencia intente combatir a la Magia, aunque se intente ahogarla en el racionalismo, mientras siga existiendo el hombre, la Magia nunca morirá.



encontramos otras circunstancias históricas en las que se reproducen estos mismos condicionamientos. La primera de ellas ocurrió en Grecia y Roma. Los antiguos griegos y romanos llegaron a una situación espiritual muy semejante a la del hombre moderno: no creían ya en sus dioses. se veían invadidos por el materialismo, el razonamiento lógico ya no les servía. La segunda se presentó en plena Edad Media... lo acabamos de ver hace tan sólo unos momentos. El hombre medieval se sentía ahogado por lo que le rodeaba, había perdido la fe en todo. En ambos casos era necesario un cambio.

Y estas dos circunstancias históricas vienen seguidas efectivamente por un profundo cambio... y también por un gran resurgir de la Magia. Es, en cierto modo, una consecuencia lógica. Al perder la fe en la religión y en la razón, necesitamos encontrar algo, un sustituto, que nos siga empujando, que nos permita seguir hacia delante. La Magia, con su irracionalidad, no necesita de la ciencia ni de la religión. Entonces, el hombre se aboca a la Magia, porque es el único camino que le queda y en el que aún puede creer.

Y esta magia va a buscarse siempre en Oriente. Grecia y Roma toman su magia de Caldea, el Renacimiento basa su Magia en los libros orientales rescatados por los árabes y los judíos.

Ahora, hay en todo el mundo una intensa corriente de orientalismo. El hinduismo, el budismo, las doctrinas Zen, los Yogas, están ganando en Occidente adeptos día a día. Y todas estas doctrinas tienen un patente fondo mágico...

Se está preparando, pues, un nuevo Renacimiento. de la Magia. En realidad, lo tenemos ya aquí. «La Magia ha muerto», nos dicen en forma muy ortodoxa algunos autores. Nada hay más lejos de la verdad que esto. Nunca, en estos últimos siglos, se había demostrado un interés tan palpable acerca de todas las cuestiones mágicas. Existe una enorme curiosidad por conocer más a fondo todos estos temas: los libros sobre Magia se venden en todo el mundo por millones de ejemplares, las doctrinas orientales ganan adeptos día a día, los Centros y congregaciones se multiplican. El mundo, falto de una ciencia y de una religión en las que poder creer, cree cada vez más en la Magia.

Sí; nunca, como hasta ahora, la Magia había conocido un tan grande interés. Se está preparando, si podemos llamarlo así, un nuevo Renacimiento.

El futuro de la Magia

Un nuevo Renacimiento que se vislumbra ya *ahora*, y cuyas características pueden incluso intentar adivinarse. Porque la Magia del futuro no tendrá, por supuesto, las mismas características que la del pasado: los ciclos históricos se repiten, pero evolucionan, y cada vez se presentan en un plano superior, formando lo que podríamos calificar como una espiral ascendente.

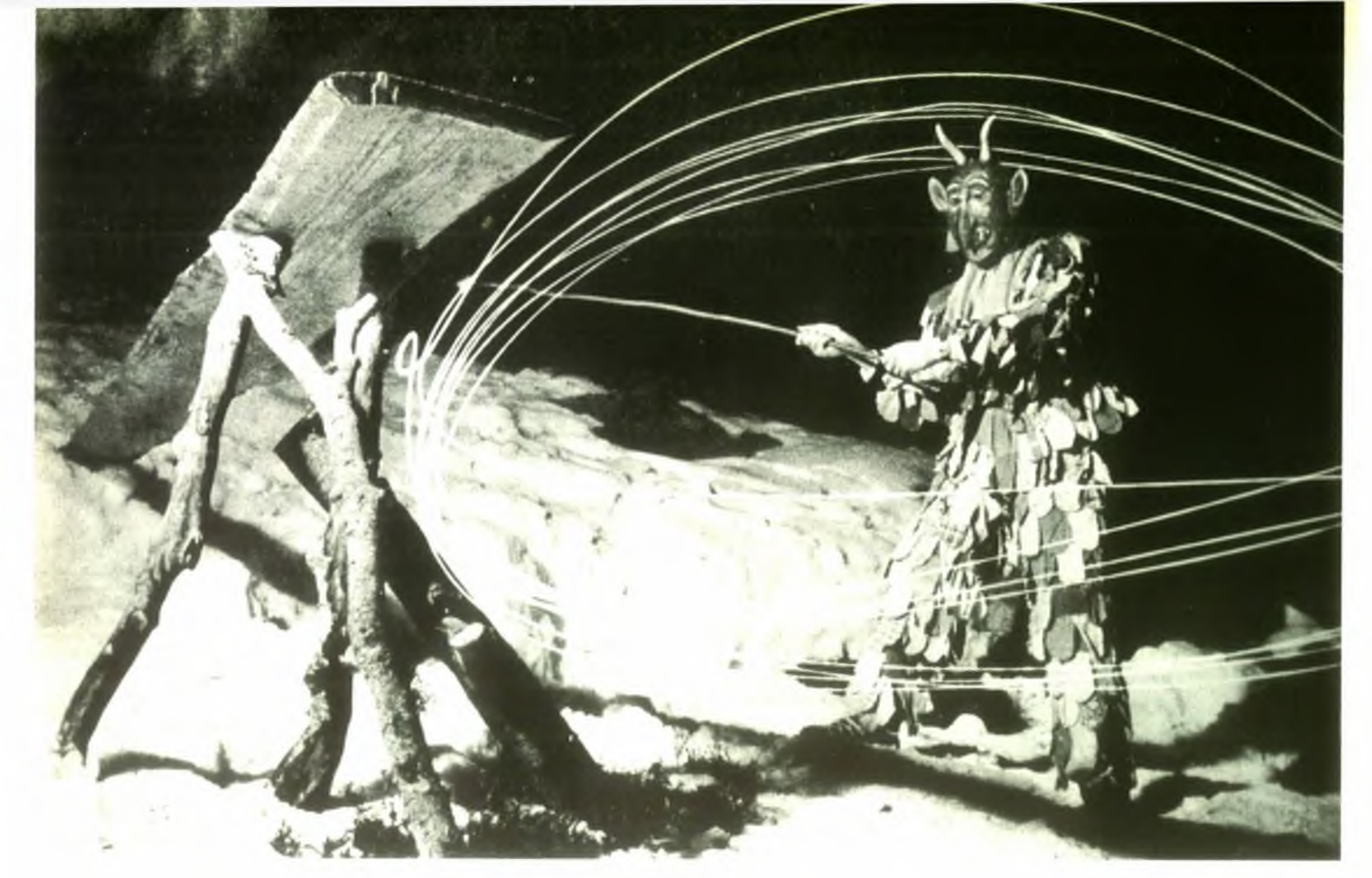
Las nuevas disciplinas de la mente, las ciencias parapsicológicas, son en gran parte uno de los



La Magia actúa sobre todos los planos emotivos humanos, y uno de los principales es el amor. Desde el inicio de los tiempos, de una manera invariable, magia y amor han seguido un camino paralelo: ¿alguien puede hallar un sentimiento más mágico que aquel que aún no se ha podido definir? (Sobre la fotografía: pentáculo para obtener el amor, extraído de «Las Clavículas de Salomón», manuscrito núm. 2348 de la Biblioteca del Arsenal).

principales futuros de la Magia. Unas ciencias que no son tales, unas ciencias que la propia ciencia oficial sólo puede admitir y reconocer su existencia, pero que no puede explicar. «Sólo sabemos que estos fenómenos *existen* —ha dicho Rhine, una de las personas que más a fondo ha estudiado la parapsicología en todo el mundo—; no sabemos lo que son, ni cómo se producen.» Porque, añadiríamos nosotros, entran en el campo de lo irracional... en el campo de la Magia.

Y sin embargo, la Magia, en el futuro, se volverá en cierto modo racional. Esto parecerá al principio un contrasentido, pero no lo es. Una racionalización de la Magia... un estudio de la Magia como *disciplina* (tal vez fuera muy fuerte decir «*como ciencia*»), en busca de sus leyes básicas y de sus fundamentos lógicos (que los tiene, aunque sea en otro plano completamente distinto al físico), en busca de todo lo que nos permita conocer como es *realmente* la Magia, en todos sus fenómenos y manifesta-



Aunque se desconozca muchas veces su origen, y su real motivación, bajo la capa de costumbres folklóricas se siguen practicando ciertos rituales mágicos. Así, en las alturas de la Selva Negra, y como parte de los festejos de Carnaval, los muchachos y muchachas corretean por la nieve vestidos con las tradicionales ropas de las fiestas y usando máscaras de madera talladas con horribles muecas, para ir a «encantar» las laderas de las montañas con enormes fuegos y centelleantes espirales de luz, en una costumbre que se remonta a los tiempos anteriores al cristianismo.

ciones, por encima del velo del misterio que la ha cubierto hasta ahora.

Esto es a lo que vamos abocados, a lo que estamos llegando ya. El mundo occidental, masificado, materialista, incrédulo de todo, descubre con sorpresa y maravilla algunas de las disciplinas orientales que nos llegan, en número creciente hasta nosotros. No comprenden que todo ello es, sencillamente, Magia: Magia tal y como se ha estado presentando ante nosotros durante siglos, pero Magia pura, porque la Magia pura siempre nos ha llegado de Oriente. Y en esta Magia lógica, racional, que se va imponiendo cada vez más a nuestor alrededor, bajo muy distintas formas y nombres, hallaremos dentro de poco nuestro futuro... el germen del nuevo Renacimiento mágico.

Pero antes será preciso destruir completamente los valores que existen actualmente y sustituirlos por otros de nuevos. Esto es algo que ha sucedido antes, y que ahora está sucediendo ya: los movimientos revolucionarios, las manifestaciones estudiantiles, los desórdenes de todas clases que se suceden por todo el mundo, ¿no son acaso la manifestación más palpable de un deseo de destruir todo lo establecido, todo lo que ya no nos satisface, de hacer tabla rasa, con la esperanza de que venga algo *nuevo* que lo sustituya? Sí: este resurgir, esta Era Mágica que nos aguarda en el futuro, se verá precedida, como se vio precedida en los anteriores ciclos históricos, por una época de transformación e incluso de barbarismo. Es necesario que ocurra así, para destruir todo lo que debe ser destruido y volver a empezar de nuevo. Tal vez serán necesarios muchos años para ello, tal vez incluso un siglo. Pero sucederá.

Y, tras todo eso, ustedes sin duda se preguntarán: ¿en dónde está ahora esta Magia de que nos hablan tanto? ¿Cómo la podremos descubrir a nuestro alrededor, cómo actúa, cuáles son sus bases y sus principios? Hemos visto, hasta aquí, solamente su historia y las etapas de su desarrollo. Ahora es el momento de penetrar en ella y ver todas sus interioridades. Vamos a intentar responder con mayor detenimiento a todas estas preguntas. En seguida; en cuanto usted gire la siguiente página.

Los fenómenos mágicos





8 El ritual mágico



Página anterior:

La visión interior: el mago debe aprender a mirar dentro de sí mismo, ya que solamente en su interior hallará las fuerzas que le permitirán actuar sobre los planos mágicos.

Entramos, a partir de este momento, en la Magia como fenómeno. Pero cuidado: vamos a hablar ahora de la verdadera Magia, de lo que se ha venido en llamar *Alta Magia* para distinguirla de la otra, de la *Baja Magia*, esta última más conocida del público en general porque es la formada por los curanderos, echadores de cartas, hechiceros y brujos... los que buscan su lucro a través de ella.

De ésta nos ocuparemos más adelante. Ahora vamos a hablar exclusivamente de la Magia en el más alto sentido de la palabra. Por eso, nuestras afirmaciones tal vez sorprendan a muchos: ciertamente, vamos a establecer unas nociones y a sentar unas bases que son muy poco conocidas por el público en general. Porque, ya lo hemos dicho repetidas veces, la verdadera Magia es una doctrina esotérica, oculta... y de ahí precisamente su otro nombre de ocultismo.

Los fundamentos de la Alta Magia

La Alta Magia se fundamenta en la acción del hombre (el mago) sobre un plano superior, al que nos hemos referido ya al hablar de los Reinos de la Magia: el *plano astral*. Como hemos dicho ya en aquella ocasión, el acto mágico busca sus efectos actuando sobre este plano astral, el cual, a través de la ley de las correspondencias, actúa como intermediario para conseguir el fin material o espiritual propuesto.

El fin material o espiritual propuesto. ¿Cuáles son los fines que persigue realmente el mago a través de su *acto mágico*? Si consultamos cualquier grimorio, encontraremos allí multitud de fines, la mayor parte de ellos mucho más próximos a nosotros de lo que parecería en una ciencia tan elevada: conseguir el engorde del ganado, el amor de una mujer, la fama y el dinero, la invisibilidad... para todos estos fines, nos dicen los grimorios, hay fórmulas precisas, establecidas y cualificadas, de muy seguro efecto, que basta recitar al pie de la letra para obtener automáticamente los fines solicitados.

Desgraciadamente, la cosa no es tan sencilla como esto; de otro modo, la Magia sería un arte tan asequible que podría llevarlo a cabo cualquier hijo de vecino. La mayoría de los grimorios y demás libros de fórmulas mágicas (aun sin tener en cuenta el hecho de que la mayor parte de los grimorios que han llegado a nuestras manos son copias y recopias, adulteraciones y hasta falsificaciones de los originales) solamente nos señalan el cascarón vacío de lo que es la Magia, la cubierta exterior formada por una serie de fórmulas que, en sí mismas, no significan nada.

Porque no todo es posible para la Magia, no todo es asequible. Hay, incluso para ella, cosas que escapan por completo a su alcance.

Entonces, ¿la Magia no es omnipotente? Quien piense en la posibilidad de una omnipotencia de la Magia demuestra poseer una maravillosa ingenuidad. La magia, ciertamente, es capaz de hacer muchas cosas... pero existen siempre unos límites. Pedir a la Magia que con-



Las verdaderas ceremonias mágicas necesitan de la soledad y el silencio para ser celebradas. Un lugar tranquilo, una hora reposada (generalmente la noche), unas condiciones propicias...

vierta a un elefante en una pulga, por ejemplo, es algo tan absurdo como pretender conseguir el amor de una mujer recitando simplemente, a la luz de la luna, una «fórmula mágica» convenientemente preparada, delante de un amuleto hecho con la lana de unas medias que haya llevado en alguna ocasión la mujer amada. No, los fines del verdadero mago son mucho más concretos... y mucho más reales.

Unos fines que podríamos resumir, sustancialmente, en cuatro: la videncia, la proyección del cuerpo astral, la evocación de los entes astrales y, finalmente, la acción —a través del plano astral— sobre un tercero.

Veamos un poco más detenidamente el alcance de cada una de estas cuatro finalidades, aunque todas se definan ya suficientemente por sí mismas. La videncia —que recientemente ha sido en parte *capturada*, si se nos permite la expresión, por la parapsicología— es la cualidad, obtenida a través del acto mágico, que le permitirá al mago ver lo que ocurre en otras partes —lo cual dentro de todo es relativamente fácil para la Magia—; o lo que ocurre en el pasado y en el futuro... lo cual es ya un poco más difícil.

La proyección del cuerpo astral (es decir, el abandono momentáneo, por parte del mago, de su cuerpo físico para entrar dentro del plano astral) es mucho más difícil de conseguir... y mucho más peligroso también, ya que desencadena una serie de fuerzas que muchas veces pueden quedar fuera del control del mago, y lo sumergen en un mundo completamente distinto e inhabitual para él, desde el cual el regreso al cuerpo físico no está nunca completamente garantizado.

La evocación de las fuerzas astrales (dentro de la cual hemos de incluir, aunque equivocado en sus teorías, al espiritismo), permite al mago entrar en contacto con las fuerzas astrales, llamadas también «los elementales», y usarlas incluso como mediadoras para sus otros fines.

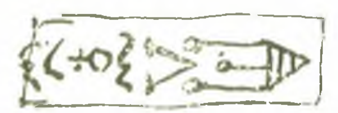
La acción sobre un tercero, final-

La agenda mágica

Los grimorios nos dan recetas «infalibles» para conseguir, a través de la magia, cualquier cosa que deseemos. He aquí una de estas recetas, extraída al azar de una Agenda Mágica:

«El 12 de setiembre se construirá el siguiente talismán para el amor:

»En las proximidades de tal fecha, y durante la hora de Venus, harás una medalla de cobre rojo, sobre la cual has de hacer que se grabe esto por un lado:



y por el otro el nombre JEHOVÁ DE NONA. *En seguida lo colgarás de tu cuello pendiente de un cordón, hecho con los filamentos de lana que saquen de las medias que lleve la persona querida, y lo colgarás todas las mañanas antes de que salga el Sol. Durante el mes de octubre, irás a su puerta para decir definitivamente esta palabra:* AMAPOYLFAC, *y la repetirás doce veces, y el primer día del mes siguiente la persona preferida no podrá resistirse a venir a tu encuentro para preguntarte lo que deseas, y podrá hacer lo que tú quieras.»*

Evidentemente, el que sufre mal de amores es porque quiere...

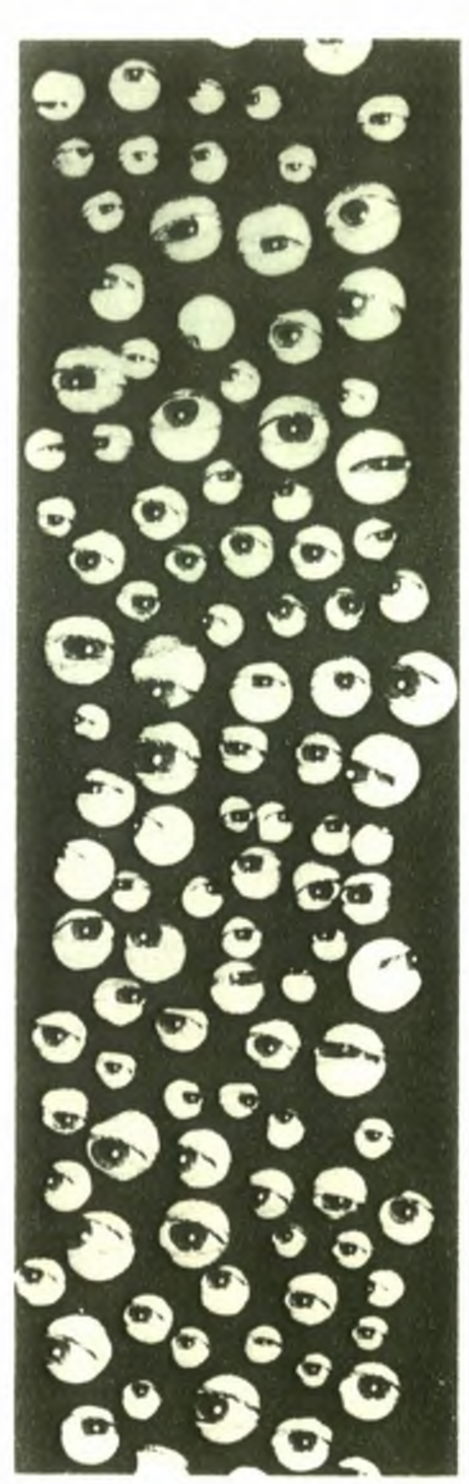
Uno de los objetivos principales de la Iniciación es el autoperfeccionamiento del propio mago. Educar los sentidos, las sensaciones; conseguir el autogobierno total: sin todos estos requisitos, nunca podrá llegar a ser un verdadero mago.



Los grimorios

GRIMORIO: Libro de conjuros mágicos. Existen tres importantes grimorios en Francia: *Las Verdaderas Clavículas de Salomón*, el *Gran Grimorio* (Gran Clavícula de Salomón y Magia Negra) y el llamado «del Papa Honorio». *(Julien Tondriau: «L'Occultisme»).*

Los grimorios, formularios de la antigua brujería, constituyen los libros más leídos y a la vez más desacreditados de toda la magia. En general, los grimorios que han llegado hasta nosotros son versiones de otras versiones de otras versiones... la mayor parte de ellas adulteradas, con supresiones, añadidos y cambios que no permitirían ni siquiera reconocer en ellos a la obra original. Por otro lado, algunos avispados libreros se están dedicando últimamente al lucrativo negocio de editar grimorios «antiguos», imitando tipos de letra y clases de papel, y haciendo pagar sumas astronómicas por libros que muchas veces no son más que invenciones del propio editor, con alguna que otra receta clásica incluida para darle autenticidad. Pocos grimorios de los que existen actualmente son dignos de confianza, y



Collin de Plancy dijo que «la visión astral es como tener un millón de ojos». Tal vez sea esto precisamente lo que quiere representar esta fotografía, al mostrarnos simbólicamente uno de los atributos que debe tener el verdadero mago: el acceso a la videncia y la entrada al plano astral.

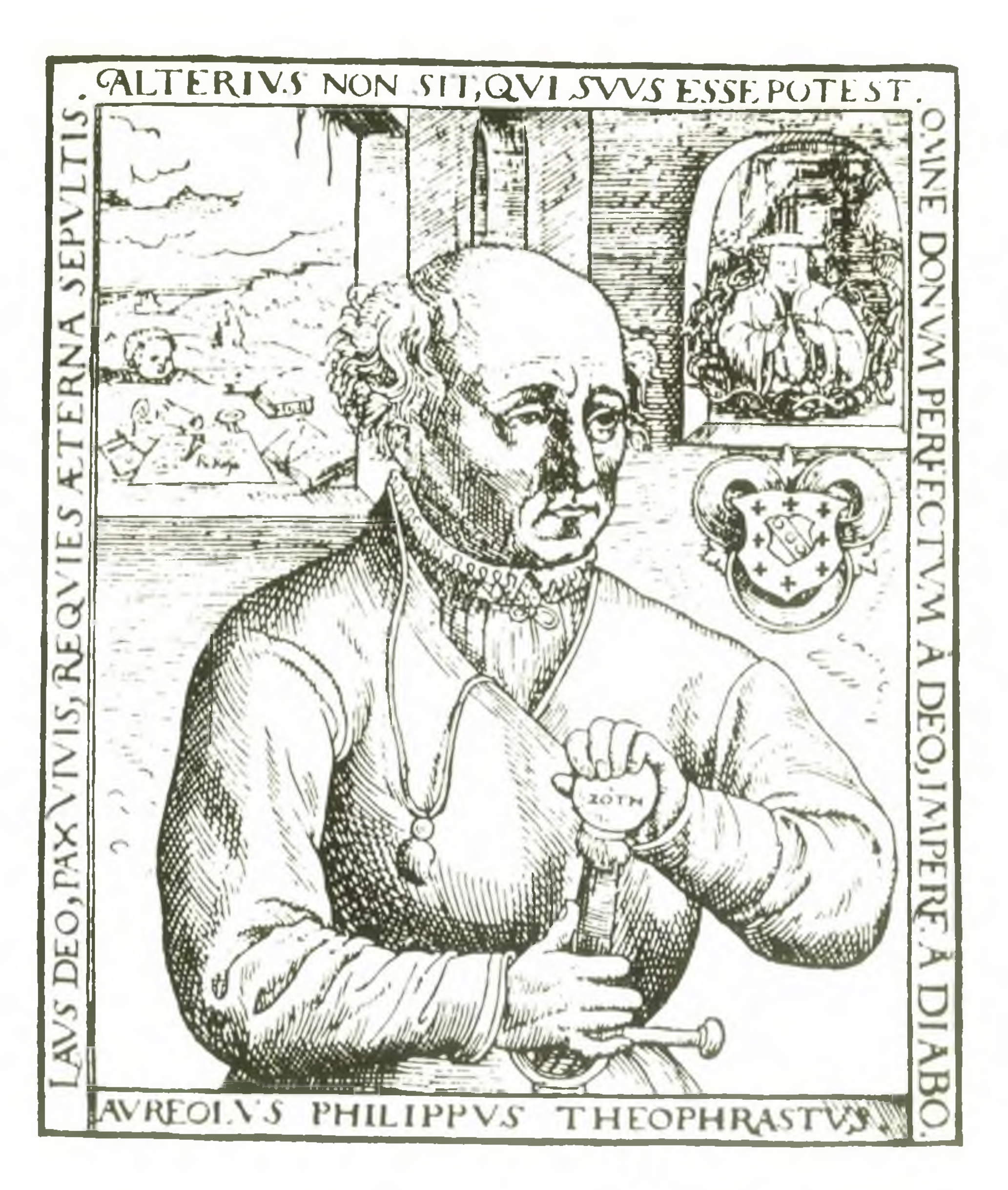
mente, es la base sobre la que se asientan todos los maleficios —aunque sus alcances puedan ser muy otros—, y su finalidad es actuar sobre otras personas o grupos de personas... a través siempre, claro está, del plano astral, medio eterno a través del cual se mueve (y empleamos la palabra *mover* en su sentido figurado) *toda* la acción del mago.

Estos son pues, en pocas palabras, los resultados que busca el practicante de Alta Magia al realizar sus actos mágicos. Sin embargo, como ya hemos dicho varias veces en otras ocasiones, estas finalidades no son, en suma, más que otro medio del que se vale el experimentador para conseguir una nueva finalidad, superior y última, que es siempre el resultado final de la Magia: la autoperfección del propio operador...

El acto mágico

La base en que se sustenta toda la Magia es el acto mágico. Y, al llegar al acto mágico, tropezamos con una de las ceremonias más esotéricas que existen... ya que el *real* acto mágico debe ser realizado individualmente, en la soledad. Ningún curioso, ninguna clase de público, ha asistido jamás a una verdadera ceremonia mágica: un mago no puede hacer un espectáculo de su ritual, ya que entonces su fracaso sería absoluto... puesto que el acto mágico exige una profunda concentración.

Es por eso por lo que los rituales mágicos apenas son conocidos, y todos los conocidos *no son* ver-



Los magos famosos: Teofrasto Bombast von Hohenheim, más conocido como Paracelso. Fue uno de los más grandes magos conocidos, y sus trabajos alquímicos son tan conocidos como sus avances en medicina, en la que fue un precursor del magnetismo animal y uno de los maestros en que Mesmer basó su doctrina, asi como uno de los primeros estudiosos de lo que después seria la homeopatía. Nació en Suiza en 1493, y murió en 1541.

seria preciso una profunda depuración antes de aceptar ninguna de sus recetas, la mayoría de las cuales hubieran podido hacer rica a toda la humanidad... con tal de que fueran realmente efectivas.

Por otro lado, como indica muy bien Christian hijo, un importante ocultista, incluso la aparición de los grimorios constituye, en sí misma, un contrasentido. «Entre brujos —dice Christian—, la costumbre ha sido transmitirse las fórmulas en el secreto de las confidencias. Jamás se escriben, y esto ha sucedido antes y lo mismo sucede ahora. Además, hacer otra cosa hubiera sido peligroso: la justicia estaba alerta. Perder el tiempo redactando un repertorio de recetas diabólicas era el medio más seguro para llegar sin más trabajo a la hoguera...»

daderos rituales mágicos. Ya que, si bien el mago puede trabajar en algunas ocasiones y siempre que lo crea necesario con la colaboración de un auxiliar o médium, es desaconsejable el que varios magos trabajen juntos, en colaboración. Pueden, si lo desean, buscar conjuntamente una misma finalidad, trabajar siguiendo los mismos rituales y con los mismos medios, a la misma hora del día, bajo idénticas circunstancias... pero no en el mismo sitio. Soledad, aislamiento: estas son las características básicas que requiere el acto mágico.

Así pues, y dentro de lo que nos permiten los conocimientos que de él poseemos, es decir, dentro de lo que de él ha trascendido al público, vamos a hablar del acto mágico. Pero, para hacerlo, deberemos referirnos primero a su principal y único protagonista: el mago. Él es la base de todo acto y todo ritual mágico, sacerdote, sujeto, y objeto a la vez.

Surge con ello la pregunta inicial: ¿puede cualquiera ser el oficiante de una ceremonia mágica, con sólo conocer y seguir su ritual? ¿Puede cualquiera, en otras palabras, ser *mago*?

La iniciación

La respuesta es rápida y tajante: *no*. La negativa se halla ya en una de las condiciones básicas de la Magia: la necesidad de una *iniciación*. Iniciación que aquí, al hablar del acto mágico, debemos entender en el sentido de *preparación*. Cualquier persona *no* puede ser mago... a menos que sea antes preparada e iniciada. Porque, para poder actuar mágicamente sobre las fuerzas de la naturaleza, el hombre ha de ser antes lo suficientemente dueño

El cuerpo astral de los animales

Papús, hablando en su «Tratado elemental de magia práctica» de los alimentos vegetales y animales, desaconseja estos últimos a los magos por una razón muy sencilla: porque la carne de animal que se consume actualmente en el mundo no está en absoluto exenta de influencias astrales. Oigámosle:

«En la antigüedad —nos dice—, se encantaba en el instante del sacrificio a los animales inmolados en los templos, cuya carne se destinaba al sustento de las personas. En efecto, el sacrificador desprendía el cuerpo astral del animal por virtud de una oración y una ceremonia mágica muy sencilla, cuidando de dar a la víctima una muerte exenta de sufrimientos físicos. De esta suerte, la carne para el consumo quedaba libre de influencias astrales y de producir en las personas que la comiesen ningún mal estímulo.

»En nuestros tiempos, se asesina industrialmente a los animales en el seno de un ambiente de horror, de rebelión y de sufrimientos indescriptibles. Únicamente el sacrificio judío lleva a los mataderos actuales las costumbres de un criterio de verdad que conserva por tradición.

»Las consecuencias de tales hechos son evidentes. Nuestros contemporáneos no sólo ingieren en su organismo los principios reparadores de la carne; también absorben los estímulos del furor, de la rebelión y del embrutecimiento.»

de sí mismo como para saber dominarse y sobreponerse a su propio cuerpo. Esto muy pocas personas saben hacerlo, a menos que se dediquen a una larga preparación. Como dice Eliphas Levi, «el mago debe ser impasible, sobrio, casto, desinteresado, impenetrable e inaccesible a toda especie de prejuicio o de terror. No debe tener defectos corporales, y debe estar a prueba de contradicciones y aflicciones. La primera y más importante de todas las obras mágicas es la de llegar a esta rara superioridad».

El hombre, pues, debe prepararse desde mucho tiempo atrás para la Magia. Y debe hacerlo en cuerpo y mente. No es demasiado difícil: es solamente cuestión de buscar un método. Si existe una gimnasia para moldear y perfeccionar el cuerpo, cabe preguntarse, ¿por qué no ha de existir una gimnasia que nos sirva para moldear y perfeccionar el espíritu?

Para adquirir el poder mágico, dice Eliphas Levi, hacen falta dos cosas: desprender de la voluntad todo servilismo, y ejercer un dominio absoluto sobre ella. Es por eso que, en la iniciación del mago, entran en gran escala las disciplinas de la educación mental y psicológica. «El mago enamorado —dice Levi—, glotón, colérico, perezoso, son monstruosidades imposibles. El mago piensa y quiere; no ama nada con deseo; no rechaza nada con pasión: la palabra *pasión* representa un estado pasivo, y el mago siempre está activo y siempre victorioso. Lo más difícil en la alta Magia es llegar a esta realización. Así, cuando el mago se ha creado a sí mismo, ha cumplido la gran obra, por lo menos en su instrumento y en su causa.»

Pero la iniciación, así, es larga y dura. En realidad, *todas* las iniciaciones son largas y duras. Desde los más remotos tiempos, las sectas iniciáticas han pedido mucho a sus adeptos: sacrificios, esfuerzos, valor. Pitágoras pedía a sus discípulos que se condenaran a un riguroso silencio de muchos años. Es tan preciso cuidar el cuerpo como la mente.

Mejor dicho, es preciso cuidar de los *tres* cuerpos. Porque, para la Magia, el hombre tiene tres cuer-



pos: el cuerpo físico, el cuerpo astral y el cuerpo espiritual.

Los tres cuerpos de la Cábala

Volvemos, con este concepto, a la Cábala, que es la base de toda la Alta Magia actual. Según la Cábala, el Universo se descompone en tres planos o «mundos»: el físico, el celeste o astral, y el espiritual. Siguiendo la ley de las correspondencias, el Universo y el Hombre (el Macrocosmos y el Microcosmos), dentro de sus mundos respectivos, son correspondientes entre sí punto por punto; en consecuencia, el hombre estará también compuesto por tres partes o «cuerpos»: un cuerpo físico, un cuerpo astral y un cuerpo espiritual. El cuerpo astral actúa, aquí como una especia de *plano medio*, como un intermediario entre el cuerpo físico y el espiritual: se trata del medio o trampolín utilizado por el Mago para catapultarse hacia sus fines, ya sean espirituales o materiales. Es, esencialmente, el *medio* mágico.

Esta división cabalística del cuerpo humano en otros tres «cuerpos» parace ir en contra de lo que nos enseña la fisiología... aunque sólo aparentemente. La «fisiología mágica» (es decir, la que acepta y sigue el mago) nos presenta una división del cuerpo humano en sus tres partes, vista desde el punto de vista fisiológico, completamente exacta y definida. Para el mago, el cuerpo humano tiene también, fisiológicamente, tres segmentos: tres departamentos, tres *modalidades* podríamos decir, cada una de ellas abocada a una función especifica. En la parte inferior tenemos el *vientre* o abdomen, a través del cual se realizan todas las funciones corporales de la alimentación material del cuerpo, por lo que los magos le dan el nombre de «fábrica de la materia». Ascendiendo en el cuerpo, encontramos un segundo departamento: el *pecho* o tórax, a través del cual se realizan las funciones de la respiración y de la circulación sanguínea, que son las que mantienen la energía del cuerpo; la magia llama a esta parte la



Los magos famosos: Cornelius Agrippa de Nettesheim. Nacido en Colonia en 1486, doctor en derecho y medicina, participante en el Concilio de Pisa, historiador oficial de Carlos V, fue uno de los principales propagadores de la Cábala, a través de la cual, según sus palabras, es posible «comunicarse con las fuerzas del plano superior para dominar a las del plano inferior». Divide el macrocosmos en tres mundos regidos cada uno por una magia: física, astral, y religiosa. Para alcanzar estas magias, dice, es necesario apartarse del mundo. Murió en la miseria, en la ciudad de Grenoble, en 1533.

«fábrica de la vitalidad». Finalmente, en la parte superior, se halla la *cabeza*, que a través del cerebro regula todas las funciones del cuerpo, y constituye el eje de la inteligencia volitiva; el ocultismo le da el nombre de «fábrica de la fuerza nerviosa».

Estas tres partes o «fábricas» constituyen los equivalentes orgánicos de los tres «cuerpos» del cuerpo humano. El vientre corresponde, como fábrica de la materia, al cuerpo físico; el pecho, como fábrica de la vitalidad, se correlaciona con el cuerpo astral; la cabeza, finalmente, como fábrica de la fuerza nerviosa y de la inteligencia, es el equivalente al cuerpo espiritual.

Esta división del cuerpo humano en tres partes tiene suma importancia para la Magia. La finalidad que busca el mago con sus ceremonias es actuar, a través de su poder especial, sobre la naturaleza. Para ello deberá utilizar, en primer lugar, la mente. Pero la mente está sujeta al cuerpo, y el lazo de unión entre mente y cuerpo es el sistema nervioso. Y el sistema nervioso depende en gran parte de la circulación sanguínea, la cual, a su vez, depende de la naturaleza, calidad y cantidad de los alimentos que ingerimos. Los tres cuerpos, pues, están íntimamente ligados entre sí, y el futuro mago debe tener buen cuidado en educar y cuidar todos ellos a fin de conseguir una perfecta coordinación, subordinada a su voluntad. El mago debe ser, en todo momento, dueño absoluto de sus tres cuerpos, de sus tres entidades. El hombre común no lo es nunca. Muchas veces hemos sentido, ante una circunstancia poco usual, diversas manifestaciones incontroladas: una desasosegada sensación en el vientre, una opresión en el pecho, una tirantez en la cabeza. Algunos de los tres cuerpos, o dos de ellos, o los tres a la vez, reaccionaban por su cuenta ante las circunstancias, estaban fuera de control.

Esto es algo que el mago nunca debe permitir que ocurra. Los métodos para educar estos cuerpos son pues uno de los objetivos primordiales de toda iniciación mágica... y también de toda la vida posterior del mago, ya que en realidad la iniciación no termina nunca, y la «profesión del mago» no es más que un constante autoperfeccionamiento que no se acaba más que con la muerte.

La educación del cuerpo físico

El cuerpo físico es el sustento material de todo el cuerpo humano en su conjunto, y su base se halla en la alimentación. El vientre es el crisol en donde se producen todos los fenómenos que permiten la subsistencia del ser humano, y sus acciones y reacciones repercuten en todas las demás funciones orgánicas. No es preciso citar aquí, la experiencia nos lo enseña a menudo, la somnolencia y el torpor que nos invaden después de una comida excesiva, la pesadez subsiguiente a un banquete excesivamente libado.

Por ello, no es sorprendente que una de las condiciones básicas que exija la magia en el mago sea una



Los grimorios son uno de los elementos más sujetos a controversia que componen la Magia. Aceptados por muchos como artículos de fe, considerados por la mayoría como recetas de cocina, la verdad es que la mayor parte de las veces su lectura nos hace reir... aunque algunas de sus «recetas» den, en ocasiones, más bien en qué pensar. (En la ilustración: portada del manuscrito de las Clavículas de Salomón del siglo XVIII, existente en la Biblioteca del Arsenal).

Los magos famosos: Joseph Balsamo-Bacconieri, más conocido, por el nombre de su madrina, como el Conde de Cagliostro. Nació en 1743 en Palermo, y llevó una vida desordenada bajo muy distintos nombres. Su celebridad empieza en 1777 en Inglaterra, de donde inicia sus constantes viajes que lo llevarán por toda Europa. En 1781 es profesor de ocultismo en Estrasburgo; marcha luego a París, donde sucede a Mesmer en la celebridad, convirtiéndose en un gran personaje de gran influencia política. Mago, profeta, vidente, sus extraordinarias y misteriosas dotes le llevaron a numerosas dificultades, que terminaron con su condena de por vida en el Castillo de León, en 1791, donde murió miserablemente cuatro años más tarde, después de haber predicho la Revolución francesa.



adecuada y equilibrada alimentación. Una alimentación que, si se quiere que arroje todas sus cualidades al resto del cuerpo, no ha de ser excesiva, pero tampoco puede pecar por defecto. La alimentación ·del mago (y esto es fundamental) ha de ser equilibrada en grado sumo, a fin de que se mantenga siempre un statu quo entre la parte física e intelectual: tan perjudicial es un exceso de intelectualidad (que abocará indefectiblemente en desórdenes nerviosos) como su defecto (con sus inevitables secuelas de torpor y atontamiento físico). La alimentación ideal del mago es, por todo ello, el vegetarismo: un vegetarismo moderado, que, sin embargo, deberá hacerse más riguroso en los períodos inmediatamente anteriores a la realización de cualquier acto mágico, como veremos más adelante.

Sin embargo, no basta con mantener simplemente el equilibrio. Es preciso acostumbrar también a los centros del cuerpo físico (y de retrueque a los de los otros dos cuerpos, con los que, no hay que olvidarlo nunca, está íntimamente ligado, con lo que *siempre* las acciones de uno repercuten en los otros dos) a un entrenamiento vital dosificado y progresivo, a una serie de estímulos cuidadosamente elegidos que logren el que, a la larga, los centros de este cuerpo se habitúen a reaccionar de la forma apetecida a la menor solicitud... que estén siempre alerta.

Esto se logra mediante el uso adecuado y periódico de excitantes materiales, cuidadosamente escogidos. Entre todos ellos, cuya lista completa sería interminable, destacaremos como los más importantes el alcohol, el café, el té, y las drogas como el haxix (o haschisch), el opio o la morfina.

De todos ellos es inútil hablar detenidamente, puesto que sus efectos son ya lo suficientemente conocidos. Sin embargo, sí vale la pena hacer algunas especificaciones: el alcohol, por ejemplo, tomado dosificadamente, es un excitante rápido, poco profundo y de poca duración... pero cuyo uso no puede repetirse sin una pausa conveniente entre una y otra dosis ya que, en caso de segunda dosis rápida, los efectos excitantes son menores, disminuyendo proporcionalmente a la inversa de la cantidad ingerida hasta terminar, en caso de persistencia, con la embriaguez. El café es uno de los excitantes más duraderos y poderosos que se conocen actualmente, siendo su principal centro de influencia el de la sensibilidad. El té puede considerarse, dentro de los excitantes naturales, en un término medio entre el alcohol y el café, siendo sus efectos más débiles que los de este último, pero también más prolongados que el primero. Las drogas, finalmente, no actúan exactamente como excitantes, vía

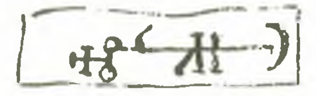


Todo en la magia procede de conocimientos anteriores, transmitidos de generación en generación por los Iniciados, muchas veces en tal forma que solamente los de su clase pudieran comprender el legado de sus conocimientos. Tal es el caso de esta construcción, denominada «*Piedra de Couard*», elevada cerca de Autun, y que se supone es la tumba del Druida Diviaticus y que preserva, en su geometria y su armonía, lo esencial de una ciencia que sus detentadores, bajo la dominación romana, deseaban inscribir de una forma hermética antes de desaparecer. (Exposición La Magia, Museo Goya, Castres).

El secreto de la invisibilidad

He aquí una de las más curiosas recetas secretas halladas en un libro de grimorios, y que copiamos textualmente de un ejemplar de las Clavículas de Salomón, *que se halla conservado en la Biblioteca Nacional. Ella nos dará, dice, el secreto de la invisibilidad:*

«Hay que preparar en el mes de enero una figurilla de cera amarilla que se asemeje a un hombre. Hágase en el dia y en la hora de Saturno, y en tal momento se grabará con una aguja en la cabeza, sobre el cráneo (que habrás separado diestramente) esta inscripción:



corporal, de las capacidades intelectuales, como los anteriores, sino sencillamente como amplificadores de la sensibilidad, siendo las consecuencias de su reacción más peligrosas que las de los demás excitantes por crear hábito.

En el uso de todos estos excitantes, naturalmente, todos los magos advierten que el neófito deberá usar de una extrema cautela y cuidar escrupulosamente de su empleo y de las dosis adecuadas para la finalidad que persiga... prescindiendo en absoluto si es necesario de las drogas hasta que esté lo suficientemente adelantado para conseguir su control.

La educación del cuerpo astral

Así como el mantenimiento del cuerpo físico está centrado en el vientre, en donde se producen las transformaciones que nos procurarán todos los elementos que repondrán las energías gastadas en nuestra constante actividad, el mantenimiento del cuerpo astral, ubicado en el pecho, se produce a través de los pulmones, por medio del aire que respiramos.

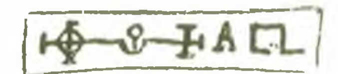
Así pues, el que desee dedicarse a la Magia deberá preocuparse de educar convenientemente no sólo el cuerpo físico (a través de una adecuada alimentación y un ponderado uso de los excitantes), sino también y preferentemente el cuerpo astral. Esto último se logra mediante un adecuado régimen respiratorio. Es sabido, de todo el mundo, que una respiración afanosa y rápida actúa como excitante de los centros nerviosos, mientras que una respiración suave y pausada los relaja. Estas variaciones son reflejadas también por el corazón, ya que ambos órganos —corazón y pulmones— van estrechamente enlazados, sincronizados en su función, de modo que el ritmo de la respiración se extiende a todo el cuerpo y se refleja en él, afectándolo en mayor o menor grado, activando o retardando su actividad general. La respiración, con ello, se convierte en una de las actividades más importantes del cuerpo humano, como lo demuestra entre otras cosas el que todas las técnicas yoga de autoperfeccionamiento, actualmente tan en boga, den precisamente a la respiración una importancia vital.

Porque el aire, para el cuerpo astral, es el equivalente a los alimentos para el cuerpo físico. Un buen dominio y un control absoluto de la respiración mantendrán al futuro mago siempre en condiciones de adecuar su actividad corporal a lo que necesite realizar, «programando» así sus necesidades de toda índole, tanto las físicas como

Por el recogimiento, la soledad y el silencio, el mago va alcanzando, peldaño a peldaño, su Iniciación. Solamente tras un largo camino de perfeccionamiento y sacrificio conseguirá iniciarse en las difíciles artes de la Alta Magia.



Una vez ejecutado, pondrás el cráneo limpiamente en su sitio. En seguida escribe sobre una tira de piel de rana breñal sacrificada en tiempo de la canícula, y con la sangre del propio animal, recogida cuando la hayas sacrificado, los signos:



y las palabras siguientes: HELS, HEL, HELS, *y procederás a colgar dicha figurilla pendiente de uno de tus cabellos, en la bóveda de una caverna, por a media noche, incensando con el incienso corriente, a la vez que digas:* MELACH, BEROT, NOT, BENIB ET, MACH et vos omnes conjuro te figura cerea per Deum vivum ut per virtutem horum, caracterum et verborum me invisibilem reddas, ubique te portavero meum. Amén. *Después de bien incensada la figura, la enterrarás allí mismo, encerrada en caja de pino, y todas las veces que quieras pasar o entrar en cualquier sitio sin que nadie te pueda ver dirás lo que sigue, llevando la figurilla en el bolsillo izquierdo:* Veni ad me et nunquam me develinquas ubicumque ivero. *En el acto cuidarás de llevar la figura al sitio antes indicado, dejándola bajo tierra hasta que la necesites otra vez.*»

las astrales, de modo que compensen sus necesidades intelectivas... manteniendo con ello un perfecto y constante equilibrio.

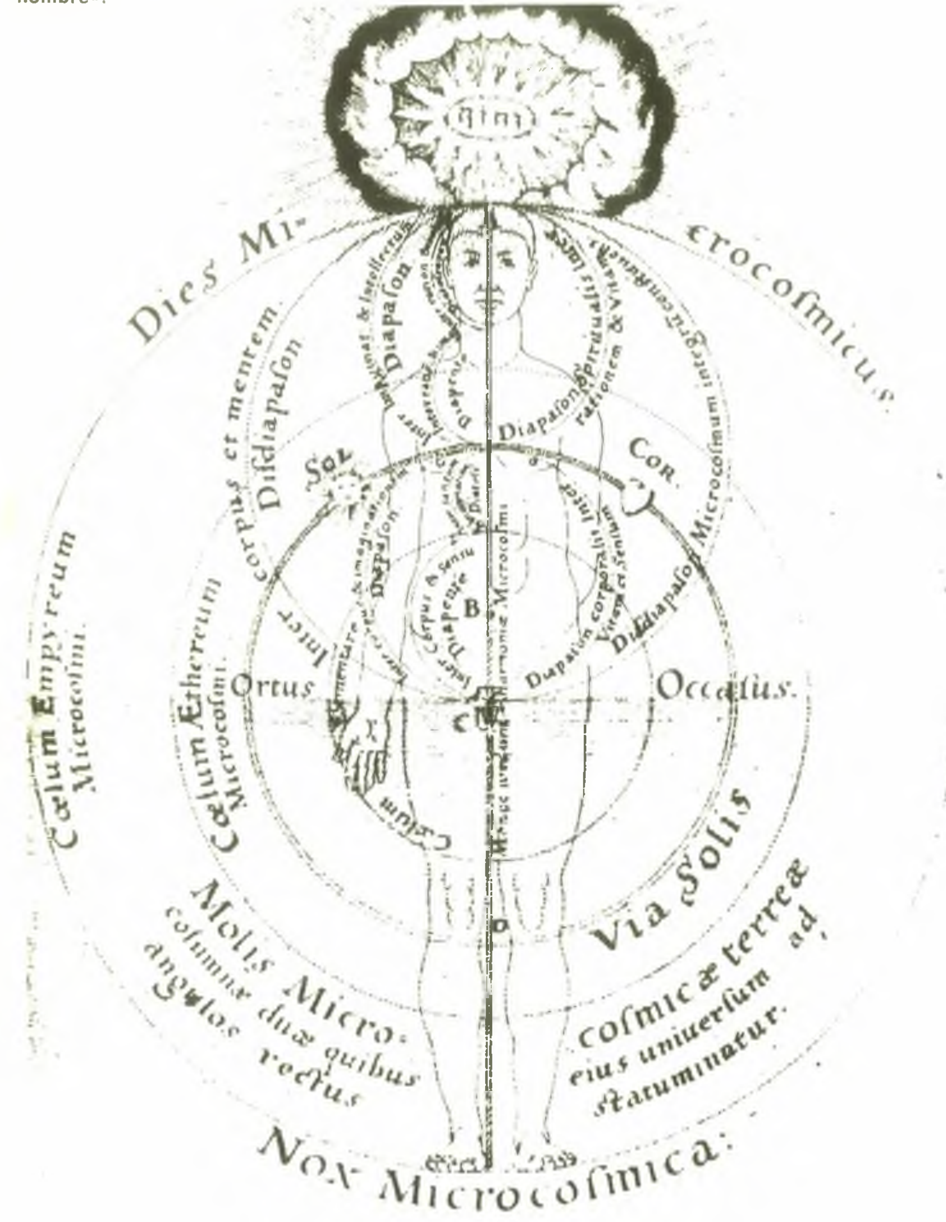
Y, al igual que los alimentos materiales, este alimento «astral» posee también sus excitantes, cuyo uso conveniente dará al mago la posibilidad de acrecentar su poder astral. Los excitantes del aire como alimento astral son los perfumes y las sustancias volátiles como el éter y el cloroformo, de clara acción sobre los órganos sensitivos humanos.

Hacer ahora aquí una lista de los perfumes que actúan como excitantes del cuerpo astral humano sería algo demasiado laborioso y extenso. Citemos solamente algunos, como pueden ser el almizcle, cuya acción es equiparable al del alcohol con respecto al cuerpo físico; el incienso, que es un poderoso excitante intelectual; y principalmente el humo de tabaco, cuya acción principal es instintiva. Todos ellos, empleados en los momentos y medidas convenientes, producen los efectos excitantes requeridos de ellos; empleados en demasía, producen efectos tan perniciosos como los de los excitantes materiales: el éter, y, principalmente, el cloroformo, por ejemplo (que en el plano astral sustituyen al alcohol en el plano físico), tienen los mismos efectos que éste, si bien su «borrachera», que va acompañada de una completa insensibilidad, es casi instantánea, mientras que la del alcohol es lenta y progresiva.

La educación del cuerpo espiritual

Pero el futuro mago no solamente ha de aprender a mantener una «dieta» (si es válida la palabra) que le permita desarrollar al máximo sus aptitudes físicas y astrales, sino que debe supeditar todo esto —tanto su cuerpo físico como el astral— a su psique, a su voluntad... a su cuerpo espiritual. El futuro mago ha de aprender a saber dominarse *por completo*. Por ello, ha de seguir desde un principio una serie de normas que le ayudarán a

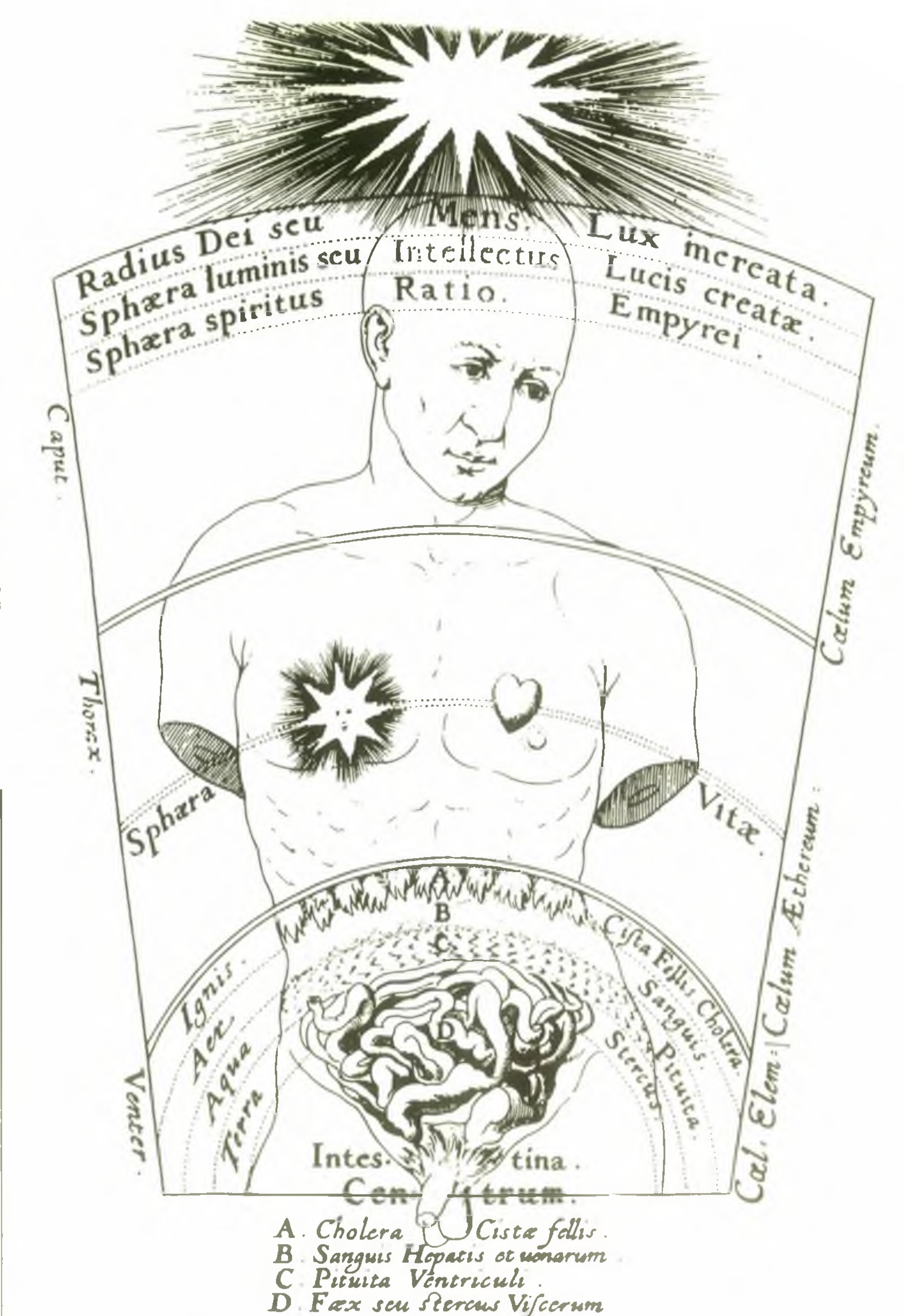
El Macrocosmos (el Universo) y el Microcosmos (el Hombre) están estrechamente ligados en sus relaciones. Robert Fludd, en su «Utriusque Cosmi Historia». Oppenheim, 1619, representa así su idea de que el macrocosmos produce sobre la Tierra la sucesión del día y de la noche, que en el plano humano deben corresponderse también con un «día del hombre» y una «noche del hombre».



mantener este dominio de su cuerpo volitivo sobre sus demás cuerpos: ha de aprender a «gustar» de toda clase de alimentos, aunque no sean demasiado agradables para su paladar; ha de acostumbrar su olfato a todos los olores; no sentir repugnancia ante el tacto de ninguna sustancia, por fría, desagradable o viscosa que sea; ha de *escuchar* toda clase de música, no solamente la que le plazca a su oído; ha de recrear su vista con las cosas hermosas, pero también habituarla a las cosas desagradables... habituar todos sus sentidos, en fin, a *todo* lo que nos rodea, y habituar también con ello a la voluntad a no reaccionar desagradablemente ante ninguno de ellos, por repugnante que pueda parecerle.

Puesto que, así como la comida es el alimento de nuestro cuerpo físico, y el aire que respiramos el de nuestro cuerpo astral, las sensaciones que recogen nuestros sentidos y son transmitidas a nuestro cerebro constituyen nuestro alimento espiritual, nuestro alimento psíquico. Y es preciso saber *dominar*, dosificar y seleccionar este *alimento* que llega a nuestro intelecto, para hacer uso de él en la forma más conveniente a las necesidades del momento... lo cual sólo puede conseguirse a través y tras una larga práctica y un cuidado proceso de habituación.

Claro que este *alimento*, como los anteriores, tiene también sus excitantes. Los excitantes del alimento intelectual son todas las cosas que despiertan en nuestra mente unos sentimientos más intensos de lo habitual. Nuestros sentidos —y las sensaciones que estos sentidos transmiten a nuestro cerebro— son susceptibles de modificaciones y perfeccionamientos, como lo demuestra el hecho de que la pérdida de uno de estos sentidos



Según Fludd, las correspondencias del macrocosmos con el hombre van aún más lejos: en ellas, la cabeza corresponde a la esfera de Dios, mientras el torso corresponde a la esfera de la vida o éter, y el vientre a la esfera de la materia —Agua, Tierra, Aire y Fuego—, sede de todas las transformaciones.

Los "elementales"

«Las fuerzas astrales llevan también el nombre de elementales o "espiritus de los elementos". Los elementos son: el Fuego, *el* Aire, *el* Agua *y la* Tierra. *A cada uno de estos elementos corresponden unos particulares elementales: al* Fuego, *las Salamandras; al* Aire, *los Silfos y Silfidos; al* Agua, *las Ondinas y Ondinidos; a la* Tierra, *los Gnomos y Gnómidos.*

»Es preciso distinguir entre los elementales, *espíritus de los elementos, y los* elementarios. *Estos últimos son cadáveres fluidicos, cáscaras astrales, vacías del principio superior o Alma.*

»Los espiritistas creen evocar las almas de los muertos, mientras que de hecho actúan sobre el bajo astral. Obtienen por supuesto algunas manifestaciones: hacen magia sin saberlo y sin ninguna protección. Es por ello que la alienación mental es común entre ellos.

»El mago, en cambio, es consciente de su acción. Sabe cuales son los peligros a los que se expone. Actúa como dueño.»

J. B.: «Manuel de Magie Pratique».

agudice extraordinariamente a los demás. Los excitantes de los sentidos, bien dosificados, pueden ayudar a un extraordinario desarrollo psíquico del cerebro: la música (que actúa en una forma triple y simultánea sobre el cuerpo físico —instrumentos de madera —astral —instrumentos de metal— y espiritual o psíquico— instrumentos de cuerda); la poesía; la pintura; la escultura; todas las artes, en fin, a través de las cuales el hombre podrá hallar siempre una elevación espiritual.

Los requisitos de la iniciación

Pero esto aún no es suficiente. Además de la educación completa de sus tres cuerpos, el futuro mago debe saber sujetar en todo momento estos tres cuerpos al completo dominio de su voluntad, encaminándolos desde un principio a lo que más tarde serán sus principales obligaciones mágicas. Papús, a este respecto, y refiriéndose a esta, podríamos llamar, «educación prác-

La concentración mental habrá de permitir al mago, más tarde, la mayor parte de todos sus éxitos. El dominio de la materia por la voluntad es uno de los requisitos sin el cual el verdadero mago es impotente.



tica» (ya que va encaminada a la posterior consecución del acto mágico), define las tareas iniciatorias del futuro mago de la siguiente manera: «la educación de la mirada y el uso de los espejos, la educación de la palabra, preludio del estudio de las fórmulas, la educación del gesto, que una vez fijado dará origen a los pantáculos, y por último la educación de la marcha y el trazado del círculo mágico, serán objeto de nuestras investigaciones».

¿Y bastará ya con esto? No... aún no. El neófito deberá seguir aún perseverando en todos los dominios. Lo expresado hasta ahora no es más que una parte de todos los requisitos; no es un fin en sí mismo, es tan sólo un medio, uno entre los muchos caminos. El neófito deberá buscar, en estas prácticas, los senderos que le conduzcan a la perfección. Porque ésta, la perfección, el autodominio total del cuerpo, es la finalidad última a la que van encaminados todos estos procesos... en los cuales, hay que hacerlo notar aquí, pueden hallarse los mismos principios que en las modernas (aunque seculares) doctrinas orientales de autoperfección, puesto que todas estas doctrinas no son, en realidad, más que formas orientales de la misma Magia occidental. Sólo cuando el mago haya logrado esta autoperfección en un grado suficiente podrá dedicarse, entonces sí, a la práctica de la Magia, sabiendo que podrá llegar alguna vez a conseguir sus propósitos.

¿Los conseguirá realmente? Bien, esto ya es otro asunto... porque, pese a todo, el éxito o el fracaso no depende únicamente de las aptitudes del mago en sí. La naturaleza, aquí, también entra en juego... y de una forma mucho más directa de lo que pudiera parecer a simple vista.


Saday Jod
Zebaoth Elion

La intervención de la naturaleza

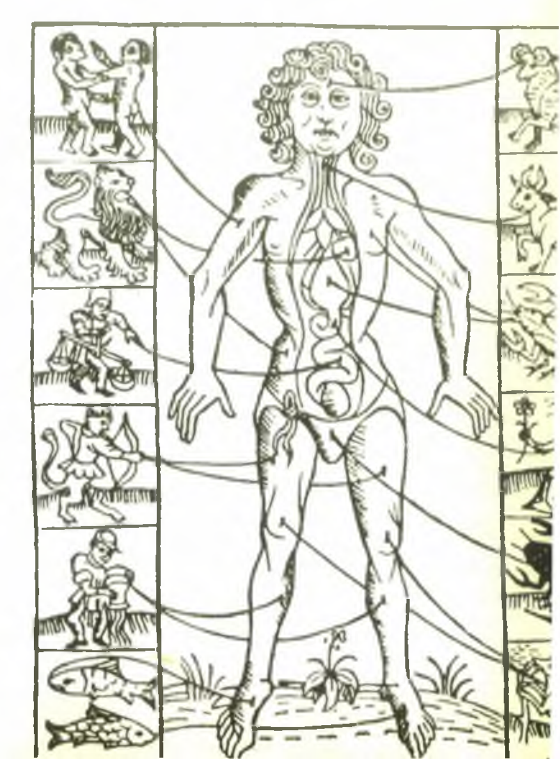
Esta afirmación de que no son suficientes las aptitudes personales del mago para practicar la Magia tal vez decepcionará a algunos entusiastas que veían ya el camino expedito tras una más o menos intensa preparación corporal y espiritual. Vamos a aclararnos. El factor *mago* es el factor más importante de todo acto mágico, y si falla él falla todo. Pero sin embargo no es el factor *único*. La naturaleza interviene también.

Volvamos un momento a la Cábala y a la ley de las correspondencias. Hemos dicho que el Universo estaba formado por tres planos o «mundos», que tenían su correspondencia en el hombre, en los tres planos o «cuerpos» humanos. Estos tres planos del Universo son el físico, el celeste o astral y el espiritual: el físico es la naturaleza, el astral es el cielo, y el espiritual es Dios. Estos tres principios se corresponden a los tres principios humanos (material, astral y espiritual), y sus acciones y reacciones afectan por simpatía a todo el conjunto.

Como también afectan al hombre... del Macrocosmos y Microcosmos. El ser humano, dice Papús, se halla envuelto en una red de fuerzas tal, que todos sus esfuerzos resultarán estériles si no sabe aprovechar el instante propicio para poner su voluntad en movimiento. No se trata pues tan sólo de cómo hacerlo, sino de cuándo. La prueba de esta necesidad de la «oportunidad» la tenemos en el hecho de que incluso los brujos y hechiceros de las aldeas más perdidas o de las civilizaciones más primitivas no efectúan sus exorcismos y sus maleficios más que en determinadas condiciones, en las que saben que sus actos obtendrán los resultados apetecidos, porque, dicen, entonces es cuando las condiciones son «favorables» o las fuerzas «propicias».

Ser «propicias» o «favorables»: he aquí la frase clave. Todo lo que está arriba está abajo, dice la Cábala. El hombre es un ser cósmico, está ligado al cosmos. ¿Qué tiene de extraño pues que se sienta influido por los astros que le rodean? «El fluido astral —dice Papús— que circula en los seres y en las cosas terrenas, pasa por sucesivos estados de condensación y de disolución, y dichos estados dependen, según el esoterismo, de la posición que tengan entonces los cuerpos celestes.»

Entramos pues de lleno en los terrenos de la astrología. Pero no se trata aún de la astrología que



Las correspondencias de los signos del zodíaco con el cuerpo humano ha sido uno de los temas que más ha atraído a los astrólogos de todos los tiempos, como lo demuestran esas dos ilustraciones, correspondientes la primera al «Compost et Kalendrier des Bergers», París, 1499, y la segunda al «Martyrologium der Heiligen», Estrasburgo, 1484.

Los excitantes constituyen uno de los principales elementos de los que se sirve el mago para la educación de su triple cuerpo físico, astral y espiritual. Pero cuidado: los excitantes, si no se usan con mesura, pueden ser peligrosos...

todos conocemos, la que predice nuestro futuro leyendo en los astros, sino de otra astrología más básica, más elemental: la «astrología mágica» como podríamos llamarla. La astrología que ha de tener muy en cuenta todo mago, independientemente de la astrología general, ya que de ella depende el éxito o el fracaso de sus operaciones.

Los principios de la astrología mágica

La posición de los planetas en el cielo, en el momento de realizar cualquier acto mágico, debe ser considerada minuciosamente antes de iniciar éste. Puesto que hay momentos en que la influencia de los astros puede ser benéfica, mientras que en otros puede ser completamente maléfica. Por regla general, nos dicen los cabalistas, hay que desconfiar de Saturno y de Marte, los dos planetas de peor índole, mientras que por el contrario puede acudirse tantas veces como se quiera a pedir el auxilio de Júpiter, del Sol y de Venus. Mercurio, el Sol, Marte, Júpiter y Saturno representan los diversos estados de la vida humana, desde el período de la primera juventud hasta el de la vejez, e indican igualmente el carácter moral e intelectual de cada una de las etapas que recorre el ser humano. La Luna y Venus son planetas esencialmente femeninos, en sus respectivas acepciones de maternidad y amor. Cada día de la semana corresponde a una influencia planetaria distinta: el Sol para el domingo, la Luna para el lunes, Marte para el martes, Mercurio para el miércoles, Júpiter para el jueves, Venus para el viernes y Saturno para el sábado.



Hay planetas buenos y planetas malos, planetas favorables y planetas desfavorables. Es preciso tener esto muy en cuenta, pues si bien el mago debe preocuparse de realizar sus actos bajo la protección de alguno de los planetas «buenos», no conviene tampoco irritar a los «malos», ya que existen entre ellos diferencias y rivalidades que es preciso no fomentar. Como dice muy bien Papús: «una vez os relacionéis con las entidades superiores de nuestro mundo planetario, guardaos bien de mortificar a algu-



La educación del cuerpo y la mente: el autoperfeccionamiento físico y mental. La armonía, la belleza, el equilibrio. Estas son las finalidades que busca el aprendiz de mago en su Iniciación...

na acudiendo a ella cuando cualquiera de sus enemigos tiene las llaves del cielo». Para orientar a sus lectores, Papús da un cuadro de simpatías y antipatías planetarias, «utilísimo para el mago», que le permitirá conocer el «momento» de cada planta y metal. Al final de este capítulo damos un cuadro *completo* de estas analogías, donde se resumen sinópticamente todas las correspondencias astrales y su campo de acción.

Conjunción, cuadratura, oposición

Para saber la conveniencia de iniciar o no sus actos mágicos, el mago ha de tener muy en cuenta la posición en aquellos momentos de los planetas dentro de la esfera celeste. Como es sabido, ninguno de los planetas se desplaza a la misma velocidad que los demás en nuestro cielo aparente, por lo que sus esferas de influencia con respecto a la Tierra varían constantemente, aumentando o disminuyendo, según el lugar que ocupen en un momento determinado, y según el lugar que ocupen respecto los unos de los otros.

Vamos a explicarnos. A efectos astrológicos, la esfera celeste está dividida en doce secciones, correspondientes a los doce signos del Zodíaco. Estas doce secciones las podríamos comparar a las doce horas que componen la esfera de un reloj, con lo que nuestra explicación será más fácil. Es indudable que, dentro de esta esfera dividida en doce porciones, los astros no ocuparán nunca en dos momentos distintos la misma posición dentro de la misma *tajada* (considerando a la esfera dividida en doce radios equidistantes), sino que sus velocidades respectivas les harán adoptar posiciones distintas a cada momento con respecto a nosotros y con respecto a los otros astros: así, la Luna completa un giro en torno a esta «esfera zodiacal» en poco menos de un mes (el llamado *mes lunar*), mientras que el Sol necesita de todo un año para efectuar el mismo recorrido.

Así podemos encontrarnos con infinidad de circunstancias relacionando todo el conjunto de planetas dentro de la esfera zodiacal. Puede ocurrir que dos planetas se encuentren en un determinado momento dentro del mismo signo, en signos separados por un ángulo de noventa grados, o en signos diametralmente opuestos: lo que, volviendo a la comparación del reloj, representarían las doce horas, las tres y las seis, contando con que las dos



Escultura de piedra representando a un artesano de la fecundación de la tierra y sujetando una pala y un azadón. Toda la magia está llena de analogías como ésta, todo está en todo; el hombre, la naturaleza, las cosas... (Exposición La Magia, Museo Goya, Castres).



El arte fantástico nos presenta a las brujas en una forma irreal y muchas veces idealizada. Nada más lejos de la imagen del practicante de la Alta Magia de hoy, un ser que, fuera de su «occultum», pasa desapercibido por completo, puede ser cualquiera, usted, yo...

agujas señalaran los dos planetas en cuestión. A estas tres posibilidades de posición relativa de los planetas entre sí se las llama aspectos astrológicos: *conjunción*, *cuadratura* y *oposición*, a los que se podría añadir también los intermedios de *sextil* y *trigone*, en los que los planetas forman respectivamente un ángulo de 60 y 120 grados.

¿Cuál es la importancia de la conjunción para el mago? Por supuesto, la de acrecentar o disminuir la influencia de los planetas en un determinado momento por la adición o la sustracción de la influencia del otro planeta en conjunción. Por ejemplo, la Luna es esencialmente favorable a los actos mágicos cuando se halla en conjunción con el Sol, el cual refuerza su acción: esto ocurre aproximadamente una vez al mes, y el mago debe preocuparse en saber exactamente cuando se produce este fenómeno para aprovechar al máximo en sus prácticas esta corriente favorable. Por el contrario, ha de tener muy en cuenta que esto no ocurra con planetas «desfavorables», ya que entonces su negatividad se recrudece en la conjunción.

Naturalmente, las posibilidades que ofrecen los aspectos astrológicos son tan grandes, que el mago debería efectuar numerosos cálculos antes de cada acto mágico para averiguar el momento más propicio para realizarlo. A fin de evitarle este trabajo, existen gran cantidad de «tablas astrológicas» (una de las más usadas es «Las Efemérides Astrológicas» de Raphael) donde se dan ya resueltos todos los datos, y a las que acuden los magos a fin de saber el momento más propicio para cualquiera de sus actos. Naturalmente, aparte del efecto intrínsecamente benéfico o maléfico de la presencia de un determinado planeta en un determinado signo, sea aislado, sea en aspecto con otro, cada planeta es, en cada circunstancia, especialmente favorable para algunas ceremonias determinadas, según las características del planeta en sí y según el lugar en que se encuentre: para conseguir efectos amorosos, para recolectar cierto tipo de planta, para hacer invocaciones. Es por ello por lo que muchos conjuros y fórmulas mágicas especifican tácitamente: deberá hacerse a las tantas de la madrugada, de la noche equis, mientras la Luna se halle en cuarto menguante... La explicación de todos estos detalles no se halla en un simple capricho: es, sencillamente, la simplificación de una se-



En el acto mágico, el mago debe ir protegido contra todo peligro, y con este fin fue usada esta estola de protección, compuesta por diversos números, circulos mágicos, sellos, caracteres y bendiciones cristianas. Cada uno de estos elementos podia ser útil en una ocasión especial. Por ejemplo, uno de ellos servia para soltar cualquier cadena que le sea puesta a su usuario, otro protegía contra la peste, etc. Esta estola recibió el complicado nombre de «Vinculum sen Clavis Salomonis Auss gericht nach der läng Unseres Herrer Jesu Christi des wahren Messias».

Siguiendo con sus correlaciones, Fludd divide el rostro humano también en tres zonas o «mundos»: el mundo divino, la frente, sede del pensamiento y según él del alma humana; el mundo físico, la nariz y los ojos, formando triángulo con la frente y la boca; y el mundo material, formado por un triángulo inverso con mandibula y barbilla. Como puede verse, al igual que en lo relativo al cuerpo humano, las correlaciones están de acuerdo con las funciones fisiológicas de los órganos.



rie de estudios efectuados por el mago autor de la receta que, tras consultar los astros, ha visto que *precisamente* en aquella noche, a aquella hora y bajo aquellas condiciones, es cuando los astros darán una influencia más favorable al acto que se pretenda realizar.

Finalmente, en lo que respecta a la posición de los astros en el cielo, hay que señalar el hecho de que cada uno de ellos tiene su *casa* particular dentro de los signos del zodíaco: así, Saturno tiene su domicilio en Capricornio y Acuario, el Sol en Leo, la Luna en Cáncer... Cuando el planeta se encuentra *dentro* de su signo particular es cuando su acción, benéfica o maléfica, es más intensa, por lo que es de gran importancia tener en cuenta esto cuando el mago se proponga realizar algún acto excepcional o deba trabajar en circunstancias excepcionales.

Las correlaciones planetarias

La influencia de los planetas se refleja en el hombre y en todas sus actividades. Se refleja también en los no nacidos, influyendo en su sexo y sus posteriores condiciones físicas y fisiológicas.

Pero se refleja también, más allá del ser humano, en toda la naturaleza. Todas las cosas que existen en nuestro mundo tienen su correlación en el cielo: los animales, las plantas, incluso las piedras. Ya que, para la Magia, todas las creaciones naturales son el producto de la acción del plano astral sobre la naturaleza: así, cada ser terrestre depende de una influencia astral determinada, y se dice que este ser está *signado* por el cuerpo sidéreo que más domina en aquella entidad. Los hombres, al igual que todas las formas de la creación, están sometidos a las *signaturas* del mundo invisible. Esta es la base primordial sobre la que se asentará después, toda la astrología en su desarrollo, y a la que volveremos cuando hablemos explícita y más detenidamente sobre esta materia.

Pero volvamos a la Magia pura: el mago deberá tener en cuenta todas estas consideraciones a la hora de realizar cualquier acto e incluso cualquier preparación mágica. Nada escapa de la influencia

Los astros influyen de una forma directa y automática, según sus posiciones con respecto a la Tierra y a los demás astros, en todo lo que ocurre sobre nuestro planeta: el crecimiento de las plantas, la prosperidad del ganado, todo está intimamente ligado a ellos. Es por esto que la astrologia es una de las ciencias más antiguas de la humanidad.



de los astros. Los metales, por ejemplo, que son usados por el mago como conductores del fluido astral, tienen sus correspondencias bien precisas con los planetas, que han de tenerse muy en cuenta a la hora de efectuar la elección. Las piedras, que sirven para adornar los objetos mágicos, se hallan en el mismo caso. Igual cabría decir de las plantas y las hierbas, que son uno de los elementos primordiales del mago en muchas de sus ceremonias, y que son afectadas directamente por los astros no solamente según su clase, sino también según la parte de la planta de que se trate.

Y los planetas influyen también directamente sobre partes bien precisas y determinadas del propio organismo humano: Venus actúa sobre la garganta, los órganos de la sensualidad... Marte sobre la cabeza, los músculos, la bilis... El futuro mago debe tener todo esto muy en cuenta, ya que constituye la base de todas sus operaciones. Deberá tenerlo en cuenta a la hora de elegir los metales y las piedras que entrarán a formar parte de su instrumental, de consagrar este mismo instrumental, de fabricar los diversos talismanes para su uso, de ir a recolectar las plantas necesarias para sus actos mágicos... Un paso en falso en cualquiera de estos detalles y toda la preparación, todas las precauciones, habrán sido inútiles: el acto mágico, pese a todos los esfuerzos, fracasará.

Página siguiente:

Para su progresión hacia las cimas superiores de la perfección, el mago debe usar de una serie de factores complementarios que le auxilien en su cometido. La noche, las luces, el silencio, la meditación... son elementos indispensables de los rituales iniciaticos.



Planetas	Números	Punto cardinal	Días	Colores	Metales	Piedras	Perfumes	Plantas	Parte de la planta	Animales	Sabor
☉ Sol	1 y 4 [1]	E. y S.	Domingo	Amarillo Dorado	Oro	Crisolita Carbunclo	Sándalo	Girasol Heliotropo Naranjo Trigo		León Cisne Salmón	Fuerte y agridulce
☽ Luna	2 y 7 [1]	O.	Lunes	Blanco Plateado	Plata	Perla Coral blanco Cristal de roca	Aloe	Nenúfar Lirio blanco Palmera	Hojas	Gato Búho Cangrejo	Insípido
☿ Mercurio	5	N.	Miércoles	Policromo [2]	Mercurio	Ágata	Incienso Enebro	Fusilago Mercurial Pentafolia	Semilla Corteza	Mono Loro Pez-volador	Ácido
♀ Venus	6	E.	Viernes	Verde	Cobre	Esmeralda Topacio Lapislázuli	Almizcle	Verbena Valeriana Rosal Peral	Flores	Toro Tórtola Morsa	Dulce y meloso
♂ Marte	9	S.	Martes	Rojo	Hierro	Diamante [3] Jaspe Rubí	Pimienta	Euforbio Ajo Ortiga Cebolla Mostaza	Tallo Madera	Lobo Gallo Lucio	Amargo y picante
♃ Júpiter	3	O.	Jueves	Azul Violeta	Estaño	Zafiro Amatista	Azafrán	Menta Beleño Nogal Olivo	Fruto	Ciervo Pavo real Delfín	Dulce y agradable
♄ Saturno	8	NE.	Sábado	Negro Gris plomo	Plomo	Magnetita Carbón Obsidiana	Azufre Mirra	Eléboro Ciprés Higuera negra Pino	Raíz	Topo Abubilla Jibia	Agrio

(1) Modernamente se atribuye el n.º 4 a Urano y el n.º 7 a Neptuno.
(2) Para escribir su nombre en los grimorios se usaba un color distinto en cada letra.
(3) Atribuimos el Diamante a Marte por indicarlo así todos los autores tradicionales aun cuando en nuestra opinión creemos con Lancelin que tiene mayor analogía con Lun
(4) La Luna rige los senos como alimentación del hijo; Venus los rige como órganos sensuales.

Edad	Órganos	Funciones vitales	Enfermedades	Profesiones	Países	Lugares consagrados	Favorece
Juventud	Cerebro Corazón Ojos Parte derecha del cuerpo	La vista Calor vital	Las de los órganos que rige	Todas las más elevadas: Alta aristocracia Reyes Jefes de Estado Jefes Empresa Generales	Francia Italia Mesopotamia Rumania Sicilia	Palacios, teatros y todos los sitios amplios, magníficos y claros	Concede la amistad y el favor de los grandes y poderosos
Primera infancia	Estómago Cerebelo Senos [4] Parte izquierda del cuerpo	Sistema linfático sudoríparo y menstrual	Hidropesía Psicosis cíclicas Sonambulismo Degeneraciones sangre Estados catarrales Atonías	Todos los oficios relacionados con el público y la alimentación	Holanda N. Zelanda Paraguay Escocia	Fuentes, manantiales, campos, montañas y lugares desiertos	Facilita los viajes y aleja la desgracia
Infancia	Lengua Manos Pulmones Nervios	Sistema nervioso El habla	Enfermedades del sistema nervioso por hiperexcitación Neurastenias Trastornos psíquicos Amnesia Cleptomanía Tartamudez	Todos los oficios y profesiones que exigen actividad intelectual y relacionadas con el papel impreso: Intermediarios Abogados Políticos	Suiza Turquía EE. UU. Brasil Bélgica	Tiendas, ferias, mercados, escuelas y tribunales	Concede el triunfo en los negocios y la suerte en el juego
Adolescencia	Genitales femeninos Cuello Nalgas Senos [5] Riñones Cabello	Olfato Generación	Enfermedades de los órganos que rige, en especial venéreas Diabetes Histerismo	Todas las relacionadas con el arte, lujo, placer (incluida prostitución), modas	Chipre Irlanda Persia Egipto China Austria Argentina	Prados, jardines, salones y sitios destinados a la voluptuosidad	Concede el amor, la paz y la felicidad
Plena juventud	Cráneo Nariz Músculos Bilis Genitales masculinos Oído izquierdo	La bilis y sistema muscular	Heridas Quemaduras Procesos inflamatorios Fiebres Operaciones	Todos los oficios en que intervienen el fuego y el acero y las armas: Cirujanos Carniceros Mecánicos etc.	Dinamarca Alemania Inglaterra Siria Argelia Cataluña Marruecos	Cuarteles, carnicerías, hornos y todos los lugares dedicados al hierro, al fuego y a la sangre	Concede la victoria
Edad madura	Hígado Oído derecho Sangre Semen Páncreas	Circulación sanguínea	Hiperfunciones Hipertrofias Trastornos metabólicos por alimentación excesiva y sus escorias	Jueces, altos funcionarios y dignatarios alta finanza, gerentes y directores de empresa	España Hungría Australia Portugal	Iglesias, palacios y monumentos, altares	Concede dignidades, honores y consideración
Vejez	Huesos Dientes Rodillas	Sistema óseo	Asma Dolencias crónicas Lumbago Ciática	Filósofos Ocultistas Científicos Oficios relacionados con la tierra y minas Carceleros Deshollinadores Alcantarilleros	Grecia India Macedonia Méjico Abisinia Suecia Prusia	Prisiones Cavernas, ruinas, cloacas, cementerios, todos los lugares tristes, oscuros, malolientes e infectos	Permite hallar los tesoros y revela los secretos

El mago debe tener dominio total y absoluto sobre todos los elementos que rodean el mundo mágico: los materiales, los espirituales, los astrales también...



La videncia

«Éste es el ritual que debe seguirse para conseguir la videncia:

Revestir la ropa blanca y el manto.
Colocar los pantáculos.
Encender las velas.
Quemar el perfume de videncia.
Situar el espejo sobre la mesilla circular, en el interior del círculo.
Situar una silla en el interior del círculo.
Poner en el suelo, dentro del círculo, el bastón y la espada.
Hacer una invocación ante el altar.
Entrar en el círculo y cerrarlo.
Sentarse en la silla y mirar el espejo, sin demasiada fijeza. Las primeras sesiones serán probablemente negativas, pero poco a poco la videncia se acentuará y el mago podrá dirigir la videncia a su albedrio, hacia el presente, hacia un lugar cualquiera, o hacia el pasado y el futuro. Al principio no es conveniente prolongar las sesiones más allá de diez minutos aproximadamente.
Para terminar la sesión, es preciso hacer con la espada un gesto que corte el aire entre el espejo y el operador.
Abrir el círculo borrando la puerta.
Hacer un conjuro ante el altar.
Quitar los pantáculos y la ropa.

Este ritual supone, por supuesto, que las operaciones previas de purificación habrán sido ya observadas.»

J. B.: «Manuel de Magie Pratique»

Todo gira alrededor del acto mágico

Así, teniendo en cuenta todo esto, y tras largos años de preparación, estudio y práctica, el neófito en la Magia podrá considerarse ya un iniciado. Entonces, al fin, podrá entrar a formar parte de la legión de los magos. Sus primeras experiencias, naturalmente, serán tímidas. Sufrirá muchos fracasos. La realización del acto mágico, su éxito, no es fácil. Pero el verdadero mago perseverará, no se desanimará, y continuará ensayando hasta lograr conseguir lo que persigue.

El acto mágico: todo gira a su alrededor. Cuatro, hemos dicho, son sus fines primordiales: la videncia, la proyección del cuerpo astral, la evocación de las fuerzas astrales y la acción sobre un tercero. Dentro de estas cuatro finalidades básicas, sin embargo, existen multitud de variantes. Y cada acto mágico tiene su ritual concreto, en cuyo secreto, el secreto de estos rituales, está el secreto de toda la Magia. Por eso se mantienen ocultos.

No obstante, hay una serie de factores, una serie de condicionamientos básicos, que son el eje de todo el acto mágico, y que, éstos sí, son conocidos. Son una serie de elementos invariables, la piedra angular del acto mágico: los lugares mágicos, los instrumentos mágicos, las preparaciones mágicas. Son factores dignos, también, de ser conocidos.

De todos ellos vamos a ocuparnos a continuación.

9 El acto mágico



Llegamos, a partir de ahora, al acto mágico propiamente dicho. El mago, una vez realizada su iniciación, una vez «preparado», inicia su etapa de experimentación.

¿Cómo?

Naturalmente, la sola cualidad de mago no basta. Para realizar sus actos mágicos, el mago debe rodearse también de una serie de condicionamientos: algunos necesarios, otros imprescindibles. El acto mágico, como hemos dicho ya en el capítulo anterior, es siempre el resultado de la conjunción de diversos factores. El operador, el mago, es por supuesto el más importante de todos ellos. Pero no es el único.

En torno al mago deben desenvolverse una serie de factores complementarios. Uno de ellos, que hemos visto también en el capítulo anterior, es el *momento:* el acto mágico necesita de unas condiciones de tiempo precisas y adecuadas para poder realizarse. Generalmente, las horas más propicias son las cercanas a la medianoche. La medianoche ha sido siempre la hora de la brujería y de la magia, ya que, por tradición, ha sido siempre la hora reservada a todas las cosas ocultas y que deben realizarse dentro de una más estricta individualidad.

El lugar

Pero ¿dónde? Tras el condicionamiento de tiempo nos encontramos, inmediatamente, con el con-



El acto mágico puede celebrarse en un lugar cerrado, pero también al aire libre. Un claro en el bosque es el lugar más adecuado: allá, el mago dispondrá sus instrumentos e iniciará el ritual...

dicionamiento de lugar. Es evidente que cualquier lugar no sirve para la realización del acto mágico. La elección del sitio apropiado es, pues, uno de los primeros cuidados que debe tener el mago. Naturalmente, hay que distinguir a este respecto el lugar permanente y el lugar transitorio. En determinadas ocasiones, el mago puede necesitar el realizar sus experiencias mágicas fuera de su lugar habitual de trabajo, por lo que se verá obligado a improvisar entonces, de la mejor manera posible, su laboratorio mágico. Pero, en líneas generales, todo mago deberá tener siempre su laboratorio permanente, un lugar donde pueda realizar en cualquier momento sus experiencias mágicas.

¿Cómo será este lugar? De ello vamos a ocuparnos ahora. En primer lugar, el laboratorio del mago —el *ocultum*, como es llamado comúnmente— deberá ser una habitación de unas dimensiones apropiadas, que esté aislada de la luz solar directa («la pieza debe recibir únicamente una luz atenuada y tamizada»), que posea contraventanas u otro medio por el que aislarla completamente del exterior, y que deberá ser habilitada por el propio mago para su misión: pintándola o empapelándola toda de nuevo (en colores claros o en papeles lisos, sin dibujos ni figuras), o mejor aún recubriéndola toda ella con un lienzo blanco, montado éste sobre bastidores de madera de modo que permitan retirarlo para su lavado o cambio... ya que una de las caracerísticas principales que debe poseer el *occultum* es el que debe estar permanentemente impoluto.

Dentro de esta habitación, que constituye lo que algunos autores llaman también el «oratorio mágico», se hallará todo lo que necesite el mago para su labor. Uno de los primeros cuidados de éste será el de *orientar* convenientemente el interior del *ocultum*. Para ello, dispondrá en el techo de la habitación una estrella dorada de cuatro puntas, que señale a los cuatro puntos cardinales, previamente delimitados con una brújula. El altar deberá estar situado siempre, dentro del *ocultum*, en la parte oriental de la pieza.



Durante la celebración del acto mágico, la única luz que debe alumbrar el ocultum **es la de las velas: un candelabro sobre el altar proporcionará al mago la suficiente luz como para realizar todas sus experiencias.**



Las experiencias mágicas entrañan a menudo un gran riesgo: las fuerzas astrales, los «elementales», los espíritus, no siempre pueden ser dominados, y existe, entonces, el peligro de una posesión, en el sentido real de la palabra. («Margarite de la Nuit», de Pierre Mac Orlan y Claude Autant-Lara).

Sin embargo, advertiremos inmediatamente, no todo el mundo puede disponer de una habitación entera lo suficientemente grande como para instalar en ella su laboratorio... principalmente en nuestros días, en los que las viviendas no se caracterizan precisamente por su espaciosidad. Es por ello por lo que se habla también en muchas ocasiones del *ocultum de acomodación*, es decir, de un lugar adaptado especialmente, en otra habitación distinta, para que sirva a los fines del mago. Este lugar puede ser un rincón cualquiera en una habitación recogida o aislada... nunca un comedor o una habitación de servicio o paso. Porque el *ocultum*, para el mago, es un lugar sagrado, y uno de sus principales cuidados será el garantizar su perfecto aislamiento. Nunca deberá entrar en él nadie extraño a la magia, ya que su presencia profanaría el lugar, y el mago no hará jamás ostentación de su «oratorio» ante nadie, ni lo mencionará siquiera. Porque una de las características generales de la Magia es el secreto y la individualidad. En buena ley, el mago no debe revelar nunca a nadie su condición de mago, a menos que este alguien pertenezca también a los rangos de la Magia. El mago no buscará nunca proselitismo: todos los que acudan a la Magia, afirman los ocultistas, deberán hacerlo por sí mismos, convencidos... «como el fruto maduro que cae del árbol», según la expresión de Papús.

Los muebles

Los muebles que constituirán el interior del *ocultum* del mago son siete. En primer lugar, y como el más importante de todos ellos, se halla el altar: una mesa de un tamaño aproximado de unos 50 por 70 centímetros, de una altura normal (75 centímetros), pintada en madera blanca, y que irá recubierta por las telas apropiadas a cada ceremonia.

A ambos lados del altar, tras él









Los objetos mágicos: el cráneo, símbolo de la Tierra.

Los objetos mágicos: la vela, símbolo del Fuego.

Los objetos mágicos: la copa, símbolo del Agua.

Página de enfrente:

Los objetos mágicos: el incensario, símbolo del Aire.

y pegados a la pared, se situarán dos armarios, que servirán para albergar en su interior todos los utensilios que utilice el mago durante sus experiencias, así como los demás productos (inciensos, ceras, etc.) que necesite para ellas.

A los dos lados también, y paralelamente al altar, se dispondrán otros dos muebles. A la izquierda, el guardarropa: un armario dividido a lo largo en dos partes iguales, en cuyos departamentos el mago guardará su ropa «laica» y «de trabajo». A la derecha, se emplazará una mesa auxiliar con su correspondiente silla, que servirá para todas las operaciones auxiliares.

Tras el altar, y dentro del círculo mágico (del que hablaremos más extensamente a continuación) se situarán: otra pequeña mesa, circular, y un atril, que servirá para disponer el sacramental del mago.

Todos estos muebles serán pintados en color blanco, a excepción de la mesilla circular y el atril, que lo serán uniformemente en negro.

Esta disposición, naturalmente, se utilizará cuando el mago disponga de una habitación especial donde instalar permanentemente el *ocultum*. En el caso en que esto no sea posible, es decir, cuando deba habilitarse en el interior de alguna otra habitación (o, según algunos autores, en el caso de las operaciones preliminares y en los principiantes), el mago puede unir todos estos muebles en uno solo. Así, todo puede englobarse simplemente en un armario de doble puerta, en cuyo interior se habilitarán todos los demás elementos, desde el altar (formado, a unos 75 centímetros de altura, por una plancha de dimensiones adecuadas que se pueda extender y retirar a voluntad) hasta los equivalentes a todos los demás muebles, distribuidos convenientemente en estantes.

E, igualmente, existe lo que podríamos llamar el *ocultum portátil*, que se utiliza como una maleta, y que sirve para realizar desplazamientos y para las operaciones al


El. Elohim
Zebaoth Elion
Saday Iod

El círculo mágico de protección puede tomar diversas formas, según el tipo de experiencia mágica que desee hacer el operador. El grabado nos ilustra una de estas formas.

El mago inglés John Dee, astrólogo de la reina Isabel, que según la leyenda evocó a gran número de muertos ilustres, a través de un ritual completamente tradicionalista y empleando todos los medios de protección requeridos al mago para protegerse de las fuerzas astrales. (Grabado tomado de la «Historia Pintoresca de los Brujos», París 1846).

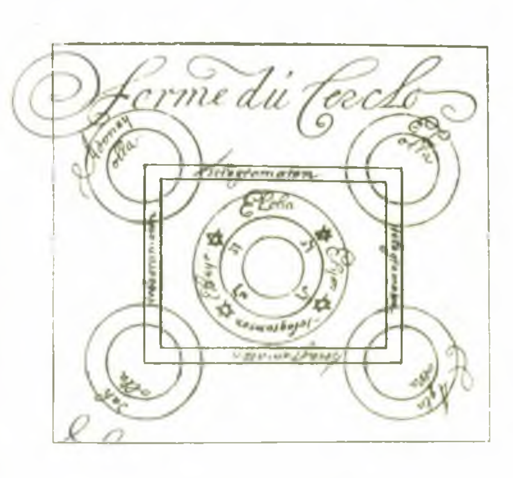


aire libre... para las cuales, diremos de paso, son convenientes preferentemente los bosques. Este *ocultum portátil,* mucho más reducido que el descrito más arriba, consistirá únicamente en un altar plegable (que puede ser la propia maleta) y en los objetos e instrumentos necesarios... de los que vamos a hablar a continuación.

Los objetos

Sobre el altar se colocarán, además de los pantáculos (de los que hablaremos dentro de un momento) los siguientes otros objetos: las velas, el incensario, la copa de agua o bola de cristal, y el cráneo.

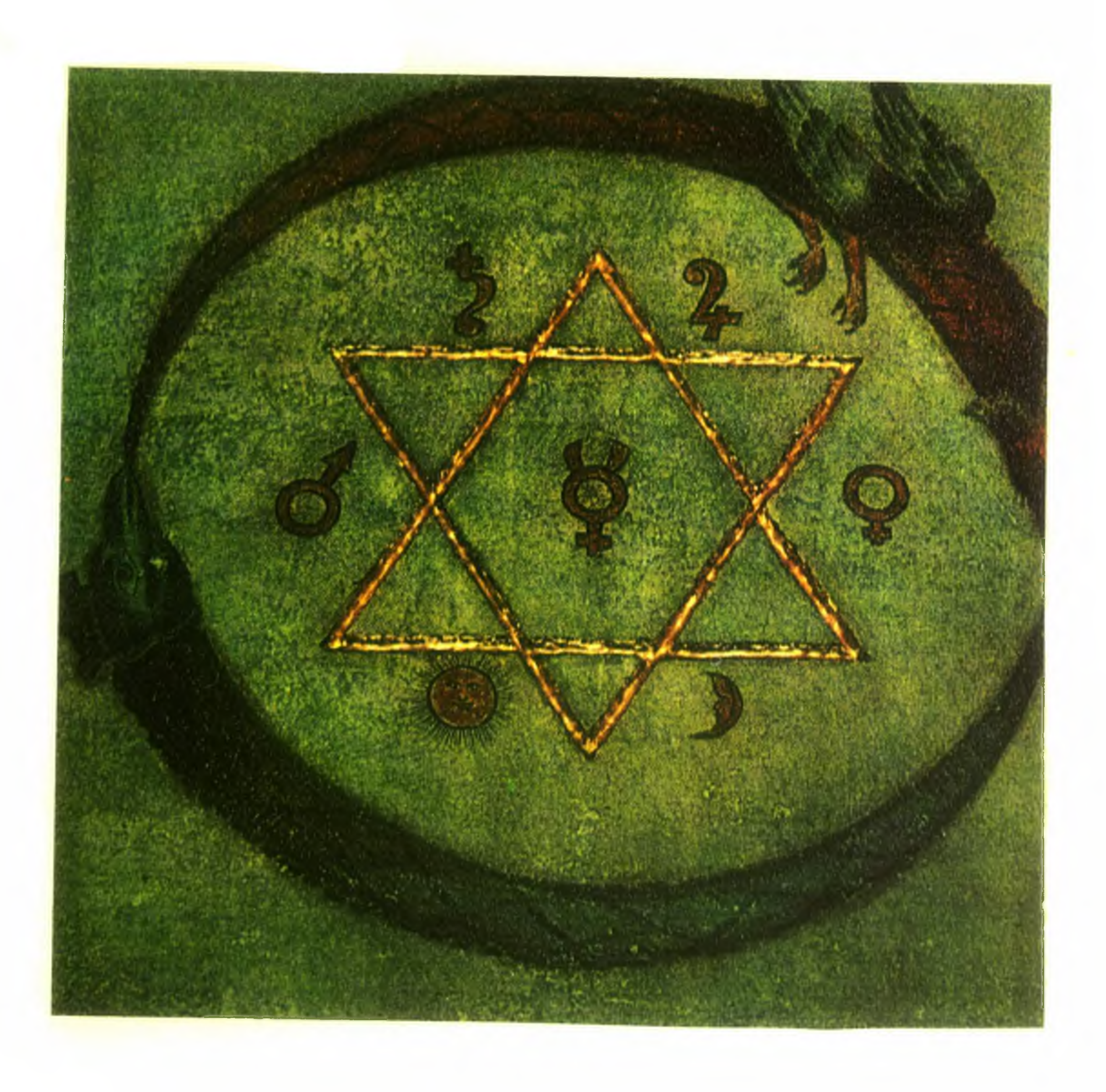
Cada uno de estos objetos tiene su finalidad y su simbología bien delimitadas dentro del acto mágico, y en su conjunto representan a los cuatro elementos constitutivos de la materia: el Fuego, el Aire, el Agua y la Tierra. Estos cuatro elementos se dispondrán sobre el altar formando un cuadrado, con su respectivo centro: en la parte posterior, a los dos extremos del cuadrado, se dispondrán las velas, que durante las ceremonias mágicas serán la única iluminación de la estancia (la iluminación eléctrica debe ser rechazada de plano por el mago, evitando incluso a ser posible la presencia de cables eléctricos dentro de la habitación). En el centro del cuadrado se dispondrá el incensario, junto al cual, en su parte delantera, se colocará la naveta conteniendo las hierbas aromáticas que se deban quemar. En los extremos delanteros se colocará: a la izquierda, la copa de



agua o la bola de cristal, y a la derecha el cráneo.

Todos estos elementos deben poseer unas características especiales, que el mago deberá tener muy presente. Así, el cráneo debe ser completo, con maxilar inferior incluido... aunque, por supuesto, sería mucho pedir el que tenga también completa toda la dentadura, máxime teniendo en cuenta que la mayoría de las personas la tienen incompleta incluso antes de su muerte. (Algunos autores señalan que, en ausencia de cráneo, puede usarse también como sustituto un puñado de tierra tomada de un cementerio, de las cercanías de una tumba... aunque, añaden, debe buscarse siempre una tumba *vieja* y no una tumba *fresca).*

La copa de agua debe ser de verdadero cristal, grande, lisa o tallada, pero sin pinturas, decoraciones ni coloraciones. Es preferible a la copa la bola de cristal, que se instalará en su caso sobre una copa llana sin pie, que se llenará de agua. Pero cuidado: el agua mágica que se emplea en estos casos no es agua normal, no de la que se puede conseguir abriendo sencillamente un grifo, ni agua embotellada, ni siquiera agua destilada. El agua mágica ha de ser exclusivamente agua de rocío o, mejor aún, agua lustral.



Creemos innecesario hablar aquí del agua de rocío, ni de la forma en que puede ser obtenida. El mago deberá tomar solamente la precaución de filtrar esta agua, una vez «recolectada» mediante un filtro de papel, antes de utilizarla para sus operaciones.

El agua lustral es aún más perfecta que el agua de rocío para las ceremonias mágicas, y le sirve al mago principalmente para todas las purificaciones. Para conseguirla bastará con sumergir, en el agua de rocío colocada en la copa de cristal, un tizón ardiente. El agua lustral era usada ya desde antiguo para toda clase de purificaciones, hasta tal punto que antiguamente se daba el nombre de *lustraciones* a las ceremonias religiosas que tenían por objeto tanto el purificar a las personas y a las cosas como el pedir el favor y la protección divinas, a través de aspersiones efectuadas con el agua lustral.

En cuanto al incensario, su misión es la de quemar las hierbas aromáticas y las resinas que se utilizan en las ceremonias mágicas: debe ser bastante grande (al menos 12 centímetros de diámetro) y lo suficientemente ventilado como para que no ahogue demasiado la combustión, como suele suceder con la mayoría de incensarios... por lo que, aconsejan previsoramente algunos autores, es conveniente hacer en ellos algunos agujeros suplementarios.

Las velas, finalmente, deben ser de cera virgen de abeja, completamente lisas, al igual que los candelabros que las sostengan, los cuales conviene que sean de aleación de estaño o de cobre... evitándose los candelabros de iglesia, que terminan por un cono.



Maxine Morris, que se llama a sí misma «reina de las treinta mil brujas inglesas», realiza el ritual de apelación a la Luna. Esta bruja alcanzó un cierto renombre hace algunos años, al actuar como consejera técnica del film fantástico «The Eye of the Devil».



Los elementos que use el mago para sus preparaciones deben ser, en lo posible, elaborados por sí mismo. Para esas labores el mago dispondrá de utensilios auxiliares, como este mortero, en el que tienen una gran importancia los relieves simbólicos esculpidos en su parte externa, y que le confieren poderes especiales para determinados usos. (Exposición La Magia, Museo Goya, Castres).

El occultum ha de hallarse situado en un lugar recogido, a ser posible una habitación especial. En otro caso, deberá buscarse un rincón adecuado, en el que se dispondrá el altar para las ceremonias. Un aviso importante: el lugar donde se instale no puede ser el comedor ni ninguna habitación de servicio o paso...



Todos estos objetos, dentro de las características esenciales señaladas aquí, son indispensables para el mago, puesto que no son sólo la representación material de un simbolismo (el de los cuatro elementos Fuego, Aire, Agua y Tierra), sino que son los intermediarios de una acción real, lo que podríamos llamar un *centro de llamada* para las operaciones mágicas, en relación con estos cuatro elementos. Su ausencia —la ausencia de uno cualquiera de ellos —haría totalmente inefectivas las operaciones mágicas que tocaran el elemento afectado.

Los instrumentos

Del mismo modo que los objetos situados en el altar sirven para invocar a los cuatro elementos, Fuego, Aire, Agua y Tierra, el mago necesita también de otros dos instrumentos que le sirvan para gobernar sus relaciones con el plano astral: el bastón y la espada.

El bastón y la espada son lo que podríamos llamar los «instrumentos de mando» del mago, mediante los cuales mantiene bajo su control los efluvios y las fuerzas astrales que se manifiestan en toda ceremonia mágica. El bastón sirve para atraer a las fuerzas astrales, mientras que la espada las repele. Ambos forman el equivalente a los dos polos de un imán.

Vamos a estudiar pues estos dos utensilios con mayor detenimiento, puesto que son los dos principales objetos que deberá usar el mago en todas sus operaciones.

En primer lugar, la vara, bastón o cetro mágico, como quiera llamársele (usaremos el nombre de *bastón*, por considerarlo el más ajustado a la realidad, aunque otros autores le den distintos apelativos). El bastón mágico debe estar formado por una rama de saúco, de almendro o de nogal, completamente recta, a ser posible sin nudos, de un tamaño aproximadamente igual al del antebrazo de una persona adulta y un grosor de unos dos centímetros. Se perforará longitudinalmente, sin romperla ni abrirla (puede realizarse destruyendo la médula por mediación de un hilo de cobre calentado al rojo),



Así como el bastón es el elemento de atracción de las fuerzas astrales, la espada es su antagónico, ya que su punta repele las fuerzas astrales. Por ello, la espada se convierte en un valiosísimo instrumento de defensa para el mago, del que se servirá en los momentos de peligro...

y se colocará en su interior una aguja de hierro magnético o de cobre que ocupe toda su longitud, tras lo cual se limarán y pulirán cuidadosamente los extremos a fin de que no ofrezcan ninguna arista ni parte saliente, lo cual inutilizaría todo su poder.

En cuanto a la espada, debe ser recta, de hoja plana, con la guarda formando una cruz en relación con la hoja y la empuñadura hecha de algún material no metálico, o en todo caso forrada, de modo que resulte mágicamente *aislante*.

Ambos instrumentos, el bastón y la espada, no son, sin embargo, como pretenden algunos, instrumentos maravillosos de un efecto sobrenatural o todopoderoso; son, sencillamente, elementos auxiliares del mago, elementos *polarizantes*. Como indica muy bien Papús a este respecto, ambos actúan tanto sobre el fluido astral como sobre el propio experimentador: el bastón, por ejemplo, no tiene otro objeto que el de *condensar* una gran parte del fluido emanada del propio operador o de las sustancias que éste prepara al respecto, y dirigir la proyección hacia un punto determinado. La espada, por su lado, actúa a través de su punta metálica como repelente de estas mismas fuerzas provinentes del exterior... motivo por el cual antiguamente era sustituida por algunos magos, como por ejemplo Paracelso, por el tridente, cuyos efectos eran considerados como equivalentes.

En algunas ocasiones, bastón y espada pueden unirse en un solo instrumento que sirve para ambos cometidos. Adoptarán entonces la forma de un bastón de estoque, terminado en su parte superior por una bola de hierro magnético, y en su parte inferior por una punta metálica, que actuará en sus dos extremos como los dos polos contrarios de un imán en relación al éter fluidico astral.

Los vestidos

El hábito del mago es también un elemento importante dentro del acto mágico, y que varía según la operación que se quiera realizar.

El mago poseerá tres atuendos distintos para sus ceremonias: uno blanco, otro rojo, y otro negro. El blanco le servirá para todas las operaciones de purificación y de consagración, así como para las ceremonias de videncia, de aban-



El bastón es el elemento de atracción de las fuerzas astrales de que se sirve el mago en sus experiencias. Recitando del sacramental su exorcismo, atraerá a las fuerzas astrales del elemento deseado...

dono del cuerpo astral y de meditación. El rojo, por su parte, sirve para las ceremonias de evocación, mientras que el negro es utilizado solamente en las acciones sobre terceros, así como en las grandes operaciones.

Este vestido será básicamente una túnica lisa, amplia, que llegue hasta los pies, cerrada en el cuello y en las mangas, pero de modo que no impida los movimientos. Sobre estas ropas, en la parte correspondiente al plexo solar, irá bordado un pentagrama, que será realizado en hilo de oro en la ropa blanca, en hilo negro en la roja y en hilo rojo en la negra. La cintura irá sujeta por un cordón del mismo color que el vestido, de un centímetro de diámetro, anudado a la derecha. El mago puede ir si lo desea con la cabeza cubierta por una capucha... aunque esto no es estrictamente necesario. El calzado será unas sandalias que dejen el pie lo más al descubierto posible.

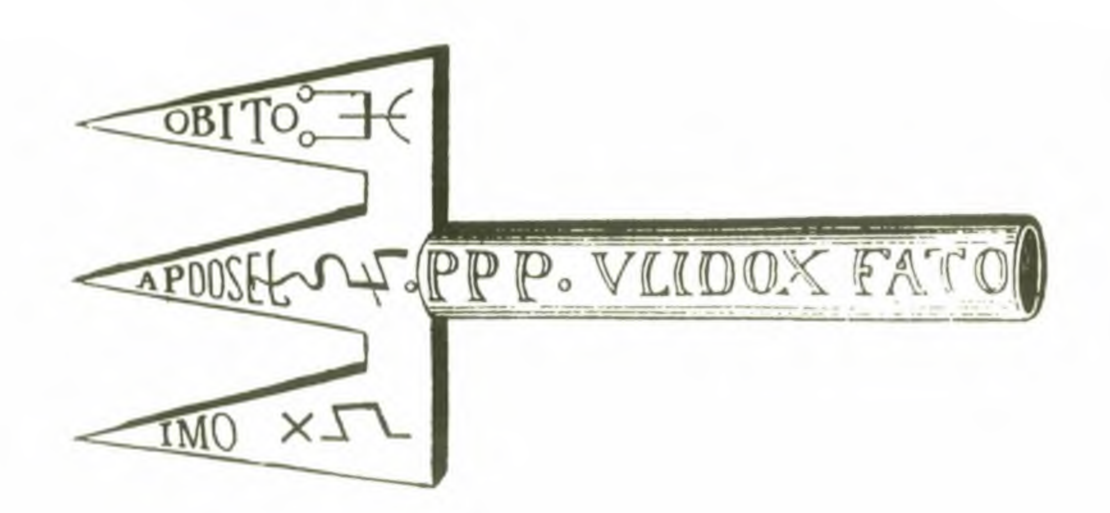
Las protecciones

Hemos dicho ya en varias ocasiones que las experiencias mágicas pueden representar un peligro grave para el operador. Las fuerzas astrales que se manejan en el acto mágico pueden ser controladas... pero también pueden escaparse de control. Los casos de magos que han sufrido graves accidentes en el curso de sus operaciones mágicas son numerosos, y si su relación no es ampliamente conocida es debido precisamente al

Una de las finalidades del acto mágico puede ser, dentro de la acción sobre una tercera persona, la de curar. Esta creencia en el poder que tenian algunos hombres relevantes se ha extendido de tal modo en algunas épocas que se ha llegado a suponer este atributo en personajes célebres como reyes y grandes dignatarios. En la ilustración, el rey Carlos II imponiendo las manos a algunos de sus súbditos para curarlos con su «toque real». Se creia que este poder curativo era una manifestación del derecho divino de los reyes.

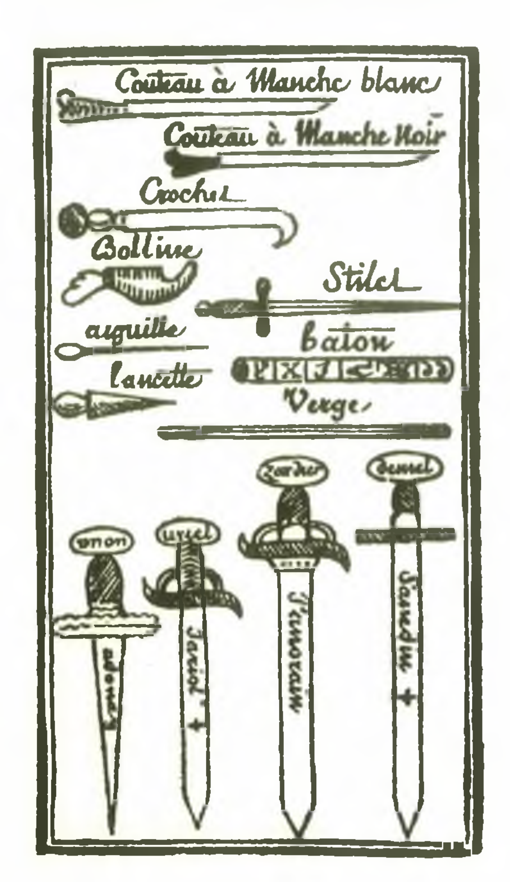


El instrumental mágico, aunque idéntico siempre en su fondo, puede adoptar numerosas formas, según el mago que lo utilice o según de donde haya recibido sus enseñanzas. En la ilustración, una panoplia de instrumentos mágicos considerados por Eliphas Levi como los más adecuados para las operaciones mágicas: la lámpara, el bastón, la espada y la hoz.



La espada era sustituida a menudo en la antigüedad por el tridente, como éste, usado por Paracelso, y que en realidad era un pantáculo que manifestaba el resumen del ternario en la unidad, completando así el cuaternario sagrado. (Según Eliphas Levi, «Dogma y Ritual de Alta Magia»).

El instrumental del mago, según un grabado antiguo. En cada época, en cada lugar, este instrumental se adaptaba a las necesidades del momento. Cada acto mágico, también, poseía su instrumental particular, hasta tal punto que en muchas ocasiones el instrumental completo de un mago podía llegar a convertirse en un verdadero arsenal.



estricto secreto que rodea a todas las operaciones mágicas.

Es preciso, por lo tanto, que el mago, al igual que se auxilia en su labor a través de unos instrumentos con los cuales verá facilitadas sus operaciones, se proteja también de los posibles peligros con otros instrumentos adecuados. La espada, en cierto modo, le sirve para ello, aunque sólo parcial y condicionadamente. Es preciso una protección mayor.

La mayor protección que puede hallar el mago es el *círculo mágico*.

¿Qué es el círculo mágico?

«Se reservará —es lo primero que nos dice Papús al hablarnos del *ocultum*—, en el centro de la habitación, un espacio circular de dos metros de diámetro libre de estorbos, para trazar en él el círculo de las operaciones mágicas». En todas las ilustraciones que nos muestran actos mágicos, por otro lado, hemos podido observar también, en el suelo, un amplio círculo lleno de caracteres cabalísticos (estos caracteres son aconsejables, aunque no sean imprescindibles para el trazado del círculo). ¿A qué se refiere todo ello?

El círculo mágico es el elemento que protege al mago de todo peligro durante sus operaciones. Mientras el mago se mantenga dentro de él (y mientras el círculo haya sido bien trazado) ningún peligro podrá alcanzarle, nada podrá ocurrirle. Es la protección absoluta contra todo mal, la defensa contra toda asechanza.

El círculo mágico debe ser grande: debe tener el suficiente tamaño como para que el mago que lo ha de utilizar pueda tenderse dentro de él sin que la cabeza ni los pies asomen por fuera de sus límites. Para hacer este círculo mágico, deberá emplearse una tiza hecha con una mezcla de carbón pulverizado y de polvo de imán, y deberá trazarse estando el operador dentro y siguiendo el sentido inverso al de las agujas del reloj.

Este círculo no podrá cerrarse, sino que deberá dejarse en él una «puerta» de aproximadamente unos cuarenta centímetros de longitud. El resto, sin embargo, deberá hacerse de un solo trazo, sin solución de continuidad, ya que cualquier ruptura en su trazado provocaría la inutilización de todo el círculo. Caso de que, una vez terminado, se apreciara que el trazado del círculo ha quedado defectuoso en algún punto, no podrá borrarse éste y rectificarse la parte incorrecta, sino que deberá volver a realizarse todo el trabajo.

Cuando, al iniciar las operaciones mágicas, deba «cerrarse» la puerta del círculo, se hará igualmente de un solo trazo, siguiendo la misma dirección que el resto del círculo, y procurando que no queden «aberturas» entre ella y el resto del círculo. La puerta solamente deberá cerrarse cuando ya estén tomadas todas las disposiciones, cuando el mago no deba volver a salir del círculo mágico durante el transcurso del acto, ya que de otro modo todo su poder desaparecería instantáneamente.

Este círculo puede adoptar esencialmente tres formas distintas. Puede ser *permanente*, es decir, estar «incrustado» en el suelo del *ocultum*, formando parte de él, cuando el *ocultum* ocupe perma-



La cadena mágica puede realizarse por el gesto, por la palabra y por el contacto. Este último caso es el más conocido: un círculo de personas, un unirse las manos, con los brazos extendidos... este es el origen de multitud de prácticas, desde el corro infantil que juega con las manos unidas hasta la reunión espiritista que necesita de la formación de la cadena para entrar en contacto con el astral.

Página siguiente:

Una de las disciplinas que debe dominar el mago debe ser el trazado y confección de pantáculos, que le servirán para innumerables fines, tanto invocatorios como de protección. En su composición entran una serie de elementos clásicos como son el pentagrama y el hexagrama, y una serie de símbolos cabalísticos en los que cada elemento tiene su significación precisa, y que en su conjunto dan toda la fuerza a la totalidad.

Los espíritus, las fuerzas astrales son invocadas por el mago: son buenos o malos, y tradicionalmente se les ha llamado ángeles y demonios...

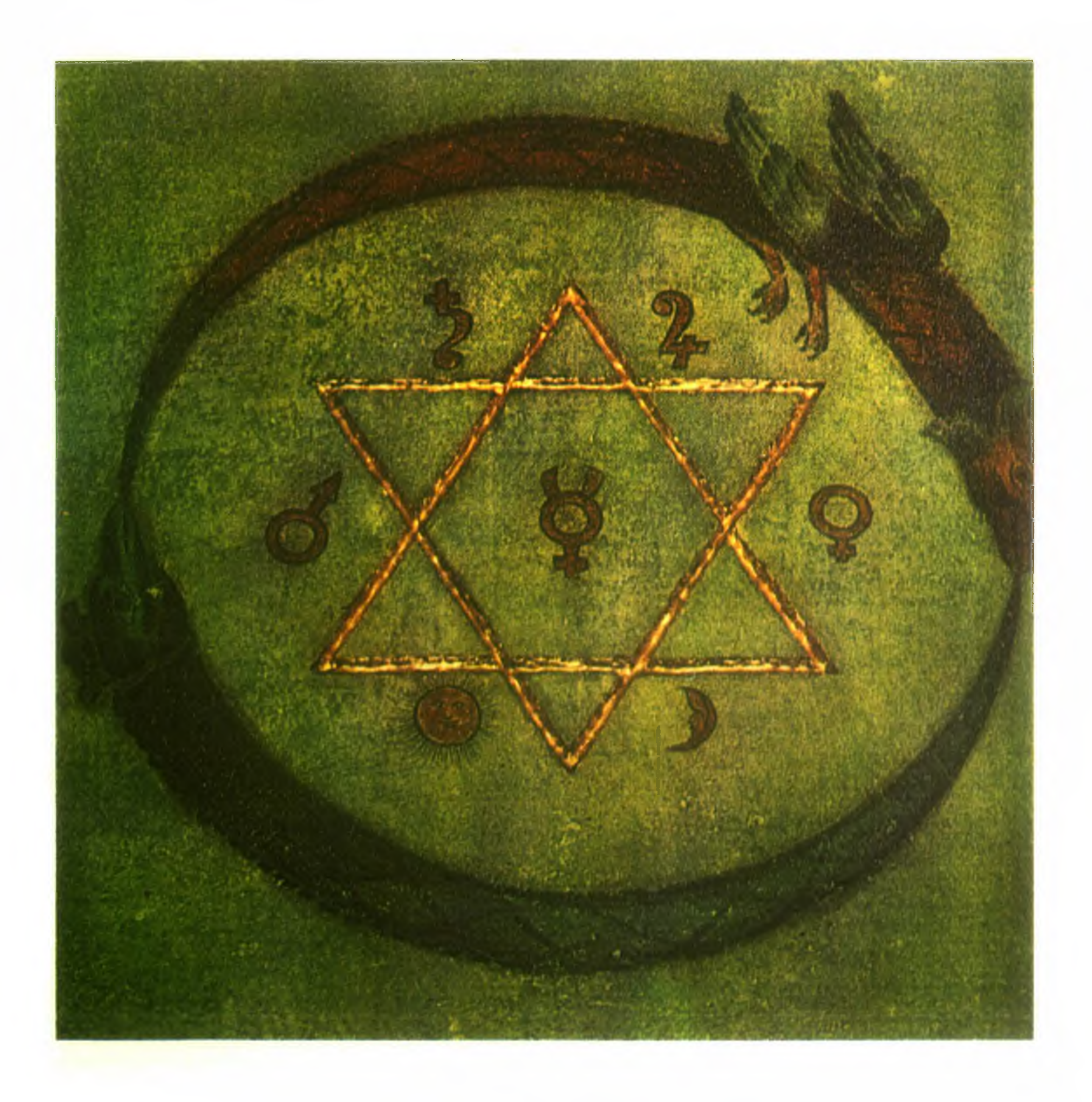


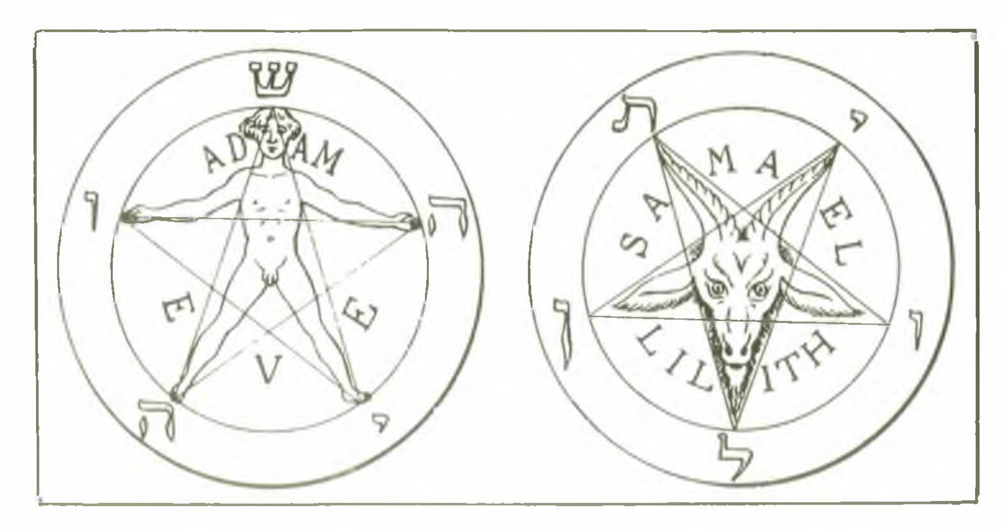
nentemente una habitación. Puede ser *movible*, cuando el *ocultum* se halla formando parte de otra habitación, consistiendo entonces en un círculo mágico trazado sobre alguna materia no discontinua, que se pueda colocar sobre el suelo de la habitación en el momento de iniciar el acto mágico. Y, finalmente, puede ser *unitario*, es decir, utilizable solamente para un acto determinado, trazándose entonces antes de iniciarse éste y borrándose una vez terminado el mismo. Este último círculo, en caso de urgencia o de falta de medios, puede trazarse incluso (cuando el suelo del *ocultum* sea de tierra) con la punta de la espada...

Pero el círculo cubre solamente el suelo de la habitación. ¿Y lo que hay encima de él? Para «cubrir» a todo el mago, se utiliza el *domo mágico*. Se realiza éste mediante el bastón, formando con él una espiral imaginaria que, siguiendo el sentido contrario a las manecillas del reloj, ascienda por el aire hasta terminar en un punto que corresponda, sobre la cabeza del mago, al centro mismo del círculo mágico. Este *domo mágico* puede cerrarse también por debajo del círculo mágico, obteniéndose así como una concha de protección que es denominada *huevo mágico*, y dentro de la cual el mago no tiene nada que temer.

La cadena mágica

«El aislamiento astro-fluídico —nos dice Papús— es la garantía del mago, la infranqueable barrera que le pone a cubierto de cualquier desastre. En magia, es necesario que el operador cree a su alrededor un campo de atracción fluídica tan enérgico como le sea dable, lo propio en el mundo visible como en el invisible, pero empezando por este último. Una vez que quede constituido dicho campo de atracción en los tres planos (espiritual, astral y material), lo está la cadena mágica, contra la que vienen a estrellarse todos los esfuerzos de las entidades animadas por la envidia o por el odio. La plegaria, individual o colectiva, tiene





Los pentagramas pueden ser activos o pasivos. El pentagrama activo (la punta de la estrella hacia arriba) simboliza al hombre ante el macrocosmos, y es el emblema de la Magia Blanca; el pentagrama pasivo (la punta de la estrella hacia abajo) simboliza al macho cabrio, y es el emblema de la Magia Negra.

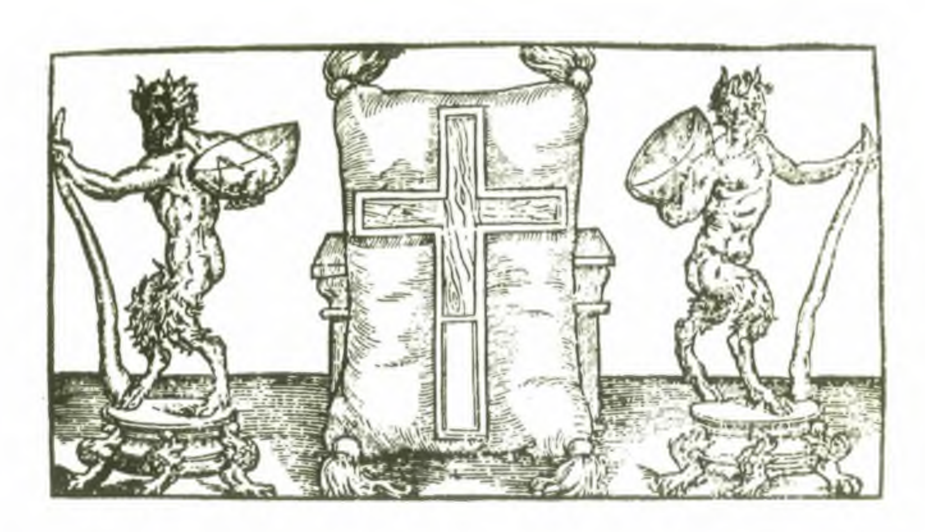
por principal objetivo el de matener siempre en tensión a la cadena mágica o, lo que es lo mismo, a *reimantar* constantemente el centro de acción.»

Esta es, en palabras de Papús, la base de otro de los medios de protección del mago durante sus experiencias: la cadena mágica. Para lograr su efectividad nos dice Papús, hay que empezar por el mundo espiritual. Para ello, cada mago deberá buscar la protección de un maestro, de otro mago anterior cuya doctrina o cuyas obras le inspiren una especial predilección, y que deberá tomar como *su* maestro, su guía espiritual en todos sus caminos mágicos, y al que invocará en su ayuda al inicio de cada nueva ceremonia.

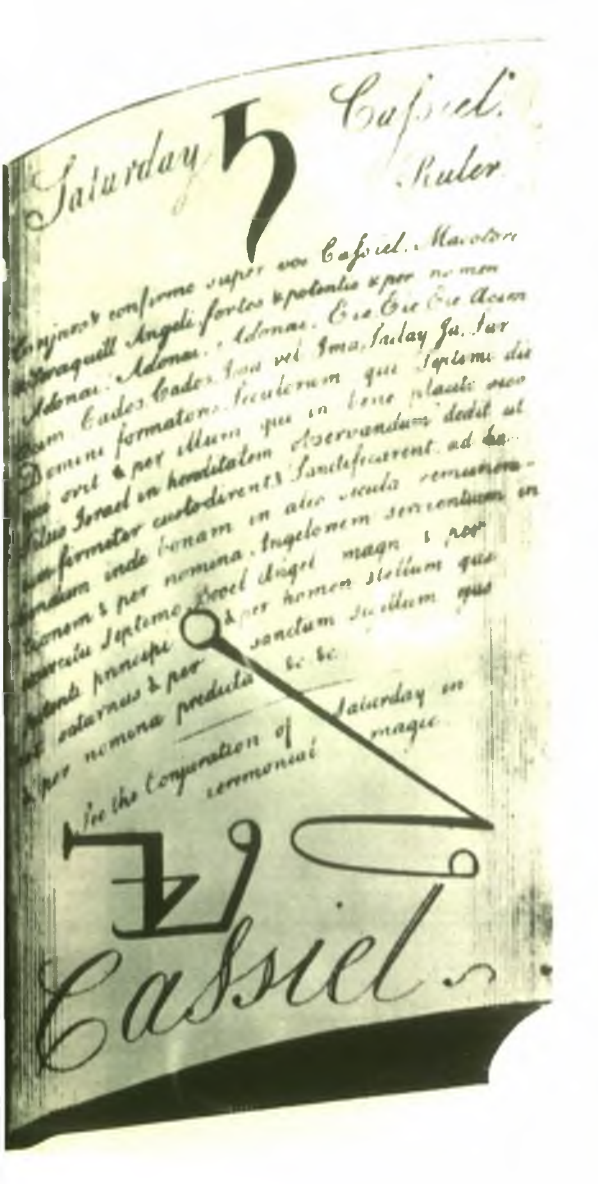
Pero la cadena mágica, nos dice por su parte Eliphas Levi, es mucho más. Es un elemento *activo*. Formar la cadena mágica es dar origen a una corriente de ideas que produzcan la fe y que arrastren a un gran número de voluntades en un círculo determinado de manifestaciones por la acción. Una cadena bien formada es algo así como un torbellino que todo lo absorbe y arrastra.

La cadena mágica, nos dice Levi, puede establecerse de tres maneras: por los signos, por la palabra y por el contacto. Hay numerosos ejemplos de grandes cadenas mágicas en toda la historia de la humanidad. El símbolo de la cruz, por ejemplo, es una forma de cadena que, en la antigüedad, arrastraba a la conversión solamente con su presencia. La palabra, que entre los antiguos estaba representada por unas cadenas de oro surgiendo de la boca de Hermes, puede mover montañas: Napoleón electrizaba a su ejército y hacía invencible a Francia con una sola palabra; Pedro el Ermitaño estremecía Europa al grito de «¡Dios lo quiere!». El contacto, finalmente, es la forma material de la cadena: los niños, guiados por el instinto, forman la cadena mágica al enlazarse por las

El sacramental es el libro donde el Mago anotará todas sus fórmulas, oraciones y exorcismos. El sacramental es pues un libro personal, que deberá confeccionarse el propio mago, y que sólo le servirá a él. (Ejemplar del «Libro de los Espíritus», ilustración aparecida en el volumen «The Magus» de Francis Barret, Londres, 1801).



Accesorios de brujeria empleados por Enrique III de Francia en sus actos mágicos, según grabado tomado del libro «Les sorcelleries de Henry de Valois», publicado en el año 1589.



manos y formar un corro. La cadena mágica se encuentra también, en sus más variadas formas, en el unir las manos de las sesiones espiritistas...

Los pantáculos

Los pantáculos, al igual que el círculo mágico, al igual que la cadena mágica, constituyen otro medio importante de protección para el mago. Papús, al hablar de los pantáculos, pone el siguiente ejemplo: si un apicultor, nos dice, para tocar las abejas, utiliza una máscara y unos guantes para protegerse, ¿por qué no ha de hacer lo mismo el mago para protegerse de las fuerzas astrales?

Los pantáculos son llamados, por la mayoria de los autores, *pentáculos*. Queremos hacer aqui esta distinción, y explicar el porqué nosotros empleamos a conciencia la palabra *pantáculo*, que es la verdadera. La palabra pentáculo es derivada de la palabra griega «penta», que significa cinco; por ello, cabe entender pentáculo como sinónimo de *pentagrama*, es decir, los símbolos pentaculares basados en las estrellas de cinco puntas.

Pantáculo, en cambio, significa algo muy distinto... ya que su raíz es la palabra griega «panta», que significa Todo, e indica cuál es la cualidad principal del pantáculo mágico: la de encerrarlo todo en su interior...

Porque el pantáculo es, según Papús, « el trazado sintético que resume esquemáticamente las principales enseñanzas del esoterismo». Es decir, que dentro del pantáculo puede englobarse todo, todas las ideas, todas las concepciones. Es por ello que el pantáculo, siendo uno de los elementos más conocidos, es también uno de los símbolos más herméticos de toda la magia, ya que el simbolismo de sus elementos no está al alcance de todo el mundo. Y hay que tener en cuenta que todos los pantáculos, dentro de cada uno de sus componentes, por extraños y cabalísticos que parezcan, tienen su significación precisa y clara... y también su efectividad.

El pantáculo más difundido es el clásico pentagrama... y de ahí precisamente la confusión de muchos autores entre pantáculo y pentáculo. El pentagrama es identificado por la magia con la idea del microcosmos, es decir, del hombre, y tiene dos acepciones distintas y diametralmente opuestas: con la punta hacia arriba simboliza a un hombre con los brazos extendidos, y es la imagen de la acción; por el contrario, el pentagrama invertido, es decir, con la punta hacia abajo, es la representación simbólica de la cabeza del macho cabrío, y es una imagen pasiva. Ambos pentagramas se han convertido en dos símbolos esencialmente opuestos, representativos de la magia blanca y de la magia negra... de las alianzas con Dios y de las alianzas con el demonio.

El estudio completo de los pantáculos (de los cuales hay una casi infinita variedad, para todos los usos y con todas las simbologías) constituye casi un verdadero tratado, basado todo él en la simbología cabalística, y que queda por completo fuera de los alcances de



Hay ciertos elementos, ciertos objetos, ciertos lugares, que tienen una potencialidad mágica en sí mismos, bien por su forma o por los caracteres que les han sido conferidos. Este es el caso de esta piedra, en la que se ha esculpido el símbolo mágico de la mujer sirena unida a las aguas de la vida y a la tierra que estas aguas fecundan. (Exposición La Magia, Museo Goya, Castres).

esta obra. Lo que nos interesa aquí de los pantáculos, más que su significado intrínseco, es su actuación, frente al mago y dentro del acto mágico. El mago deberá usar de los pantáculos en multitud de ocasiones y para muchos y muy variados fines. En principio, los pantáculos le sirven al mago tanto para invocar como para protegerse, y en ambos sentidos pueden ser empleados. El gran pantáculo, por ejemplo, el que debe colocarse siempre frente al altar, es el símbolo de la acción del hombre en el macrocosmos, y representa al hombre actuando sobre los elementos, es decir, es el símbolo de su poder. Los pequeños pantáculos, en cambio, y los pantáculos de plomo, son usados para la protección individual, y deben ser llevados siempre encima. Los pantáculos de plomo, principalmente, que se colocan atados por una cinta de cuero en el pecho y espalda del operador, son considerados dentro de las experiencias mágicas tan importantes como el propio círculo mágico, por lo que su uso se hace imprescindible.

El operador

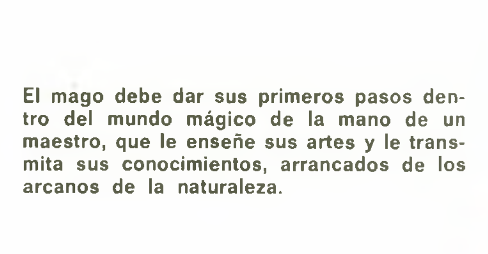
Y, tras haber pasado una rápida revista a todo lo que le rodeará durante el transcurso del acto mágico, llegamos finalmente a su protagonista, al operador... al mago. Hemos visto ya el lugar donde actuará, los instrumentos de que se servirá y su utilidad, los elementos que le protegerán. Veamos ahora cómo utilizará el mago todo ello para sus fines.

En primer lugar, el operador deberá cuidar escrupulosamente de que todo lo que le rodee sea *adecuado* para su función. Y al decir adecuado queremos decir que debe ser mágicamente *válido*. No basta con rodearse de los instrumentos requeridos: es preciso que estos instrumentos *sirvan* para su función. Para ello, cada instrumen-



Los instrumentos que utilice el mago en su acto deben ser purificados y consagrados individualmente, en el momento, lugar y forma establecidos, y siguiendo un ritual específico para cada uno de ellos.





El mago debe dar sus primeros pasos dentro del mundo mágico de la mano de un maestro, que le enseñe sus artes y le transmita sus conocimientos, arrancados de los arcanos de la naturaleza.



El poder de los pantáculos

«La raiz pan (provinente del griego) indica la esencia universal de los pantáculos y su orientación hacia el macrocosmos. La astrologia y el simbolismo macrocósmico tienen un lugar importante en el contenido de un pantáculo. El pantáculo es una especie de transmisor fluídico y su compilación debe tener lugar según las reglas de un arte muy complejo que tiene en cuenta simultáneamente: a), el valor simbólico y mágico de las figuras, letras y palabras inscritas en el mismo; b), el valor simbólico y mágico de su forma y de la forma de los diseños inscritos en él; c), el momento en que el pantáculo es puesto en acción, y d), el estado de preparación de la persona que pone en acción el pantáculo desde el punto de vista de las armonías fluídicas adecuadas.»

Marianne Verneuil, «Dictionaire Pratique des Sciences Occultes».

to, cada objeto, deberá ser cuidadosamente purificado y consagrado antes de su empleo. Y cada instrumento tiene también su lugar, momento y modo especial de obtención, purificación y consagración.

Todos estos requisitos no son parte de un simple ritual sin sentido, sino que tienen una importancia fundamental para el mago. Cada objeto adquirido es, en el momento de su adquisición, mágicamente *impuro*, es decir, contiene emanaciones profanas que le impedirían cumplir con su cometido. Una purificación se hace pues no ya sólo necesaria, sino imprescindible.

Y esta purificación, que deberá realizarse sobre todos los objetos e instrumentos que forman el *ocultum*, deberá empezar por el mago mismo...

Los requisitos del acto mágico

La realización del acto mágico requiere del mago unas condiciones anímicas especiales, que no pueden obtenerse sin una preparación. Las fuerzas a desarrollar durante la experimentación serán grandes, y el mago debe aprovisionar energías y vitalidad para el gran momento.

¿Cómo? Los requisitos son varios. En primer lugar existe la alimentación. El régimen alimenticio general del mago debe extremarse al acercarse el momento del acto mágico. Nueve días antes de la operación, nos dicen los manuales, el mago deberá someterse a un estricto régimen vegetariano, que se reducirá exclusivamente a pan, legumbres cocidas y agua durante los tres últimos días. Durante los cuarenta días anteriores al acto mágico, igualmente, el mago deberá mantener una castidad absoluta. Y cada mañana, durante los días anteriores al acto, el mago deberá tomar un baño de agua consagrada... que, en el último día, y según algunos autores, deberá cambiarse por una ducha, ya que ésta activa y predispone, mientras que el baño más bien ablanda y relaja.

Estos son los principales requi-



Los magos buscarán algunos de sus elementos en lugares apropiados. Así, el cráneo que simboliza el elemento Tierra puede hallarse en cualquier cementerio. Y un puñado de tierra de este mismo cementerio nos serviría, caso de no poder procurarnos ningún cráneo adecuado, para sustituirlo...

sitos previos. Tras ellos, nuestro mago está ya en disposición de iniciar sus experiencias...

El acto mágico

Y llegamos así al momento culminante de la vida del mago: la realización del acto mágico. Nos adentramos en lo más hondo del ritual de la Alta Magia... en aquellos pormenores que permanecen más ocultos por el velo del misterio.

¿Qué ocurre en el acto mágico? ¿Cuáles son las finalidades que persigue el mago, cuáles son los medios a través de los cuales opera, cuáles son sus recursos y cuáles sus consecuencias?

Ya hemos dicho que las finalidades del acto mágico son esencialmente cuatro: la videncia, la salida en cuerpo astral, la evocación de las fuerzas astrales y la acción sobre un tercero. Cada una de estas finalidades tendrá, por supuesto, su ritual particular, y el mago deberá adecuar estrictamente sus acciones mágicas al fin que desee perseguir.

Pero también, si lo desea, el mago puede, simplemente, experimentar. En realidad, es recomendable que el mago incipiente, el recién iniciado, se limite únicamente, en sus primeros contactos con el aún desconocido mundo de la magia, a la experimentación pura, a los *ensayos* podríamos llamarle, dejando para más adelante, para cuando posea una mayor seguridad y dominio sobre sí mismo y lo que lo rodea, los caminos más aventurados de la magia encaminada a fines concretos, ahondando más y más en estos caminos, según él mismo vea sus propios éxitos y progresivas capacidades.

De todos modos, los cuatro fines primordiales del acto mágico —por encima de la experimentación pura y simple, que no tiene mayor cualidad que la de *ensayo* —siguen estando ahí, frente a nosotros. Son caminos curiosos y dignos de ser examinados. Vamos, pues, a adentrarnos en ellos.

La videncia

Para sus experimentos de videncia, el mago necesita de un instrumento imprescindible: el *espejo mágico.*



El «espejo mágico» más conocido es la bola de cristal o la copa de agua, convenientemente iluminada. Sin embargo, este tipo de espejo ha dado lugar a multitud de mixtificaciones...

Los espejos mágicos, nos dicen los manuales, son como ventanas que dan al plano astral. Forman, dentro del instrumental del mago, uno de los útiles más apreciados, hasta tal punto que algunos autores los colocan incluso dentro del instrumental general del mago, cosa que nosotros no hemos hecho por considerarlos, pese a todo, como un instrumento dedicado única y exclusivamente a un fin determinado, y no un instrumento de uso general. El espejo mágico es usado únicamente por el mago para sus experimentos de videncia, siendo su utilidad en los demás casos prácticamente nula.

¿Cómo funciona el espejo mágico con relación al plano astral? Uno de los mejores divulgadores franceses de los fenómenos mágicos nos ofrece, al respecto, una interesantísima analogía. Supongamos, nos dice, que en el tabique que separa a dos habitaciones contiguas hacemos un pequeño agujero. Nosotros, estando situados en una de las dos habitaciones, desearíamos ver lo que ocurre en la habitación contigua, pero mientras permanezcamos en el centro de la estancia lo único que veremos será una pared, con un pequeño agujero en el centro.

Pero ¿y si nos acercamos lo suficientemente a este agujero? Observaremos entonces que nuestra habitación, la pared incluso, desaparecen, y el pequeño orificio se transforma, para nuestro ojo, en un amplio ventanal que nos permite ver todo lo que ocurre en la otra habitación. El milagro se ha cumplido.

Salvando las naturales distancias, podríamos decir que los espejos mágicos actúan del mismo

Mientras esté en su interior, el circulo mágico protegerá tanto al mago como a sus compañeros y discípulos de toda infiuencia externa y peligrosa. Pero el cruce de los limites de este círculo será suficiente para que la protección desaparezca instantáneamente. («The Devil Rides Out», de Terence Fisher).





La recolección del rocío

«El rocío es el agua atmosférica que se condensa durante la noche en forma de pequeñas gotitas de agua. El rocío no es abundante más que durante las noches serenas. Sin embargo, se lo observa en pequeñas cantidades en las noches de viento, si el cielo está claro, o en las noches nubladas, si no hay viento; pero no hay nunca en las noches nubosas y ventosas al mismo tiempo.

La recolección del rocío, pues, se efectuará en las noches que presentan estas características. Para ello llevaremos, en una bolsa, una redoma de un litro aproximadamente de capacidad, un embudo de vidrio, un paquete de algodón hidrófilo y un carrete de hilo grueso.

Cuando hallemos un prado con hierbas lo suficientemente altas, ataremos una buena cantidad de algodón al extremo del hilo (el algodón debe presentar la mayor superficie posible) y nos pasearemos por él arrastrando el algodón tras de nosotros por encima de las hierbas. De tanto en tanto nos detendremos para exprimir el algodón dentro del embudo, por encima de la redoma, hasta que la hayamos llenado.

En el ocultum, nos bastará con filtrar el agua mediante un filtro de papel para tener lista nuestra agua mágica.

Por descontado, nuestros manejos podrían intrigar a los paseantes. Por ello, tendremos sumo cuidado en operar muy de mañana, en algún lugar que no sea muy frecuentado».

Del «Manuel de Magie Pratique», por J. B.

modo. El tipo de «espejo» más conocido es indudablemente la bola de cristal..., si bien su uso y su abuso por parte de falsos magos y adivinos de salón ha hecho que haya sido desacreditada en muchas partes. Los espejos mágicos pueden ser de muchas clases: cristalinos, metálicos, incluso de grafito; deben ser en general ovales, ligeramente cóncavos... aunque se aceptan multitud de variantes. La misión de estos espejos frente al experimentador es, sencillamente, la de actuar como órganos de condensación de la luz astral, la cual es luego controlada por el operador. Esto, por supuesto, requiere una gran concentración por parte del mago, máxime cuando éste desee proyectar su visión a través del pasado o del futuro. No basta con mirar atentamente el espejo para que instantáneamente aparezcan allí las visiones que se deseen evocar: es precisa una intensa preparación y una adecuación extrema para conseguir los efectos deseados. Como dice muy bien Papús, los experimentos mágicos, aún los más ínfimos, exigen una gran tensión de espíritu, una calma absoluta y, sobre todo, una persuasión profunda de las dificultades que presenta la empresa acometida. Solamente a través de un adiestramiento prolongado y progresivo puede una persona habituarse a la videncia a través de los espejos mágicos. Las personas que, sentadas tras su bola de cristal iluminada, ven sin gran dificultad todo lo que su cliente les pide, son en su mayor parte meros charlatanes.



La salida en cuerpo astral

Si la videncia necesita únicamente de una gran concentración, la salida en cuerpo astral necesita, al mismo tiempo, de un gran dominio sobre sí mismo y de una intensa preparación. Y también de un gran valor... puesto que esta experiencia es tan peligrosa como difícil.

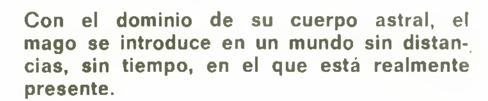
Para realizar este tipo de experiencias, el mago deberá permanecer siempre dentro del círculo mágico de protección. En primer lugar, deberá purificarse en la forma habitual y realizar todos los requisitos rituales previstos para ellas.

Después, podrá intentar la prueba. Una vez dentro del círculo, se tenderá en el suelo, en posición norte-sur, con la cabeza hacia el norte. En esta posición intentará una relajación total y absoluta de todos sus miembros, es decir, intentará una «enervación» tan total como sea posible en su cuerpo.

Tras lo cual intentará, simplemente, *elevarse* por encima de su cuerpo.

Esto es difícil, pero tras una larga preparación y práctica es posible. Las primeras veces, el neófito sentirá una especie de sensación desagradable en el momento en que desee *terminar* la operación: esto es señal de éxito. Y este éxito podrá comprobarse cuando, tras un





Con el dominio de su cuerpo astral, el mago se introduce en un mundo sin distancias, sin tiempo, en el que está realmente presente.

El «espejo mágico» es como una ventana abierta al mundo astral. A través de él, el mago podrá ver todo lo que ocurre en otros lugares, en el pasado y en el futuro...

cierto tiempo de entrenamiento, el operador intente, una vez *fuera* de su cuerpo, controlarse y dirigirse. El método a seguir será como el que se efectúa con relación al cuerpo fisico... y se verá que sirve también con el cuerpo astral. Así, el mago aprenderá a moverse en cuerpo astral por el espacio...

Y más tarde, si sigue con sus experiencias, podrá aprender también a moverse astralmente dentro de otro plano: el temporal. No se tratará aquí de un fenómeno de videncia, sino de una verdadera *exteriorización*. El mago estará *presente* en los lugares que visite, con lo que las nociones de distancia y tiempo habrán desaparecido para él. La práctica continua y progresiva de esta experiencia darán al mago un dominio absoluto sobre su cuerpo astral, convirtiéndole en dueño de un elemento inapreciable: un mundo sin distancias, sin tiempo, pero tan real como el nuestro, y a través del cual podrá ejercer todo su poder.

Pero cuidado: estos ensayos pueden ser también peligrosos. El mago deberá tener buen cuidado en protegerse mediante el círculo y los pantáculos, ya que solamente ellos podrán garantizarle, al final de su excursión, el regreso a su cuerpo. Cualquier fallo, cualquier imprevisión, podría traer desagradables sorpresas: la de no volver a encontrar el cuerpo abandonado o, aún peor, la de encontrar este cuerpo ocupado por otro ser astral, por un espíritu indeseable, dando lugar así a una verdadera *posesión* corporal, tal y como la entiende la Iglesia. ¿Ha ocurrido esto ya alguna vez? Indudablemente sí, aunque, a este respecto, la Magia se muestre hermética...

La evocación de las fuerzas astrales

Pero el mago no debe contentarse únicamente con experimentar en sí mismo. Como dueño de lo que le rodea, debe aprender también a dominarlo, a someterlo a su voluntad. Este es el verdadero fin de la Magia.

Nos referimos, al hablar de todo ello, a las fuerzas astrales, a lo que hemos llamado ya en varias ocasiones los «elementales»... a los espíritus que pueblan el plano astral. Entran aquí pues tanto los espíritus buenos como los malignos, los espíritus a los que tradicionalmente llamaríamos ángeles y demonios.

Dentro de este apartado pues forma parte también la demonología, con toda su secuela de magia negra y pactos con el demonio. De ella nos ocuparemos, muy pronto, de una forma más detenida. Ahora nos interesa únicamente hablar en líneas generales, ya que estamos hablando de la Alta Magia en general.

La evocación de las fuerzas astrales es uno de los actos mágicos que necesita de un mayor dominio personal por parte del mago, ya que no se trata solamente de provocar fuerzas sino de dominarlas y luchar contra ellas. Muchas veces las fuerzas astrales, los «elementales», no querrán doblegarse a



En este grabado («Abomination des Sorcières», de Gaspar Isac, Biblioteca Nacional, París), hallamos reunidos todos los elementos que forman el mundo habitual del mago: los instrumentos, los pantáculos, el círculo mágico, los amuletos, los talismanes...

nuestros deseos: es entonces cuando el mago deberá mostrar toda su preparación y todo su poder... o sucumbir. No hay otra alternativa.

La evocación de las fuerzas astrales es el acto mágico que necesita, también, de una mayor protección. El lugar donde se realice, incluso si se trata de un *ocultum* permanente, deberá ser purificado a cada nueva operación. El círculo mágico, máxima protección contra las fuerzas astrales, deberá ser trazado muy cuidadosamente, ya que cualquier error o imperfección puede ser fatal. Si el círculo está mal trazado, el mago lo notará inmediatamente a través de una extraña y desapacible sensación: no debe entonces dudar ni un segundo; con la espada trazará unos rápidos círculos a su alrededor, hendiendo el aire en torno suyo. Notará inmediatamente unos débiles destellos en la extremidad de la espada... las fuerzas astrales rechazadas. Sabrá, entonces, que ha vencido al peligro.

La espada y el bastón serán, en este acto, los principales elementos de acción del mago. Mediante el bastón, y tras recitar el ritual de invocación, el mago atraerá hacia sí a las fuerzas astrales, que mantendrá fuera del círculo de protección. Este acto entraña un peligro grande, ya que si los elementales logran introducirse en el círculo protector pueden adueñarse parcial o totalmente del mago, *vampirizarlo*, por así decirlo... de cuyos fenómenos hablaremos más extensamente al tratar concretamente del vampirismo.

Luego, una vez llamados los espíritus astrales y mantenidos a distancia lo suficiente, el mago deberá aprender también a enviarlos de nuevo a su lugar de origen, rechazándolos con la espada y con la fórmula de abjuración; sólo entonces renacerá la seguridad en torno suyo.

Hemos hablado hasta ahora, al citar la evocación de las fuerzas astrales, únicamente de su llamada, de su mantenimiento bajo control y de su despido. Esta es la base de la evocación, lo primero que debe aprender a dominar el mago. Más tarde, cuando su dominio y su control sobre las fuerzas astrales sea absoluto, podrá intentar el dar otro paso hacia adelante, dominando a los elementales y obligándoles a servirle según sus deseos...

La acción sobre un tercero

Entramos, en esta última finalidad concreta del acto mágico, en el dominio de los hechizos y maleficios. Se trata, aquí, de uno de los actos más divulgados de la Magia, por ser una de las finalidades mágicas que desde más antiguo se ha usado. Es, también, uno de los fines que se presta a un mayor número de interpretaciones erróneas, ya que al hablar de él se roza siempre este límite del que tanto hemos hablado, que separa a la Magia de la charlatanería.

Es preciso, por lo tanto, hablar con cuidado de él, separando de una forma bien clara todos los elementos que entran en su constitución. Esto es, precisamente, lo que vamos a hacer en nuestro próximo capítulo.



10 Hechizos y maleficios, amuletos y talismanes, filtros y pociones



El maleficio del arco

Ulrich Molitor, en su libro «De Laniis et phitonicis mulieribus» (Constanza, 1489) nos ofrece la versión de este «maleficio del arco» representado en el grabado:

«Una bruja, armada de un arco, ha encontrado a un campesino en el campo y le ha lanzado, al pie, una vara de avellano embrujada. El campesino se ha visto obligado a quitarse el zapato, sintiendo su pie hincharse desmesuradamente. La bruja, calmada, con los ojos tranquilos, espera sin duda, para hacer el sortilegio inverso, de curación, a que el campesino se decida a abrir su escarcela y a aflojar los cordones de su bolsa...»

La magia que dedica su atención a las terceras personas es la más conocida entre todos los tipos de magia existentes. El apelativo de «acción sobre un tercero», por otro lado, es uno de los que más aspectos distintos puede englobar en su contexto. De hecho, señala únicamente todos los actos que el mago realiza *para afuera*, es decir, no de un modo experimental y privado, sino incluyendo en ellos a otras personas, en lo que podríamos llamar en cierto modo «magia aplicada».

La magia que ejerce su acción sobre un tercero es pues, la mayor parte de las veces, una magia que se practica para el público... una magia que puede venderse y comprarse. Es por ello también que es el tipo de magia que más se presta a engaños y a fraudes, con la consecuencia de ser, naturalmente, la magia más desacreditada, hasta tal punto que muchas veces se le niega incluso este nombre.

Y, sin embargo, *puede ser* verdadera Magia, de hecho lo es en multitud de ocasiones. Claro que la distinción no es evidente. Para el profano, no hay una diferencia apreciable entre el verdadero mago que realiza a través de un hechizo la curación de una persona determinada, y el embaucador que receta a su cliente una «fórmula infalible» para conseguir el amor de la mujer deseada. Y, sin embargo, entre ambos tipos de magia (a los que deberíamos llamar en realidad Magia y «magia», para hacer la debida distinción) hay un verdadero abismo. El descubrir este



Talismán mágico de Catalina de Médicis, según aparece en el libro de Henri Estienne «Discours Merveilleux de la vie, actions et deportemens de Catherine de Médicis», editado en el año 1575 y que se halla en la Biblioteca Nacional francesa.







abismo es por supuesto tarea de cada uno... como lo es, en todos los órdenes de la vida, separar lo justo de la injusto, lo deseable de lo aborrecible, lo bueno de lo malo.

Hacer el bien y hacer el mal

Vamos a hablar, pues, de los hechizos y maleficios.

Al igual que decíamos en el capítulo anterior, hablando de la evocación de las fuerzas astrales, que dentro de esta finalidad del acto mágico entraba tanto la evocación de los espíritus bienhechores como de los malhechores, es decir, la magia *blanca* y la magia *negra*, igualmente podríamos decir que en la acción sobre un tercero cabe distinguir la búsqueda de dos fines distintos y antagónicos: hacer un bien y hacer un mal, con el intermedio esta vez de un tercer factor que tanto puede aplicarse a uno como a otro extremo: el conseguir un lucro. Esta cualidad intermedia, que da un giro distinto a ambas finalidades mágicas, ha sido lo que ha motivado el que muchos autores, basándose en ella, hayan hecho una división distinta de la magia, separándola en *blanca, roja* y *negra*.

Nosotros no estamos de acuerdo con esta división tan aleatoria, aunque no por ello podemos dejar de señalarla. El mago puede actuar de dos maneras. Lo más normal (el verdadero mago hace siempre esto, ya que jamás *vende* sus servicios, tan sólo, en casos determinados, los *presta*) es que ofrezca sus servicios generosamente, por pura filantropía. Y entonces curará enfermedades, ayudará a otras personas a encontrar el amor o la felicidad...

Pero también puede vender sus servicios. Esto es lo que hacen algunos magos (a los que llamaremos *hechiceros* para distinguirlos de los anteriores, que son los únicos verdaderos magos) al realizar sus conjuros y hechizos «a sueldo». Las ceremonias mágicas pueden ser las mismas, los instrumentos y la preparación también... sólo que estos hechiceros *cobran* por su actuación.

Y en estos hechiceros se encuentra una de las degradaciones actuales de la magia... la magia que es conocida del gran público. Pero cuidado: al decir esto no queremos afirmar en absoluto que *todos* los brujos, hechiceros y curanderos que practican sus artes con el fin de venderlas a otras personas sean siempre unos aprovechados o unos estafadores. Hay entre ellos gran número de magos honestos, de *verdaderos* magos (verdaderos en el sentido de que conocen y practican todos sus secretos, aunque por el hecho de obtener un lucro por sus servicios pierdan ya en realidad este calificativo), que realizan lealmente sus conjuros y a los que no se puede imputar los fallos como pretendidos engaños, ya que pese a toda la sabiduría del mundo nadie es perfecto, y un mago puede también fallar en su intento de alcanzar sus fines. Por otro lado, intrínsecamente, es tolerable el *vender* las prácticas mágicas o los servicios mágicos a otra persona...

Signos de conjuración

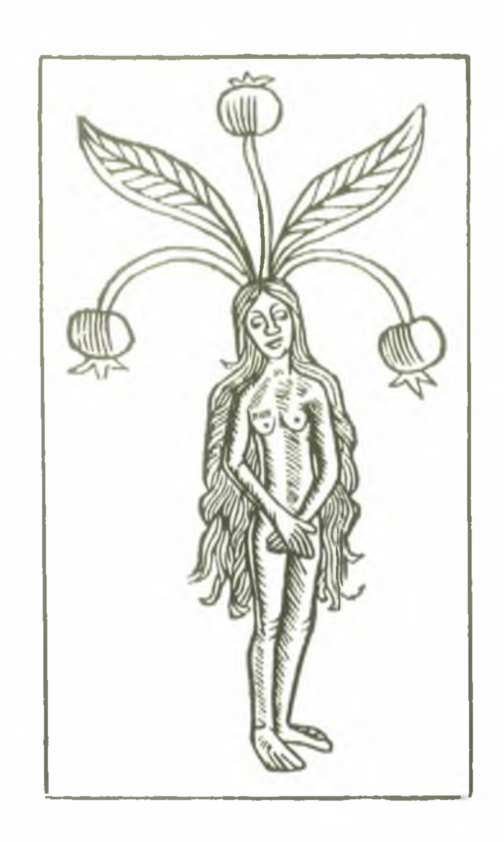
Durante mucho tiempo se ha considerado que algunos de los signos que podían hacerse con las manos, abriéndolas o cerrándolas y usando sus distintos dedos, podían ser poderosos signos de conjuración. Uno de los más famosos de entre ellos es el de «los cuernos del Diablo», que se realiza con la mano cerrada, manteniendo extendidos los dedos índice y meñique: este signo era comúnmente utilizado en la antigüedad para activar los amuletos protectores. El signo de la cruz, que se hace cruzando los dedos índice y corazón, es empleado aún hoy en día para conjurar la mala suerte. El signo de cerrar la mano, manteniendo el dedo pulgar metido entre el índice y el corazón, es uno de los signos más



Talla de coral rosa, realizada por Fabergé, el último joyero de la Corte de los Zares, en el año 1900. Representa uno de los más conocidos signos de conjuración, y su utilidad como amuleto es evidente.

discutidos, ya que si bien se ha identificado como el signo simbólico de arrancar la lengua al blasfemo, también se le considera como un símbolo de penetración sexual. El signo de la bendición, finalmente, que se realiza con la mano cerrada y extendiendo únicamente los dedos índice y corazón, es usado aún hoy en día en las bendiciones de todas las ceremonias religiosas católicas, y ha sido considerado desde siempre como un poderoso medio de combatir la brujería recabando la ayuda de Dios. De gran número de estos signos se han realizado amuletos, algunos de los cuales hemos reproducido en diferentes lugares de este capítulo, puesto que se consideraba que la plasmación fija del signo daba persistencia y continuidad a sus efectos. (En las fotos adjuntas, extraídas de la Exposición La Magia, museo Goya, Castres, una representación de los cuatro signos indicados).





Durante la Edad Media, se hacía distinción de una mandrágora masculina y una femenina, hechas a imagen del hombre (species masculi hujus herbae) y de la mujer (species feminae hujus herbae), y con cualidades correspondientes a su carácter. (Grabados extraídos del libro «Hortus Sanitatis», de Johannes de Cuba).

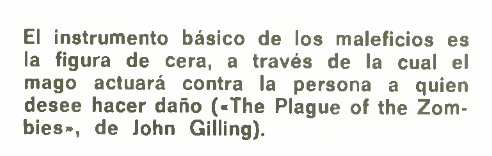
siempre, por supuesto, que no se persiga con ellas un fin criminal.

Pero existe otra clase de magos, brujos y hechiceros, curanderos y echadores de cartas, que *venden* sus servicios sin ser realmente magos y sin tener la menor preparación de tales, usando tan sólo de unas fórmulas y unas pociones, únicamente la cara externa de la magia, la cáscara desprovista de todo contenido, recogidas aquí y allá de multitud de lugares, y algunas incluso inventadas. Como en todas las profesiones, estos advenedizos, que se aprovechan de la credulidad y la ignorancia de mucha gente, son quienes hacen un mayor daño a todo el conjunto de la Magia, puesto que un solo escándalo de este tipo provoca un alboroto mayor que el callado trabajo de cien mil magos honestos... y el público ha tenido siempre propensión a medirlo todo bajo el mismo rasero de lo que hace un mayor ruido, que suele ser siempre lo peor.

Pero ya hablaremos un poco más detenidamente de todo ello al referirnos al estado de la magia en nuestros días, de los magos y curanderos. Ahora nos dedicamos a examinar los fenómenos mágicos como tales fenómenos, lo cual es un aspecto muy distinto de la cuestión.

Del hechizo al maleficio

Hemos hablado de hacer un bien y hacer un mal. El mago puede perseguir cualquiera de los dos fines con sus actos mágicos: beneficiar o perjudicar, curar o hacer daño. En el primer caso el mago realiza un hechizo; en el segundo, un maleficio. Y ésta es una diferenciación que hay que tener muy presente cuando califiquemos los actos mágicos, ya que los maleficios pueden considerarse como incluidos dentro de la magia negra, aunque muchos autores modernos, aduciendo que en ellos no



El instrumento básico de los maleficios es la figura de cera, a través de la cual el mago actuará contra la persona a quien desee hacer daño («The Plague of the Zombies», de John Gilling).

Tres recetas para hacerse amar

1.º «Para conseguir el amor de una joven o mujer hay que hacer como si se le confeccionara su horóscopo. Obligadla a mirar fijamente vuestro rostro, o mejor aún entre vuestros ojos, y cuando os halléis ambos en pareja postura recitad las palabras: Kafé, Kasita non Kafela et publia filii omnibus suis. *Una vez dichas estas palabras, podéis ordenar lo que queráis a la persona en cuestión, que ella os obedecerá en todo lo que querréis.»*

2.º «Para el amor: frotar vuestras manos con jugo de verbena y tocad a aquel o aquella a quien se desee dar el amor.»

3.º «Es necesario decir, tocándole la mano con la vuestra, las palabras siguientes: Bestarberto corrumpit viscera ejus mulieris.*»*

(Del manuscrito n.º 2344 de la Biblioteca del Arsenal, siglo XVIII, titulado: Operation des sept Esprits des Planètes, *capítulo* Segrets de Magie pour se faire amer.*)*

entra en liza casi nunca, directamente, el demonio, los incluyan en esta nueva separación de magia roja.

En ambos casos, sin embargo, tanto en el hechizo como en el maleficio, el mago actúa básicamente de la misma forma: a través de un agente mediador. En los hechizos curativos, por ejemplo, el mago utilizará siempre a un *intermediario* o *receptor*, que es quien recogerá en su seno la enfermedad, para ser arrojado después lejos del paciente. Los romanos utilizaban para este fin un ave, a fin de que ésta se llevara después con su vuelo muy lejos la enfermedad. Actualmente los medios son muy variados. Uno de ellos, por ejemplo, muy empleado por los húngaros, es el de llenar de crin de caballo una cáscara vacía de huevo, la cual se frotará concienzudamente contra la parte enferma del cuerpo del paciente: la cáscara absorberá así la enfermedad, tras lo cual será enterrada lejos y profundamente, y el paciente quedará curado.

Los medios, pues, pueden ser muchos, y en las tribus primitivas actuales hay todo un verdadero folklore de estas magias curativas. Sin embargo, en todas ellas hay un detalle común: el medio empleado para recoger la enfermedad es sólo un receptáculo, un *instrumento;* el verdadero artífice de la magia es siempre el mago. Él es el director de la acción. Como dice muy bien Eliphas Levi: «El



Un amuleto puede ser cualquier cosa, desde un anillo o un pendiente hasta un objeto votivo. No nos cabe ninguna duda de que entre los valiosos objetos que figuran en la colección que Johann Georg Hintz acumuló en 1666 figuran un gran número de objetos que fueron considerados por él como amuletos, y que han pasado a la posteridad no por su valor intrínseco, muchas veces prácticamente nulo, sino por su valor simbólico. (Foto Kunsthalle de Hamburgo).

Página siguiente:

Los objetos de arte tienen muchas veces motivaciones distintas a las artísticas. Así, entre los antiguos vikingos, era muy usual el utilizar, tanto en las naves como en los objetos de uso cotidiano, la figura de la serpiente marina como símbolo propiciatorio para sus viajes por los peligrosos mares, tal y como vemos en esta asa de una antigua jarra, existente en el Nordiska Museet de Estocolmo.

hechizo propiamente dicho, es decir, la operación ceremonial que constituye la cara externa del hechizo, no obra más que sobre el operador, actuando a modo de espejo, y sirve para fijar y confirmar la voluntad, formulándola con perseverancia y esfuerzo, condiciones ambas que hacen a la voluntad eficaz.»

Es decir, que en todos los casos es la fuerza astral del mago la que gobierna los hechizos y los maleficios, utilizando unos instrumentos que, como todos los demás instrumentos vistos hasta ahora, sirven únicamente como catalizadores y refuerzos para esta acción. Es por ello por lo que muchos autores citan los hechizos y los maleficios al hablar de los poderes psíquicos del hombre, del magnetismo, del hipnotismo y de la sugestión. Y es por eso también que Paracelso, uno de los magos que con mayor intensidad desarrolló el hechizo mágico curativo, es considerado por muchos autores como el antecesor del magnetismo de Mesmer.

Por otro lado, las emociones, principalmente las más dominantes como son el amor y el odio, constituyen verdaderos *catalizadores* de fuerza astral, mucho más asequibles y manejables que las fuerzas puramente astrales. Es por ello por lo que, dentro de los hechizos en general, dos clases de ellos son los que descuellan sobre todos los demás: los hechizos de amor y de odio.

Los hechizos de amor y de odio

Con esta clasificación establecemos, de una forma absoluta, la diferencia que existe entre hechizo y maleficio. El hechizo no es necesariamente malo: el maleficio sí. En consecuencia, el hechizo es fruto del amor, mientras que el maleficio lo es del odio.

El maleficio tiene siempre por finalidad el causar un mal a otra persona. Es por ello, según palabras de Eliphas Levi, que el maleficio debe ser considerado siempre como un comienzo de homicidio... un homicidio tanto más cobarde cuanto que escapa al derecho de defensa de la víctima y a la venganza de las leyes. Porque el maleficio es siempre un homici-





dio a distancia... Si bien hay una cosa en la que en principio no estamos de acuerdo con Levi, y es en la impunidad del maleficio. Pese a la distancia que lo separa de su víctima, el mago que realiza un maleficio no está a salvo ni mucho menos. Puede correr, y de hecho corre, un grave peligro. Y, a la hora de realizar su maleficio, el mago debe tener tanto cuidado en protegerse como en procurar que tenga efecto el maleficio en sí.

Y después de esto vamos a ver cómo se realizan ambos actos.

La técnica de los muñecos de cera

El vudú —hemos hablado ya varies veces de ello— ha puesto dentro de la órbita de la celebridad a los muñecos de cera como utensilios usados en los maleficios. Sin embargo —y aun prescindiendo del hecho de que el vudú es como veremos más adelante toda una religión mágica mucho más compleja que la fabricación de

No siempre, sin embargo, se utiliza una figura de cera como receptáculo mágico del hechizo. A menudo se utilizan también animales u otros objetos diversos, a los que, en una forma de magia simpática, se les infieren los daños o suplicios que se desearían para la persona a quien va destinada el hechizo.



Los amuletos conservan todo su significado principalmente en las tribus primitivas: cada miembro de estas comunidades no renuncia jamás a sus amuletos, hasta tal punto que algunos los llevan constantemente en gran número, adecuados para distintos fines protectivos, como este salvaje de Gambia.





Los antiguos no sabían ni comprendían que los fósiles fueran materia orgánica petrificada, sino que al ver sus raras formas pensaban que se trataba de trozos de energía solidificada en forma material, llamándoles «piedras maravillosas» y dándoles un gran valor.

muñequitos de cera para pinchar, y que éste es solamente uno de sus aspectos menos importantes pese a ser el más difundido— los maleficios a través de *representaciones* de la persona sobre la cual se quiere que recaiga el maleficio son tan antiguas como la humanidad, como hemos visto al hablar de las figurillas de la magia prehistórica en las que se introducía una poderosa «carga mágica».

Y precisamente por este hecho, el muñeco sobre el cual se realizará el maleficio puede ser en principio cualquier cosa, ya que su única misión es servir de receptáculo al mago. De todos modos, y esto es lógico, sus cualidades *receptoras* aumentarán o disminuirán no solamente según la capacidad de concentración del mago, sino también según la forma en que haya sido realizada la figura, en los materiales que hayan intervenido en su construcción y en los condicionamientos de la fabricación misma.

El objeto más perfecto, mágicamente hablando, para los maleficios, es siempre el muñeco de cera. La cera, por supuesto, ha de ser cera virgen de abeja, ya que es ésta la que tiene una mayor «capacidad» para fijar en ella el ego de la persona requerida. Se desaconseja pues cualquier otro tipo de cera de las que pueden encontrarse en el mercado, ya que en todos los casos son, por naturaleza propia, materias mágicamente «impuras».

La figura no debe tener necesariamente el rostro de la persona contra la que se quiere realizar el maleficio... aunque este detalle, por supuesto, ayuda siempre. Muchos magos aconsejan el utilizar sencillamente un molde, que el mago deberá preparar por sí mismo, pero que le servirá indistintamente para todas las operaciones: bastará para ello echar dentro cera fundida, esperar a que se enfríe... y listo.

Pero, eso sí, existe un condicionamiento indispensable en la fabricación de estas figurillas: que deben contener en su interior algún objeto o pertenencia de la persona a la que se quiera hechizar, o mejor aún un fragmento de esta misma persona: un retal de un vestido que haya llevado alguna vez o, más idóneamente, un mechón de cabellos o un trozo de uña, que son, estas dos últimas, las materias más comúnmente empleadas.

Esta figurilla, una vez preparada de la manera descrita, representa para el mago la esencia de la persona a quien irá dirigido el maleficio, y recibe entonces el nombre de «dagyde» o más frecuentemente de «volt» (derivada esta última de la palabra latina *vultus*, efigie). Es preciso en aquel momento hacerla receptiva, es decir, *sensibilizarla*. Para ello el mago procederá a desarrollar el ritual específico del maleficio, que aunque varía de uno a otro mago es siempre básicamente el mismo: en primer lugar hay que purificar la imagen, «bautizarla» después, y luego «consagrarla» para el maleficio. Todo ello se consigue mediante un exorcismo, una inmersión en el agua mágica (o preferentemente en el agua lustral), y la precaución de guardarla en una caja preparada expro-

El uso de amuletos puede iniciarse ya en la más tierna infancia. En este grabado vemos representada a un ama con su niño, que lleva en la mano un sonajero similar al colocado sobre la ilustración, y que está realizado con un colmillo de lobo o de oso. Este amuleto debía proteger al niño de las pesadillas, así como, cuando fuera algo mayor, de la epilepsia, los incubos y los súcubos.



feso, tras haberle «impuesto las manos», hecho en el cual se recitará un exorcismo como: «Tú eres... (aquí el nombre completo de la persona sobre la que ha de recaer el maleficio) y estás aquí presente; tú eres... y estás en mi poder; tú eres... y es a tí a quien toco», momento en el cual se imprimirá en el pecho del muñeco la huella de los dos pulgares del mago.

Todo ello, naturalmente, después de todas las operaciones mágicas preliminares descritas para el acto mágico en general: la preparación, la oración y la invocación, esta última de los espiritus infernales que deberán apoyar y asegurar el éxito de la operación. Y, por supuesto, todo ello dentro del marco del oratorio mágico u *ocultum*...

Una vez así «sensibilizada», la figurilla se halla ya lista para realizar el maleficio. Inicialmente, los muñecos de cera pueden servir para cualquier uso, es decir, para todo tipo de hechizos, tanto los curativos como los amorosos o de muerte. ¿Cómo realizar entonces estos diferentes hechizos? Naturalmente, los magos se cuidan mucho de dar detalles del ritual concreto de su celebración, sobre todo en lo que se refiere a los maleficios, ya que, dicen, podrían caer en malas manos. Aunque sí sabemos, por supuesto, que una de las formas preferentes de completar un maleficio es atravesando la figurilla con una o varias agujas o estiletes... si bien el que pretenda realizar un mal a otra persona utilizando solamente este sencillo procedimiento se llevará una gran desilusión, ya que este simple acto no basta... o de otro modo los asesinatos por este seguro y efectivo procedimiento serían innumerables. El ritual completo del embrujamiento es *mucho* más complicado, y requiere del operador, además del cumplimiento exacto de la parte externa del ritual, una enorme concentración... ya que todos los maleficios se basan sobre todas las demás cosas en la concentración mental del individuo.

Y no es tampoco imprescindible el usar precisamente la figurilla de cera. Pueden usarse, si el mago es lo suficientemente experimentado, otras muchas materias... y de hecho se usan. Así, muchos libros de magia nos hablan de que, en caso de ausencia de figurillas o imposibilidad de fabricarlas, pueden utilizarse con el mismo efecto discos de cera, y aún otras muchas sustancias. El maleficio, por otro lado, tampoco ha de ser necesariamente a muerte... y entonces todo cambia. Pueden perseguirse otros males menores, como los conseguidos con el maleficio de la agujeta (anudar o desanudar la agujeta), cuyo objetivo es inmovilizar al hechizado, dejándolo impotente, o el del enclavijamiento, cuya finalidad es impedir que el hechizado orine, para cuyo fin se debe clavar un clavo de los zapatos del futuro hechizado en una pared (el remedio contra este maleficio es tan sumamente curioso como divertido: ¡basta tan sólo con escupir uno dentro de su propio zapato derecho cada mañana, antes de calzarse!).

De hecho, todos los hechizos y maleficios tienen infinidad de variantes, que se pueden encontrar

en la totalidad de los grimorios existentes. Por supuesto, es evidente que la mayor parte de ellos (hemos dicho que la mayor parte de los grimorios que han llegado hasta nosotros se hallan profundamente alterados e incluso falsificados) no sirven para nada más que para hacer reír a los lectores; aunque, sin embargo, hay algunos que, dentro de los condicionamientos que impone la Magia, tienen que ser *realmente* efectivos...

El maleficio triangular

Pero hemos dicho que los maleficios representaban también un peligro para el propio operador. La mayor parte de los autores que

Copones de ágata conservados en Munich. Están incrustados con una serie de piedras preciosas de distintos tipos que mantienen entre sí unas extrañas relaciones numéricas cuyo significado, ya perdido, hay que buscarlo entre los arcanos de la Magia.



Los amuletos de los niños solían incorporar elementos pertenecientes a animales que eran considerados como «protectores», como éste (otro sonajero) de alto sentido esotérico, hecho en el sur de Alemania, en 1692, con una pata de tejón.



Amuleto hecho en bronce de principios del cristianismo. En él se mezclan particularmente los simbolos característicos de la naciente religión con los otros signos tradicionales de la eterna Magia de todos los tiempos.

han tratado seriamente el tema nos hablan de que la fuerza del maleficio *nunca* se pierde, y que por ello, si no logra alcanzar a la persona a la cual va destinada, o ésta es astralmente más poderosa que el propio mago, o está lo suficientemente protegida, se produce entonces con el maleficio una acción que podríamos llamar «de boomerang»: las fuerzas astrales sencillamente regresan a su casa... al mago que las lanzó.

Y ocurre entonces que es el propio mago que ha realizado el maleficio el que recibe en sí mismo las fuerzas desatadas. Éste, nos dicen muchos autores, es el caso frecuente de magos que han *muerto*, víctimas de su propio maleficio y de no haber tomado las debidas precauciones.

¿Cuáles precauciones? Sencillamente, el procurarse otro sujeto para que, en el caso de que el maleficio no actúe sobre su destinatario, *recoja* las fuerzas a su regreso. Esto es lo que se ha venido en llamar «maleficio triangular». La naturaleza que pueda adoptar este «tercero» es en cierto modo indiferente... siempre que haya sido preparado convenientemente para su misión de receptor. Se utiliza generalmente a un animal, y esto le sirve al mismo tiempo al mago para saber si su maleficio ha tenido o no efecto: si el animal muere, el hechizado ha resistido; si el animal sobrevive, el maleficio ha obrado su efecto.

Muchas veces, sin embargo, se emplean otros sistemas, cuando no hay ningún animal a mano, o sencillamente porque un animal muerto por un hechizo ha de destruirse necesariamente... y los animales aptos para estos menesteres suelen ser caros. Uno de los más empleados, por ejemplo, es el recipiente de agua mágica o lustral. Si, una vez realizado el maleficio, el mago se lava cuidadosamente las manos en el recipiente (sin jabón, claro), las fuerzas de regreso del maleficio inconcluso, si llegan, se descargarán inofensivamente en el agua... siempre que el mago haya tenido la precaución de colocar entre el agua y él una pantalla protectora, que puede ser el propio recipiente en el que ésta está contenida, fabricado de plomo.

Hay al respecto del «maleficio triangular», sin embargo, una cierta polémica, que queremos consignar aquí. Algunos magos afirman taxativamente que la «onda de rebote» del maleficio es una pura literatura, empleada por algunos magos para disuadir a quienes



El símbolo de las cabezas de caballo cruzadas al extremo de las vigas fundamentales de una casa se remonta a la más remota antigüedad de los pueblos nórdicos, aunque aún en la actualidad, en muchas regiones del norte de Europa, se use con efectos ornamentales, olvidado ya su primitivo cometido: conjurar la mala suerte. (Foto Vikinga Skipps Museet, Oslo).

quieran meterse en camisa de once varas, es decir, a brujos. La verdad, dicen estos magos, es que las fuerzas astrales no vuelven: en el peor de los casos, el mago habrá perdido el tiempo y el esfuerzo... aunque esto no pueda decirse claramente, ya que el miedo es el mejor remedio para evitar la proliferación de competidores.

Lo que sí puede ocurrir, se apresuran a decir estos magos, el *verdadero* peligro, consiste en el desencadenamiento de fuerzas que, *en el momento de producirse* (y nunca luego, de rebote) no sean bien controladas, con peligro para el mago de locura o de colapso cardíaco.

¿Cuál de las dos versiones es la cierta? Nosotros nos limitamos a informarlas ambas. Si alguno de ustedes quiere comprobarlas...

Los medios de protección y de defensa

La persona expuesta a ser objeto de un maleficio, por su parte, también tiene el derecho, casi podríamos decir la obligación, de protegerse.

Porque, en realidad, todos esta-



Amuleto de la primavera, extraído de un manual sobre la confección de amuletos escritos. Existía un amuleto distinto para cada estación.



El uso de los amuletos es universal. Esto es lo que nos demuestra este amuleto de hueso, perteneciente a un chamán de la tribu Tsimsian, en la Columbia británica. (National Gallery, Ottawa).

Los amuletos podían ser llevados constantemente encima, o servir para proteger un determinado lugar, como una casa o una habitación. Muchos autores señalan en esta cualidad la diferenciación entre amuleto y talismán. En la ilustración, un amuleto (o talismán) realizado en filigrana, conservado en el Albert Museum de Londres y perteneciente al siglo XVIII.



mos expuestos a recibir algún maleficio, si tenemos a alguien que nos odie lo suficiente y esté lo bastante versado en magia... o posea el suficiente dinero como para acudir a un mago para que haga el trabajo por él. Supongamos que pertenecemos a esta clase de personas, supongamos que tememos recibir un maleficio... cualquier maleficio. ¿Podemos prevenirnos contra él?

Por supuesto. Siempre podemos disponer de un contramaleficio, es decir, un nuevo maleficio que anule el que podamos recibir. Este contramaleficio no solamente tendrá la virtud de detener el maleficio que pueda ser lanzado contra nosotros, sino, con un poco de suerte, devolver el maleficio a su propio expedidor, haciendo que todo el mal que este lance contra nosotros repercuta enteramente de nuevo en su persona.

Pero esto solamente sirve, aducirán ustedes, en el caso de que cualquiera de nosotros sienta el temor de ser sometido *directamente* a un maleficio. ¿No puede uno buscarse una protección permanente, algo que le proteja *siempre* de estos peligros?

Por supuesto que sí. Y, con ello, entramos en una nueva noción dentro de la magia: la de los elementos mágicos protectores permanentes... la de los amuletos y talismanes.

Amuletos y talismanes

Amuletos y talismanes son calificados, en casi todos los libros que tocan el tema de la Magia, como una misma cosa, considerándolos como sinónimos. Hay, sin embargo, entre ambos, una serie de diferencias esenciales, que es preciso destacar.

Los amuletos, literalmente hablando, son una imagen, figura o frase sagrada de pequeño tamaño creada para ser llevada constantemente encima, como protección o para obtener algo concreto.

Los talismanes, en cambio, son el sello, figura o carácter de un signo astrológico, hecho, impreso, grabado o cincelado sobre una piedra o metal correspondiente al astro en cuestión, que debe ser realizado en los días y horas favorables del planeta al cual corresponde, y cuya función, si bien es la misma que la de los amuletos (es decir, proteger o conseguir algo), varía en que comúnmente se le emplea como compensador

Magia, superstición, fetichismo

La degeneración que ha sufrido en muchos aspectos la magia ha hecho que algunos de sus valores fueran trastocados, que las ideas perdieran en muchas ocasiones gran parte de su significado y quedaran únicamente como actos realizados por costumbre, sin saber por qué. Muchos de los gestos y actos supersticiosos que realizamos hoy en día no son más que degradaciones de antiguos gestos y actos mágicos, desprovistos de su antiguo significado: el romper un espejo, el pasar por debajo de una escalera, el derramar la sal (la sal es uno de los elementos más importantes en magia), signos considerados como de mala suerte, no son más que pervivencias de los antiguos ritos mágicos, conservados a través de las generaciones, pero perdida ya toda su profundidad.

Y éste es el caso también de gran número de fetichismos, en los que la idea simbólica de un objeto es confundida con el objeto mismo. En Magia, nada tiene un sentido estricto, sino es en relación a todo lo demás, dependiendo de ello. El querer aislar los objetos, darles consistencia propia como cosas aisladas, es una aberración incomprensible. La mayor parte de los cultos fetichistas se hallan totalmente carentes de significado si no van a buscarse sus antecedentes en una degradación de antiguos actos mágicos...

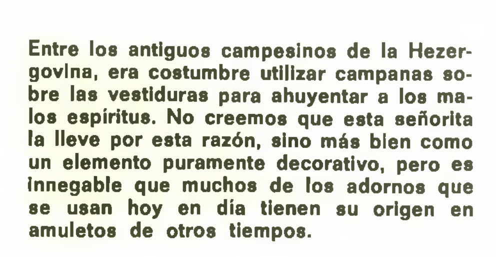
de los efluvios astrales desfavorables en el horóscopo de la persona que lo usa... es decir, que su utilidad es preferentemente astrológica.

Una vez aclarado esto, debemos añadir que pese a estas diferencias amuletos y talismanes se mezclan muchas veces, ya que su diferenciación, en numerosas ocasiones, no está en el amuleto o talismán en sí, sino en el uso que le da la persona que lo lleva... y muchas veces un amuleto puede hacer las veces de talismán para su dueño, o viceversa.

Así pues, vamos a ocuparnos brevemente de ellos: primero de los amuletos, que son los elementos protectores mágicos más extendidos, y más tarde de los talismanes. Vayamos por los primeros.

Un amuleto puede ser cualquier cosa

La palabra «amuleto» proviene del latín *amuletum*, derivada de *amoliri*, que significa apartar. Su naturaleza, pues, se halla bien definida ya en su propio nombre. Los amuletos son los objetos clásicos capaces de preservar a su poseedor de determinados males... no ya solamente los males que le



Entre los antiguos campesinos de la Hezergovina, era costumbre utilizar campanas sobre las vestiduras para ahuyentar a los malos espíritus. No creemos que esta señorita la lleve por esta razón, sino más bien como un elemento puramente decorativo, pero es innegable que muchos de los adornos que se usan hoy en día tienen su origen en amuletos de otros tiempos.





Medallón de cuarzo con siete indentaciones usado como amuleto en el sur de Alemania en el siglo XVII.

pueda desear otra persona (como por ejemplo el célebre maleficio del «mal de ojo») sino de cualquier desgracia en general, y hasta proporcionarle suerte y fortuna. Los amuletos, así, pues son conocidos ya desde muy antiguo y se hallan incluso en las civilizaciones más primitivas. Su esencia es eterna y mundial.

¿Cuál es el significado mágico del amuleto? En sus orígenes, éste se ha intentado explicar como la necesidad de protección que sentía el hombre primitivo ante las fuerzas desconocidas y muchas veces terribles que lo rodeaban; también, como vimos al hablar de la magia caldea, los amuletos nacieron como una necesidad de hacer *permanentes* los conjuros mágicos, basándose en la creencia de aquel pueblo de que las palabras escritas tenían el mismo poder que las cosas a las cuales representaban.

Originalmente, los amuletos eran exclusivamente *naturales*, y estaban basados en la observación de las propiedades que poseían los distintos elementos de la naturaleza: las plantas, los animales mismos. Los amuletos, con ello, tuvieron como origen la magia simpática: cuando alguien quería un amuleto defensivo utilizaba las partes defensivas de un feroz animal, una garra, un collar hecho con afilados dientes o con uñas... Cuando alguien quería un amuleto curativo buscaba sencillamente las plantas que sabía tenían una extraña preponderancia sobre determinada enfermedad, en la creencia de que, si esta planta, debidamente ingerida, curaba la enfermedad, cabía suponer que llevada permanentemente encima protegería y mantendría alejada esta misma enfermedad.

Más tarde, el advenimiento de la magia cabalística esoterizó los amuletos, creando dos, podríamos llamar, variantes: los talismanes y los pantáculos. Pero los amuletos siguieron siendo iguales, cumpliendo sus mismos fines.

Porque un amuleto, en realidad, puede ser cualquier cosa. En realidad, la propiedad básica de los amuletos no se basa en la materia de que están compuestos, sino en su papel de receptores y amplificadores del psiquismo de su dueño, del mismo modo que el guerrero antiguo sentía aumentado su valor por llevar colgado de su cuello un amuleto perteneciente a un poderoso animal. Dicho con otras palabras, un amuleto puede ser cualquier cosa... con tal de que se crea en su poder.





Embrujamientos reales

«Este grabado, titulado «Roberto III de Artois intentando embrujar al rey Felipe VI de Valois», está extraído de una recopilación de Garnier, titulada «Figures de l'Histoire de France», con grabados originales de Moreau el Joven (1788) y que raramente se encuentra completa. Representa a Roberto de Artois dedicándose, junto con tres acólitos, a su tenebrosa operación. Este grabado no tiene valor histórico, ya que Moreau el Joven no poseía ninguna ciencia de los hábitos, costumbres y vestidos de la Edad Media, y ciertamente no es en absoluto así como se embrujaba en el siglo XIV; pero, por el contrario, en su anacronismo, nos indica perfectamente cómo se embrujaba en el siglo XVIII, puesto que el artista trató su tema siguiendo los datos que le proporcionaba su época. A la derecha de la escena, uno de los sirvientes lleva un caldero de

Los amuletos, actualmente, pueden ser naturales o artificiales. En los primeros, todo su poder se basa en la materia de que están compuestos y sus pretendidas cualidades mágicas. Dentro de este tipo de amuletos pueden considerarse los que están formados a base de plantas tenidas como medicinales, o mágicas, pues ya es sabido que la medicina, antes, fue magia. El poder de las plantas dentro de los amuletos está guiada pues por su cualidad medicinal... y también por sus analogías planetarias, ya que, no debemos olvidarlo, la astrología mágica está *siempre* presente en todos los elementos de la Magia. Los amuletos vegetales se fabrican así a base de relicarios conteniendo la parte de estas plantas que era considerada como mágica, o incluso pequeños recipientes de cristal, piedra o metal conteniendo sus jugos bienhechores.

Entre las plantas mágicas más famosas se halla, indudablemente, la mandrágora, una planta que ha dado origen a innumerables leyendas y supersticiones, y a gran número de hipótesis también. Desde la más remota antigüedad, la mandrágora era considerada como una de las plantas mágicas por excelencia, debido en parte a sus virtudes tanto curativas como afrodisíacas: se la usaba como bienhechora y protectora en los casos de embarazo, como curativa de las más terribles dolencias, y sus efectos sedantes eran ampliamente conocidos por todos los médicos magos.

Y la razón se hallaba también en la creencia que desde antiguo se ha mantenido en torno a esta planta, mejor dicho, en torno a su raíz, que debido a su forma hendida ha sido considerada desde tiempo antiguo como símbolo de los cuerpos masculino y femenino, creencia que, según algunos, estaba fundada tanto en la forma de sus raíces como en sus cualidades afrodisíacas. Se la colgaba en el cuello



Amuleto colgante que lleva inscritas las cinco maravillas de Cristo y los nombres de Dios.



«Jugo de verbena, tres colas de gusano, gotas de vuestra sangre catamenial, cenizas de lárice; dejad secar el conjunto y mezclad los polvos en una bebida.» Filtro para suscitar el amor de un hombre que no os ama, según un viejo grimorio.

cera fundida destinado a confeccionar las figuras. Roberto de Artois, el operador del maleficio, toma una de ellas en su mano, la del rey en traje de corte, y se apresta a traspasarla con una aguja que mantiene en su otra mano crispada. Antes profiere las palabras de un conjuro que lee en un grimorio que uno de sus ayudantes tiene completamente abierto ante él. Otras dos figurillas de cera se hallan tiradas negligentemente sobre la mesa: son las de la reina y del príncipe. Un tercer acólito, apoyándose sobre el sillón de Roberto, parece aterrado por la acción que éste comete, y se adivina que él es quien traicionará, más tarde, el secreto de la operación.

Se conservan aún hoy en día, en el museo de Cambridge, figuras de cera, acribilladas de agujas, que sirvieron, en los siglos XVI y XVII, para realizar maleficios: son los únicos vestigios existentes actualmente, creemos, de este maleficio aterrador y macabro.»

Grillot de Givry,
«Le Musée des Sorciers, Mages et Alchimistes».

de los recién nacidos, se fabricaban amuletos para las mujeres encinta, se preparaban cocimientos para los enamorados. Incluso el ritual que debía seguirse para arrancar del suelo la planta era totalmente mágico (y complicado, y peligroso), ya que según la creencia popular la mandrágora es una cosa *viva.*

Hoy, la ciencia ha devuelto a la mandrágora a su lugar de simple solanácea, de la cual se extraen diversos compuestos que son utilizados en la fabricación de sedantes y estupefacientes. Sin embargo, pese a todo, la mandrágora seguirá siendo siempre la planta mágica por excelencia, objeto de mil historias y leyendas...

De los amuletos animales poco hay que hablar, ya que todo está explícito en su propia naturaleza. Los amuletos animales forman parte preferentemente de la magia simpática, y así un amuleto a base de un diente de animal puede servir para garantizar una dentición sana de un niño, o un cuerno puede servir para protegerlo de los malos espíritus. En cuanto a los amuletos minerales (metales y piedras), su poder se halla esencialmente en sus correlaciones planetarias... por lo que entran de lleno, más bien, dentro del terreno de los talismanes.

Talismanes y pantáculos

En general, los talismanes se basan principalmente no en las materias de que están compuestos (aunque éstas, por supuesto, tengan también una importancia capital), sino en la simbología de los elementos y palabras que intervienen en él. Una de estas últimas más conocidas es la célebre «ABRACADABRA», palabra cabalística que ha sido más tarde usada en multitud de cuentos y leyendas. La palabra «abracadabra», escrita sobre pergamino virgen o metal, constituye un talismán ideal para toda clase de protecciones, principalmente las curativas. La palabra debe ser escrita formando siempre una triángulo, en el que en cada línea la palabra tiene una letra menos, terminando en la última línea con una simple A, del modo que sigue:

ABRACADABRA
ABRACADABR
ABRACADAB
ABRACADA
ABRACAD
ABRACA
ABRAC
ABRA
ABR
AB
A

El «abracadabra» es un talismán eminentemente astrológico, pues los magos sirios y persas daban a sus distintos componentes, se leyera por donde se leyera, el significado numérico de 365, equivalente a los días del año, mientras que los alquimistas, por su parte, lo convertían en el símbolo triangular del Todo cósmico.

Otros de los talismanes más conocidos y usados desde la antigüedad son los talismanes perfumados. Los perfumes tienen un importante papel en todos los actos de



Para confeccionar los filtros es necesario un profundo conocimiento del mundo vegetal; no sólo de las propiedades intrínsecas de las plantas, sino también de sus correspondencias astrales: ello nos indicará en qué momento y circunstancias deben ser arrancadas las diversas plantas que compondrán nuestro filtro, las partes a usar, el debido modo de mezclarlas...

la magia, y son considerados como un elemento básico de cualquier ritual. Pero tienen además un acusado poder talismánico, ya que se considera que actúan como magnetizadores astrales, dentro de sus correspondencias astrológicas. Una «bolsa» impregnada de perfume, pues, cuando ha sido bien preparada y en el momento adecuado, mantendrá siempre las relaciones astrológicas de su dueño con el planeta que le sea favorable, y le servirá de enlace en todas las acciones que realice con respecto a este planeta.

Los pantáculos, finalmente, son unos elementos intermediarios entre los amuletos y los talismanes, ya que, aun teniendo cosas de ambos, no pertenecen exactamente a ninguna de las dos clases. Los pantáculos son, en realidad, *fórmulas* mágicas escritas y dibujadas, que son construidas basándose en la ley de las correspondencias. Así pues, en rigor, los pantáculos y sus casi-hermanos los círculos planetarios, que son confundidos muchas veces con los amuletos y talismanes, son en realidad *recetas, fórmulas*, que se usarán para fines determinados, y que se hallan ocultas bajo un velo esotérico de misterio y de nombres extraños de ángeles y de demonios, de los cuales es preciso conocer la clave, lo cual no es demasiado difícil, para descifrar toda la fórmula, que se refiere preferentemente a la orientación del mago y a las fechas, días y horas del año propicios para realizar dicha fórmula.

Los pantáculos y los talismanes pueden estar realizados en multitud de materias, aunque generalmente se hacen sobre pergamino virgen o sobre metal. En este último caso hay que tener sin embargo en cuenta un detalle importante: no todos los metales sirven para todos los talismanes, es preciso que cada uno de ellos sea hecho con su metal correspondiente dentro de la esfera planetaria. Éste es un detalle básico, sin cuya observancia todo el posible poder del talismán quedaría completamente anulado.



La verbena y la flor de la mandrágora, según dos grabados antiguos, plantas que se utilizaron profusamente en la preparación de filtros y pociones mágicas.



El otro lado de la magia

Al hablar de los hechizos y maleficios hemos dicho algunas de las maneras en que éstos pueden ser realizados. Sin embargo, al hacerlo, nos hemos referido únicamente a los magos que actuaban para sí mismos, y hemos dicho también que el mago puede *vender* sus servicios. La mayoría de los rituales mágicos que actúan sobre una tercera persona son demasiado personales, intervienen en ellos en tal manera los factores anímicos del propio mago hacia esta tercera persona objeto del acto mágico, que es difícil que estos mismos actos puedan ser realizados por cuenta de otros y tener éxito.

Ciertamente, esto puede hacerse, y de hecho se hace algunas veces, por magos que han utilizado en alguna ocasión su poder para ayudar a otras personas que han acudido en busca de auxilio. Pero para el mago que *vende* habitualmente sus servicios, para el hechicero, es algo demasiado difícil de realizar: no puede realizarlo el mago por cuenta de su cliente, y tampoco puede darle las instrucciones necesarias para que lo haga éste en su casa.

Es preciso, por lo tanto, buscar otra solución. Y los hechiceros la han hallado en la entrega de lo que podríamos llamar «recetas prefabricadas», la magia al alcance de todo el mundo: los filtros y las pociones.

Todos hemos oído hablar de los filtros de amor y de muerte, de las pociones envenenadas, de los horrendos brebajes que preparaban los brujos antiguamente a base de extraños y repugnantes elementos. Los verdaderos magos arrugan la nariz cuando oyen hablar de todas estas cosas. Eliphas Levi las califica como la más alta aberración dentro de la Magia... y realmente lo son, puesto que su cualidad mágica (no hablamos de su eficacia) es más que discutible.

Los filtros y las pociones, que equivalen en cierto modo a los hechizos y los maleficios, ya que los primeros son siempre amorosos o curativos, mientras que los segundos son siempre mortales, se remontan a los más lejanos tiem-



«Plato de fuego» del área de Kötzting, en Baviera. Usado en los siglos XVII y XVIII, consistía en un disco de madera sobre el que se habían grabado las tradicionales palabras mágicas. Se tenía en los hogares en prevención de los incendios, pues en caso de iniciarse uno de estos debía ser lanzado sobre el foco del fuego, al que se creía que le robaría su fuerza.

El éxito de muchos filtros de amor usados antiguamente estriba en la inclusión dentro de sus componentes de algún potente afrodisiaco. En esta situación, actualmente, pueden conseguirse los mismos efectos a través de otros elementos más de nuestro tiempo: un ambiente apropiado, unas copas de licor sabiamente elegidas, una música apropiada...

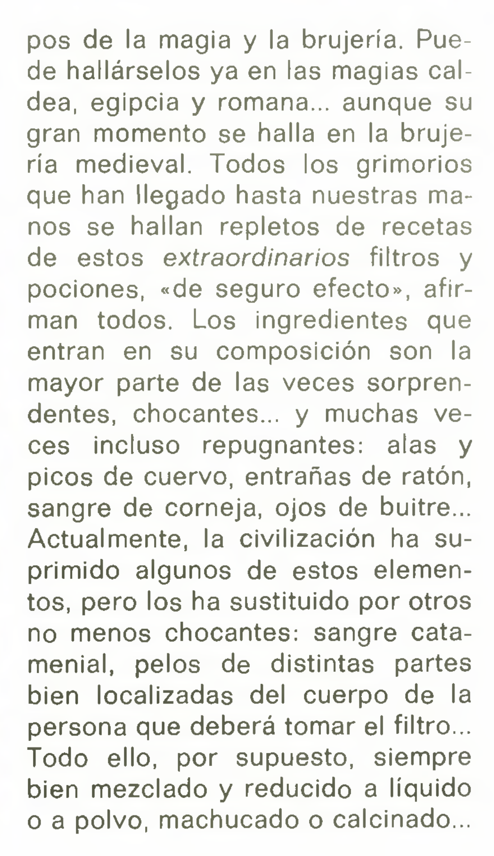


El uso de amuletos sigue aún en nuestros días, aunque sea solamente con carácter muchas veces simbólico u ornamental. ¿Quién no tiene en su casa un objeto cualquiera altamente apreciado, cuya posesión considere que le da buena suerte o felicidad?



«Bruja preparando un filtro». Cuadro de pintor desconocido de la escuela flamenca, de mediados del siglo XV, conservado en el museo de Leipzig.





pos de la magia y la brujería. Puede hallárselos ya en las magias caldea, egipcia y romana... aunque su gran momento se halla en la brujería medieval. Todos los grimorios que han llegado hasta nuestras manos se hallan repletos de recetas de estos *extraordinarios* filtros y pociones, «de seguro efecto», afirman todos. Los ingredientes que entran en su composición son la mayor parte de las veces sorprendentes, chocantes... y muchas veces incluso repugnantes: alas y picos de cuervo, entrañas de ratón, sangre de corneja, ojos de buitre... Actualmente, la civilización ha suprimido algunos de estos elementos, pero los ha sustituido por otros no menos chocantes: sangre catamenial, pelos de distintas partes bien localizadas del cuerpo de la persona que deberá tomar el filtro... Todo ello, por supuesto, siempre bien mezclado y reducido a líquido o a polvo, machucado o calcinado...

Uno se pregunta, a la vista de todas estas recetas, de las que les ofrecemos unas pocas escogidas al azar, si los filtros y pociones tienen realmente un lugar dentro de la Magia, si existen realmente como elementos *mágicos*. Ciertamente, la magia primitiva (la magia prehistórica, y también las magias de la edad de oro del ocultismo) sabían usar sabiamente de los filtros, casi siempre curativos y basados en una exacta observancia de la naturaleza. Los filtros mágicos eran entonces, sencillamente, una forma de magia *natural*, de donde partiría más tarde toda la medicina. Para componerlos se usaban sustancias de seguro efecto, curativas o venenosas, según los casos. El mago, pues, no hacía nada más que observar la naturaleza a su alrededor... y copiar.

Pero llegó después la brujería, y lo embrolló todo. Con la llegada del medioevo se produce una pro-



Como en cualquier acto mágico, la confección de un filtro requiere no solamente el seguir al pie de la letra la vieja receta de un grimorio, sino también y sobre todo poseer el estado de concentración suficiente para que la poción adquiera todas las cualidades mágicas que de ella se solicitan.





Así como de la alquimia nacieron los rudimentos que darían más tarde lugar a la química, la confección de filtros y pociones por parte de los magos sentó las bases de una medicina natural a la que más tarde los asépticos laboratorios farmacológicos han privado de todo su esotérico encanto.

La mandrágora constituye tanto un amuleto como una parte importante en la confección de filtros, y su ampliamente difundido papel mágico se debe tanto a sus virtudes curativas y afrodisíacas como al hecho de que la forma antropomórfica de sus raíces hizo pensar que se trataba de una planta «viva».

Página siguiente:

La ardua, paciente, difícil y hasta peligrosa labor del mago tiene su compensación en el momento en que alza entre sus manos el resultado de sus intensos trabajos: el filtro que le permitirá lograr sus objetivos.

funda degradación en los filtros y pociones. Se buscan para adornarlos sustancias extrañas, se componen raras cocciones que parecen extraídas de una pesadilla. Algunos de los elementos que intervienen en ellos son no ya sólo repulsivos, sino incluso aberrantes: ojos de recién nacido, miembros de ahorcados... Algunas brujas hervían los cadáveres de los niños recién nacidos para prepararse con el caldo producido ungüentos. Naturalmente, el suponer que una cocción realizada a base de estos elementos pudiera tener éxito parece cosa de pura fantasía... y sin embargo lo tenían. ¿Por qué, cabe preguntarse? La respuesta se halla no en estos productos «de relleno», sino en los otros productos básicos que formaban la cocción, y que, éstos sí, habían sido cuidadosamente elegidos. Si a una cocción determinada, por aberrante que sea, se le añade un afrodisíaco bien elegido (la mandrágora, por ejemplo), es indudable que el resultado será un «filtro mágico» amoroso de seguro efecto. Si, por el contrario, se le añade un veneno efectivo (como puede ser una mezcla de belladona, cicuta y arsénico), la poción será mortal de necesidad.

Esta es aún la principal tarea a la que se dedican los falsos magos hoy en día, cuando acude un cliente a solicitarles «un filtro infalible para conseguir el amor de la muchacha anhelada». Naturalmente, de sus recetas, basadas la mayor parte de ellas en las que figuran en los antiguos grimorios (si no originales, fabricados por el propio mago), se han suprimido gran cantidad de los elementos que usaban los brujos de la Edad Media en sus cocciones... aunque no todos, ya que la Magia ha de seguir dando siempre su idea de cosa oculta, extraña esotérica... y para evitar, tras la máscara de estos productos innecesarios pero convenientes, la identificación demasiado clara de un producto que, con receta médica, puede encontrarse con alguna que otra variante en cualquier farmacia. Un afrodisíaco convenientemente dosificado





Muchas de las prácticas de las religiones no son más que pervivencias, adaptadas a su especial idiosincrasia, de los antiguos ritos mágicos. Las medallas, los escapularios, las imágenes votivas... ¿no son, en realidad, otras formas de amuletos y talismanes?



«La lectura del grimorio», rara estampa de comienzos del siglo XVII realizada por François Van den Wyngaërt.

y mezclado con otros productos dará un filtro de amor que, si bien tal vez no cause completamente los efectos que desea el cliente, sí al menos mostrará, en mayor o menor grado, que es efectivo. Una sustancia más o menos venenosa puede convertirse también en una poción de muerte (de más o menos muerte), que dé a la persona que la ingiera desde un intenso dolor de estómago hasta un cólico con todas sus agravantes... o incluso la muerte.

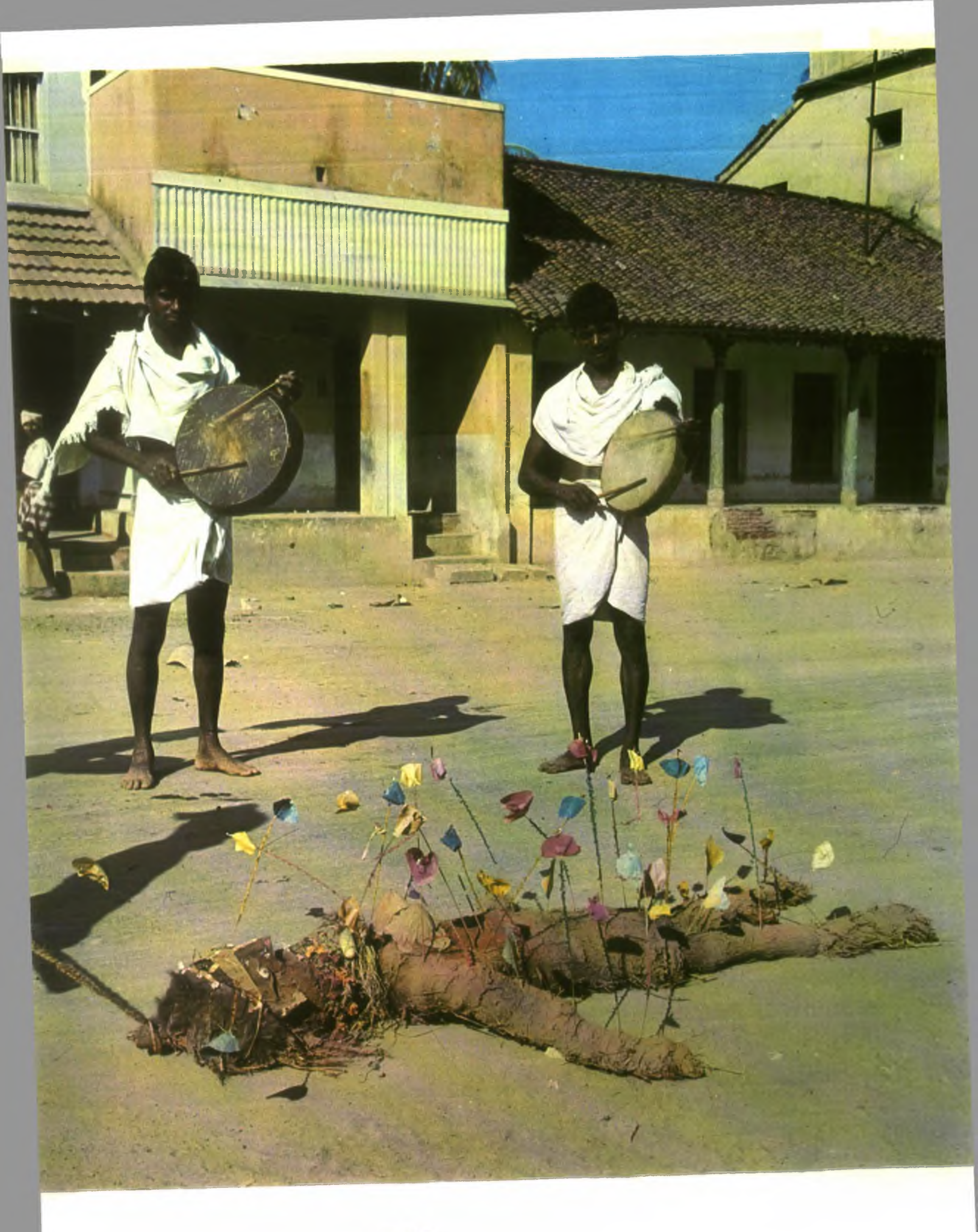
Es por ello que los filtros y las pociones pertenecen, más que a la Magia propiamente dicha, a la falsa magia, a la hechicería y al curanderismo. No queremos decir con ello, sin embargo (y salgamos rápidamente al paso de toda suspicacia) que todos los preparados de filtros y pociones mágicos sean siempre un engaño: de hecho, existen también los filtros y las pociones dentro de la Magia, aunque su uso sea mucho más restringido. El mago utiliza los filtros y las pociones solamente como un «refuerzo» para sus hechizos, valiéndose de las propiedades astrales de los elementos minerales y vegetales adecuados a su objeto. Por ello —y hemos insistido ya multitud de veces en lo mismo— el mago acude a recoger las plantas en unos momentos determinados, en la hora y día en que su fuerza es mayor y, por lo tanto, más enérgicos sus efectos.

Son los falsos magos, los hechiceros, quienes han olvidado el sentido exacto de los filtros y pociones dentro de la magia y los han adaptado a sus necesidades, usando únicamente lo que había llegado hasta ellos a través de los grimorios, que es únicamente la capa externa, y además adulterada, de la magia. El verdadero mago no necesita de los filtros y pociones más que como un elemento meramente auxiliar. Como dice muy bien Eliphas Levi al referirse a este tema: «Un mago que tenga ánimo no tiene necesidad de otros filtros que su propia personalidad: dispone de palabras persuasivas, de soplos magnéticos, de contactos ligeros pero voluptuosos. Todo hombre que es verdaderamente un hombre tiene siempre a su disposición los medios para hacerse amar, siempre que no se trate de ocupar una plaza ya tomada. Entonces, ¿para qué los filtros? Los que dan brebajes deben ser viejos, tontos, feos, impotentes». Evidentemente, el mago no necesita *para sí mismo* de ningún filtro de amor: tiene otros recursos. Pero no hay que olvidar que los hechiceros preparan sus brebajes *para otras personas...*

La raíz bifurcada de la mandrágora le daba un aspecto humanoide que hizo que fuera utilizada en la magia por sus posibilidades analógicas.

La magia negra





II El diablo



Página anterior:

Los demonios formaban en muchas ocasiones incluso parte de las vidas de los pueblos que los habian creado. En esta escena, los habitantes de la localidad de Madras, en la India, proceden a una ceremonia religiosa llamada kumbakonam, consistente en el funeral de un demonio... uno de los muchos que posee la religión hindú.

Desde los más remotos tiempos de la antigüedad

Esta es la frase con la que se podría empezar cualquier estudio sobre el diablo. Desde los más remotos tiempos de la antigüedad... porque el diablo es el más antiguo de los espíritus que han acompañado al hombre en su historia. Más antiguo que el mismo hombre quizá, puesto que todas las religiones son unánimes en precisar que el diablo existía ya antes de que el hombre fuera creado.

Bueno, el diablo no: el demonio. Precisemos esto, puesto que hay entre ambas palabras consideradas comúnmente como sinónimas, un claro matiz de diferenciación. El demonio (o *los* demonios) es una institución completamente pagana, amplia, tan antigua como el hombre mismo, y que incluye dentro de ella a todos los malos espíritus que ha creado la humanidad. El diablo en cambio (el Diablo, así, con mayúscula) es una institución netamente cristiana, que simboliza al espíritu del mal, al antagonista de Dios... al Ángel Caído.

El demonio, pues (o los demonios) es un concepto en cierto modo filosófico, tan antiguo como la propia humanidad. Su origen se halla en la relación entre dos elementos antagónicos que han estado siempre presentes en su lucha junto al hombre: el Bien y el Mal, representados por los pueblos primitivos, necesitados de personalizar y humanizar todo lo que les rodeaba, por dos tipos distintos de espíritus, los buenos y los malos, más o menos antropomorfizados, y que tenían sin embargo en ambos casos el apelativo de dioses.

Asimismo, estos demonios (o dioses malignos) solían presentarse en gran número, y cada uno de ellos estaba destinado a un fin determinado. Muchos de estos dioses eran realmente malignos, otros solamente traviesos, y a ellos se les achacaban todas las desgracias acaecidas a los hombres: el dios Seth egipcio, por ejemplo, era el responsable de la sequía y las tormentas, el Tifón griego era considerado el origen de las tempestades, los terremotos y las erupciones volcánicas...

Es con la antigua religión persa que la diferenciación entre ambas clases de espíritus o dioses se delimita, apareciendo por primera vez la existencia de dos principios iguales, opuestos y eternos, que mantienen el equilibrio del mundo imponiéndole una ley de implacable compensación: los principios absolutos del Bien y del Mal. Por pri-



Los demonios eran para los pueblos primitivos seres omnipotentes, contra los que no se podia hacer nada salvo congraciarse con ellos. Una forma de conseguir esto era hacer sus imágenes para aplacarlos; imágenes como esta máscara en madera de un demonio marino, tallada por los indios Tsimshian, de la Columbia Británica, hacia 1870. (Foto National Gallery, Ottawa).

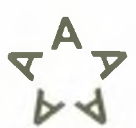


El Abracadabra

Independientemente de los símbolos cabalísticos, los antiguos hacían uso en sus evocaciones de combinaciones místicas de nombres divinos que ya hemos dado en el Dogma, según los cabalistas hebreos. El triángulo mágico de los teósofos paganos es el célebre ABRACADABRA, al que atribuían virtudes extraordinarias, y que figuraba así:

ABRACADABRA
ABRACADABR
ABRACADAB
ABRACADA
ABRACAD
ABRACA
ABRAC
ABRA
ABR
AB
A

Esta combinación de letras es una clave del pentagrama. La A inicial se repite en la primera línea cinco veces, y se reproduce en total treinta veces, lo que da los elementos y los números de estas dos figuras:





La A aislada representa la unidad del primer principio o del agente intelectual o activo. La A unida a la B representa la fecundación del binario por la unidad. La R es el signo del ternario, porque representa, jeroglíficamente, la efusión que resulta de la unión de dos principios. El número 11 de las letras de la palabra





mera vez, ambas representaciones, al antropomorfizarse, se convirtieron en entidades únicas, tomando los nombres de Ormuz y Ahrimán, el «espíritu bienhechor» y el «espíritu malhechor». Ambos tienen los mismos atributos y poderes, y su misión es mantener el equilibrio del mundo dentro de la órbita del bien y del mal: a cada buena acción de Ormuz, Ahrimán opondrá una mala, a fin de que la balanza se mantenga siempre en equilibrio. Ambos espíritus, naturalmente, tendrán toda una cohorte de otros espíritus servidores a su alrededor, cada uno de ellos con una misión específica, y que estarán siempre a sus órdenes.

Las analogías entre la religión de Zoroastro y la religión cristiana son evidentes. En muchos aspectos, el cristianismo es una continuación del zoroastrismo, adaptado a una nueva mentalidad: la hebrea. Sin embargo, en algunos aspectos, se producen claras diferenciaciones. Una de ellas es precisamente la que atañe a las relaciones entre los buenos y los malos espíritus, entre el diablo y Dios.

Porque, para todos los pueblos primitivos, y principalmente para el zoroastrismo, los demonios constituían la personificación total o parcial del principio del Mal frente a los hombres y, en este sentido, como antítesis del Bien humano, eran, como él, eternos y omnipotentes, y los hombres no podían hacer nada por vencerlos: estaban a su merced, y lo único que les cabía hacer era mantenerlos contentos y estar siempre congraciados con ellos.

Con el judaísmo y más tarde con







agrega la unidad del iniciado al denario de Pitágoras; el número 66, total de todas las letras adicionadas, forma cabalísticamente el número 12, que es cuadrado del ternario y, por consecuencia, la cuadratura mística del círculo. Advirtamos, de paso, que el autor del Apocalipsis, esta clavícula de la Cabala cristiana, ha compuesto el número de la bestia, es decir, de la idolatría, agregando un 6 al doble senario del ABRACADABRA, lo que da cabalísticamente 18, número asignado en el Taroi al signo jeroglífico de la noche y de los profanos, la luna con las torres, el perro, el lobo y el cangrejo; número misterioso y oscuro, cuya clase cabalística es nueve, el número de la iniciación.

El cabalista sagrado dice expresamente a este respecto: «Que aquel que tenga la inteligencia (es decir, la clave de los números cabalísticos), calcule el número de la bestia, porque ese es el número del hombre, y este número es 666.»

Eliphas Levi, «Dogme et Rituel de toute magie».

Las representaciones del diablo han variado enormemente según la imaginación de los artistas y los gustos de la época. Collin de Plancy, en su «Dictionaire infernel» (París, 1863), nos da estas representaciones de los principales diablos. De arriba abajo página izquierda, Astaroth, Eurynome y Baël; página derecha, Amduscias, Belphégor y Asmodée.

el cristianismo, los demonios pierden categoría: dejan de ser omnipotentes, aunque sigan siendo eternos. Se hallan supeditados a la voluntad de Dios y, en cierto modo, son también esclavos de los hombres... aunque luego tengan derecho a pedir su recompensa.

Nos explicaremos: la demonología cristiana (es con el cristianismo que surge la palabra Diablo) nos presenta a los demonios como seres que están obligados a rendirse a los deseos de los hombres, siempre que éstos usen de determinadas fórmulas, a cambio de su desquite después de la muerte de éstos, cuando deban ir a rendir cuentas a Dios de sus actos cometidos durante toda su vida. La iconografía cristiana, pues, al separarnos la vida carnal de la espiritual que sobrevendrá después de la muerte, nos presenta también claramente dos aspectos distintos del diablo, mostrándonos por un lado a un diablo obedeciendo servilmente los deseos de los hombres durante toda la vida de estos... pero atormentándolos más tarde implacablemente después de su muerte. Este doble simbolismo, que tiene sus bases en la creencia de la existencia de un «más allá», irá indisolublemente unido a la imagen del diablo hasta nuestros días.

El diablo y la religión

Nos encontramos pues —y hemos hablado de ello al referirnos a la Inquisición— con que el diablo es una institución enteramente cristiana. El cristianismo es el que le



Los druidas tenían extraños poderes, entre los que se les atribuía el de poder conjurar a los demonios. Es por ello, y porque iban en contra de su total dominio sobre ciertas regiones del imperio, que los romanos los persiguieron tanto en las Galias como en Britannia, hasta su casi total destrucción. Esta ilustración de Gray Morrow nos trae todo el espíritu simbólico de esta evocación.

dará todas sus formas y su constitución, le dotará de sus atributos, y creará toda una ciencia a su alrededor: la demonología. Demonología que será una antítesis pura y simple de la Teología o estudio de Dios y que, como ésta, tendrá sus grandes tratadistas y filósofos.

El diablo empezará a gozar, con todo ello, de una creciente popularidad. Mientras que, en los tiempos antiguos, el demonio era el chivo expiatorio a cuya malevolenca se cargaban todas las desgracias que recaían sobre la humanidad, y más tarde un elemento de coerción que empujaba al hombre al bien ante el temor al castigo —aunque la Biblia nos hable ya en algunas ocasiones de *tratos* con el diablo—, la Edad Media nos ofrece un profundo cambio en este orden de ideas. De pronto, observamos, un gran número de hombres y mujeres dejan de temer al diablo para quererlo, para desearlo, para adorarlo, para convertirse en sus aliados, y servidores. ¿Por qué todo esto? No es, ciertamente, tan sólo a causa de la creciente importancia que le va dando la Iglesia... aunque esto, indudablemente, influya en todo el contexto. Muchos autores creen ver la motivación última de este creciente interés e inclinación hacia el diablo de una parte del pueblo medieval en la gran riqueza y poder que poseía la Iglesia por aquel entonces. En efecto, durante todo el medioevo, la Iglesia se caracterizó por la exhibición de una gran riqueza material, que se traslucía tanto en el poder que detentaban sus miembros como en el lujo de sus obras, en los tesoros que albergaban sus catedrales, en sus cultos, en su liturgia. Era lógico que esta desmesurada ostentación de riqueza, ante la miseria de la mayoría del pueblo, hiciera que muchos se preguntaran: si la Iglesia —si Dios— es tan rico y poderoso, mientras que nosotros pasamos tanta hambre y tanta miseria; si el Señor nos ha rehusado la posesión de todos estos bienes y pertenencias, dándoselos en cambio tan sólo a sus ministros, ¿por qué no pedírselos nosotros al Diablo que, como enemigo ancestral de Dios, se hallará también en situación de dárnoslos, y lo hará gustosamente con tal de que reneguemos de Dios? ¿Por qué no convertir al diablo en nuestro dios, para que nos dé las riquezas y el poder que la Iglesia nos niega?

Así es probable que se iniciara el culto al demonio... un culto que, lejos de disminuir con el tiempo, fue aumentando progresivamente, ganando adeptos día a día... ya que el diablo, como personificación del mal, no entiende de actos lícitos e ilícitos, por lo que para él todos los actos están permitidos, incluso los más excecables, mientras que la Iglesia por el contrario, prohibe más cosas que las que permite.

Como dice muy bien Grillot de Givry, la realización de esta lógica

El Bafomet de los Templarios

El Bafomet de los Templarios es un nombre que debe leerse cabalísticamente, en sentido inverso, y está compuesto de tres abreviaturas: TEM, OHP y AB: Templi ommum hominum pacis abbas, *el padre del templo, paz universal a los hombres.*

El Bafomet era, según unos, una cabeza monstruosa; según otros, un demonio en forma de macho cabrío. Últimamente fue desenterrado un cofre esculpido de las ruinas de un antiguo templo, y los anticuarios observaron en él una figura bafomética, conforme, en cuanto a los atributos, a nuestro macho cabrío de Mendés y a la andrógina de Khunrath. Esta figura es barbuda, con

La mente de los artistas medievales estaba tan imbuida por la idea del diablo que éste aparecía en todas sus obras, como lo demuestran las catedrales; en las cuales hallamos miles de representaciones distintas de los espíritus infernales. Entre los más conocidos se hallan las quimeras en perpetua guardia en la catedral de París, y que reproducimos en estas dos ilustraciones: en la primera, «el pensador», y en la segunda, «el dragón» y «el águila de las uvas».

cuerpo entero de mujer; tiene en una mano el Sol y en la otra la Luna, atados a unas cadenas. Es una hermosa alegoría que esta cabeza viril atribuye sólo al pensamiento iniciador y creador. La cabeza, aquí, representa el espíritu, y el cuerpo de mujer la materia. Los astros encadenados a la forma humana y dirigidos por esta naturaleza, en la que la inteligencia es la cabeza, ofrecen también una hermosa alegoría. Pese a todo, el signo en conjunto no ha dejado de ser considerado como obsceno y diabólico por los sabios que lo examinaron...»

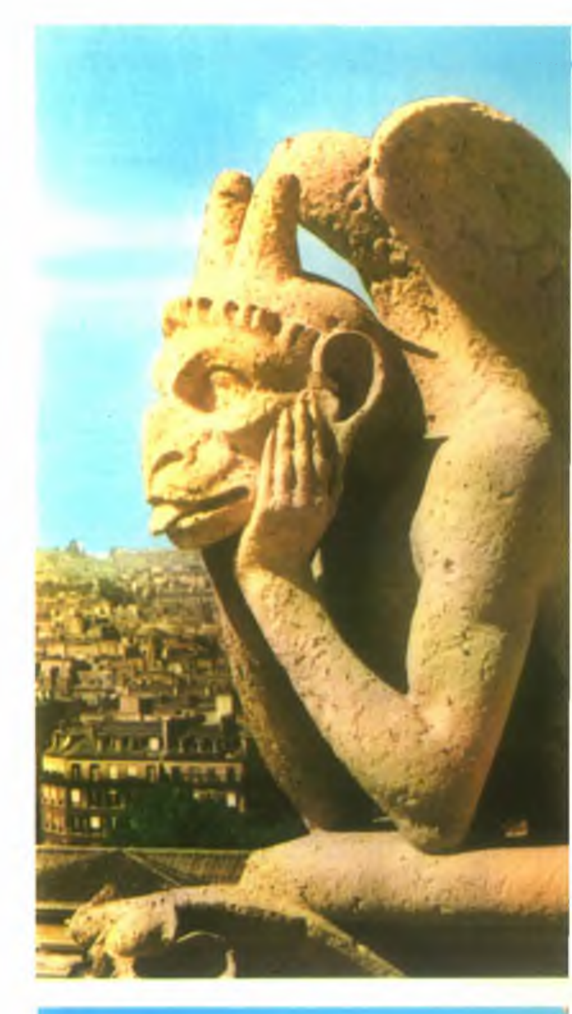
Eliphas Levi, «Dogme et rituel de toute magie».

debía de ser fatal: no se muestra impunemente al diablo en las catedrales, durante diez siglos, a treinta generaciones de seres humanos, sin que aparezcan curiosos deseosos de ir a verlo realmente, aduladores para ir a hacerle la corte, revolucionarios para entregrase a él en cuerpo y alma. El diablo empezó a tener así sus servidores... que son los que han llevado su leyenda hasta nuestros días.

Las huestes del diablo

El diablo, que en un principio fue solamente un ser oscuro y misterioso, apenas una sombra que adoptaba mil formas distintas pero jamás ninguna definida, que era considerado como la huella de un castigo más que como una realidad material, empieza a tomar cuerpo, a personificarse, con los judíos. Es en la época judía cuando el diablo empieza a presentar características propias y exclusivas, se le crea una fisonomía concreta: la apariencia de macho cabrío, los cuernos...

La Edad Media, más tarde, no solamente se limitará a darle forma corporal —aspecto en el que coinciden todos los autores— definida, sino que lo rodeará además de unas completas y disciplinadas huestes diabólicas, lo que se podría llamar el *ejército del infierno.* Al hablar de la Inquisición citamos el número calculado de demonios en 7.405.926... número eminentemente mágico, ya que resulta de multiplicar el gran número pitagórico por seis, es decir, 1234321 ×6. Cada uno de estos siete millones y pico





Para los románticos, el infierno se convierte, de un lugar de sufrimiento y horror, en un extraño y barroco amontonamiento de diablos y penitentes que forman un conjunto que está muy lejos de las imágenes tenebrosas creadas por la Iglesia. (Grabado de C. N. Cochin, realizado en el siglo XVIII).



El diablo

«Arcano decimoquinto del Tarot. Aparece como Baphomet de los Templarios, macho cabrío en la cabeza y las patas, mujer en los senos y brazos. Como la esfinge griega, integra los cuatro elementos: sus piernas negras corresponden a la tierra y a los espíritus de las profundidades; las escamas verdes de sus flancos aluden al agua, a las ondinas, a la disolución; sus alas azules aluden a los silfos, pero también a los murciélagos por su forma membranosa; la cabeza roja se relaciona con el fuego y las salamandras. El diablo persigue como finalidad la regresión o el estancamiento en lo fragmentado, inferior, diverso y discontinuo. Se relaciona este arcano con la instintividad, el deseo en todas sus formas pasionales, las artes mágicas, el desorden y la perversión.»

Oswald Wirth, «Le Tarot des imagiers du Moyen Âge».

de demonios responde por un nombre concreto y, si bien nadie se ha atrevido hasta ahora a hacer una relación completa de todos ellos por lo ingente del trabajo, muchos autores sí han *fabricado* una lista de las figuras principales de esta «monarquía» del averno, desde Miguel Psellus hasta Juan Wier, desde Juan Wier hasta Collin de Plancy, desde Collin de Plancy hasta el cabalista Bodin.

Naturalmente, no todos los autores están de acuerdo en su clasificación, ni siquera en los nombres y atributos dados a los distintos demonios. Muchos de ellos, por otra parte, son extraídos del Antiguo Testamento donde se hallan ya citados: Satanás, el príncipe de los demonios, llamado también Lucifer; Leviatán, citado por Isaías; Belial, citado por Salomón; el íncubo Asmodai... El Nuevo Testamento, por su parte, añadirá otros nombres: Belcebú, nombrado por Cristo; Abaddon, el destructor, el ángel exterminador del Apocalipsis, jefe de los demonios de la séptima dinastía...

Los demonólogos posteriores perfilarán y completarán todas estas descripciones. Así, Psellus divide a los diablos en seis categorías, correspondientes a los diablos del fuego, que habitan lejos de nosotros, los diablos del aire, invisibles y que son los causantes de los fenómenos atmosféricos, los diablos de la tierra (que son nuestros directos tentadores) los diablos del agua, que causan los naufragios y las muertes en el mar, los diablos del subsuelo, responsables de los terremotos y las erupciones volcánicas, y los diablos de las tinieblas que como tales, no se muestran jamás a nuestra vista.

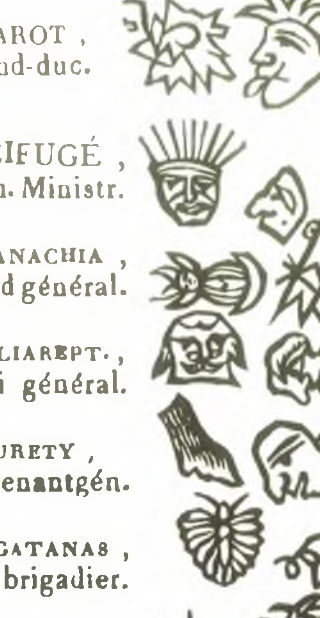




Hay una serie de símbolos y signos que están estrechamente ligados con la idea del Diablo, como el que reproducimos aquí, en el que se ven identificados dos símbolos opuestos: la cruz y el tridente.

Otros autores son más personalistas, atribuyendo a las principales figuras del reino diabólico no sólo nombres sino también firmas y sellos, que, afirman, deberán observar con cuidado todos aquellos que hagan un pacto con ellos para evitar el engaño. El «Libro de San Cipriano», uno de los más conocidos libros de grimorios, que dedica un dilatado espacio a los pactos, nos ofrece toda la jerarquía de estos demonios y su grado y sello, que les ofrecemos, como curiosidad, en una de nuestras ilustraciones. Hay que señalar al respecto un hecho curioso: los diablos reseñados no solamente tienen nombre, firma y sello, sino también una especialización, y el pactante debe tener esto muy en cuenta para no pedir a un diablo lo que es dominio de otro. Así Lucífugo tiene poder sobre las riquezas y tesoros escondidos, Satanakia rinde inmediatamente al pactante a todas las mujeres del mundo, por inaccesibles que sean, Aligaretph es especialista en descubrir los misterios de las cortes, Fleurety posee dominio sobre los elementos y puede hacer llover, nevar o granizar allí donde le plazca a su protegido, Sargatanás puede volver invisible al pactante o transportarlo instantáneamente a donde desee o permitirle ver el interior de las casas por muy cerradas que estén...

Juan Wier, discípulo de Agrippa, escribió el «Libro de Oro del Averno», en el que ofrecía la «Guía Oficial» de los altos cargos del Estado Diabólico, que presentaba una interesante particularidad: Satanás ha sido destronado por otro diablo, Belcebú (o Belzebuth), pasando a convertirse en el jefe de la oposición. Por lo demás, los diablos se escalonan tras ellos en una estudiada y mundana jerarquía, que comprende primero a siete reyes, luego a ocho príncipes y grandes dignatarios, cuarenta y ocho duques, marqueses y condes, una infinidad de caballeros, un cuerpo de ministros de despacho, otro de justicia, una casa de los príncipes, un negociado de gastos secretos, ¡y hasta un cuerpo diplomático con embajadores en todos los países, incluso en la Santa Sede!



Existen algunos curiosos documentos en los cuales se conservan unos supuestos sellos oficiales que los diablos medievales, curiosamente divididos en castas y categorías, utilizaban para sus relaciones y pactos con los seres humanos. En este grabado extraído de «Le Dragon Rouge» (Avignon, 1522), podemos ver los de Lucifer, emperador; Belcebuth, príncipe; Astarot, gran duque; Lucifugé, primer ministro; Sanatachia, gran general; Agaliarept, también general; Fleurety, teniente general; Sargatanás, brigadier, y Nebiros, mariscal de campo.

Las torturas del infierno, los diablos atormentando a los pecadores después de su muerte, por toda una eternidad, han sido una inspiración constante para los artistas de todos los tiempos y todas las escuelas. Hieronymus Bosch, uno de los más imaginativos pintores del siglo XVI, nos ofrece una impresionante muestra de esta predilección en este fragmento de su tela «El juicio final».



El ceremonial del muñeco de cera

«El volt del embrujamiento mágico es la figura de cera hecha a semejanza de la persona a la que se quiere perder. Cuanto mayor sea el parecido más probabilidades hay de que obre el maleficio. Si en la composición del volt puede el brujo echar unas gotas de crisma o fragmentos de hostia consagrada y ralladuras de uña o de un diente, o los cabellos de su futura victima, cree que esto da una gran eficacia a su obra. Si puede procurarse una prenda de vestir muy usada del embrujado, cortará de ella un traje para la figurilla de cera, traje que debe parecerse al de su modelo viviente.

La tradición quiere que se administren a este muñeco todos los sacramentos que haya podido recibir el embrujado: Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Sacerdocio y hasta Extremaunción. Luego la execración se practica clavando en la figurilla gran número de alfileres envenena-

Collin de Plancy, en su «diccionario infernal», llegó aún más lejos, ofreciendo no sólo la jerarquía de dignidades del infierno, sino incluso la biografía de cada uno de los demonios y hasta sus retratos algunos de los cuales reproducimos también aquí. De todos modos, hay que señalar que Plancy no fue el único que quiso ofrecer una representación visual del diablo y de sus huestes, sino que muchos otros, antes y después que él, hicieron lo mismo, sin que, por supuesto, ninguna de sus «representaciones» se parecieran en lo más mínimo las unas a las otras.

Porque una de las características del diablo es la de que, como ser no corporal que es, puede adoptar cualquier forma, y así presentarse bajo cualquier actitud entre los hombres. Cuando no adopta la forma humana, sus formas preferidas son las de dragón, de lobo, de gato, de buho... y de estas dos últimas

El diablo cristiano puede ser esclavo del hombre durante la vida de éste, pero cobra su tributo luego, después de su muerte, con las torturas del infierno. (En el grabado, un fragmento del fresco ejecutado por Luca Signorelli entre 1499 y 1503 para la capilla de San Brizio, en la catedral de Orvieto, inspirado en la Divina Comedia).



dos, con gran acopio de injurias para excitar el odio, o bien arañándola con vidrios o espinas venenosas empapadas en sangre corrompida.

A veces se reemplaza la figurita de cera con un sapo; pero las ceremonias imprecatorias son las mismas. Otra práctica quiere que el sapo sea atado con cabellos de la víctima y, después de haber escupido sobre él, se le entierra bajo el umbral de la casa del embrujado, o en otro sitio que tenga que frecuentar todos los días.»

Estanislao de Guaita,
«Le Temple de Satan».

formas precisamente surgieron las creencias medievales de los «familiares» de los brujos, demonios que, escondidos bajo la apariencia de estos animales, vivían bajo el mismo techo que sus protegidos y les ayudaban en sus menesteres... de donde se explican las verdaderas hecatombes de búhos y gatos negros que se produjeron en algunos países en determinadas épocas, motivadas por la creencia de que, matando a estos animales, se destruían los poderes de las brujas que los utilizaban para sus maleficios.

Los íncubos y los súcubos

Todos estos autores, por otro lado, son unánimes en atribuir a las huestes del averno en general un denominador común: la masculinidad. Todos los diablos son varones, a excepción de Pititis, único diablo hembra, que desempeña en el infierno el papel de cantinera y concubina, y que por supuesto tiene poder en todos los asuntos que tocan al sexo.



«La boca del infierno», grabado perteneciente al libro de Jacobus de Theramo «Das Buch Belial», aparecido en Augsburgo en el año 1473.

Sin embargo, ya desde antiguo se hablaba de diablos «hembras». El Talmud nos habla ya de las relaciones carnales de Eva y Adán con los príncipes de las tinieblas, con los diablos, con Pan y Lilith, que se convertirán más tarde en los príncipes de los íncubos y los súcubos.

Íncubos y súcubos. Textualmente, según la definición que nos da Bodin de estas dos palabras, diablos machos y hembras cuya misión es tener tratos carnales respectivamente con las mujeres y los hombres. Luego, preguntaremos inmediatamente, ¿tienen sexo los diablos? Siendo espíritus, por supuesto que uno... aunque su facultad de adoptar las formas que deseen les permita presentarse bajo apariencia tanto masculina como femenina. De hecho, los íncubos y los súcubos no son más que *representaciones* de un determinado y único tipo de diablo, cuya misión especifica es el tener relaciones carnales con los participantes (hombres y mujeres) a las orgías demoníacas, a los sabbats, a los aquelarres. Más modernamente, los íncubos y los súcubos han sido definidos más bien como los diablos que poseen sexualmente a sus víctimas durante el sueño... lo cual no es más que una simple forma de definir una obsesión.

Pero los íncubos y los súcubos tuvieron una gran importancia durante la Edad Media, y la siguen teniendo aún en algunos países. Y la seguirán teniendo en el futuro, pues los íncubos y los súcubos son la representación diabólica de los dos principios que forman el elemento más importante de la vida humana: el sexo.



¿Cómo es el diablo?

Pero, a todo esto, hemos visto multitud de representaciones del príncipe de los avernos y de sus huestes, pero sin que ninguna de ellas fuera definida ni definitiva. ¿Cómo es en realidad el diablo?

Naturalmente, a esto hay que responder que nadie lo sabe exactamente, puesto que, como ser inmaterial que es, nadie puede verlo ni concebirlo en su forma original. Lo único que podemos ver en él son sus disfraces, sus máscaras, sus envolturas... la capa material con que se viste para hacerse visible a los ojos de los hombres. Y ya es sabido que el diablo es veleidoso, por lo que nunca adoptará, para aparecerse a los hombres dos disfraces iguales.



La caldera del infierno, los tormentos por el fuego, son un tema viejo de la demonología cristiana. («Diablos atormentando a los lujuriosos en un pozo de fuego y de azufre», grabado aparecido en el «Grand calendrier et compost des bergers», editado en Lyon en 1633).

El diablo-hombre



A partir de 1800, el diablo deja de representarse con los horrendos atributos medievales para humanizarse. Algunos escritores ante la transformación, dicen irónicamente que «el diablo se ha vestido con traje de calle». Efectivamente, el diablo del siglo XX podría confundirse con cualquiera de los hombres con que nos cruzamos cada día por la calle, usted, yo... Giovanni Papini, en su obra «El Diablo», da su magnífica versión de este hecho:

«Esta transformación moderna del viejo y horrendo Satanás no se debe únicamente a motivos estéticos. Hoy los hombres sienten que el demonio está continuamente entre ellos mismos y que, por ello, se les parece en todo, incluso en la vestimenta. Es un compañero de ruta y de vida, un sosías, un doble, un hermano carnal. El diablo se ha encarnado, se ha hecho hombre: el Hombre.»

De todos modos, hay una serie de «envolturas» que son clásicas de la demonología. La demonología cristiana, por ejemplo, nos habla del diablo como de la serpiente que tentó a nuestros primeros padres, utilizando tal vez para ello la analogía de la palabra hebrea «saraf», que quiere decir a la vez «serafín» (el diablo, antes de su rebelión, había sido un ángel) y «serpiente».

Pero la apariencia «clásica» del diablo, la más prodigada y la más conocida es, indudablemente, la del macho cabrío. El macho cabrío, mezcla del Mendés egipcio, el macho cabrío de la antigüedad traído a Europa por las cruzadas, con el Bafomet de los templarios, es a la vez la representación tanto cristiana como mágica del diablo. El macho cabrío era venerado ya en la antigüedad: el Antiguo Testamento nos habla del culto a los dioses idolátricos, entre los que éste se encontraba en primer término; en Egipto, durante un tiempo, se dio el nombre de macho cabrío a los reyes y grandes jefes como muestra de su potestad. Y es así como nos ha sido representado casi siempre el diablo, principalmente en el campo de la magia... que es principalmente el que nos interesa aquí.

El diablo y la magia

Sin duda, el diablo es uno de los elementos más importantes de la magia, en cuyo honor se han escrito infinidad de grimorios y del que se han ocupado grandes personalidades. Un elemento que, en si mismo, constituye la base de uno de los tipos de magia más divulgados, no por ser el más recomendable, evidentemente, sino más bien por ser el más sensacionalista: la magia negra.

El diablo, pues, es *también* un elemento mágico. Aunque, a este respecto, debamos señalar una clara diferenciación entre el diablo cristiano y el diablo mágico. Puesto que, si bien a menudo —y principalmente en la tantas veces mencionada Edad Media— ambas concepciones se han mezclado y han





El diablo nos aparece siempre rodeado por símbolos esotéricos, pues es en el misterio, en la ignorancia y en el miedo en donde hallaba sus mejores armas para atemorizar a las gentes y lograr sus malvados fines.

Página anterior:

El arte ha cambiado, pero los temas que utiliza siguen siendo los mismos. Las representaciones del diablo que nos ofrecen las pinturas de las escuelas modernas pueden ser más o menos policromas, pero hay en ellas también toda la terrible grandeza, toda la majestuosidad de las grandes obras del Renacimiento.

aparecido como idénticas, hay un verdadero abismo entre las dos. Un abismo que, antes de entrar en materia sobre las relaciones entre el diablo y los hombres, hay que dejar bien sentado.

El diablo y los elementales

Porque, para hablar del diablo dentro de los términos de la magia, debemos volver un poco hacia atrás, para ocuparnos de nuevo de un tema que hemos tocado ya al hablar del acto mágico: las fuerzas astrales, o lo que se ha dado en llamar los *elementales*.

En magia, los elementales son seres de naturaleza semiinteligente, inconsistentes pero reales, verdaderas «coagulaciones vivientes», de luz astral. Según Eliphas Levi, la luz astral es el receptáculo de las formas. Evocadas por la razón, estas formas se producen con armo-



Ésta es la representación clásica del diablo, mezcla de hombre y macho cabrío, tal y como lo han adorado millones de gentes durante todos los tiempos.



Las representaciones modernas del diablo nos lo ofrecen como una persona idéntica a cualquiera de nosotros, despojado de todos sus atributos que lo convertían en un ser horrible y fascinante a la vez. («Les visiteurs du soir»).

nía; evocadas por la locura, aparecen desordenadas y monstruosas. Tal es el origen de las pesadillas de San Antonio y de los fantasmas del aquelarre. «Cuando se llama al diablo —dice Levi—, éste acude y se le ve. Para no morir de espanto ante su presencia para no volverse idiota, es preciso estar loco».

Tenemos, pues, que en la magia —en Alta Magia— el diablo no es más que la personificación de las fuerzas astrales, la materialización de estos *elementales* de los que hablamos al referirnos a las evocaciones, y cuya malignidad está, más que en su propia naturaleza, en la dificultad de su control. Todo lo demás, las historias de pactos y de aquelarres, todo el *folklore* demoníaco que nos ha legado la Edad Media, no es más que eso: folklore. Porque, para la verdadera Magia, el diablo —el diablo de la brujería y de la hechicería—, como tal, no existe.

12 Los adoradores del diablo





Las brujas se preparan para el sabbat: al fondo, una de ellas se unta con el ungüento de las brujas, mientras los diablos empiezan a aparecer ya por todas partes. («Dictionnaire infernel», Collin de Plancy).

«Digamos muy alto —dice Eliphas Levi— que Satán, como personalidad superior y como potencia, no existe.»

En efecto, nos señala el gran teórico de la magia al hablar de todo lo que concierne a la demonología: si puede definirse a Dios como «aquel que existe», ¿no ha de definirse, por analogía, a su enemigo y antagonista como «aquel que necesariamente no ha de existir»? La afirmación absoluta del bien implica en sí misma la negación absoluta del mal. Si el infierno es una justicia, se convierte necesariamente en un bien. El demonio, por lo tanto, como elemento puro del mal, sencillamente no puede existir.

Sin embargo, miles, millones de seres humanos, a través de muchos siglos de historia, lo han adorado y le han dedicado lo mejor de sus vidas. La Iglesia católica ha llegado a temblar ante el poder de su imagen, y lo ha rechazado por la fuerza ya que no podía por las palabras. Aún hoy en día, en nuestro supercivilizado, supercientífico y superracionalista siglo XX, se sigue creyendo en él, se le sigue temiendo... y se le sigue también adorando.

Ya hemos dicho al hablar de él que el diablo, en su forma clásica, es una creación enteramente cristiana. El culto al diablo, por lo tanto, surge también como una reacción al cristianismo.

Tenemos pues, dos conceptos que habría que separar, pero que están tan íntimamente ligados que es imposible hacerlo. Como hemos visto en el capítulo anterior, para el mago «puro» no existe el diablo en su concepción tradicional: existen únicamente las fuerzas, los espíritus, que pueden ser algunas veces agresivos o maléficos, en cuyo caso es posible una identificación con este diablo. Pero nos hallamos con el hecho de que, al igual que la Magia general ha adoptado toda la simbología hebrea e incluso su alfabeto, la Magia negra ha hecho lo mismo con respecto al demonio, y como el cristianismo tuvo sus orígenes precisamente con el pueblo hebreo, resulta que, necesariamente, am-



El diablo según Eliphas Levi

«El macho cabrío que aquí reproducimos lleva sobre la frente el signo del pentagrama, con la punta hacia arriba, lo que basta para considerarla como símbolo de luz; hace con ambas manos el signo del ocultismo y muestra en lo bajo la luna blanca de Chesed y en lo alto la

La más antigua ilustración que se conoce y que nos muestra a brujas cabalgando sobre sus escobas, es ésta, realizada hacia 1440 en el libro «Champion de Dames», de Martin le Franc.



bos conceptos se confunden. El demonio, por lo tanto, incluso el inexistente demonio mágico, será siempre exteriormente el Diablo cristiano, aunque interiormente lo asimilemos después a cualquier otra cosa.

Siervos y dueños

Dentro de la demonología hay que distinguir dos clases de actitudes. En primer lugar, hay la demonología que podríamos llamar «ornamental», la demonología hecha de cristianismo y de superstición, la que se practicaba en la mayor parte de los casos durante el gran auge de la brujería en la Edad Media. En segundo lugar, hay la demonología puramente «mágica», la que practica el mago en la soledad de su *ocultum*. Esta última, naturalmente, no trasciende al público, por lo que lo único que nos ha llegado hasta nosotros es la capa externa de la demonología, donde los elementos tanto verdaderos como falsos, tanto mágicos como supersticiosos, se encuentran de tal modo mezclados que es imposible desentrañarlos.

Pero sí es posible en un aspecto. La actitud con respecto al diablo puede adquirir dos formas. El hombre puede o someterse al diablo, o dominarlo. Si el hombre tiene verdadera voluntad, si es fuerte, se impondrá al diablo y lo dominará; si es débil, sencillamente lo adorará y se convertirá en su siervo, esperando conseguir así algún favor.

Siervo o dueño: he aquí la gran diferencia. El verdadero mago nunca se convertirá en siervo del diablo; el falso, sí. Por tanto, poca magia hallaremos en el culto de los adoradores del diablo, salvo algunos pocos atisbos tomados de aquí y de allá. Es, usando la tantas veces mencionada comparación, el cascarón vacío de la magia, desprovisto de todo su contenido.

De todos modos, su examen es siempre interesante, porque nos permitirá situarnos en nuestro justo lugar. Vamos a ver pues la legión de los siervos del diablo... de los adoradores del macho cabrío.

La adoración demoníaca

¿Quiénes adoran al diablo? Los débiles, los perversos. Todos aquellos que no pueden entrar en el seno de la Iglesia. Los que sueñan aberraciones, los que desean nuevas experiencias. Aquellos que buscan algo nuevo y diferente en lo que les rodea.

Desde la noche de los tiempos el hombre ha adorado, según su particular concepción del mundo, al Bien o al Mal, a los dioses o a los demonios. Podríamos, por tanto, empezar hablando de las demonologías antiguas, de los adoradores de los dioses del mal en Egipto, en Caldea, en Grecia y Roma. Pero el diablo es una creación esencialmente cristiana, al menos el diablo que forma parte de nuestro mundo. A éste únicamente dedicaremos nuestra atención, pues es quien ha creado los fundamentos de la demonología que, en diversos esta-



La imaginación de Hieronymus Bosch le llevó a imaginar escenas fantásticas y diabólicas que parecen sacadas de un aquelarre: diablos monstruosos, festines orgiásticos, canibalismo... (Fragmento de «El Jardín de las Delicias», Museo del Prado, Madrid).

luna negra de Geburah. Este signo expresa el perfecto acuerdo de la misericordia con la justicia. Uno de sus brazos es femenino y el otro masculino, como en el andrógino de Khunrath, atributos que hemos debido reunir con los de nuestro macho cabrío, puesto que es un solo y mismo símbolo. La antorcha de la inteligencia, que resplandece entre sus cuernos, es la luz mágica del equilibrio universal; es también la figura del alma elevada encima de la materia, aunque teniendo la cabeza misma, como la antorcha tiene la llama. La repugnante cabeza del animal manifiesta el horror al pecado, cuyo agente material, único responsable, es el que debe llevar por siempre la pena: porque el alma es impasible en su naturaleza, y no llega a sufrir más que cuando se materializa. El caduceo que tiene en vez de órgano generador representa la vida eterna; el vientre, cubierto de escamas, es el agua; el círculo que está encima es la atmósfera; las plumas que vienen en seguida son el emblema de lo volátil; luego la humanidad está representada por los dos senos y los brazos andróginos de esa esfinge de las ciencias ocultas.»

Eliphas Levi, «Dogme et rituel de toute magie».

dios de evolución, se sigue aún practicando en algunos puntos de nuestro globo.

La adoración al diablo tiene varias formas concretas: el sabbat, la misa negra... El origen de todas estas ceremonias se halla siempre en la Edad Media, en el gran brote de culto al diablo que invadió Europa durante este período histórico y obligó a actuar a la Inquisición. ¿Por qué ocurrió todo ello? Cuando el cristianismo proscribió el ejercicio público de los antiguos cultos, nos dice Eliphas Levi, los seguidores de otras religiones se vieron reducidos a la situación de tener que reunirse en secreto para seguir celebrando sus misterios. Estas reuniones eran presididas por iniciados, los cuales establecieron entre los diversos matices de estos cultos perseguidos, una ortodoxia que la verdad mágica les ayudaba a establecer, con tanta mayor facilidad cuanto que la proscripción reunía las voluntades y apretaba los lazos de confraternidad entre ellos. Así pues, los misterios de Isis, de Ceres Eleusina, de Baco, se fundieron a los del druismo primitivo. Las asambleas se verificaban ordinariamente entre los días de Mercurio y Júpiter, o entre los de Venus y Saturno, y en ellos se preparaban los ritos de iniciación, se intercambiaban signos misteriosos de reconocimiento, se entonaban himnos simbólicos y los concelebrantes se unían en ágapes, formando la cadena mágica sucesivamente por la mesa y el baile. Luego se separaban, no sin antes haber renovado sus juramentos ante los jefes y haber recibido de ellos sus instrucciones.

En estas reuniones primitivas subsiguientes a la implantación del cristianismo puede hallarse el origen principal del esoterismo de la magia y del carácter de logias de iniciados que tienen muchas sociedades secretas. Pero también puede hallarse algo más. Porque, ¿no les dice a ustedes nada el ritual de los actos descritos para estas reuniones secretas?





El sabbat

El sabbat, nos dicen unánimemente los libros que han abordado el tema, es la reunión de brujos y brujas que, bajo la presidencia del diablo, tiene por objeto el entregarse a las orgías y excesos más espantosos... hasta tal punto que el sabbat quedará en la historia de la brujería como la obra maestra del satanismo, la ceremonia perfecta de los adoradores del diablo.

El sabbat, sin embargo, era al principio una cosa muy distinta. Originariamente, el apelativo de «sabbat» procede, según la mayor parte de autores, de la palabra hebrea «sabbath», que significa «séptimo día», (aunque generalmente los sabbats se celebren en otros días de la semana), y con la que el pueblo hebreo designaba el último día de la semana, el día festivo que tenía que ser dedicado al Señor. Aparece aquí por primera vez (y seguirá apareciendo repetidamente a lo largo de todo lo que veamos con respecto al diablo y sus seguidores) una de las características principales de la demonología: la de ser en su base una copia idéntica de la Religión, una parodia la podríamos llamar, con sus mismos ritos y costumbres, aunque todo ello invertido por completo: sustituyendo bien por mal, ortodoxia por aberración, Dios por el diablo.

Sin embargo, no todos los autores están de acuerdo en la etimología de la palabra sabbat (que encontrarán ustedes escrita de mil modos distintos en cualquier obra que consulten sobre el tema, desde sabbath hasta sabba, pasando por

El ungüento de las brujas

«Para un gran número de desdichados y desdichadas, entregados a estas locas y abominables prácticas, el sabbat no era más que una amplia pesadilla en la que los sueños parecían realidades, y que ellos mismos se procuraban por medio de brebajes, fricciones y fumigaciones narcóticas. Porta, a quien hemos señalado ya como un mixtificador, da en su Magia natural *la pretendida receta del ungüento de las brujas, por medio del cual se hacían transportar al sabbat. Se componía de manteca de niño, acónito hervido con hojas de álamo y algunas otras drogas; después, quiere que todo esto se mezcle con hollín de chimenea... lo que debe hacer poco atractiva la desnudez de las brujas que acuden al aquelarre frotadas con esa pomada.*

He aquí otra receta más seria, ofrecida igualmente por Porta, y que transcribimos en latín para dejarle íntegro todo su sabor a grimorio: Recipe: suim, acorum vulgare, pentaphyllon vespertillionis sanguinem, solanum somniferum et oleum, *todo ello hervido e incorporado junto hasta la consistencia del ungüento.»*

Eliphas Levi,
«Dogme et rituel de toute magie».





El «Compendium maleficarum», de R. P. Guaccius, es un verdadero manual de prácticas satánicas. En la serie de grabados que les ofrecemos aquí puede seguirse paso a paso todo el ritual del sabbat.



Un chivo negro representa al diablo en la forma que adoptaba para acudir a los aquelarres, tal y como se puede ver en el museo de la hechicería existente en Bourton-on-the-Water, Gloucestershire.

Página siguiente:

Los sabbats solían terminar en desenfrenadas orgías, en las que los diablos se unían indiscriminadamente a los participantes, y en los que ningún exceso era suficiente. (Detalle de un fresco de Lucas Signorelli existente en la catedral de Orvieto).

El macho cabrío entre las dos velas representa la esencia de la misa negra: una de las ceremonias más conocidas y sin embargo más mal comprendidas de toda la demonología mundial.



sábado), y así, sólo por citar un ejemplo, algunos autores creen que el sabbat proviene de la palabra francesa «s'esbettre», que significa juguetear... cuya etimología, sinceramente, no encontramos muy acertada.

De todos modos, el significado de la palabra sabbat es, ahora, taxativo y único: define la reunión periódica de los adoradores del diablo, presidida por este mismo, y que tiene por objeto adorarle y entregarse en su honor a los máximos excesos.

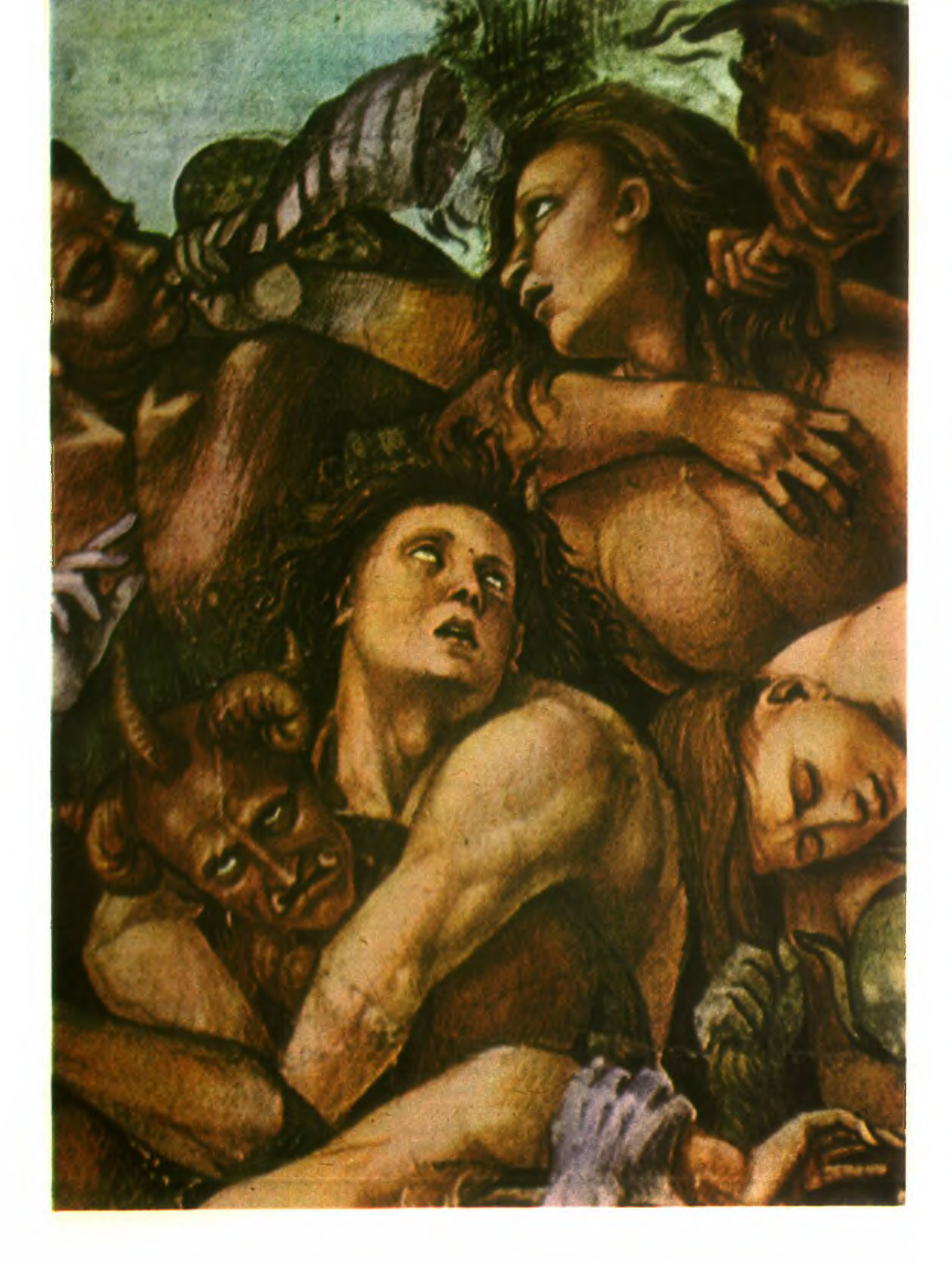
Al principio, sin embargo, el sabbat era algo muy distinto de lo que nos ha llegado hasta nosotros, y podría calificarse como la «asamblea de iniciados en la que eran recibidos los neófitos». Ciertamente, aun en aquellas ceremonias originales, que distaban mucho de ser las aberraciones que nos han legado más tarde los testimonios de los millares de procesos medievales, había ya algunos de los elementos que encontraremos después repetidos constantemente en todas las actas de los procesos, y que seguramente llegaron a la Edad Media por tradición, formando la base sobre la que se asentaría después todo el andamiaje del sabbat diabólico.

El sabbat original

Oigamos a Eliphas Levi en su descripción del sabbat original.

«El recipiendario del sabbat —dice Levi— debía ser llevado a la asamblea o, mejor dicho, conducido con los ojos cubiertos por el manto mágico, en el cual se le envolvía por completo; se le hacía pasar junto a grandes hogueras y se causaban a su alrededor ruidos espantosos. Cuando se le descubría el rostro, se hallaba rodeado de monstruos infernales y ante la presencia de un macho cabrío colosal, al cual se le obligaba a adorar. Todas estas ceremonias eran cumplidas para poner a prueba su fuerza de carácter y la confianza que le inspiraban sus iniciadores. La última prueba, especialmente, era decisiva, ya que presentaba primero al espíritu del recipiendario una cosa que tenía algo de humillante y de ridículo: debía besar respetuosamente el trasero del macho cabrío, y la orden se le impartía al neófito sin reservas ni ambages. Si rehusaba, se le cubría de nuevo la cabeza y se le transportaba lejos de la asamblea a tal velocidad que más podía creer que había sido transportado por una nube; si aceptaba, se le hacía girar en torno al ídolo simbólico y allí encontraba no un objeto obscenamente repulsivo, sino el joven y gracioso rostro de una sacerdotisa de Isis o de Maia, que le daba un ósculo maternal, tras lo cual era admitido al banquete.»

Tenemos pues, en el sabbat original, tres de los elementos fundamentales del otro sabbat que nos ha legado la brujería medieval: la presencia del macho cabrío, el beso infamante (que será llamado por los demonólogos precisamente así: «osculum infame»), y la ceremonia del banquete final de los participantes como colofón del acto. Dentro de este último elemento del banquete cabe incluir también en algunas ocasiones, aunque sea de





A veces, las brujas no iban al sabbat en su apariencia normal, sino que tomaban la apariencia de animales para pasar desapercibidas, como refleja este grabado perteneciente al libro de Ulrich Molitor «De laniis et phitonicis mulieribus», publicado en Constanza en 1489.

un modo condicionado, el elemento orgía, ya que, según el propio Eliphas Levi, algunas sectas gnósticas las practicaban en sus ágapes secretos.

Sin embargo, entre estas ceremonias de iniciación y la desorbitada idea del sabbat medieval media un abismo. El sabbat medieval es, más que otra cosa, una aberración, fruto tanto de la lógica reacción contra una época de ascetismo y opresión de todos los sentidos, como de la fuerza combinada de una Inquisición que utilizaba la tortura como medio coercitivo y unos reos que, con tal de librarse del dolor, estaban dispuestos a declarar todas las exageraciones y bestialidades que se exigieran de ellos.

Pero veamos, aunque sea oponiendo las naturales reservas, cómo se desarrollaba el sabbat medieval, según los documentos que han llegado hasta nosotros, y que proceden en su mayor parte precisamente de las actas de proceso levantadas por la Inquisición.

El sabbat medieval

El sabbat medieval, el que se realizaba bajo la tutela y dirección del diablo, y en cuyo desarrollo coinciden básicamente la mayor parte de los testimonios que han llegado hasta nosotros, se celebraba generalmente en un lugar alto que dominara el paisaje, en una colina o la falda de una montaña, en un claro o amplia explanada, y preferentemente cerca de un bosque que limitara ésta. (Los comentaristas religiosos al sabbat han visto también aquí una analogía entre demonología y religión: en el sabbat, la explanada simboliza la nave de la iglesia; el bosque limítrofe, el coro). En el lindero de este bosque se erigía el altar, encima del cual se depositaba una estatua del macho cabrío, entre cuyos cuernos se colocaba una antorcha encendida. Entonces se aguardaba la llegada de los participantes.

Participantes que, si hay que creer la tradición, venían montados en sus escobas, y muchas veces bajo la forma de animales. Estas escobas, por supuesto, debían ser preparadas convenientemente para dotarlas del poder de volar, y esto se conseguía untándolas con un ungüento especial, la grasa de las brujas, en cuya composición entraba la sangre de abubilla y de murciélago, hollín de madera y raspaduras de bronce de una campana consagrada. Un detalle curioso a observar a este respecto es que, hasta el siglo XVII, las brujas, según las representaciones gráficas que de ellas nos han llegado, montaban siempre en sus escobas puestas del revés, mientras que a partir de esta fecha cambia la técnica del vuelo y la escoba es utilizada en posición normal, hacia adelante, mientras las brujas —progresos de la ciencia— llevan siempre en la mano una vela encendida para iluminar el camino... ya que, nos habíamos olvidado de decirlo, el sabbat se celebra siempre durante la noche.

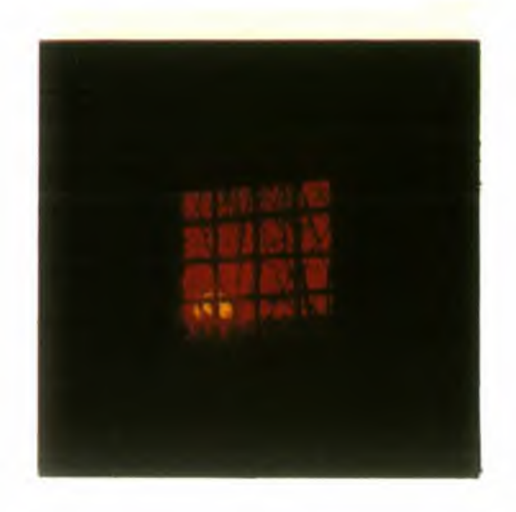


Bien, hemos llegado al lugar de reunión. Va a iniciarse el ceremonial. En su desarrollo, naturalmente, hay infinidad de variaciones, y si bien todos los testimonios coinciden siempre en lo básico, la imaginación hace que las formas en que estos elementos básicos sean desarrollados adopten mil variaciones distintas. Así, el Diablo, que casi siempre se presenta a presidir la asamblea bajo la forma de macho cabrío, algunas veces lo hace bajo la forma de un chotacabras, de un cuervo o de un gato negro, todos ellos, naturalmente, animales muy de la devoción de brujos y brujas. El número de estos brujos y brujas que se reunían alrededor del diablo es también muy variable, y podía oscilar de diez o doce hasta cien, mil, y algunas veces (si hay que creer los testimonios) incluso diez mil... si bien estaba teóricamente establecido que el número ideal de participantes era el de doce, más el diablo presidiendo la reunión. (Una nueva analogía con la religión, esta vez a través de los apóstoles en torno a Cristo). Y, naturalmente, al sabbat se acudía siempre desnudo.

Y veamos ahora el ritual de un sabbat-tipo. En primer lugar, se elegía entre todas las brujas asistentes a una «princesa», que debía ser la que oficiaría las ceremonias satánicas y cuyos requisitos eran: ser joven, hermosa... y preferentemente virgen. Si entre los asistentes había algún neófito, se le iniciaba antes de empezar las ceremonias:



El que las brujas acudieran al sabbat bajo la apariencia de animales tenía una finalidad eminentemente práctica: así, era imposible que las reconocieran sus vecinos. («Haxan», de Benjamín Christensen).



Cuando se pone el sol, cuando la oscuridad empieza a adueñarse del mundo, es la hora propicia en que las brujas engrasan sus cuerpos, montan en sus escobas, y parten volando hacia el aquelarre...

Página siguiente:

Los aquelarres solían celebrarse en una explanada o en una elevación de terreno y en ellos el diablo era rodeado por los brujos y brujas, que le ofrecían sus hijos y otros niños en sacrificio... tal y como nos muestra este cuadro de Goya.

se le rebautizaba en nombre del diablo (otra analogía), y éste lo marcaba con su uña en el párpado izquierdo; se le obligaba a profanar la cruz o algún otro sacramento cristiano, se le cambiaba la Biblia por la «Biblia negra» satánica (más analogías), y se terminaba obligándole a pasar el rito del «oculum infame». Este rito se generalizaría muy pronto, de modo que se hallaría presente en todos los sabbats, no ya para los neófitos sino también para todos los participantes. En cierto modo, decían las brujas al respecto, con un aire entre indignado y ofendido, esto no tiene nada de malo ni deshonroso: no se trata en realidad de la parte posterior del diablo, sino de un segundo rostro que éste tiene oculto bajo la cola. ¿Qué hay de malo pués en besarle el rostro al diablo?

Luego venían las dos ceremonias básicas de todo sabbat: la comida y la danza. Sobre la primera nos encontramos con gran número de versiones, pues si bien algunos brujos afirmaban que la comida que recibían del diablo era en extremo apetitosa, suculenta y compuesta por abundantes y exquisitos manjares, algunos detractores afirman que lo único que se comía en estos banquetes infernales eran carroñas y alimentos en descomposición, mientras que otros (y esta última versión se halla representada en gran número de grabados) afirman que las comidas de los sabbats eran antropófagas, y los brujos y brujas comían los despojos de los niños sacrificados durante el curso del sabbat (en algunas ocasiones se habla de estos sacrificios, aunque es difícil de creer que fuera un acto habitual dentro de las ceremonias, si bien hay constancia de algunos casos en que *sí* se produjeron), los cuales eran después hervidos en grandes pucheros y servidos en las mesas.

Pero esto último entra ya dentro de los detalles macabros del sabbat, añadidos, muchas veces, por pluma de la Inquisición. Lo que sí es cierto es que el ágape era uno de los actos más importantes del sabbat, y el que daba entrada a las orgías, ya que un estómago lleno está dispuesto siempre a los excesos. Una vez terminada la comida (fuertemente libada siempre con licores de gran poder excitante), se iniciaba el segundo gran acto del sabbat: la danza. Los participantes se unían por parejas, espalda contra espalda, y formaban un círculo, uniéndose por las manos y mirando al vecino de al lado para ir siguiendo las evoluciones. Se iniciaba el baile (acompañado según algunos testimonios por los sones de una flauta de hueso, que manejaba el propio diablo), cuyo ritmo e intensidad aumentaba gradualmente, siendo primero lento, luego más rápido, hasta terminar siendo frenético. Este tipo de baile (en círculo y con las manos entrelazadas) tiene, según la Magia, la virtud de formar la «cadena mágica» de la que ya hemos hablado, y sus virtudes excitantes son ampliamente reconocidas. Los derviches, por otro lado, utilizan también este tipo de danzas en círculo y evoluciones en redondo, primero lentas y luego cada vez más rápidas, para conseguir sus éxtasis.







Llegada de la bruja al sabbat, también tomada del «Dictionnaire Infernel», de Collin de Plancy: un diablo antropomórfico le sostiene la escoba, mientras la bruja mantiene en alto una antorcha para ver a su alrededor.

Y el baile era la puerta que conducía a la verdadera orgía. A partir de este punto los textos son cada vez más explícitos, y cada uno de ellos apunta elementos nuevos. Los asistentes al sabbat copulaban sin ninguna clase de inhibición unos con otros; el diablo, según algunas crónicas, «poseía» sin discriminación a todas las brujas participantes (cosa según las propias brujas, enormemente dolorosa para ellas, pero que había que aceptar como un signo de sumisión); en algunos sabbats no solamente se hallaba presente el diablo mayor, sino también otros diablos menores; estaban permitidos todos los excesos, y ningún acto era considerado lo suficientemente repulsivo como para detener el frenesí de los participantes. Así, el sabbat se convertía en una verdadera orgía erótica... que es en cierto modo la característica principal que de él ha llegado hasta nosotros.

La misa del sabbat

Y, según algunas crónicas, en un determinado momento, la «princesa» daba la voz de alto. Entonces se interrumpía la orgía, y se iniciaba una nueva ceremonia. La «princesa», desvestida, se tendía sobre el altar (según algunos autores se ponía de rodillas en el suelo, con las manos apoyadas en tierra, convirtiéndose así ella misma en altar), para iniciar el último rito del sabbat: el de las ofrendas. El ritual de estas ofrendas era idéntico al de lo que después sería la misa negra, de la que en realidad es origen, por lo que vamos a dejar su descripción para cuando nos ocupemos, a continuación, de esta segunda.

El sabbat se iniciaba siempre al caer la noche, y duraba siempre también hasta la madrugada. La salida del sol, el primer canto del gallo, marcaba el fin de las ceremonias. El diablo es un ente nocturno, huye de la luz y del sol. La ceremonia, así, concluía hasta la próxima semana...

El sabbat se convirtió en una verdadera institución a lo largo de toda la Edad Media, hasta tal extremo que algunos puntos se hicieron famosos por su causa. El sabbat más conocido era el del Pico Brocken, en el Hartz, una de las regiones más salvajes de Alemania, en pleno corazón de la Selva Negra, y en cuyo punto emplazó Goethe el sabbat de su «Fausto». Esta región se hizo tan famosa por



El diablo era siempre el que presidia las ceremonias del sabbat con su ominosa presencia... (Baile del sabbat. «Haxan», de Christensen.).



sus reuniones demoníacas que algunas cartas geográficas alemanas del siglo XVIII dibujaban, sobre este monte demoníaco, la imagen de una bruja montada en una escoba, para señalar esta cualidad. Otros lugares famosos fueron: la cima del Puy-de-Dôme en Auvernia, Francia; un gran claro de la campiña sueca denominado El Blocula...

El aquelarre

En España, el sabbat recibió el nombre de aquelarre, palabra derivada del vascuence *aquel* (macho cabrío) y *larre* (prado), es decir, prado del macho cabrío. Los aquelarres españoles seguían punto por punto las mismas normas de los sabbats practicados en otros países, si bien en ellos la misa de las ofrendas se anteponía siempre al banquete y al baile. Uno de los aquelarres más famosos de la península ibérica fue el del prado del Berroscoberro, en Navarra, que dio origen a uno de los procesos más sensacionales de la Inquisición española: el de la secta de Zugarramurdi, en el cual se sentó un precedente inaudito en la historia de la Inquisición: el tribunal inquisidor, presidido por Pedro de Valencia, consideró que si bien algunos he-

Página anterior:

Las ceremonias del sabbat han sido siempre un poderoso atractivo para los cineastas, que las han reproducido en muchas de sus peliculas. Éste es sólo uno de los muchos ejemplos: «Guillemette Babin», de Guillaume Radot.



chos declarados en el juicio eran ciertos y reales, otros muchos eran fruto de la imaginación y del delirio de los reos, por lo que castigó a todos los encartados únicamente por los delitos comunes perpetrados, y de acuerdo con la justicia civil, y a ninguno de ellos por el delito de brujería.

Hoy en día, tanto sabbats como aquelarres han desaparecido prácticamente de la faz de la tierra, ya que su principal motivación (para muchos autores únicamente una profunda expansión erótica en un tiempo de fuerte represión sexual, con lo que la imagen del diablo no era en el fondo más que un pretexto para dar salida a unas frustraciones y unos deseos fuertemente reprimidos) no tiene, hoy en día, razón de ser. Sin embargo, los sabbats tienen hoy sus restos de pervivencia en una serie de fiestas, de índole puramente folklórica, que recuerdan en cierto modo aquellos actos y aquellas ceremonias de otros tiempos.

Las noches de Walpurgis y de Halloween

De todas estas fiestas, las más conocidas son las noches de Walpurgis y de Halloween.

Según las crónicas que nos han llegado de ellos, los sabbats no se celebraban indistintamente en cualquier época del año, sino que existían una serie de fiestas en las que los sabbats se celebraban con una mayor asistencia y solemnidad. Estas fiestas (llamadas festivales de las cuatro estaciones) eran la Candelaria —2 de febrero— para el invierno, la noche de San Juan —23 de junio— para la primavera, el 1 de agosto para el verano, y Santo Tomás —21 de diciembre— para el invierno. Existían también algunas fechas «locales», como la de Todos los Santos —1 de noviembre— que se celebraba tradicionalmente en Escocia. Todas es-



Las velas negras, el pebetero, las máscaras, el cuchillo, los ropajes... los instrumentos están dispuestos para la misa negra...

...como también lo están sus participantes.

tas fiestas siguen conmemorándose aún, con una serie de celebraciones que no son más que pervivencias de aquellas otras que tenían lugar hace ya tiempo, y a las que se ha despojado de todo sentido demoníaco, convirtiéndose en meras fiestas folklóricas donde reina la alegría y la diversión.

Y, aparte de todas estas, había dos fechas que tenían una suma importancia dentro del calendario brujeril: la del 30 de abril y la del 31 de octubre. La primera de ellas recibía el nombre de «día del Gran Sabbat» o «Walpurgisnacht» (noche de Walpurgis), por celebrarse en la fiesta de santa Walburga, santa inglesa que murió en Alemania el año 777. Esta fiesta se celebraba especialmente en Alemania.

La noche del 31 de octubre recibía el nombre de «noche de Halloween», o de Todos los Santos, y tenía su principal tradición en Escocia, donde era ampliamente celebrada.

Y donde lo son aún. Ambas fiestas, dentro de sus especiales características y en el marco de sus correspondientes países, son hoy objeto de diversión y regocijo para los niños... pero el tema *brujería* no ha desaparecido en ellas, aunque sea solamente en su parte alegórica. Los muchachos y muchachas, en estas dos fiestas, construyen «caras» con calabazas previamente vaciadas y agujereadas, que iluminan interiormente «para alejar

...ante cuyos innobles deseos debian siempre humillarse las brujas participantes.

a las brujas de su alrededor»; se celebran procesiones y bailes, y los participantes llevan máscaras alegóricas, remedando las actividades de las brujas de otros tiempos y fingiendo que vuelan con sus escobas. Es solamente una mímica representativa... pero tiene la virtud de mantener vivo algo que, de creer en las crónicas, existió realmente hace ya tiempo.

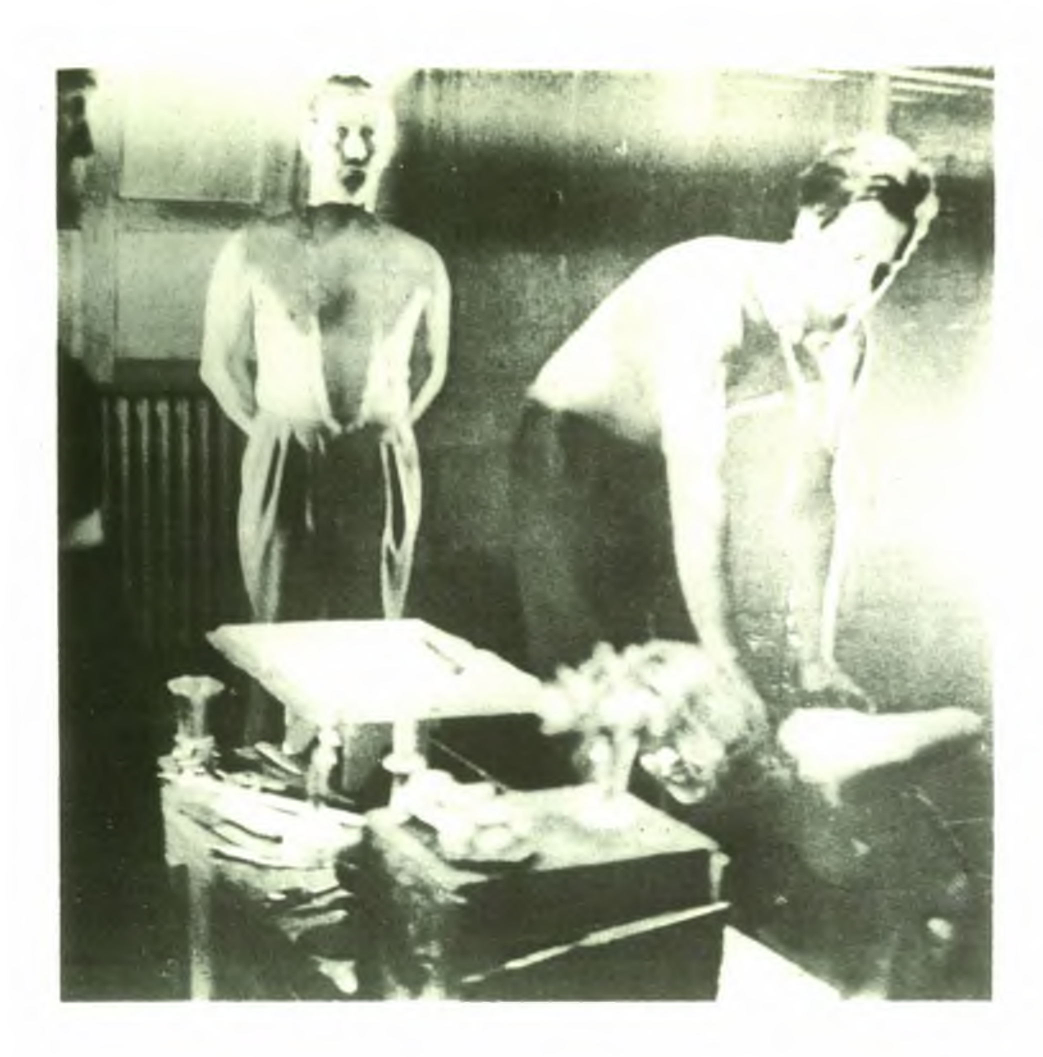


La misa negra

En el medioevo, la misa negra (que no se llamaba aún así, sino misa diabólica) era parte integrante del sabbat, del que era colofón. Como tal «misa diabólica», la que aún no era misa negra tenía sus ocultos orígenes en la más remota antigüedad, especialmente en el culto a la diosa Siva. En este aspecto, las misas diabólicas eran oficiadas por el propio diablo que presidía el sabbat, y eran en realidad una parodia herética del culto de la misa cristiana.

A principios del siglo XVII, sin embargo, el refinamiento de las cortes europeas y de la alta sociedad en general trajo consigo un refinamiento de las misas diabólicas... en unos momentos en que los sabbats, así como la brujería en general, empezaban a perder popularidad entre el pueblo. La misa diabólica empezó a convertirse entonces para los refinados (y corrompidos) cortesanos en algo así como un nuevo juego de salón, un medio más de dar satisfacción a unos deseos y unos instintos casi insaciables a través de nuevos cauces desconocidos hasta entonces.

Esto marcó el principio de la divergencia entre la misa diabólica y la misa negra. La misa diabólica, como tal, era una parte del sabbat, sin una relevancia mayor con respecto a los demás actos de éste como podían ser el banquete o el baile. La misa negra, en cambio, pasó a convertirse en una ceremonia aislada y única. En este sentido, sufrió también algunas variaciones importantes. En primer lu-



Una misa negra celebrada en la actualidad en Londres, para la filmación de la película de gran espectáculo «World by Night 3».

gar, el diablo desapareció de escena, pasando a ser, del protagonista principal del sabbat, el «lejano espíritu invocado» de la misa negra. El oficiante, entonces, tomó forma en la figura de un sacerdote apóstata. El rito, en sus lineas básicas, siguió siendo el mismo que el de la misa diabólica, si bien se incluyó en él un nuevo elemento: el sacrificio. Las misas diabólicas del sabbat consideraban el sacrificio (cruento, naturalmente) como una cosa no desdeñable para contentar al diablo, pero en absoluto como una cosa imprescindible. La misa negra, por el contrario, *exigía* este tal sacrificio. ¿Motivo? Sencillamente, que entre las variaciones introducidas entre la misa diabólica y la misa negra había otra también muy importante: su finalidad. La finalidad última de la misa diabólica, en la que tomaba parte como oficiante el propio diablo, era sencillamente rendir culto a los poderes demoníacos, a través del mismo ritual (invertido, por supuesto) con el que la Iglesia católica glorificaba a Dios. En la misa negra, en cambio, la finalidad última era siempre pedir algo. Satán se había con-



Las ceremonias similares al sabbat no sólo se han celebrado dentro del ámbito cristiano y teniendo como principe a Satanás, sino que otros muchos cultos paganos han dado origen también a otros tipos de ceremonias parecidas que tenían un mismo fin: invocar a las fuerzas del mal, se llamaran como se llamaran. («The Whitches», de Cyril Frankel).

Originalmente, la ceremonia que más tarde se denominaría sabbat era una ceremonia de iniciación, lejos de todo trato con el diablo, en la que los neófitos, con los ojos vendados, eran obligados a realizar una serie de actos entre los cuales se hallaba el besar la parte trasera de una imagen de un macho cabrío, hecho que más tarde se convertiría en el «osculum infame» del sabbat.

vertido en un elemento lejano, a veces inaccesible, que pese a todo era preciso atraer para que rindiera sus favores a los hombres. Y ya hemos dicho en diversas ocasiones que los dioses —y los demonios— exigen siempre algo a cambio de sus favores, y que uno de los actos que más les complace es un sacrificio cruento.

Es por ello que los sacrificios empezaron a ser parte importante de las misas negras. La víctima era siempre un niño de muy corta edad, preferentemente no bautizado, ya que de otro modo el sacrificio no haría más que glorificar a la víctima. Naturalmente, este sacrificio real podía sustituirse —y de hecho se sustituía muchas veces— por otro simbólico, como el de un animal, generalmente un gallo. Pero esto, decían despectivamente los buenos oficiantes de misas negras, adulteraba por completo toda la ceremonia.

Y veamos ahora cómo se celebra una misa negra. Hay que ad-





El sacrificio es un elemento indispensable dentro de la misa negra, ya que una de las formas de llamar al diablo y conseguir sus favores es ofreciéndole sangre, que puede pertenecer tanto a un niño como a una doncella...

vertir primero que a este respecto hay multitud de variaciones, no sólo según los países o épocas, sino incluso con relación a los oficiantes, a los asistentes y a la finalidad buscada. Hay, a este respecto, una gran libertad de formas, y gran parte de las diferencias que puedan hallarse entre unas y otras pueden achacarse al espíritu más o menos abierto, innovador o ávido de nuevas sensaciones de sus celebrantes y asistentes. Hay que tener en cuenta que hay misas negras que se celebran únicamente para experimentar algo nuevo, en plan *dilettante*, mientras otras son celebradas para satisfacer los más bajos instintos. Entre unas y otras habrá, naturalmente, una diferencia fundamental.

Por ello, es probable que ustedes hayan leído en algunos sitios la descripción más o menos exacta de una misa negra distinta a la que sigue a continuación. No se sorprendan: nosotros damos, aquí, solamente las bases de lo que podría-



Desde 1753, con su Witchcraft Act, Inglaterra anuló todas las leyes que perseguían a la brujería. A consecuencia de esto, numerosos «covens» o grupos de brujos han encontrado un ambiente apropiado para su desarrollo en ese país. La secuencia de fotos que les ofrecemos detallan las diversas fases de la preparación de una misa negra celebrada por uno de estos «covens», que en esta foto se dirige a un oculto lugar del Yorkshire.

Elegido el lugar, la joven de diecinueve años Maxine Morris, «alta sacerdotisa» del coven, comprueba que todo esté correctamente dispuesto en el altar: cráneo, tibias, espadas, dagas, cálices...



mos calificar de «misa negra tradicional».

Para celebrar una misa negra hay que buscar, en primer término, un lugar apropiado. Este lugar será preferentemente una iglesia en ruinas o un cementerio abandonado, aunque en muchas ocasiones se limiten a celebrarse las misas negras en lugares ocultos y aislados, como subterráneos, preparados exprofeso para tal fin por los futuros concelebrantes. Pero siempre es preferible un lugar que haya servido en algún momento de su existencia para algún fin religioso, ya que no hay que olvidar que la misa negra es, esencialmente, una parodia.

Y como tal parodia ha de tener como oficiante a un sacerdote apóstata o que haya sido repudiado por la Iglesia. Para llevar a cabo la misa negra se necesita también una hostia previamente consagrada (aunque aquí también la mayor parte de las veces se utilice únicamente una «parodia» de hostia, es decir, lo que se ha dado en llamar una «hostia negra»), una virgen y una prostituta (esta última es suprimida en muchas descripciones de misas negras, ignoramos el motivo), y, naturalmente, el público asistente.

Con todo este material previamente dispuesto, el ceremonial es como sigue: la virgen, desnuda, se tiende sobre el altar, y encima de su cuerpo se cuelga un crucifijo invertido. Luego se inicia la misa: una misa completamente idéntica

Una vez todo listo, ya es posible que Alexander Saunders, de 39 años de edad, líder del coven, y que se autodenomina «rey mago de Europa», prepare el aceite y dé la orden de que comience la danza de iniciación.

a la misa cristiana, aunque recitada al revés, y sustituyendo todas las palabras católicas por otras demoníacas: «bien» por «mal», «cielo» por «infierno», «Dios» por «diablo», etc. El cáliz es colocado entre los senos de la virgen que actúa como altar, mientras la prostituta hace de acólito. La hostia es bajada en lugar de ser elevada, al igual que el cáliz, y después es profanada por todos los asistentes. A menudo se utilizan simulacros de hostias o falsas hostias estampadas con el nombre de Satán. El sacrificio, si lo hay, viene después: la víctima es degollada sobre el altar, y su sangre utilizada como vino. Después de esto, la libertad de actos es absoluta...

Estas son, en breves palabras, las lineas básicamente tradicionales por las que se rige el ritual de la misa negra.

Ciertamente, pueden existir, y de hecho han existido, misas negras que han cumplido con todos estos requisitos. Las de la marquesa de



Tras acordonar un circulo mágico, los miembros del coven, ataviados con los ropajes adecuados al acto, inician la danza ordenada por su rey. Más tarde seguirán las ceremonias de la misa negra propiamente dicha. Pero lo «reservado» de tal acto impidió que el fotógrafo continuara tomando documentos gráficos.

...aunque luego los rituales de este sacrificio puedan adoptar mil formas diversas...



La misa negra de Carlos IX

«Atacado de un mal del cual ningún médico podía atribuir la causa, ni explicarse los espantosos efectos y síntomas, el rey Carlos IX iba a morir. La reina madre, que le dominaba por completo y que podía perder toda su influencia bajo otro reinado, la reina madre, a quien se suponía causante de esta misma enfermedad, aún en contra de sus propios intereses, puesto que esta mujer era capaz de todo, de ocultas astucias y de intereses desconocidos, consultó primero a sus astró-

Montespan, por ejemplo, son una buena muestra de ello, y constituyen también uno de los casos más característicos de misa negra *pura*. La marquesa de Montespan (Françoise Athenaïs de Montemart) era una de las favoritas de Luis XIV, y en su deseo de ser la única en este aspecto cometió las mayores atrocidades, que le valieron uno de los más escandalosos procesos de la historia de la brujería. Participó (como altar) en un sinnúmero de misas negras, oficiadas todas ellas por el abate renegado Guibourg, y en el curso de las cuales, según las actas del juicio, se dio muerte a más de dos mil quinientos niños, bajo la invocación de Astarté y Asmodeo.

Pero éstos son solamente casos aislados, aunque no por ello menos aborrecibles. En general, la misa negra, salvo contadas excepciones como la señalada, ha sido más cosa de la imaginación de sus cronistas que de la realidad: sustentada sobre unos pocos hechos desgraciada y horriblemente ciertos, lo demás se ha tejido de fantasías. Y, actualmente, la misa negra tiene ya muy poco camino por recorrer. El snobismo de las altas cortes de los siglos XVII y siguientes, mezclado siempre con la ignorancia y la superstición, ha desaparecido



Y la culminación de todas las misas negras era la aparición del diablo, en todo su esplendor infernal. (Fragmento de «El Juicio Final», de Hieronymus Bosch).

logos con respecto al Rey, recurriendo luego a la más detestable de las magias. El estado del enfermo empeoraba de día en día, hasta el punto de hacerse desesperado. En vista de esta situación, quiso consultar el oráculo de la cabeza sangrienta, y he aquí cómo se procedió a esta infernal operación:

Se buscó a un niño, hermoso de rostro e inocente de costumbres; se le hizo preparar en secreto para su primera comunión por un limosnero de palacio; cuando llegó el día, mejor dicho, la noche del sacrificio, un padre jacobino, apóstata y entregado al ejercicio oculto de la magia negra, al comenzar la media noche, en la propia alcoba del enfermo y en presencia únicamente de Catalina de Médicis y de sus fieles, procedió a decir lo que entonces se llamaba la misa del diablo.

En esta misa, celebrada ante la imagen del demonio, el niño fue degollado sobre las mismas gradas del altar. Su cabeza, separada del cuerpo de un solo tajo, fue colocada, completamente palpitante, sobre la patena, y después llevada encima de una mesa en la que ardían dos misteriosas lámparas. Entonces comenzó el exorcismo, y el demonio hubo de ser colocado en situación de pronunciar un oráculo y de responder por la cabeza y la boca de esta cabeza a una pregunta secreta que el rey no osaba hacer en voz alta y que ni siquiera había confiado a nadie. Entonces una voz dé-

ya. Siguen existiendo, por supuesto, algunas ceremonias de este tipo: por ejemplo, se dice que en el sur de Inglaterra las misas negras, según los testimonios hallados, son anormalmente frecuentes. De todos modos, la inmensa mayoría de estas celebraciones no tienen de las verdaderas misas negras más que el nombre y algún que otro detalle aislado. Son, en realidad, ceremonias híbridas, realizadas por gente snob que busca nuevas emociones y desea siempre conocer algo más... y el hecho de haber asistido a una misa negra permite siempre una larga y ponderada charla en el club de amigos, alguna aburrida noche de domingo. ¿Existen realmente las misas negras, en el sentido diabólico que hay que darle a estas dos palabras? Sí, es probable que en algún lugar se celebre aún alguna, si podemos dar este calificativo a ceremonias en las que el sacrificio ritual de un ser humano ha sido sustituido por el simbólico de un animal, en las que el diablo ha quedado relegado a un discreto segundo término y en las que lo máximo que se va a buscar son nuevas sensaciones eróticas. Las últimas misas negras que se han dado a la publicidad han sido únicamente *parodias* de misas negras, lo que convierte en nuestros días



Pero no es sólo el cine el que se complace en mostrar escenas de misas negras, sino que la misma televisión lleva a los hogares cuadros como éste, en el que se intentaba parodiar a una de tales ceremonias realizada en el siglo XVIII, en un programa de la Televisión Canadiense celebrado en Montreal.

bil, una voz extraña que no tenía nada de humana, salió de la sangrienta cabeza. Vim patior, decía esa voz en latín: "soy forzado a ello". Al recibir esta respuesta, que anunciaba sin duda al enfermo que el infierno no le protegía ya, un temblor horrible se apoderó de él y sus brazos se retorcieron... Luego gritó con voz ronca: "¡Alejad esa cabeza, alejad esa cabeza!", y hasta que exhaló el último suspiro no se le oyó decir otra cosa. Aquellos de sus servidores que no habían sido confidentes del afrentoso secreto creyeron que el Rey se hallaba perseguido por el fantasma de Coligny y que creía ver constantemente la cabeza del ilustre almirante; pero lo que agitaba al moribundo no era ya un remordimiento, sino un espanto sin esperanza y un infierno anticipado.»

Bodin,
«*De la demonomanie*».

a esta ceremonia en una doble parodia.

No, las misas negras *verdaderas* ya no existen... como lo demuestra el hecho de que, desde hace años, ningún escándalo de los aparecidos en la prensa mundial ha sido originado por este motivo. Y nadie nos negará que la celebración de una *auténtica* misa negra, caso de ser descubierta, daría origen a un verdadero *affaire* mudial.

El otro reino del diablo

El diablo, pues —el diablo tal y como lo entendían nuestros antepasados de los tiempos de la Inquisición— parece haberse alejado definitivamente de nuestro mundo, hasta tal punto que algunos autores han hablado ya de la *muerte* del diablo. El diablo, sin embargo, y pese a todo, no ha muerto: sencillamente ha evolucionado, al igual que han evolucionado los tiempos en los que le ha tocado actuar. Así como la idiosincrasia de las gentes de la Edad Media le impelían a una forma determinada de actuación, la evolución de los tiempos modernos le han obligado a hacer un giro. El diablo, sencillamente, se ha democratizado junto con la sociedad.

Pero lo seguimos teniendo a nuestro alrededor. Quizá menos evidente que antes, con una apariencia más atractiva y más disfrazada, pero a la vez más llamativa a nuestros sentidos, como corresponde al alto nivel de vida de nuestra cacareada sociedad de consumo. Para cumplir sus tareas utiliza ahora otros medios subversivos más discretos, pero también más efectivos: la literatura, la publicidad, el cine... en todos estos aspectos hallamos el asomo de un cuerno o un rabo diabólico, el mismo que aterrorizaba y fascinaba a las gentes del medioevo, y que nos fascina, ahora también, a nosotros, con sus promesas de goces y placeres.

No intentemos buscar, en nuestro tiempo, al mismo diablo de hace unos siglos, porque no lo encontraremos. Teniendo en cuenta que el diablo, según nos presenta la magia, no existe como tal, no existe como ente *personal*, sino que es sencillamente la personificación hecha por los hombres (por el deseo antropomorfista de los hombres, que siempre han deseado hacerlo todo, incluso a Dios, a su imagen y semejanza) de la abstracción del mal, no debe sorprendernos que, en buena ley, pueda presentarse junto a nosotros bajo cualquier aspecto que desee.

Olvidémonos de sabbats y de misas negras, hechos que corresponden a un pasado ya superado, y fijémonos más bien en las cosas que nos rodean. ¿No hallaremos, entre los cien mil objetos habituales que utilizamos cada día, otras cien mil nuevas versiones, cuidadosamente puestas al día, del mismo terrible y tenebroso diablo medieval?



13 Pactos y Posesiones



Hemos hablado en el capítulo anterior de los hombres que rinden culto al diablo, que se dejan dominar y esclavizar por él, aunque busquen algunos favores a cambio. Los verdaderos magos no servirán nunca al diablo: es por eso por lo que no hemos visto verdadera magia al hablar de los sabbats y las misas negras, tan sólo algunos indicios identificables con elementos tradicionalmente mágicos. Los verdaderos magos intentarán ponerse por encima del diablo o, en todo caso, tratarlo de igual a igual. Esto no quiere decir que lo consigan siempre, pero al menos no se dejarán dominar voluntariamente. La servidumbre es algo que no entra en las relaciones de los verdaderos magos con el diablo.

Entramos, pues, en el reino de los pactos.

La naturaleza de los pactos

Volvamos por unos momentos a un axioma que se hace constante a lo largo de esta obra: todo tiene su precio... nadie da algo por nada.

El pacto con el diablo es siempre, por lo tanto, un trueque. Un trueque en el que el diablo da algo, pero exige también algo a cambio. Generalmente, el alma del operador.

Pero hemos visto también a lo largo de esta obra que la magia es una ciencia completamente irracional, que para ella no son válidas las racionales leyes científicas que gobiernan nuestro mundo. La magia perentoria de los egipcios, por ejemplo, de la que ya hablamos en su momento, *exigía* a sus dioses y espíritus que atendieran sus peticiones, bajo la amenaza de privarles de sus ofrendas o arrojar sus estatuas al Nilo. Y, a cambio de estos favores, no les entregaban nada... salvo seguir manteniéndolos en su lugar. La magia, por lo tanto, prescinde de la ley de la compensación.

Por esto hay que distinguir entre las *evocaciones* (que realiza el mago para atraer a las fuerzas astrales y someterlas a su voluntad, sin la promesa de nada a cambio, sino solamente con la fuerza de su poder), y los *pactos*, en los que la

Contratos pasados en 1631 entre el diablo y Urbano Grandier, según las actas del juicio que se levantaron contra este último en su famoso y discutido proceso. En uno de ellos pueden apreciarse claramente las firmas de los diablos que intervinieron en el pacto, y que se han hecho clásicas. (Collin de Plancy, «dictionnaire infernel»).



La noche ha estado siempre ligada a la idea de los espíritus infernales. Es de noche cuando Satán prefiere aparecer ante sus víctimas, y es por ello tal vez por lo que, desde antiguo, la medianoche ha sido también la hora de las invocaciones y de los pactos con el maligno.

atracción del diablo se realiza no por el poder de la voluntad del mago, sino por la promesa de una recompensa a cambio del pacto. Así, pues, los pactos, sin ser la sumisión del hombre al diablo que representaban las ceremonias satánicas vistas hasta ahora, tampoco son el acto mágico por excelencia de la magia negra... aunque sí sean lo más aproximado que existe a ello. Como dice muy bien Eliphas Levi, muchos de los pactos que conoce la historia son algo más que meras supercherías. «Suponiendo —nos dice Levi, planteándonos con ello un interesante axioma mágico de interés general— el hecho de que los que evocan al diablo lo hacen porque *creen* firmemente en él, es lógico que lo verán en mayor o menor grado, al igual que quien cree escuchar el pitido de un tren termina siempre escuchándolo realmente, aunque este tren no exista.» «Dentro del círculo de su acción —señala Levi— todo verbo crea lo que afirma.» O, dicho más llanamente, toda palabra proferida perentoriamente tiene la virtud, dentro de su círculo de acción, de *crear* lo que ha afirmado.

La consecuencia directa de este axioma es, pues, lógica y sencilla: aquel que afirma al diablo *crea* al diablo. *Su* diablo, naturalmente. Nos alejamos aquí ya de las largas retahílas de huestes infernales, aunque muchas veces se sigan usando algunos de sus nombres por tradición. Es por ello —podríamos añadir ahora nosotros, debido a que cada hombre tiene la facultad de crear *su* propio diablo según se lo dicta su subconsciente— que el gran enemigo ha presentado a lo largo de todos los tiempos tantas, tan variadas e incluso tan monstruosas apariencias, ya que así



La evocación de las fuerzas malignas es el primer paso que conducirá al pacto diabólico. En todos los tiempos la evocación de los espíritus infernales ha sido el origen de multitud de obras pictóricas, hasta llegar a nuestros días, en los que un ilustrador de la talla del americano Frank Fracetta no ha desdeñado hacer de éste el tema de una de sus magníficas obras.



La espada, como elemento mágico repelente de las fuerzas astrales, es también un arma de protección contra el demonio...

eran las imaginaciones de quienes lo creaban. Y es por ello que el diablo ha experimentado en los últimos tiempos una tan profunda evolución, puesto que el hombre se ha despojado al fin de todo su lastre de terrores y opresiones ancestrales... para sustituirlos por otros terrores y opresiones que, por ejemplo, han hecho imaginar a muchos hombres al demonio como un hombre cualquiera vestido con una bata blanca de laboratorio.

Pero nos estamos apartando del tema: volvamos al inicio de nuestra disquisición. Aceptando el hecho de que cualquiera puede crear su propio diablo, el tema de los pactos entra ya dentro del dominio de la magia. Vamos, pues, a examinarlo con mayor atención.

El trueque

La base de todo pacto diabólico es, esto es obvio, el trueque. El demonio ofrece algo al hombre, pero pide también algo a cambio. Puede ofrecer muchas cosas, pero siempre son básicamente las mismas: la juventud, la salud, el dinero, el amor, el poder... variarán únicamente según las necesidades o los anhelos de lo que jurídicamente llamaríamos «la segunda parte contratante». En cuanto a lo que pide a cambio, la Iglesia católica, que es experta en pactos diabólicos, nos señala una sola y única cosa: el alma del condenado.

Alma, espíritu, cuerpo astral...

Acabamos de descubrir a Fausto.

En Fausto se halla la esencia misma del trueque diabólico. En

Otro de los contratos citados entre el diablo y Urbano Grandier.

la inmortal obra de Goethe, que ha dado origen a una innumerable multitud de imitaciones, y dará aún incontables más, hallamos todos los elementos que desearíamos encontrar acerca de un pacto con el diablo. No existe ninguna posibilidad que no esté representada en mayor o menor escala en la obra genial. Y en su moralizante final de *deus ex machina* se halla también el condicionamiento básico que señala siempre la Iglesia: el diablo, como espíritu maligno, no logrará nunca su presa... pero el firmante del pacto no conseguirá tampoco de él más que malaventuras.

¿Como hacer un pacto con el diablo?

Pero imaginamos que ustedes querrán saber cómo se hace un pacto con el diablo. Vamos a explicárselo a continuación.

Eliphas Levi, sentadas las bases de su axioma expresado más arriba, no rechaza en absoluto la posibilidad de pactos infernales, aunque sí exprese sus dudas sobre algunas de las «recetas contenidas en los grimorios para tal fin». Por nuestra cuenta añadiremos que las recetas citadas por Levi son las menos absurdas y desquiciadas de las que hemos tenido oportunidad de leer en los muchos grimorios que hemos consultado (¡y son miles!), la mayor parte de las cuales servirían únicamente para hacer reír a un niño. Levi, hecha esta salvedad, nos señala todos los pormenores del ritual de evocación que se debe seguir... y nos deja a solas con el diablo. Su escenificación del pacto es, a nuestro juicio, y con las reservas de rigor, una de las pocas que alían aún la magia *pura* con la magia cristiana, y es por ello precisamente que la reproducimos a continuación.

La evocación

Para conseguir éxito en las evocaciones infernales, nos dice Levi, hay que tener las siguientes cualidades: 1.º, una pertinacia invencible. 2.º, una conciencia a la vez endurecida en el crimen y muy inaccesible a los remordimientos y al



Circulo goético de las evocaciones negras y de los pactos.



Signaturas oficiales de los principes del infierno.



Signos y firmas ordinarias de los demonios.

miedo. 3.º, una ignorancia afectada o natural. 4.º, una fe ciega en todo lo que no es creíble. 5.º, una idea completamente falsa de Dios.

A continuación, hace falta: En primer término, profanar las ceremonias del culto en que se crea, y pisotear sus signos más sagrados. En segundo término, hacer un sacrificio sangriento. En tercer lugar, procurarse la horquilla mágica.

La horquilla mágica es una rama de avellano o de almendro perteneciente a un solo brote, que es necesario cortar de un solo tajo con el cuchillo nuevo que habrá servido para el sacrificio; la varita en cuestión debe terminar en forma de horquilla; esta horquilla será necesario herrarla con una horca de hierro o de acero, hecha con la misma hoja del cuchillo con la que se haya cortado.

Una vez dispuestos todos estos elementos, será preciso ayunar durante quince días, no haciendo más que una sola comida al día, sin sal, después de la puesta del sol; esta comida consistirá en pan negro y sangre sazonada con especias, sin sal, o en habas negras con hierbas lechosas y narcóticas.

Cada cinco días el futuro pactante deberá embriagarse después de la puesta del sol con vino, en el que se habrán puesto durante cinco horas, en infusión, cinco cabezas de adormideras negras y cinmo onzas, o sea 144 gramos, de cañamones triturados, todo esto contenido en un lienzo que haya sido hilado por una prostituta... aunque, en rigor, el primer lienzo que se tenga a mano puede servir, con tal de que haya sido hilado por una mujer.



Trazado el círculo sólo le queda al mago realizar las invocaciones requeridas... y esperar.

La evocación puede hacerse, ya sea en la noche del lunes al martes, ya sea en la del viernes al sábado.

Es necesario escoger un sitio solitario y abandonado, tal como un cementerio frecuentado por los malos espíritus, una casa ruinosa en medio del campo, la cripta de un convento abandonado, el lugar donde se haya cometido un asesinato, un altar druídico o un antiguo templo idolátrico.

El pactante deberá proveerse de un sayo negro, sin costuras y sin mangas, de un capacete de plomo constelado con los signos de la Luna, de Venus y de Saturno, de dos velas de sebo humano, colocadas en candelabros de madera negra tallados en forma de media luna, de dos coronas de verbena, una espada mágica de mango negro, la horquilla mágica, un vaso de cobre que contenga la sangre de la víctima, un pebetero para los perfumes, que serán: incienso, alcanfor, áloes, ámbar gris y estoraque, todo esto triturado y convertido en pastillas, que se amasarán con sangre de macho cabrío, de topo y de murciélago; también será necesario tener cuatro clavos arrancados del ataúd de un ajusticiado, la cabeza de un gato negro, alimentado durante cinco días con carne humana, un murciélago ahogado en sangre, los cuernos de un macho cabrío *cum quo puella concubuerit* (sic.), y el cráneo de un parricida. Todos estos objetos horribles y muy difíciles de conseguir deberán disponerse de la siguiente manera:

Se trazará un círculo perfecto con la espada, reservándose, sin embargo, una ruptura para salir, o un camino de salida; en el círculo se inscribirá un triángulo, y se colorará el pantáculo (pues el círculo así realizado es un pantáculo) con la sangre; después, en uno de los ángulos, se colocará el trípode, que también deberemos contar entre los objetos indispensables; en la base opuesta del triángulo se harán tres pequeños círculos, para el operador y sus dos ayudantes, y detrás del círculo del operador, la propia insignia del lábaro o el monograma de Constantino. El operador o sus acólitos deberán llevar los pies desnudos y la cabeza cubierta.

Se habrá llevado también la piel de la víctima inmolada. Esta piel, cortada a tiras, se colocará en el círculo, formándose con ella otro círculo interno, que se fijará en los cuatro rincones con los cuatro clavos del ajusticiado; cerca de los cuatro clavos, y fuera del círculo, se colocará la cabeza del gato, el cráneo humano —o más bien inhumano—, los cuernos del macho cabrío y el murciélago; se les as-



El origen de las posesiones

«Parece probado actualmente que muchos de los rasgos atribuidos a la hechicería pertenecen en realidad a los de la psicopatía. Obtenían estados de exaltación histérica por el abuso de estupefacientes, inhalaciones, brebajes o fricciones sospechosas. En una atmósfera saturada de tóxicos, las hechiceras untaban sus cuerpos con pomadas venenosas: acónito, mandrágora, helecho, belladona, opio, cáñamo indio y otras sustancias entre las que hay que señalar raspaduras de bronce de campanas y sangre de abubillas y murciélagos. Caían, de esta manera, en un estado de delirio, pasado el cual se encontraban realmente convencidas de que habían volado a través de los aires para asistir al sabbat, de haber realizado en él toda suerte de crápulas inmundas y de haber adorado a Satanás. Esto explica que muchas de ellas, al ser procesadas, jurasen haberse entregado al diablo en el aquelarre y haber realizado en su compañía las más abominables in-

En los pactos con el diablo hay siempre un elemento de peligro, pues está en juego el alma del que realiza el pacto. Pero en ciertas ocasiones el diablo puede ser engañado, tal y como aquella en que —según la tradición— San Cado logró que el diablo le construyese un puente a cambio de entregarle el alma del primero que lo cruzase, haciendo después que este primero fuera un gato, con lo que el demonio fue burlado. Imagen del famoso Pellerin de Epinal, exhibida en la Exposición la Magia del Museo Goya de Castres.

famias. Y hubo hechiceras que confesaron sus aberraciones aún en la misma hoguera.

Tal vez se podría recurrir a un hecho muy conocido de los psiquiatras. Sabido es que a veces, en la histeria, el sujeto tiene la impresión de que su cuerpo se va aligerando hasta el punto de sustraerse a las leyes de la gravedad y volar por los aires. Se observa lo mismo en sujetos normales durante ciertos sueños. La asistencia a los sabbats podía haber sido, por lo tanto, una forma desquiciada de sonambulismo.

Pero si la patología moderna intenta explicar el fenómeno de la posesión diabólica o de la entrega de sí mismo a Satanás, queda cierto, sin embargo, que todo esto adquiría en aquellos tiempos unas apariencias de impiedad sistemática y de rabia sacrílega, bajo cuyo influjo se perpetraban corrientemente crímenes de derecho común.»

L. Cristiani,
«Actualidad de Satanás»

pergerá con una rama de abedul empapada en la sangre de la víctima; después se encenderá un fuego de madera de aliso y de ciprés; las dos velas mágicas se colocarán a derecha e izquierda del operador, en las coronas de verbena, tal y como reproduce el grabado adjunto.

Se pronunciarán entonces las fórmulas de evocación que se encuentran en los elementos mágicos de Pedro de Apono o en los grimorios, sean manuscritos, sean impresos.



Las fórmulas

La del *Gran grimorio*, repetida en el vulgar *Dragón Rojo*, ha sido voluntariamente alterada al imprimirla. He aquí tal y como hay que leerla:

«Pero Adonai Eloim, Adonai, Jehová, Adonai Sabaoth, Metraton, On Agla, Adonai, Mathon, verbum pythonicum, mysterium salamandrae, conventus sylphorum, antra gnomorum, daemonia Coeli, Gad, Almousin, Gibor, Jehosua, Evam, Zariatnatmik, veni, veni, veni.»

La gran llamada de Agrippa, consiste solamente en estas palabras: Dies Mies Jeschet Boenedoesef Douvema Enitemaus. Nosotros no nos vanagloriamos de comprender el sentido de estas palabras, que quizá no lo tengan, por lo menos no deben de tener ninguno que sea razonable, puesto que ellas tienen el poder de evocar al diablo, que es la soberana sinrazón (Eliphas Levi).

Pico de la Mirándola, sin duda, por el mismo motivo, afirma que en Magia negra las palabras más bárbaras y las más absolutamente ininteligibles son las más eficaces y las mejores.

Las conjuraciones se repiten elevando la voz y con imprecaciones, amenazas, hasta que el espíritu responde. Acude, ordinariamente, precedido de un viento fuerte, que parece estremecer todo el campo. Los animales domésticos tiemblan entonces y se esconden; los asistentes sienten un soplo en su rostro y los cabellos, humedecidos por un sudor frío, se erizan.

La grande y suprema llamada, según Pedro de Apolono, es esta:

«*¡Hemen Etan! ¡Hemen Etan! ¡Hemen Etan!* El * Ati * Titeip * Azia * Hin * Teu * Minosel * vay * Achadon * vay * vaa * Eye * Aaa * Eie * Exe * A EL EL EL A ¡Hg! ¡Hau! ¡Hau! ¡Hau! ¡Hau! ¡va! ¡va! ¡va! ¡va! ¡CHAVAJOTH!

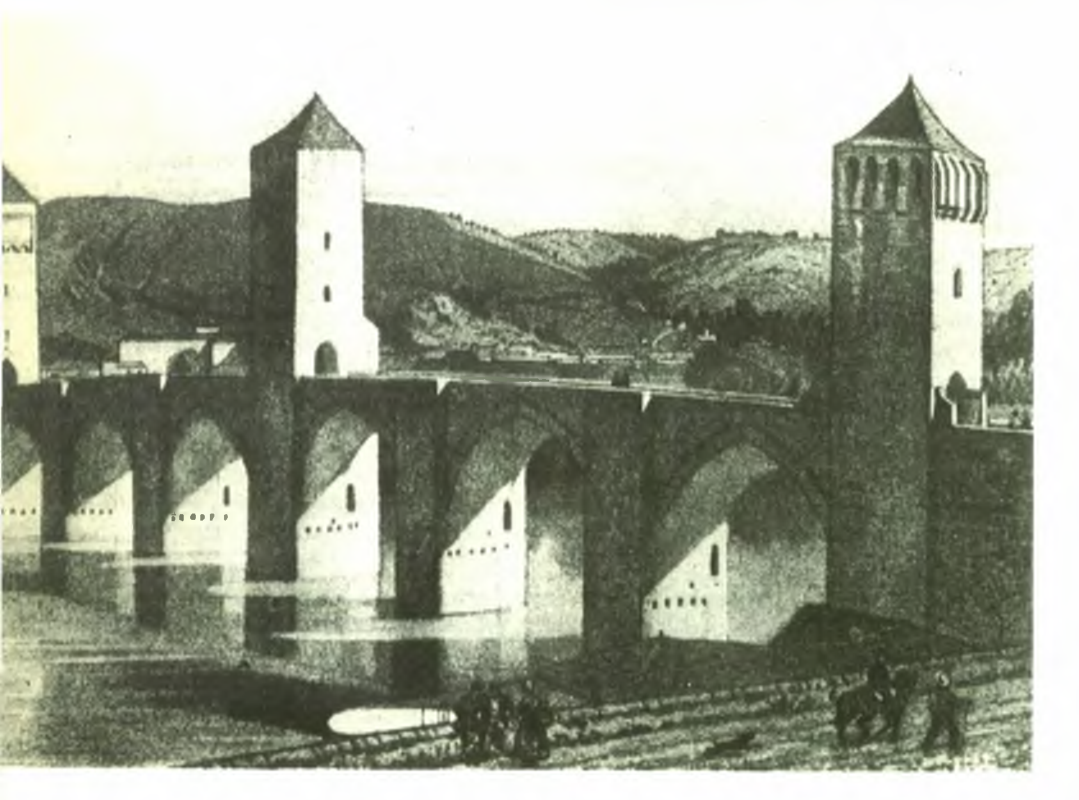
»¡Aie Saraye, aie Saraye, aie Saraye! per Eloym Archima, Rabur,

La geografía de la vieja Europa está llena de puentes que, según las leyendas populares, fueron construidos por el diablo. Este, el puente Valentré, en Cahors, es uno de ellos. (Litografía realizada en 1850 por Eugene Glück).

Bathas Super Abrac ruens superveniens Abeor Super Aberer *¡Chavajoth! ¡Chavajoth!* impero tibi per clavem Salomonis et nomen magnum Semhamphoras.»

Los pactos

Al margen reproducimos ahora los signos y las firmas ordinarias de los demonios simples (arriba), así como las signaturas oficiales de los príncipes del infierno (abajo). Todas estas firmas fueron comprobadas jurídicamente (¡jurídicamente!) y conservadas en los archivos judiciarios como piezas de convicción en el proceso del desgraciado padre Urbano Grandier. Estas firmas se hallan en la parte baja de un pacto del cual Collin de Plancy dio el facsímil en su *Diccionario Infernal* (facsímil que reproducimos también aquí) con el siguiente apostillado: «La minuta está en el infierno, en el gabinete de Lucifer» detalle bastante preciso de un sitio enormemente mal conocido y que tenía la triste fama de que los que iban a él —y que nos perdone Dante— no volvían jamás.



Una vez conseguida la evocación, nos señala Levi, lo más usual era firmar el pacto, que se escribía siempre en pergamino de piel de macho cabrío (un material muy querido para el emperador de los infiernos), con una pluma de hierro empapada en sangre del pactante, que debía extraerla de su brazo izquierdo. El pacto debía ser redactado con «tinta mágica», y según algunos grimorios utilizando para ello una pluma blanca de auca macho, concretamente la quinta del ala derecha. El pacto se hacía siempre por duplicado: una copia se entregaba al maligno que la archivaba en el averno, y la otra quedaba en poder del réprobo voluntario.

Los compromisos recíprocos eran siempre los mismos: el demonio se comprometía a servir al brujo durante un cierto período de tiempo, tras cuyo lapso éste le entregaba su alma. Si el pactante no era listo, decía premonitoramente la Iglesia, no sólo no recibía nada del diablo durante todo el tiempo que duraba el pacto, sino que después iba de plano a caer de cabeza en las grasientas marmitas del maligno; si el pactante era listo, decían avispadamente los grimorios, no sólo conseguía todo lo que le

Uno de los pactos más famosos con el diablo es el realizado supuestamente por el doctor Fausto, ya que ha encontrado tanto en la literatura como en el arte un gran eco. Vemos aquí una de las numerosas obras que ha inspirado: en este caso a Rembrandt.

pedía al diablo sino que después, a la hora de cumplir la segunda parte del pacto, podía burlarse impunemente del diablo y salvar su alma... que era, a fin de cuentas, lo que más importaba.

Generalmente, todo quedaba en la realidad en un discreto y ecuánime término medio: la mayor parte de las veces, ni el pactante recibía lo prometido, ni el demonio el alma, con lo que todo quedaba exactamente como al principio.

Locos y poseídos

Pero, pese a todo lo dicho, sí existía un peligro cuando uno jugaba con los espíritus infernales, queriendo burlar impunemente al Mefistófeles de turno. Muchos libros nos hablan de magos y hechiceros, de brujos que se han vuelto locos al intentar evocar y dominar al maligno, de gente que ha caído bajo las redes del diablo y ha sido *poseída*. Pero cuidado: hagamos rápidamente una distinción. No es lo mismo volverse loco que ser poseído.

Porque (¿lo habían supuesto ustedes ya?) aquí también hay que hacer una distinción entre magia y demonología cristiana, entre espíritus malignos (o fuerzas astrales) y diablos.

Los "poseídos"

La gran fiebre de brujería que asoló la Europa medieval (suponemos que habrán observado ya que toda la demonología arranca precisamente de la Edad Media... y que buena parte de ella muere también allí, o pervive en las edades posteriores sencillamente como un recuerdo ancestral, en la forma de unos ritos únicamente externos, fanáticos o supersticiosos, desprovistos de toda significación) tuvo uno de sus principales alicientes en las posesiones demoníacas. De hecho, la palabra «posesión demoniaca» servía a los inquisidores para explicar los aparentemente inexplicables actos demoníacos o



La invocación tiene que ser realizada bajo todas las garantías de seguridad, ya que de otro modo el diablo se apoderará rápidamente del alma del incauto... escena que nos refleja este grabado de Leon Rozé, «L'invocation au diable», existente en la Biblioteca Nacional Francesa.

Pero en otras ocasiones el pactante no es tan afortunado, y su alma cae en poder de Satanás, que gozoso la añade a la colección que ya atesora en su infierno. (Fresco de Lucas Signorelli existente en la capilla de San Brizio de la catedral de Orvieto).

El mundo alucinado de los endemoniados no termina en esta tierra, sino que saben que su tormento seguirá después en el infierno por una eternidad, ya que su cuerpo y su alma pertenecen al demonio, con lo que su desesperación no tiene limites. (Detalle de la tela «El Juicio Final» de Rubens).



de hechicería y magia negra que realizaban las personas que comúnmente habían sido consideradas, hasta aquel momento, como de una intachable conducta moral. Cuando esto sucedía, decían los inquisidores, el cuerpo del poseso debía ser liberado del demonio que se había adueñado de él: para ello, la Iglesia poseía, entramos ya en contacto con ellos al hablar de la Inquisición en general, un nutrido grupo de exorcizadores profesionales, los cuales justificaban sus fracasos cuando se producían diciendo que en muchos cuerpos habitaban no ya un solo diablo, sino varios: dos, tres, cuatro... hasta donde llegara la imaginación.

Una lista del número de posesiones registrado durante la Edad Media (lista nunca hecha más que de forma muy parcial, y que necesariamente sería siempre incompleta, pero que tal vez ayudaría enormemente a comprender la cuestión) nos señala que sólo en Roma se registraron, durante el año 1552, cincuenta casos de posesión en adultos, y ochenta en niños en 1554, ¡pertenecientes todos ellos a un mismo orfelinato! En Brandeburgo, en 1594, se registraron ochenta casos; entre las monjas del convento de Louviers, en 1642, dieciocho; en Lyon, en los años comprendidos entre 1687 y 1690, más de cincuenta casos; y, si hay que creer a F. L. Calmeil, que es quien ha recogido pacientemente todos estos datos, en Morzines (Alta Saboya), ¡ciento veinte casos entre 1857 y 1862! Sin contar entre ellos casos tan famosos como el de las ursulinas de Loudun (citado por la mayor parte de los autores al hablar de la brujería y la Inquisición, y que por la facilidad con que se pueden hallar referencias y su extensión, hemos preferido omitir), que para muchos historiadores modernos no fue más que la desdichada consecuencia de una intriga palaciega, en la que fue inculpado el padre Urbano Grandier como aliado del demonio y como res-





El diablo, para intentar atraer hacia sí a los hombres, utiliza los elementos que sabe que tendrán mayor influencia sobre ellos: el dinero, el poder, la lujuria... En el caso reflejado por el grabado en cobre de Adrian Matham, realizado en 1642, que se conserva en el Rijksprentenkabinet de Amsterdam, y que reproducimos aquí, Mefistófeles le lleva Elena a Fausto.

ponsable de haber endemoniado a todo el convento.

Todos estos datos nos remiten a pensar. ¿Existía, realmente, una *posesión*? La ciencia moderna nos habla de una serie enorme de enfermedades psíquicas y nerviosas cuyas manifestaciones externas son sorprendentemente paralelas a lo que en la Edad Media se consideraba «signos de posesión»: echar espuma por la boca, gritar palabras ininteligibles, demostrar una fuerza y una violencia mayor a la que le correspondería... ¿Cabe entonces pensar realmente en una posesión... o más bien únicamente en un estado de demencia?

Por otro lado hay que tener presente también que la mayor parte de los brujos y hechiceros que estaban convencidos ellos mismos de que tenían tratos con el diablo terminaban siempre (si antes no se les echaba a la hoguera) indefectiblemente «poseídos»... es decir, locos. La razón de esto es sencilla y lógica: el uso frecuente de pomadas, ungüentos y drogas, de sustancias excitantes, de fricciones y el conjunto de los demás excesos que practicaban desquiciaba por completo en poco tiempo su sistema nervioso, convirtiéndolo en un verdadero despojo humano. Entonces, aunque hubiera ocultado celosamente su condición de brujo, los síntomas ya no eran controlados, y era declarado «poseído». Y el ciclo se reiniciaba.

Algunos exorcizadores, muy pocos desgraciadamente, supieron encontrar en sus formas de exorcismos algunas prácticas como las que hoy vemos practicar por los psiquiatras... lo que hacía que algunas veces se produjeran éxitos milagrosos. Sin embargo, éstos eran los menos. La mayor parte de los exorcismos eran meros rituales religiosos que se recitaban en forma de letanía sobre un diablo que no existía... y de ahí su fracaso. La mayoría de los actos de exorcismo se realizaban en público, con todos los «poseídos» tendidos en el suelo en señal de sumisión, y contemplados por un gran número de fieles que asistían como si fuera una diversión más. Los exorcizados, una vez liberados de los demonios que los poseían, de-

Casi todas las culturas han creído que la locura era causada por fuerzas externas, ya sean los diablos o «la mala luna». En el grabado vemos el «baile lunático»: bajo una luna burlona, cinco mujeres transtornadas por su luz bailan como dementes.

El diablo se ha ensañado siempre con los ascetas y penitentes, hasta tal punto que son innumerables las relaciones de las tentaciones sufridas por éstos en sus destierros de penitencia y oración. San Antonio fue a este respecto uno de los más atormentados, y son numerosos los grabados y telas que representan este hecho. El que hemos escogido fue realizado por Israël van Mechenem en el siglo XV.



La tinta de los pactos

«Tómense huesos enteros de albérchigo y pónganse al fuego, reduciéndolos a carbón; cuando estén bien quemados retírense, macháquense y mézclense con igual cantidad de humo de imprenta, añádanse dos partes de agallas machacadas, una de cardenillo, y cuatro de goma pulverizada y pasada por el tamiz; póngase todo esto dentro de un puchero, que se llenará de agua de río hasta cubrir de cuatro dedos los ingredientes expresados. Hágase hervir un rato, y quedará la tinta hecha.»

Receta de un antiguo grimorio

bían retractarse, confesar sus pasadas culpas, regenerarse, cesar en sus convulsiones. Sorprendentemente, pese a todo, siempre se producía un número apreciable de curaciones. ¿Pero no ha pensado nadie que el fingirse públicamente poseído por el demonio podía ser para muchos que veían peligrar su vida y su hacienda a manos de los Inquisidores como una protección de la acusación de brujería y una vía de escape a la hoguera, ya que los poseídos por el demonio, como tales, no eran considerados como conscientes de sus actos, y por lo tanto no eran condenados? Aquí hay también un amplio tema para la reflexión...

La posesión en nuestros días

Sin embargo, aunque la posesión demoníaca sea un hecho principalmente medieval, que tuvo su gran auge y su desarrollo en los siglos XV al XVII, sigue siendo un hecho eterno. Existió en la antigüedad, incluso en la más remota, cuando las enfermedades eran consideradas en general «posesiones» de espíritus malignos... y sigue existiendo aún ahora.

Pero, como todas las prácticas de apariencia mágica o demonológica que han pervivido hasta nuestros días, la posesión demoníaca





Los estados de conocimiento de la edad media no permitían suponer que existieran enfermedades como las que hoy trata la psiquiatría, y por ello muchas de ellas eran adjudicadas a posesiones diabólicas u otras causas esotéricas. («Extracción de la piedra de la locura», de Hieronimus Bosch).

Página anterior:

Pero hay una solución: el exorcismo. La verdadera naturaleza de los exorcistas, que querían curar muchas veces por la religión algo que no era más que una enfermedad, está magistralmente plasmado por Goya en este lienzo, que se conserva en la National Gallery de Londres, y cuyo título es suficientemente elocuente: «El exorcismo».

no es, hoy, más que el resto de una superstición, que se halla extendida únicamente en las regiones más atrasadas culturalmente de algunos países, como pueden ser el sur de Italia (donde es frecuentísima), el de España, Grecia, muchos puntos de la América Latina, por supuesto toda África (aunque se trate aquí aún de dioses paganos en vez del diablo)... Es la pervivencia de unos antiguos recuerdos en lugares donde la civilización actual no ha llegado aún totalmente, donde las condiciones de vida y de cultura no distan demasiado de las que imperaban en la gleba de la Edad Media: en las pequeñas aglomeraciones campesinas, en los pequeños poblachos, en las casas aisladas en medio del campo o la montaña... lugares donde la superstición, sin nada con que enfrentarse, tiene aún características de magia, y que han dado nacimiento a una clase de «magia hechicera» a la que daremos un breve repaso dentro de pocos capítulos, al terminar este primer ciclo.

Y la posesión mágica

Pero hemos dicho que existía *también* una forma de posesión eminentemente mágica. Evidentemente existe, aunque se le deba dar cualquier otro nombre menos

Grabado alemán del siglo XVII que muestra satíricamente a unos médicos en plena actuación. Mientras uno de ellos suministra a un enfermo un purgante, otro trata de ahuyentarle los «demonios» de la cabeza a un segundo introduciéndosela en un horno.

el de posesión. La posesión demoníaca no puede existir mágicamente... porque la Magia no reconoce al diablo como tal. Existe, eso sí, ya lo hemos dicho otras veces, una energía, una fuerza astral, único plano que se halla por encima del plano terrestre y por debajo del espiritual, y que es el origen de todas las manifestaciones *energéticas* que se introducen en nuestro mundo físico. Y de este mundo se desprenden algunas veces (o pueden ser atraídos) una serie de elementos que son el origen común a todos los aspectos mágicos que vemos y seguiremos viendo: videncia, espiritismo... y demonología mágica. Estos «desprendimientos» (si puede usarse esta expresión) no son en realidad más que materializaciones, inducidas por la propia personalidad astral del mago, de una misma fuerza original, que puede transformarse en benigna o maligna si benignos o malignos son los efluvios del mago que la domina. He aquí pues, por un lado, el verdadero sentido del «pacto mágico» con el demonio (entendido como dominio absoluto de las fuerzas materializadas, en cuyo caso es un pacto unilateral, o un dominio condicionado, en cuyo caso es un pacto bilateral, aunque esta bilateralidad sea sólo en un sentido abstracto), y el de la «posesión demoníaca»... cuando estas mismas fuerzas atraídas y desatadas dentro de nuestro mundo escapan del poder del mago y se abaten sobre él.

En este último caso pueden darse dos resultados. Uno de ellos es la posesión del mago por las fuerzas astrales a través de una *vampirización* de su cuerpo, de cuyo suceso la literatura mundial nos ha dejado amplias muestras y que veremos más adelante. La segunda, más frecuente cuando el mago es demasiado débil o inexperto, es sencillamente su *destrucción total* como fuerza pensante, es decir, la completa destrucción de su cerebro, lo que da como resultado la más completa locura... a menos que el mago pueda detener a tiempo el ataque y logre salvar, pese a todo, alguna parte de su cuerpo del incontrolado poder de las fuerzas por él mismo solicitada.



Pero no todos los casos de enfermedades epilépticas fueron considerados como debidos al demonio. En uno de los más famosos casos de persecuciones contra brujas, la realizada en Salem, las muchachas que la originaron caían en convulsiones al hallarse en presencia de los supuestos bruja o brujo; bastando tal evidencia para que la persona fuera condenada a muerte, tal como en el caso que nos muestra la pintura: el juicio de George Jacobs.

La alquimia





14 Entre la magia y la ciencia: La alquimia

La Alquimia ha atraído a numerosos artistas, que han representado en sus cuadros, al típico practicante del arte en su taller, lo que nos ha permitido saber en qué escenario se desenvolvía. Uno de los pintores que más se sintió atraído por el tema fue Teniers, de quien se conocen varias pinturas sobre temas alquimistas, como esta que se conserva en el Museo del Prado de Madrid.

El laboratorio del alquimista

«A medida que nuestros ojos se acostumbran a la penumbra, mil cosas nacen y se precisan ante nuestra vista. ¿Dónde estamos, Señor: en el antro de Polifemo, o en la caverna de Vulcano?

Cerca de nosotros, una forja apagada, cubierta de polvo y de cenizas, la bigornia, el mazo, las pinzas, las tenazas: hierros oxidados, el utillaje rudo y potente del metalúrgico, parece haber naufragado allí. En un rincón, gruesos libros pesadamente aherrojados; los antifonarios, con sus cierres sellados con vetustos plomos; los cenicientos manuscritos, los grimorios cabalgando sobre el batiburrillo, volúmenes flatulentos, acribillados de notas y de fórmulas,

¿Quién entre ustedes no ha soñado alguna vez en tener el poder de convertir los metales en oro, en poseer el disolvente universal, en obtener la inmortalidad? Estos son tres de los mayores anhelos que ha tenido el hombre de todos los tiempos... y ha sido la Alquimia la ciencia que se ha encargado de ello.

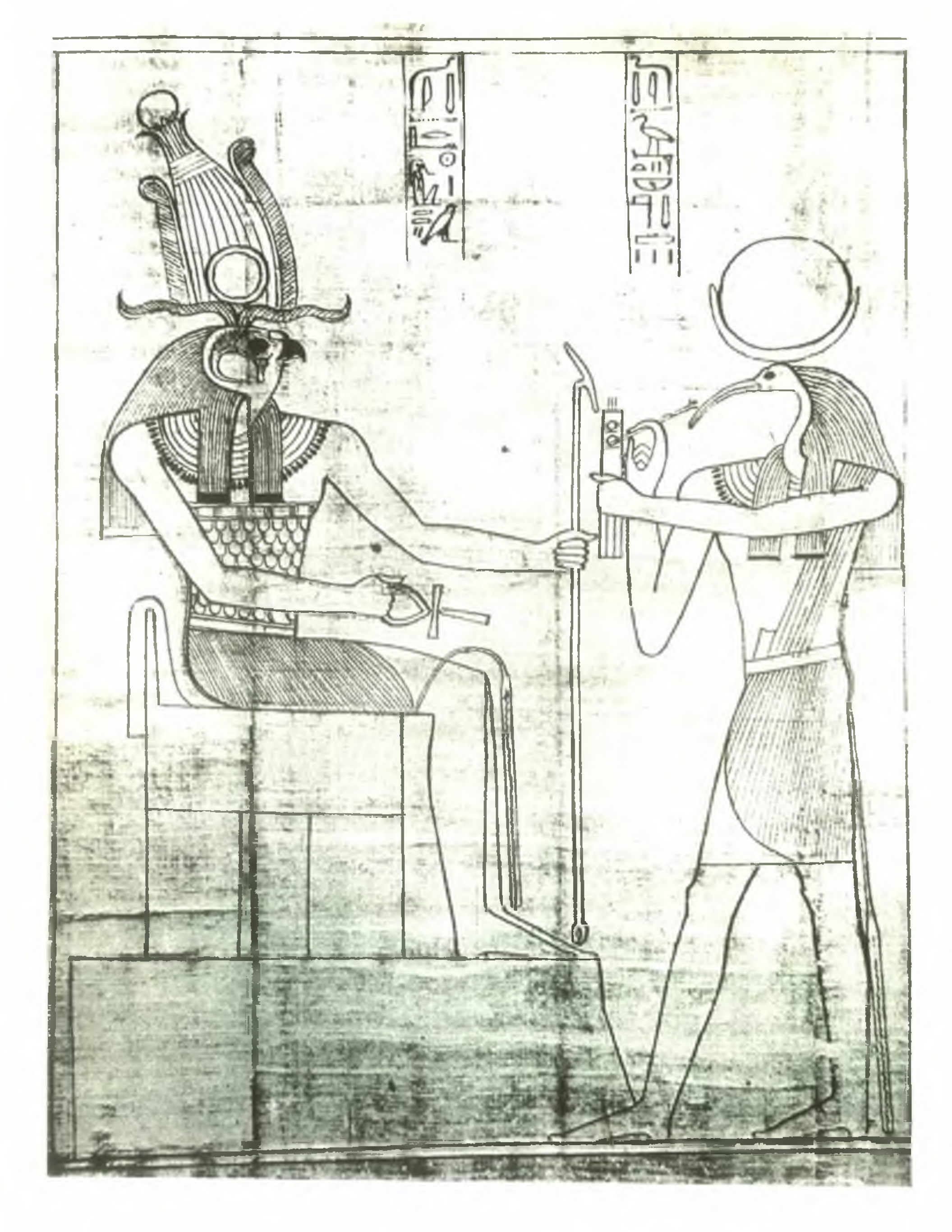
¿Ciencia? En cierto modo sí, a tenor de algunos autores. Ya que la Alquimia, nos dicen, no ha sido más que una etapa podríamos decir «prehistórica» de la moderna química (¿acaso el mismo nombre de química no es un derivado de la palabra alquimia?).

Sin embargo, para muchos otros, la Alquimia es solamente una de las formas más extendidas en el medioevo de perder lastimosamente el tiempo, el engaño más grande de todos los tiempos, uno de los mitos que ha arrastrado tras de sí más vidas humanas de toda la historia de la humanidad. Durante siglos, y en todos los lugares, miles de hombres han sacrificado inútilmente sus vidas y las de todas sus familias en pos de tres maravillosas quimeras que nunca llegaron a conseguir: fabricar oro, obtener el disolvente universal, lograr el elixir de larga vida. Aunque algunos textos nos digan, por otro lado, precisamente todo lo contrario... a despecho de los desprecios y la ignorancia de los científicos y los racionalistas, que los consideran como meras imaginaciones de exaltados. Nunca, dictaminan, ha podido convertirse el plomo en oro, puesto que es imposible transmutar los metales de unos a otros (¡sin embargo, la física nuclear sí lo ha hecho!), y el Elixir de larga vida no es más que otra quimera a añadir a la lista de Eldorados que ha ido redactando la humanidad a lo largo de su historia. El único mérito que puede atribuirse a los alquimistas, dicen, ha sido el sentar las bases sobre las cuales se des-





La famosa copa de Licurgo, que probablemente fue hecha en Italia en el transcurso del siglo IV antes de Cristo. La especial técnica empleada en su realización hace que su coloración normal adquiera tonalidades rojizas al ser iluminada desde el interior.



Pictograma egipcio perteneciente a la 21.° Dinastía, aproximadamente hacia el año 1000 antes de Cristo, extraído del papiro de Nestanbanshru, y que muestra a Tehuti (el dios Thot) de pie ante Ra Hormachis llevando los símbolos de la creación sobre la cabeza. A través de la historia de la alquimia, el dios Thot fue identificado con Hermes Trismegisto.

arrollará después una ciencia clásica, ortodoxa y muy convencional: la química.

Y, sin embargo, muchos han considerado la Alquimia como el Arte más noble a que pueda dedicarse todo ser humano, hasta el punto de darle precisamente este apelativo: *Ars Magna*, el Gran Arte... o más sencillamente el Arte.

¿Qué es la Alquimia?

¿Es todo ello realmente así? ¿Es la Alquimia una ciencia, un arte, una doctrina mística, un fraude? ¿Pueden tanto millones de personas haberse dejado embaucar por un ideal imposible, hasta el punto de dedicarle toda su vida y llegar incluso a morir por ella? ¿Puede existir en el ser humano tanto entusiasmo, ingenuidad, estupidez o como quiera llamársele, como para mantener durante siglos enteros y a través de explosiones de entusiasmo la llama de un Arte inexistente?

No. La Alquimia, como tantas otras cosas que nos rodean, no ha sido nunca comprendida por la mayor parte de los historiadores superficiales que, hasta hoy, se han encargado de contarnos *a su manera* la historia, y que han querido ver en ella, sencillamente, un primer paso, vacilante y empírico, de lo que después sería la química.

Quien quiera adentrarse en los caminos de la Alquimia ha de distinguir, antes que nada, dos clases distintas de Alquimia: la superficial o exotérica, y la profunda o esotérica. La primera, como en todas las cosas, es más conocida por ser la más pública y evidente... pero es también la que puede considerarse como «menos alquímica». La segunda, en cambio, es mucho menos conocida del gran público, pero es a ella en realidad a quien le correspondería el verdadero nombre de Alquimia. Es como en todas las cosas: fachada, e interior. La mayor parte de historiadores e investigadores de la Alquimia se han quedado en la fachada: han visto únicamente las manipulaciones de laboratorio de los alquimistas, y han juzgado. Otros han penetrado más o menos profundamente en su interior, y muchos han juzgado lo que han visto tan sólo como cosas de



La «Tabla de Esmeralda» o «Tabula Smaragdina» se atribuye a Hermes o al dios egipcio Thot. Se propone resumir los principios dei cambio en la naturaleza, y se halla, por lo tanto, en base de la doctrina alquimista.

manchados desde el incipit *al* explicit. *Unas redomas, ventrudas como buenos monjes, llenas de emulsiones opalescentes, de líquidos glaucos, herrumbrosos o encarnados, exhalan esos ácidos cuya aspereza se pega a la garganta y escuece en la nariz.*

Sobre el anaquel del horno se alinean curiosas vasijas oblongas, de cuellos cortos, estopadas y encapuchadas con cera; unos matraces, de esferas irisadas por las deposiciones metálicas, estiran sus cuellos ya helados y cilíndricos, ya retorcidamente evadidos; los alambiques verdosos, las retortas y las cazuelas de barro. Al fondo, dispuestos sobre y a todo lo largo de una cornisa de piedra, unos huevos filosofales, hialinos y elegantes, sobre sus anidadas pajuelas, contrastan con la calabaza maciza y regordeta, la praegnans cucurbita.

¡Montón caótico de arcaicos instrumentos, de materiales estrambóticos y utensilios caducados, cafarnaún de todas las ciencias, alforja de impresionantes faunas¡ Y, plantado sobre todo este desorden, fijado a la bóveda, colgando de sus alas desplegadas, el gran cuervo, hieróglifo de la muerte material y de sus descomposiciones, emblema misterioso de las no menos misteriosas operaciones...»

Fulcanelli:
«Les demeures philosophales»

iluminados. Y la mayoría, finalmente, han separado las dos clases de Alquimia como dos cosas distintas e independientes, sin comprender que precisamente en la unión de las dos está la verdadera Alquimia, y que las dos, separadas, no son absolutamente nada.

Y esta última y verdadera Alquimia, la que resulta de unir las otras dos, es la que entra de lleno en este vasto, tortuoso e ignoto campo que hemos venido en llamar Magia.

¿De dónde viene la Alquimia?

La Alquimia es un arte tan antiguo como la propia humanidad. Su nacimiento (este incierto nacimiento de todas las cosas tan antiguas que pueden fijarse los condicionamientos históricos y geográficos que las motivaron, pero nunca una fecha exacta) puede fijarse dentro de la primera «industrialización» de la humanidad primitiva. Cuando los primeros pobladores del mundo dejaron de preocuparse exclusivamente de sobrevivir, y empezaron a reunirse en comunidades, surgió lo que se ha dado en llamar la primera civilización urbana. Fue en su seno donde nacieron los primeros oficios, aparte la agricultura y el pastoreo: la carpintería, la metalurgia, la alfarería, la fabricación de tintes y colorantes... Sus técnicas eran simples, puramente intuitivas, pero funcionaban. No existía una ciencia como tal: los métodos no habían sido fruto de la investigación, sino de la casualidad y de la observación de la naturaleza. Y en todos ellos se hallaba presente la magia... esa magia característica de los pueblos primitivos de la humanidad, que quería que cada elemento común al hombre tuviera su dios particular, tanto en las cosas del cielo como en las de la tierra. Por eso, al igual que había los dioses de los elementos comunes al hombre: los metales, las piedras, los elementos, había también en el cielo los dioses de los planetas... de los que nacería, más tarde, la Astrología. Y la Alquimia, como todo el resto de la Magia, se halla también íntimamente ligada a la Astrología.

Desde muy antiguo cada planeta, cada astro, recibió un nombre, tuvo un dios... y se le asignó un metal. La relación dioses-planetas-metales es pues antiquísima. Y en esta triple relación se hallan los primeros



Aparatos alquímicos griegos para la destilación (alambiques) y digestión. Grabado tomado del libro de Berthelot «Collection des anciens alchimistes grecs». Arriba, a la derecha, puede apreciarse el «tribikos» inventado por María la Judía.



Bandeja de plata con oropeles, perteneciente al periodo romano y hallada en Francia. Es interesante comprobar la habilidad a que los primitivos artífices metalúrgicos habían llegado, hasta el punto que sus hallazgos prácticos sentarían las bases de la futura Alquimia.

La alquimia china

En China, el oro alquímico no era utilizado con fines de lucro, sino exclusivamente como medicina.

Los chinos estaban convencidos de que el oro era inmortal y, por ello, sostenían que si era absorbido por el cuerpo humano transmitiría a éste todas sus propiedades. Pero el oro, en su estado natural, no es asimilable por el cuerpo humano; por eso, la «medicina alquímica» debía ser preparada disolviendo el oro por medio de una operación alquímica que era conocida sólo por los iniciados. Preparado así, el oro alquímico se convertía en una medicina universal semejante al Elixir de larga vida occidental, capaz de hacer crecer de nuevo los dientes y el cabello, recuperar la juventud, y hacer volver la fecundidad a las mujeres seniles.

Un dato digno de ser notado al respecto es que solamente el oro alquímico era considerado como medicina, y no el natural.

Página siguiente:

Los alquimistas, para proteger sus secretos, empleaban una simbología que sólo era comprensible para los iniciados. El unicornio es uno de los símbolos pertenecientes al reino animal más característico, en el que se resumen un gran número de cualidades alquímicas. Esta pintura, perteneciente a la serie «La dame à la Licorne», se denomina «Le Toucher», y se halla en el museo de Cluny, en París.

indicios de un elemento que dominará después toda la Magia, y al que nos hemos referido ya en múltiples ocasiones: todo está en todo, todo lo que nos rodea no es más que variaciones de una misma cosa, hay una única sustancia primordial de la que ha surgido todo lo demás.

De ahí a la idea de que pueden transmutarse los metales de unos a otros hay solamente un paso.

Sobre esta base se fundamentaron los 3.000 primeros años de historia antes de Cristo... y también los 3.000 primeros años de Alquimia.

Al principio se trata, por supuesto, tan sólo de una Alquimia infusa, que ni siquiera merece el nombre de tal, y que está basada en una serie de ideas puramente intuitivas: la unión de dos metales produce otro metal distinto, el tratamiento de un metal puede hacer variar su color y sus características... todos estos fenómenos eran fácilmente interpretados por los antiguos como transmutaciones, no como distintas apariencias de un mismo metal, sino como elementos *realmente* distintos. Y esto, naturalmente, se puede aplicar a todos los metales, incluso los considerados como preciosos.

El oro, naturalmente.

Así empieza a desarrollarse el embrión de una idea, de la que nacerá después el primitivo espíritu de la Alquimia: la de «aumentar» el oro, la de conseguir cambiar otros metales en oro... ya que el oro es el metal precioso por naturaleza, el metal *noble* por naturaleza, y uno de los más codiciados también.

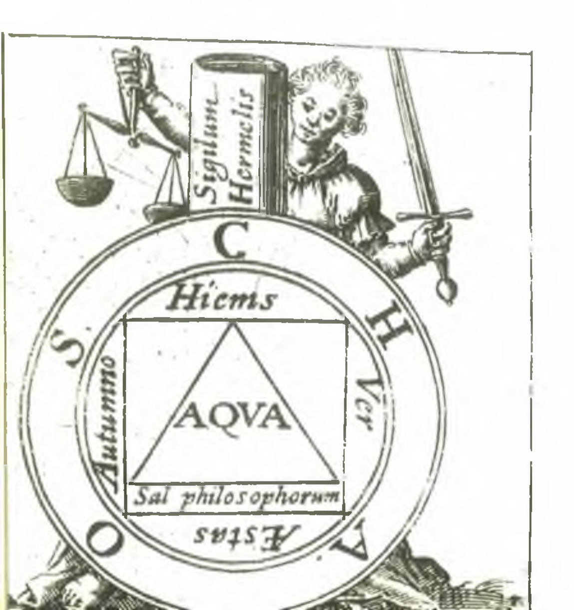
Las primeras huellas de la Alquimia aparecen ya en Mesopotamia y Egipto. El documento más antiguo sobre el particular se considera que es un edicto chino del año 144 antes de Cristo, en el cual el emperador Wen castigaba con la pena de ejecución pública «a los monederos falsos y falsificadores de oro», puesto que, según los comentaristas contemporáneos del edicto, últimamente se había resgistrado la fabricación de mucho «oro alquímico», que no era en realidad tal oro (luego hablaremos más detenidamente de él, al referirnos al «doblado» del oro). Otros historiadores de la Alquimia afirman por el contrario que el libro más antiguo sobre el particular es el griego *Physika*, de Bolos Demócrito, escrito aproximadamente en el año 200 antes de Cristo, y en el que se describe cómo fabricar oro, plata, gemas y púrpura, con fórmulas y recetas obtenidas de otras fuentes más antiguas procedentes de Egipto, Persia, Babilonia y China.

Sea como fuere, la Alquimia era ya conocida en la antigüedad (aunque no se le diera aún este nombre) como «el arte de transmutar los metales y de fabricar oro», cuya finalidad podía ser simplemente lucrativa, como ocurría en las civilizaciones europeas, o bien espiritual, como en China, donde por lo general el oro alquímico no era más que un medio por el cual se creía obtener la eterna juventud. Nos hallamos pues ya, aunque con ello nos apartemos un poco del tema, con la diferencia básica que marca en todos los tiempos las culturas y las filosofías occidentales y orientales: el materialismo secular



Página de un manuscrito hebreo, reproducida en una obra árabe sobre la alquimia y filosofía judías, y que muestra signos simbólicos que se decían haber sido hallados en las ruinas de un templo egipcio. Entre ellos pueden verse los símbolos del Sol y de la Luna, y la unión de lo superior con lo inferior, todo ello impregnado de hermetismo alquímico.

La Séptima Llave: Los materiales, con su estación del año, están encerrados dentro del caos. Grabado tomado de la obra de Basilius Valentinus «Practica Una cum Duodecim Clavibus».



de Occidente, y el espiritualismo de Oriente.

Pero aunque fuera ya conocida de los egipcios y de los griegos, es a través de los árabes que la Alquimia toma su forma definitiva, a través de la cual pervivirá durante tantos siglos y llegará hasta nosotros. A ellos se debe incluso su propio nombre, ya que la palabra *Alquimia* proviene del vocablo árabe *al-kimia,* en el que la partícula «al» es el artículo definido mientras que «kimia» significa *arte,* por lo que cabría traducir la etimología de la palabra como «El Arte»... lo cual, como hemos dicho ya, era precisamente para muchos alquimistas: el Gran Arte o *Ars Magna.*

A través del Islam, la Alquimia toma su forma concreta, y en esta situación llega a Europa para iniciar su gran expansión que durará, desde el siglo XII, hasta finales del siglo XVII, en el que Boyle, con su famosísima *The Sceptical Chymist,* marcará el inicio de una muerte que sobrevendrá de una manera definitiva (al menos públicamente) con la llegada del racionalismo y el creciente fervor por la ciencia. Pero, durante estos siglos, la Alquimia conocerá su Edad de Oro. En Francia, en Alemania, en Inglaterra, en Escocia... surgirán nombres que pasarán a la posteridad como grandes alquimistas: Alberto Magno, Roger Bacon, Flamel, Helvetitus... Reyes, papas, grandes personajes históricos, se ocuparán de ella, la protegerán, e incluso la practicarán: Carlos II, Isaac Newton, Santo Tomás de Aquino...

Las dos alquimias

Hemos señalado ya la existencia de dos distintas clases de Alquimia: una externa y otra interna, una


Osvaldi Crollii Vett:
BASILICA CHYMICA
oder
Alchymistisch Königlich Kleynod:
Ein Philosophisch durch sein selbst eigne
erfahrung confirmirte und bestättigte Beschrei-
bung und gebrauch der aller fürtrefflichsten Chi-
mischen Artzneyen so auss dem Liecht der Gna-
den und Natur genommen in sich be-
greiffen.
Beneben angehengtem seinem new-
en Tractat von den innerlichen Sig-
naturn oder zeichen der dinge.

Frontispicio del libro «Basilica Chimica», escrito en 1629 por Oswald Croll. La literatura alquimica fue muy abundante durante todo el medioevo, prosperando especialmente en los siglos XVI y XVII.



Los alquimistas famosos: Roger Bacon. Nació en Ilchester, en el condado de Somerset, el año 1214. Matemático en Paris, se hizo franciscano en Oxford. Fue el primer europeo en controlar las bases de la quimica en su «Espejo de la Alquimia». De una ciencia universal, no confiaba más que en la experiencia. Una leyenda inglesa le atribuye la creación de un misterioso androide. Visionario tanto como cientifico, predijo, en su obra «Tratado de las obras secretas de la Naturaleza y del Arte» los inventos que se realizarian en el futuro, como volar por los aires, los vehiculos sin caballos, los puentes suspendidos... Pero esta obra le valió el encarcelamiento por brujeria, del que fue librado por el papa Clemente IV. Murió en 1294.

exotérica y otra esotérica. La primera, a la que podríamos llamar «Alquimia pública», ya que es la más conocida, que busca como fin primordial conseguir la famosa piedra filosofal (o simplemente La Piedra), maravilloso material entre cuyos inefables poderes se cuenta la virtud de transformar los metales «viles», es decir, el hierro, cobre, cinc, plomo, mercurio, en metales preciosos: oro y plata. A veces, esta piedra es conocida también como el Disolvente Universal, y también algunas veces, erróneamente, como el Elixir de larga vida.

Muchas veces, estos pretendidos alquimistas exotéricos no eran más que estafadores que intentaban aprovecharse de los incautos, lo cual fue causa de muchas de las persecuciones a que se vio sometida la Alquimia y de buena parte de su descrédito. La existencia de estos falsos alquimistas no quiere decir, sin embrago, que no hubiera otros alquimistas exotéricos honestos y entregados lealmente a su labor, dedicando toda su vida a la búsqueda de estas panaceas que, a juzgar por los libros, casi nunca llegaron a conseguir.

La Alquimia esotérica, por su parte, es más una filosofia que un arte, y nació gradualmente de la idea de que solamente por medio de la gracia y del favor divinos podía llegarse a conseguir los logros alquímicos. Esto llevó pronto a una inversión de valores, hasta el punto de que para los alquimistas esotéricos la transmutación de los metales no era más que un medio a través del cual buscaban una transmutación interior.

Pero de esto ya hablaremos más adelante. Vamos a ver, primero, la Alquimia tradicional, aquella que tiene por misión principal conse-





El alquimista se mueve entre frascos y redomas, buscando su ideal. Ante la ausencia de métodos ya establecidos, debe guiarse intuitivamente por su propia perspicacia. Para ello debe fijarse bien en el color de los preparados. Un cambio de coloración, una tonalidad distinta, le indicarán si su experimento va o no por buen camino...

guir los tres objetivos ya descritos: la Piedra Filosofal, el Elixir de larga vida y el Disolvente Universal.

Los primeros alquimistas

La Alquimia, como todas las artes y ciencias a que se ha dedicado el hombre, ha sufrido una lenta y progresiva evolución a lo largo del tiempo. A principios de su historia, la Alquimia era una actividad muy reducida, casi inexistente, algo completamente intuitivo. También era una Alquimia completamente materialista. El principal objetivo de la primitiva Alquimia (aún no habia aparecido en ella el concepto de la Piedra Filosofal) era sencillamente transformar directamente los metales viles en oro. Encontramos ya estos anhelos —y sus correspondientes recetas— en el antiguo Egipto. Por aquel entonces, el trabajo más frecuente al que se dedicaban los alquimistas (que tampoco habían recibido aún este nombre) era el de aumentar el peso del oro, es decir, «hacer crecer» el oro. ¿Puede llamarse a esto realmente Alquimia? Indudablemente no, ya que la operación, que actualmente está al alcance de cualquiera y no posee el menor secreto, no presentaba ninguna transmutación, sino que se trataba sencillamente de una aleación de metales. Sin embargo, en estos primeros ensayos (no en los ensayos en sí, sino en el espíritu que los inducía) se halla ya la base de todo el movimiento alquímico.

Los métodos de «hacer crecer» el oro eran sencillos: simplemente, se trataba de rebajarlo a través de la aleación con otros metales, convirtiendo así el oro de 24 kilates en oro de 19 ó 10 kilates, con lo que su peso aumentaba a costa de su calidad. Estas operaciones se realizaban a través de recetas muy simples: por ejemplo mezclándole plata y cobre, con lo que el color del oro no variaba en absoluto (mezclándolo sólo con cobre, el oro adquiere un color rojizo, mientras que haciéndolo sólo con plata la tonalidad resultante es verdosa). También se realizaban aleaciones para hacerlo más duro o dotarlo de otras cualidades específicas, o se trataba su superficie para que, aunque su interior fuera impuro o de baja calidad, la capa exterior resultara de oro puro, con lo que el engaño no se percibía, ya que los expertos de aquellos tiempos no conocían más métodos de verificar el oro que mediante las pruebas del rayado, del fuego y del pesado.

¿Engaño? Quizá sea inexacto hablar de engaño al referirnos al «doblado del oro», nombre con el que se designaba corrientemente la operación de «hacer crecer» el oro. Los primitivos alquimistas egipcios y griegos que doblaban el oro por estos procedimientos no creían en absoluto que estuvieran engañando a sus clientes, ni mucho menos. En aquellos tiempos no se concebía al oro como más o menos puro: sencillamente, el oro *era*, siempre que tuviera el color apetecido, y no se hacía distingo de calidades por la simple razón de que no había medios de controlar estas calidades. El oro «dobla-

La destilación es uno de los procesos más laboriosos a que se entregaba el alquimista, y necesitaba de una paciencia que se ha hecho proverbial, por lo que es comprensible lo penoso que debía resultar el fracaso de un experimento después de meses e incluso años de intensa labor.

do» era tan apreciado como el oro puro, y si el alquimista realizaba estas operaciones era sencillamente porque creía que el oro era un material susceptible de «crecer» al igual que una planta, sin perder por ello ninguna de sus cualidades, y que él tenía el poder y el don necesarios para efectuarlo con éxito.



El instrumental alquímico

Es en Grecia donde la Alquimia empieza a adquirir algunas de sus características que más tarde se harán definitivas. Una de ellas, la primera y más importante, es el proceso de la destilación. Hasta los primeros alquimistas griegos, la destilación era algo completamente desconocido en el mundo. La primera descripción de un alambique que ha llegado hasta nosotros se atribuye a uno de los primeros alquimistas femeninos conocidos, María la Judía, y es citado a su vez por otro de los alquimistas más célebres de la antigüedad, Zósimo, gracias a cuyos escritos ha llegado hasta nosotros buena parte de la Alquimia griega. Este aparato (que esencialmente no sufrió ninguna variación hasta 1860) nos es descrito por Zósimo como un alambique de tres brazos, cuya utilidad (la de los tres brazos) no ha quedado aún suficientemente aclarada, ya que no estriba en la selección de los productos destilados, y se ignora cualquier otra posible aplicación. De todos modos, el alambique de tres brazos o *tribikos* fue muy usado a lo largo de los años por todos los alquimistas, al igual que el más normal de dos brazos o *dibikos*. A María la Judía se le atribuyen también otros varios inventos alquímicos, como son el método de calentar una sustancia mediante vapor de agua (método que en muchos países se conoce aún por «baño de maría»), y el kerotaxis, del que hablaremos dentro de un momento.



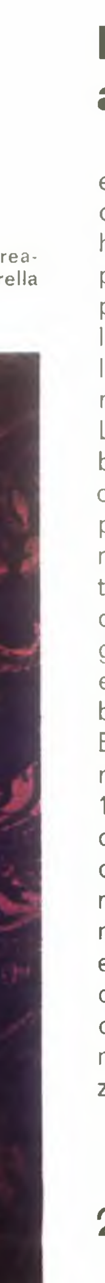
El atanor

Pero el instrumento básico del alquimista es el horno, llamado también *atanor* (del árabe *al-tannur*, que significa esto precisamente, «el horno»). El horno alquímico, según la descripción que de él nos hace el alquimista Geber (nombre por el que se conoce en Alquimia a Jabir ibn Hayyan, uno de los primeros representantes de la alquimia islámica) ha de ser «cuadrado, de cuatro pies de longitud, tres de anchura, y un grosor de medio pie en las paredes». Los materiales a calcinar deben ser colocados dentro del horno en cazuelas de arcilla lo más resistentes posibles, «como la arcilla que se emplea para la formación de crisoles, a fin de que puedan resistir la fuerza del fuego, incluso hasta la combustión total de la cosa a calcinar».

Hasta que el alquimista Thomas Norton inventara, en el siglo XV,

Cuchara para medir productos sólidos, realizada en nácar, y adornada con la estrella de David, empleada en Alquimia.







Antiguo grabado, realizado sobre una obra de Teniers, que representa un laboratorio alquimista hacia el 1650. En él, un maestro en el Arte intenta un experimento de destilación bajo la atenta mirada de un discípulo.

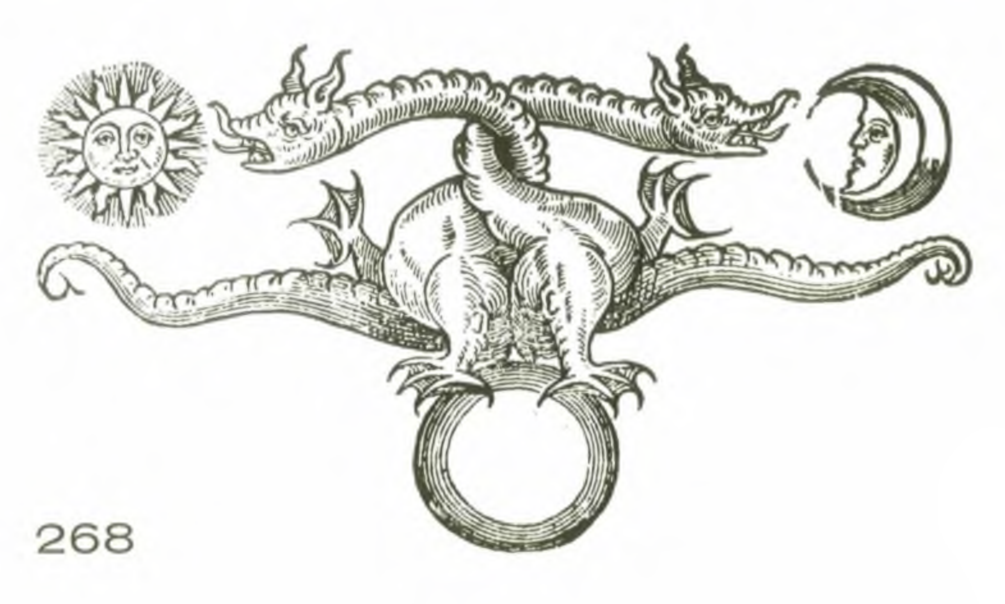
los reguladores de tiro de chimenea, a través de los cuales podía regularse a voluntad la temperatura del interior de los hornos, uno de los principales problemas con que se enfrentaba el alquimista era la de mantener constante y regular a voluntad la temperatura de sus hornos, ya que por un lado no todos los materiales empleados fundían a la misma temperatura, y por otro lado las complicadas operaciones alquímicas precisaban muchas veces el mantenimiento de una temperatura constante durante mucho tiempo. Es por ello por lo que en todos los antiguos grabados que representan los talleres de los alquimistas el horno está situado siempre en primer término, y en muchos de ellos también se aprecia la existencia de varios hornos distintos, que el alquimista regulaba a diferentes temperaturas para realizar con mayor comodidad y presteza sus operaciones.

Un instrumental de fabricación casera

Estos dos instrumentos básicos de las operaciones alquímicas no eran sin embargo los únicos. Para llevar a cabo su Gran Obra (es decir, la obtención de la Piedra Filosofal), el alquimista debía cumplir numerosas operaciones distintas, entre las cuales las más importantes eran la calcinación, la sublimación, la fusión, la cristalización y la destilación, para las cuales necesitaban de un heterogéneo instrumental, que según el inventario de algunos alquimistas comprendía más de ochenta aparatos distintos: hornos, lámparas, baños de agua y de ceniza, camas de estiércol, hornos de reverbero, ollas de escoria, crisoles, platos, vasos, jarras, frascos, redomas, morteros, filtros, cazos, coladores, batidores, alambiques, sublimadores... sin contar una serie de aparatos auxiliares como tenazas, soportes, etc. Y todos estos utensilios eran de fabricación *realmente* casera, ya que no existía en aquel tiempo una

La alquimia de Raimundo Lulio

«La doctrina de Lulio estipula que la cosa que creó Dios fue lo que él llama «argent vive» (argentum vivum, plata líquida, mercurio) y que esta materia original dio lugar a todo lo demás. La parte más fina formó los cuerpos de los ángeles, una parte menos fina las esferas celestes, estrellas y planetas, y la más basta formó los cuerpos terrestres. En los cuerpos terrestres, parte de este «argent vive» se convirtió en los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego, pero una parte permaneció como el quinto elemento, la quintaesencia. Así, en cada cuerpo hay alguna sustancia emparentada con los cuerpos celestes y es a través de esta materia que los cuerpos celes-



Grabado que cierra la obra «Liber Patris Sapientiæ», y que muestra al dragón alzándose de la «massa confusa».

Ante la ausencia de aparatos apropiados para sus experiencias, los alquimistas tuvieron que fabricárselos por sí mismos. Esto hizo que el arsenal del alquimista típico fuera un conjunto de utensilios de apariencia casera, más propios a la burla que a ser tomados en serio... pero que, de creer en las crónicas, en muchas ocasiones resultaron eficientes. En la ilustración, un catálogo de instrumentos usados en alquimia, según figuran en la «Basilica Philosophica» de Mylius.



tes pueden llevar a cabo los cambios de generación y corrupción. La actividad del cuerpo reside en la quintaesencia, y la alquimia es un proceso que trata con este quinto elemento y multiplica en él la actividad. Esta teoría, desarrollada en un centenar de páginas de texto del Testamento de Lulio *(N. d. R.: El* Testamento de Lulio *es probablemente el trabajo alquimista más importante de la Edad Media, y está dividido en tres partes, «Teórica», «Práctica» y «Codicilo»), difiere bastante de otros tratados alquimistas, puesto que no es deliberadamente misteriosa. La parte* Práctica *está descrita con bastante claridad, y da numerosos resúmenes inteligibles sobre operaciones químicas o alquimistas».*

F. Sherwood Taylor,
«The Alchemists, Founders of Modern Chemistry»

industria capaz de surtir al alquimista de todo su complejo arsenal. Naturalmente, los caldereros, vidrieros y alfareros eran los encargados de realizar los trabajos, pero debía dárseles instrucciones muy precisas de lo que tenían que hacer, y algunos aparatos de vidrio necesitaban una técnica del soplado muy depurada. El alquimista, pues, debía diseñar por sí mismo su instrumental, basándose para ello en las descripciones de los mismos aparatos que hallaba en los libros antiguos, por lo que no es raro que muchos alquimistas hicieran en estos mismos aparatos al construirlos modificaciones e incluso perfeccionamientos de su propia cosecha, que ayudaron a dar un amplio impulso a toda la labor alquímica. Por otro lado, y por los motivos que veremos más adelante, el alquimista debía tener buen cuidado en escoger a quien debía hacerle los instrumentos, ya que los recelos y la codicia eran muchos y no todo el mundo merecía confianza.

Los aparatos se hacían primeramente de cobre, que muy pronto fue sustituido por el vidrio, más limpio y de mejor utilización, aunque fuera más frágil y mucho menos resistente al calor, lo que hacía que el instrumental tuviera que reponerse con mayor frecuencia ya que entre otras cosas el vidrio



De la primitiva metalurgia, los alquimistas tomaron la llamada «piedra de toque», una variedad de cuarzo que, cuando se frota con una muestra de oro, se mancha de color amarillo, siendo posible determinar, por la consistencia y color de dicha mancha, la calidad y cantidad de impurezas que contiene el oro.



Algunos de los instrumentos usados por un alquimista de los siglos XVII y XVIII, conservados en Oxford. Los presentes en la fotografía son: un mortero de bronce, un alambique «cabeza de moro», una retorta, un aludel condensador, una vasija de arcilla, un alambique destilador y un crisol.

que se fabricaba por aquel entonces no era de excesiva calidad ni con calidades excepcionales de resistencia. Pero los alquimistas lo preferían, ya que la Alquimia exige una gran pureza en los materiales a emplear. Y de ahí, como veremos más adelante, la necesidad que tenían los alquimistas de realizar las mismas operaciones una y otra vez, para conseguir una pureza absoluta de los materiales empleados. Repetición que llevó, por ejemplo, a la construcción de aparatos más adecuados para tal fin, como es el alambique podríamos llamar «automático» o pelicano, en el cual las sustancias pasaban automáticamente, una vez destiladas, al matraz inferior, para ser sometidas a una segunda destilación.

Una relación, aunque fuera somera, de los aparatos usados por los alquimistas en sus trabajos y de sus principales características, ocuparía casi por sí misma un volumen, por lo que no entra dentro de las características ni de espacio ni de alcances de esta obra. Sin embargo, sí queremos citar uno de los más curiosos aparatos usados en Alquimia, y que es también, según las relaciones, invención de María la Judía: el *kerotaxis*.

El kerotaxis

El *kerotaxis* era un aparato usado para tratar los metales con vapores de otros metales, ácidos u otras sustancias, operación importante dentro del conjunto de labores alquímicas. Su nombre le fue dado por su similitud con la antigua paleta que usaban los pintores: en la antigüedad, los pigmentos colorantes se mezclaban con cera derritida para fijarlos, y por ello los colores debían ser aplicados calientes, por lo que los pintores usaban una paleta metálica, llamada precisamente *kerotaxis*, que colocaban sobre un hornillo especial para mantenerla a una cierta temperatura.

El *kerotaxis* alquímico era pues una derivación de esta misma paleta de pintor, pero cerrada. En la parte inferior del instrumento se colocaba la sustancia vaporizable; en el centro, la paleta propiamente dicha, conteniendo el metal que debía ser atacado por los vapores. Bajo la acción del calor, la sustancia desprendía sus vapores, una parte de los cuales atacaba el metal, mientras que el resto se condensaba en la parte superior del aparato, resbalando por las paredes de nuevo hacia la parte inferior y volviendo a reanudar el ciclo, con lo cual se establecía un flujo continuo de vapores.

El *kerotaxis* que encontramos descrito con escasísimas variaciones en todos los libros de Alquimia, siguió utilizándose a lo largo de los siglos hasta llegar a la actualidad, en que la versión perfeccionada del mismo se conoce con el nombre más científico de «extractor a reflujo».

15 ¿Cómo trabaja el alquimista?

Así es la alquimia

«Con su cortejo de misterio y de desconocido, bajo su velo de maravilloso iluminismo, la alquimia evoca todo un pasado de historias lejanas, de relatos mirificos, de testimonios sorprendentes. Sus singulares teorías, sus extrañas recetas, el renombre secular de sus grandes maestros, las apasionadas controversias que suscita, el favor de que goza en la Edad Media, su literatura oscura, enigmática, paradójica, nos parecen emitir hoy un olor polvoriento, de aire enrarecido como el que adquieren, al contacto con los años, los sepulcros vacíos, las flores muertas, las habitaciones abandonadas, los pergaminos amarillentos.

¿El alquimista? Un viejo meditabundo, la frente grave y coronada de cabellos blancos, silueta pálida y sarmentosa, personaje original de una humanidad desaparecida y de un modo olvidado; un recluso obstinado, abovedado por el estudio, las vigilias, la búsqueda perseverante, el desciframiento empeñado de los enigmas de la alta ciencia. Tal es el filósofo que la imaginación del poeta y el pincel del artista nos han presentado.

¿El laboratorio? Una cueva, celda o cripta antigua, que se ilumina ape-

Lo Stradamo, en esta pintura, nos muestra una imagen evidentemente idealizada de las condiciones de trabajo de un alquimista. El Maestro, confortablemente sentado en su sillón, da las instrucciones a sus discipulos que, ayudados de un refinado instrumental, cumplen fielmente las instrucciones recibidas. Una vieja norma de los alquimistas dice que todos los trabajos deben ser acometidos por el propio alquimista, el cual no debe confiar ni en sus más directos discipulos a la hora de realizar las delicadas operaciones... (Florencia, Palazzo Vecchio).

Nos hallamos ya en el siglo XII, época en que la Alquimia empieza a desarrollar su máximo esplendor. Como hemos dicho ya al referirnos a otros aspectos de la Magia, la Alquimia llega a Europa a través de dos grandes caminos: Bizancio y el Islam. Pero son los árabes principalmente los que, a través de sus traducciones, y por el camino de España, llevarán la Alquimia, al igual que otras muchas artes mágicas, a su máximo esplendor en todo el Continente.

En el siglo XII, la Europa occidental empieza apenas a descubrir la civilización científica: por aquel entonces, la física y la química eran casi desconocidas, la astronomía y paralelamente a ella las matemáticas se hallaban apenas en su primer escalón, la medicina era natural y puramente empírica. En su desarrollo cultural, a partir del siglo XII, Europa se nutriría casi exclusivamente del saber islámico, tanto en el campo científico como en el humanístico. De traducciones de libros árabes (realizadas principalmente en las «escuelas de traductores», como la famosa escuela médica de Salerno en Italia y la no menos conocida de Toledo en España), nacieron las bases de casi todo el saber medieval. Es curioso, a este respecto, hacer notar que la mayor parte de estas traducciones no eran efectuadas por los mismos árabes, que no sabían latín, ni por los europeos, que no conocían el árabe; para su realización se buscaron otros traductores: los judíos, que habían asimilado ambas lenguas. De nuevo, pues, la tradición hebrea se une a toda la tradición medieval, dejando en todos los campos del saber su huella como intermediarios de la cultura.

De este modo llega, con todas las demás artes, la Alquimia a Europa. ¿Quiénes son sus primeros practicantes? Ante todo hay que señalar que la práctica de la Alquimia no era un arte que estuviera al alcance de todo el mundo. La Alquimia no podía uno aprenderla por sí mismo: era preciso estudiarla, leer los antiguos tratados... y para ello era imprescindible saber leer y escribir. En el siglo XII y siguien-





Pareja de alquimistas realizando una experiencia en el atanor, en cuyo interior puede verse el aludel o huevo alquímico, donde debía llevarse a cabo la obra propiamente dicha, y en donde se obtendría la piedra filosofal.

nas por una luz triste que difunden los ventanucos tejidos de polvorientas telas de araña. Es allí, sin embargo, en medio del silencio, que poco a poco se realiza el prodigio. La infatigable naturaleza del hombre, con la ayuda de los astros y con la gracia de Dios, le empuja a su labor oculta, a su tarea ingrata y ciclópea, tan amplia como una pesadilla. En el centro de este in pace, un ser, un sabio para el cual no existe otro mundo, ninguna otra cosa, vigila, atento y paciente, las fases sucesivas de la Gran Obra...»

Fulcanelli:
«Les demeures philosophales»

tes, la mayor parte de la población era analfabeta, y solamente los hombres de ciencia y los grandes señores tenían una cultura superior a la primaria. Por otro lado, la cultura se hallaba en su mayor parte encerrada en los monasterios.

No es nada de extrañar, pues, que los primeros trabajos alquímicos realizados en Europa se hicieran en los monasterios, a manos de monjes y clérigos. El hecho queda probado por las numerosas órdenes eclesiásticas que aparecieron durante este tiempo prohibiendo tajantemente la práctica de la Alquimia en el interior de los monasterios... hecho que señala de una manera absoluta el que *sí* se practicaba la Alquimia en ellos.

La "casta de los alquimistas"

Estudiar la Alquimia, leer los antiguos tratados...

Pero los antiguos libros que hablan de Alquimia están escritos para los iniciados: son oscuros y muchas veces difíciles de comprender. Es por ello que gran parte de los experimentos primitivos, realizados por entusiastas codiciosos de obtener oro a bajo precio, fracasaran estrepitosamente... lo cual hizo que muchos practicantes que se lanzaron a la Alquimia con un desbordante entusiasmo se desanimaran rápidamente y abandonaran el campo, mientras otros declaraban públicamente que la Alquimia no era más que un fraude.

Frente a estos rápidos desanimados, sin embargo, otros alquimistas, con mayor tesón o más fundamento de causa, prosiguieron sus experimentos pese a los constantes y ya previstos fracasos iniciales, buscando e investigando por ellos mismos más que siguiendo al pie de la letra los textos antiguos, logrando éxitos apreciables y desentrañando el simbolismo que hay tras el oscuro caparazón que envuelve los libros de Alquimia. Estos perseverantes recibirían, hoy, el nombre de *investigadores*, puesto que estaban animados por el mismo espíritu. Un investigador nato que naciera en la Edad Media, un curioso de los problemas científicos y del estudio de la naturaleza, encontraría todos los caminos cerrados por la ignorancia. El investigador medieval solamente hallaría tres caminos hacia los cuales desarrollar su actividad: la medicina, la astronomía (y la astrología)... y la Alquimia.

Es así como se iniciaría la «casta de los alquimistas». La Alquimia, en su rama más pura, no se continuaría tan sólo por aprendizaje, sino también por tradición... por sucesión. Todos los libros de Alquimia nos hablan del «Gran Secreto», del secreto de la Piedra filosofal, que jamás ha sido revelado públicamente. En ninguno de ellos se menciona la posible naturaleza de este secreto, ni siquiera del modo cómo encaja dentro de los trabajos de la Alquimia.